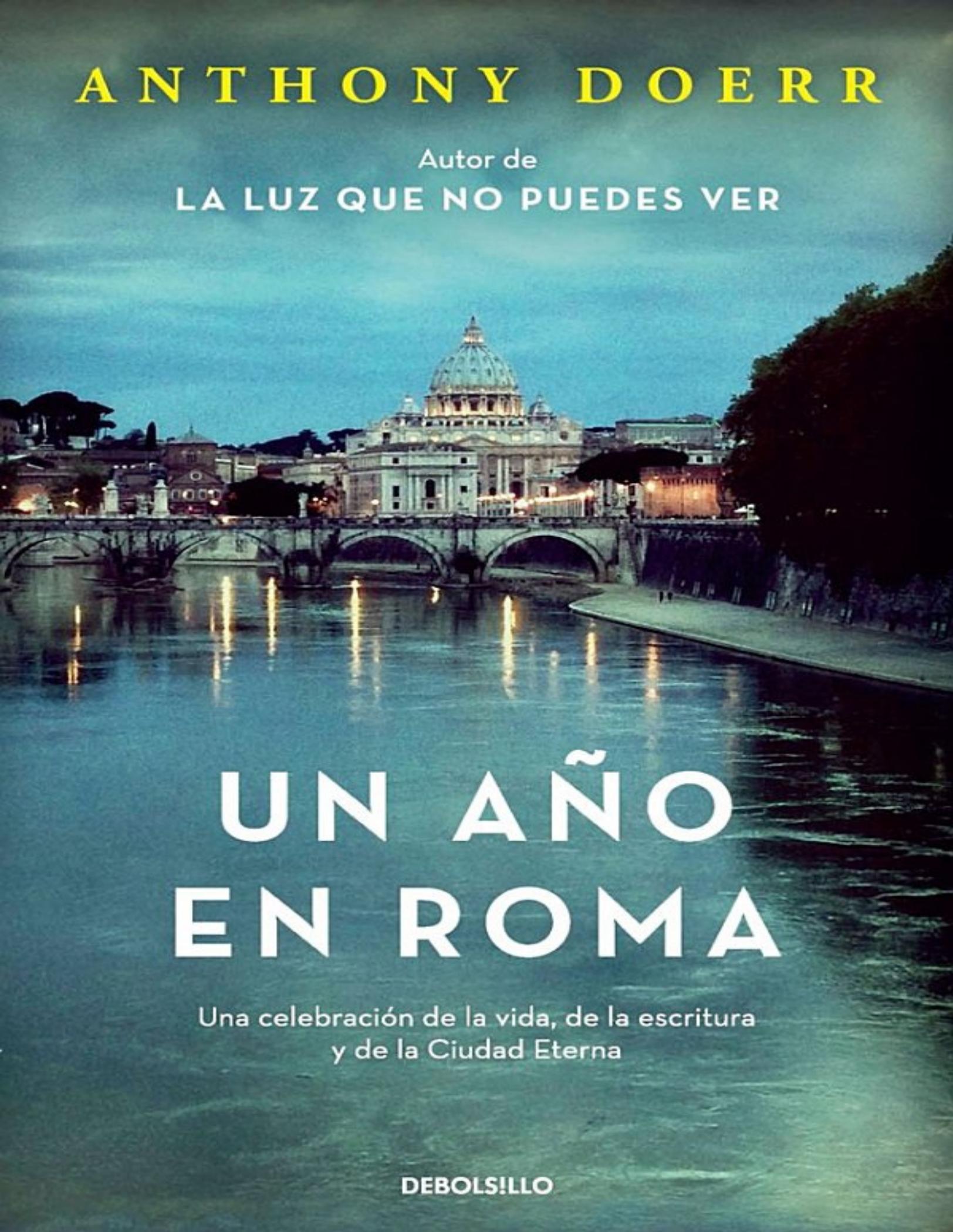


ANTHONY DOERR

Autor de
LA LUZ QUE NO PUEDES VER

A nighttime photograph of St. Peter's Basilica in Rome, Italy, viewed from across the Tiber River. The basilica's large dome is illuminated and reflects in the water. A stone bridge with several arches spans the river in the foreground. The sky is a deep blue, and the city lights create a warm glow. The overall mood is serene and majestic.

**UN AÑO
EN ROMA**

Una celebración de la vida, de la escritura
y de la Ciudad Eterna

DEBOLSILLO

ANTHONY DOERR

Un año en Roma



Traducción de
Eduardo Iriarte

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Henry y Owen

Las lluvias caen, suben las nubes, los ríos se secan, y apresura a caer granizo, rayos en llamas, que abrasan toda la tierra desde el espacio; los mismos regresan llevando lo que pueden. El calor viene de arriba y vuelve a retornar. Vientos entran en la tierra de vacío, y vuelven cargados con el botín. Respiran el aire un sinnúmero de animales trayendo de lo alto el espíritu, y la tierra infunde el aliento de la vida en el cielo que se agotó. Así pues, la naturaleza, con movimientos alternativos, barre el mundo con gran velocidad, como una máquina de la guerra incrementando la discordia.[1]

PLINIO EL VIEJO,
Historia natural, 77 d. C.

OTOÑO



Italia se vislumbra. Hacemos listas: pañales, ropa de cuna, una lamparita para leer. Leche en polvo para biberón. Dos docenas de barritas de cereales Nutri-Grain. No hemos comido barritas Nutri-Grain en la vida, pero ahora, de pronto, parece importante tenerlas a mano.

Me quedo mirando el nuevo diccionario de bolsillo Italiano-Inglés y me preocupo. ¿Pone cómo se dice: «Aquí está mi pasaporte»? O: «¿Dónde puedo comprar pañales, por el amor de Dios?»

Hacemos como que estamos tranquilos. Ninguno de los dos está dispuesto a plantearse que mañana subiremos a bordo de un Airbus con unos gemelos de seis meses, ascenderemos a treinta y siete mil pies de altitud y permaneceremos allí catorce horas. En cambio, abrimos y cerramos la cremallera de las bolsas de viaje, le quitamos las ruedas al carrito y miramos con atención fotitos muy pixeladas de San Pedro en ricksteves.com.

Lluvia en Boise; viento en Denver. El avión surca la troposfera a novecientos kilómetros por hora. Owen duerme en un rebujo de sábanas a nuestros pies. Henry duerme en mis brazos. Hay turbulencias durante toda la travesía del Atlántico; tiemblan los mamparos, los vasos tintinean, los ganchos de las bandejas se abren y se cierran.

Nos trasladamos de Boise (Idaho), a Roma (Italia), un lugar donde nunca he estado. Cuando pienso en Italia imagino decadencia, pinturas al óleo de

color pardo oscuro, emperadores con sandalias. Veo una sección transversal de una maqueta del Coliseo hecha como proyecto escolar a base de pegamento y azucarillos; veo una jabonera blanca y azul marino comprada en Florencia con un ángulo desportillado que mi madre tuvo en el lavabo de su cuarto de baño durante treinta años.

Con más claridad que cualquier otra cosa, veo un libro con dibujos para colorear que me regalaron una vez por Navidad titulado *La antigua Roma*. Dos criaturas mamaban de las ubres de una loba. Un César sonreía con su corona de hojas. Una sensual doncella de grandes pupilas posaba con un cántaro junto a una fuente. Al margen de la idea que tuviera de Roma en aquel entonces —con siete años, la noche de Navidad, los copos cayendo contra las ventanas, un abeto con luces parpadeando en la planta baja, lápices de colores desperdigados por la moqueta—, ahora no es mucho más clara: bosquejos de elefantes y gladiadores, palacios dibujados al fondo, la sensación de que los colores que había escogido estaban todos equivocados, verde mar para los carros, dorado para los cielos.

En la pantalla del respaldo del asiento que hay delante de mí, el pequeño icono de nuestro avión pasa por encima de Marsella, Niza. Un biberón lleno de leche, ladeado en el bolsillo del asiento, empapa el tejido y gotea sobre mi equipaje de mano, pero no me agacho a enderezarlo por miedo a despertar a Henry. Hemos cruzado de Norteamérica a Europa en el tiempo que se tarda en emitir una película de Lindsay Lohan y dos episodios de la telecomedia *Todo el mundo quiere a Raymond*. La temperatura en el exterior es de 50 grados bajo cero.

Un taxi nos deja delante de un palacio: estuco y mármol travertino, la fachada dividida en cinco ventanales, unas escaleras de entrada enmarcadas por

arbustos podados con formas de animales. El portero aplasta la colilla con la suela del zapato y dice, en inglés: «¿Son ustedes los de los gemelos?». Nos estrecha la mano, nos da un juego de llaves.

Nuestro apartamento está en un edificio anexo al palacio. La verja principal mide tres metros de alto, es de hierro y tiene arañazos en mil sitios; es como si hubieran estado intentando entrar en el jardín perros salvajes. Una llave la abre; encontramos la entrada en el lateral. Los niños miran desde los asientos del carrito con ojos enormes. Los metemos en un ascensor de jaula con puertas de madera que se abren hacia dentro. Pasamos dos plantas traqueteando. Oigo pinzones, frenos de camioneta. Resuenan pasos de vecinos en la caja de la escalera; un portazo. Hay voces de niños. La verja, tres plantas más abajo, emite un estrépito metálico al cerrarse.

Nuestra puerta se abre a un pasillo estrecho. Lo lleno poco a poco de bolsas. Shauna, mi mujer, lleva a los niños al interior. El apartamento es más grande de lo que hubiéramos podido esperar: dos dormitorios, dos cuartos de baño, armarios nuevos, techos de cuatro metros, suelos embaldosados que resuenan. Hay un viejo escritorio, un sofá azul marino. El frigorífico está oculto dentro de un armario. Solo hay una obra de arte: un póster de siete u ocho góndolas que cruzan un puerto, con una piazza brumosa al fondo.

La joya del apartamento es la terraza, a la que accedemos por una puerta estrecha en el rincón de la cocina, como si el arquitecto solo se hubiera percatado de que hacía falta una salida en el último momento. Se asoma a la entrada del edificio, diez metros más allá, dieciséis más abajo. Desde allí se ven entre las copas de los árboles piezas del puzzle de Roma: tejados de terracota, tres o cuatro cúpulas, un campanario de dos pisos, el verde disperso de los jardines colgantes, todo calinoso, extraño e imposible.

El aire es húmedo y cálido. Si acaso, huele ligeramente a repollo.

—¿Es nuestra? —pregunta Shauna—. ¿Toda la terraza?

Lo es. Salvo por nuestra puerta, no hay ninguna otra entrada.

Dejamos a los bebés en cunas desemparejadas que no parecen especialmente seguras. Un mosquito pasa flotando por la cocina. Compartimos una barrita de cereales. Comemos cinco paquetitos de galletas saladas. Nos hemos mudado a Italia.

Durante un año voy a disfrutar de una beca en la Academia Americana en Roma. Aquí no hay alumnos, ni facultad, solo un puñado de artistas e investigadores, a los que se concede un año en Roma para dedicarse a proyectos independientes.

Mi beca es de literatura. Lo único que tengo que hacer es escribir. Ni siquiera tengo que enseñarle a nadie lo que escriba. A cambio, me ofrecen un estudio, las llaves de este apartamento, dos esteras de baño, un montón de toallas descoloridas todos los jueves y 1.300 dólares al mes. Vamos a vivir en la colina del Janículo, una verde oleada de árboles y villas separada por unos cientos de metros y una serie de escaleras de piedra con siglos de antigüedad del barrio romano con el nombre de Trastévere.

Me subo a una silla en la terraza e intento ubicar el río Tíber en el laberinto de edificios lejanos, pero no veo barcas ni puentes. Una guía de la biblioteca pública de Boise decía que el Trastévere era un lugar encantador, atestado de iglesias prerrenacentistas, callejuelas medievales y clubes nocturnos. Lo único que veo es la calima: azoteas, copas de árboles. Oigo el murmullo del tráfico.

Una palmera frente a la ventana capta la puesta de sol. El grifo de la cocina gotea. No solicitamos esta beca; ni siquiera estábamos al tanto de que existiera. Hace nueve meses recibimos una carta de la Academia Americana de las Artes y las Letras en la que nos informaban de que mi obra había sido

nominada por un comité anónimo. Cuatro meses después recibimos otra carta en la que se nos confirmaba que había ganado. Shauna seguía en el hospital, nuestros hijos tenían apenas doce horas cuando me planté delante de nuestro apartamento entre la nieve medio derretida y encontré el sobre en el correo.

Nuestro retrete tiene dos botones para descargar la cisterna, uno el doble de grande que el otro. Lo discutimos: yo digo que descargan la misma cantidad de agua; Shauna opina que el botón más grande es para las aguas mayores.

Como siempre ocurre al salir de casa, son los detalles los que nos provocan la sensación de desplazamiento. No hay cortinas en las ventanas. Las sirenas que pasan por la calle suenan una nota más graves. Lo mismo ocurre con el tono de marcar del teléfono de plástico rojo. Cuando orinamos, la orina no cae sobre el agua sino sobre la porcelana.

En los grifos del baño pone *C* y *F*, y la *C* no es de *cold* en inglés, sino de *cald*, caliente. El frigorífico es del tamaño de una nevera para cerveza. En la pared, sobre la cocina, hay una palanca de acero sin leyenda alguna. ¿Para el gas? ¿El agua caliente?

Las cunas que nos ha prestado la Academia no tienen refuerzos para evitar coscorrones, ni sábanas, pero sí algo que llegamos a la conclusión de que deben de ser almohadas: unos rectángulos de espuma de un par de dedos de grosor, forrados de algodón.

El jabón del lavavajillas huele a lima salada. Los mosquitos son más grandes. En vez de armarios, en las habitaciones hay grandes guardarropas anticuados.

Shauna hurga en el espacio triangular que va a convertirse en nuestra cocina, comedor y sala de estar.

—No hay horno.

—¿No hay horno?

—No hay horno.

—¿Igual los italianos no usan hornos?

Me lanza una mirada.

—Inventaron la pizza.

Quince minutos antes de medianoche, en el reloj digital del microondas pone 23.45. ¿Qué será la medianoche? ¿0.00?

Esa primera noche nos acostamos hacia la medianoche, pero a la una los niños están despiertos, llorando en sus cunas desconocidas. Shauna y yo nos cruzamos en el pasillo, cada cual con un bebé en brazos.

El jet lag es sequedad en los ojos, un cable suelto en la espina dorsal. Despertar en Boise, acostarse en Roma. La ciudad es un campo de sombras más allá de la barandilla de la terraza. Los huesos de Keats, Rafael y san Pedro se descomponen por ahí en algún lugar. El Papa sueña a menos de un kilómetro de distancia. Owen me mira parpadeando, con la boca abierta, un pliegue en la frente, como si su alma siguiera en algún punto sobre el Atlántico, intentando dar alcance al resto de su ser.

Para cuando vuelve a haber luz en el apartamento no hemos dormido ninguno. Nos hace falta dinero, nos hace falta comida. Vuelvo a montar el carrito y lo llevo como mejor puedo escaleras abajo. Shauna sujeta a los niños con la correa. Al otro lado de la verja de entrada la acera se prolonga a derecha e izquierda. El cielo se ve moteado y húmedo; pasa un coche pequeño a toda velocidad y deja en su estela una bolsa de plástico dando vueltas.

—Hay más tráfico hacia la izquierda —señala Shauna.

—¿Y eso es bueno?

—Igual más tráfico significa más comercios, ¿no?

Estoy poniendo reparos a su lógica cuando aparece una vecina a nuestra

espalda. Pequeña, pecosa, de aspecto fornido. Es americana. Se llama Laura. Su marido tiene una beca de arquitectura paisajística de la Academia. Acaba de dejar a sus hijos en el autobús de la escuela y ahora lleva a reciclar la basura y va a comprar carne picada.

Nos da indicaciones hacia la izquierda. Veinte metros escasos acera adelante, cuatro calles convergen bajo un imponente arco de estuco conocido como Porta di San Pancrazio, una entrada en las antiguas murallas defensivas de Roma. No hay semáforos. Los coches avanzan pugnando por hacerse un hueco. Se suma al desbarajuste un autobús público. Luego una camioneta cargada de muebles. Después un par de motocicletas. Todo el mundo parece ir camino de la misma callejuela, donde, en cuanto se zafan del embotellamiento, los vehículos se alejan a la carga entre hileras de coches aparcados con los retrovisores laterales o bien recogidos o bien arrancados.

Laura no deja de hablar en todo el camino. Como si hoy fuera un día cualquiera, como si nuestras vidas no estuvieran en peligro, como si Roma fuese Cincinnati. ¿Hay pasos de peatones siquiera? Las bocinas resuenan. Un taxi está a punto de segar las ruedas delanteras del carrito. «¿En qué aerolínea volasteis?», grita Laura. Shauna dice: «Dios mío». Siento la tentación de agazaparme en la cuneta con mis criaturas en brazos.

Se introduce en la melé otro escúter (*motorino*, nos dice Laura). El conductor sujeta un plátano de metro y pico dentro de una maceta en la pequeña plataforma entre sus zapatos. Las hojas de la planta le aletean contra los hombros al pasar.

Laura cruza la intersección a paso firme, lanza su basura a una serie de contenedores y señala unos escaparates calle abajo. Parece cómoda hasta un punto intolerable; es una isla de serenidad. Me preocupo. ¿Podemos hablar tan fuerte? ¿En inglés?

Los niños no emiten el menor sonido. Hace calor. Por encima de las

tiendas se alzan amenazadores edificios de apartamentos, cientos de balcones abarrotados de geranios, palmeras enanas, tomates. A la puerta de los bares, adolescentes beben café en vaso. Hay hombres con monos azules y botas de combate a la entrada de bancos, con pistolas al cinto. Pasamos por delante de un concesionario Fiat con un escaparate no mayor que el del salón de belleza que hay al lado. Pasamos por delante de una pizzería; un anciano detrás del mostrador de cristal corta una flor del extremo de un calabacín.

En la sección de alimentación infantil de una farmacia busco cualquier cosa reconocible y encuentro etiquetas ilustradas con conejos, ovejas y —peor aún— ponis.

—En Italia —dice Laura—, «Mi bonito poni» es un aperitivo.

Nos ayuda a buscar un cajero automático; nos enseña dónde comprar pañales desechables. Nos aclara los nombres de los barrios:

—Trastévere está detrás de nosotros, escaleras abajo. Janículo, donde vivimos, es solo el nombre de la colina. El barrio en sí, por el que estamos paseando, se llama Monteverde.

—Monteverde —repito, practicando.

Antes de marcharse, Laura señala un mercado de verdura. *A presto*, dice, lo que me lleva a consultar mi libro de frases. ¿*Prestare*? ¿*Dar*?

Luego se esfuma. Pienso en Dante en el Purgatorio, volviéndose a decirle algo a Virgilio solo para encontrarse con que Virgilio ya no está.

En el mostrador de verdura —según aprendemos por las malas— no se debe tocar el género; se señalan la *insalatina* o los *pomodori* y el tendero los pone en la balanza. Los huevos del carnicero están en cartones abiertos, asándose al sol. No lleva etiqueta ninguna carne; señalo algo rosa y sin huesos, y cruzo los dedos.

Los Kit Kat no tienen envoltorio naranja, sino rojo. Saben mejor. Igual que las peras. Devoramos una y derramamos jugo de pera sobre la capota del

carrito. Los tomates —una docena en una bolsa de papel— parecen irradiar luz.

Los bebés chupan galletas. Nos deslizamos a través del sol y la sombra.

A dos manzanas del mercado, en una calle llamada Quatro Venti —los Cuatro Vientos—, el olor a panadería sopla hacia la acera. Calzo el freno del carrito, abro la puerta y entro con la muchedumbre. Todos empujan a todos los demás; gente que acaba de entrar se encorva, se estira y se retuerce hacia el mostrador. ¿Debería pedir la vez? ¿Tengo que gritar lo que quiero? Procuero repasar mi vocabulario italiano; ocho tardes en una academia Berlitz en Boise, 400 dólares, y ahora mismo lo único que recuerdo es *tazza da tè*. Taza de té.

Hay una mujer con bigote apretada contra mí, tengo la barbilla sobre su cabello. Huele a leche rancia. Pasan hogazas de pan de aquí para allá por encima de mi cabeza. Sé lo que es *ciabatta*. Sé lo que es *focaccia*.

Detrás del mostrador los únicos italianos que he visto con pantalones cortos patinan sobre las baldosas resbaladizas de harina con deportivas blancas. El gentío me ha empujado hacia un rincón. Atienden a unos hombres que acaban de entrar y estos pagan con billetes.

Semillas de amapola, semillas de sésamo, un lío arrugado de papel encerado. Soy un grano bajo la rueda del molino. Por las puertas de cristal veo a Shauna inclinada sobre los niños, que están gritando. Todo me da vueltas. ¿Cuáles son las palabras? ¿*Scusi*? ¿*Permesso*? Podemos vivir sin pan. Todo el año, si es necesario. Bajo la cabeza y me abro paso hacia la salida.

La panadería no es mi único fracaso. Busco llaveros en una ferretería, pero el dueño se me planta delante con las manos entrelazadas, dispuesto a ayudarme, y no sé cómo decir «llavero» o «solo estoy mirando», conque durante unos instantes nos quedamos observándonos, en silencio.

Al final logro decir: *Luce per notte. Per bambini.* Y aunque no he ido a comprar lamparitas de noche, me enseña una, así que la compro. Los llaveros pueden esperar hasta que vuelva con el diccionario.

Según un resumen de dos frases del proyecto que tuve que enviar a la Academia, he venido a Roma a seguir escribiendo mi tercer libro, una segunda novela, esta sobre la ocupación alemana de un pueblo en Normandía entre 1940 y 1944. He traído unas cincuenta páginas de prosa, unas fotos de bombarderos B-17 lanzando bombas incendiarias y un desbarajuste de notas garabateadas.

Mi estudio de escritura está en el palacio anexo a nuestro edificio de apartamentos: la propia Academia Americana, silenciosa, gigantesca, imponente. Mientras los bebés se sanean, esa primera tarde entera que paso en Roma cruzo la verja grande, saludo con la mano al portero en su garita y subo las escaleras de entrada con mis cuadernos. Una flecha a la izquierda señala las OFICINAS; una flecha a la derecha señala la BIBLIOTECA. El patio está lleno de grava y jazmines. Mana un chorrito de agua de una fuente. Saludo con un gesto de cabeza a un hombre con camiseta negra y ojos enrojecidos que lleva los brazos salpicados de pintura al óleo.

El estudio 235 es un rectángulo con techos altos que recibe el nombre de estudio Tom Andrews, en honor al poeta hemofílico al que le fue concedida la misma beca que ahora se me ha concedido a mí. Trabajó allí en 2000; murió en 2002. En su estudio hay dos mesas, una pequeña cama plegable y una silla de oficina con el relleno desgarrado.

Tom Andrews, según oí una vez, batió un récord mundial aplaudiendo sin interrupción durante catorce horas y treinta y un minutos. El primer verso de su segundo libro dice: «Dios Nuestro Señor bendiga la moto del hemofílico».

Hablo con él mientras reubico el mobiliario.

«Tom —le digo—, llevo veinte horas en Italia y solo he dormido una.»

«Tom —le digo—, pongo tres libros en tus estantes.»

La ventana del estudio Tom Andrews mide dos metros y pico de alto y da a unos doce mil metros cuadrados de árboles y césped detrás de la Academia. A unos cuatro metros de la barandilla, el tronco de un magnífico pino italiano divide la vista en dos.

Me he fijado en que hay árboles así por todo el barrio: con troncos altísimos sin ramas; copas elevadas que se subdividen como las cabezas de las neuronas. En los meses venideros oiré que los llaman «pinos italianos», «pinos romanos», «pinos mediterráneos», «pinos de piedra», «pinos parasol» y «pinos piñoneros»; son todos lo mismo: *Pinus pinea*. Son árboles regios, árboles asombrosos, árboles rebeldes y serenos al mismo tiempo, cual príncipes que duermen en perfecta inmovilidad pero tienen sueños desmesurados.

Media docena de pinos piñoneros se alzan detrás de la embajada en la acera de enfrente; una hilera de esos árboles asoma la cabeza por encima del muro de trescientos sesenta años de antigüedad que bordea los jardines de la Academia. No esperaba que Roma tuviera árboles así, que una ciudad de tres millones de personas fuera un jardín habitado, con musgo en las grietas de las aceras, gallardetes de hiedra en las arcadas, antiguas murallas sombreadas de alcaparras, tomillo que brota de los campanarios de las iglesias. Esta mañana los adoquines estaban recubiertos de algas. En las calles por las que nos ha llevado Laura susurraban matas clandestinas de bambú en patios de apartamentos; crecían pinos al lado de palmeras, cipreses al lado de naranjos; he visto una matita de menta que emergía de una hendidura en la acera delante de un videoclub.

De los tres libros que he traído, uno es sobre la ocupación nazi de Francia,

por la novela que intento escribir. Otro es una antología de fragmentos escogidos de la *Historia natural* de Plinio el Viejo, porque el texto de la solapa dice que ofrece una visión del mundo natural tal como lo entendían en la Roma del siglo I. El último es una guía de árboles. El libro de árboles dedica media página al *Pinus pinea*. «La corteza es de color marrón grisáceo y con fisuras; las láminas se desprenden de vez en cuando, dejando manchas de color marrón claro.»^[2]

Un nogal que se extiende, un olivar; tilos, manzanos silvestres, un seto todo de romero. Las murallas que bordean estos jardines alcanzan los diez metros de altura en algunos lugares; las piedras están descoloridas por el tiempo; las partes más altas, puntuadas por aspilleras; los baluartes, erizados de malas hierbas. Antes de la electricidad, antes de que el pino que crece delante de la ventana fuera una piña siquiera, cuando el cielo nocturno sobre el Janículo estaba tan inundado de estrellas como los cielos de cualquier otra parte, Galileo Galilei montó su telescopio nuevo en un banquete celebrado en este mismo jardín, justo debajo de mi ventana, y mostró los cielos a los invitados.

A menos de veinte metros, en nuestro apartamento, Shauna se las ve con los gemelos. Pienso en Owen, que no deja de volver la cabeza, y en los ojos circulares de Henry. «Son milagros», le digo al fantasma de Tom Andrews. Nacidos de células más pequeñas que el punto al final de esta frase —mucho más pequeñas que ese punto—, los niños son de repente grandes y bulliciosos, y se ensucian de babas la pechera de las camisitas.

Abro el cuaderno por una página en blanco. Intento escribir unas cuantas páginas sobre la gratitud, sobre el asombro.

Freímos costillas de cerdo en una sartén mellada, bebemos vino en vasos de

agua. Los vencejos surcan la terraza a la carrera. Durante toda la noche los niños se despiertan y lloran en sus cunas desconocidas. Le doy el biberón a Henry a la una menos veinte de la noche (en el reloj del microondas pone 0.40) y lo arropo y por fin lo convengo de que se duerma. Luego me tumbo en el sofá con la cabeza apoyada en un montón de pañales y dos baberos extendidos sobre el cuerpo como servilletas; la única sábana que tenemos está en la cama, encima de Shauna. Diez minutos. Veinte minutos. ¿Para qué tomarse la molestia siquiera? No es más que un sueño antes de que Owen se despierte.

¿Qué escribió Colón en su diario de a bordo cuando zarpó de España? «Sobre todo, cumple mucho que yo olvide el sueño y tiene mucho el navegar.»^[3]

Henry vuelve a despertarse a las dos. Owen está despierto a las tres. Cada vez que me levanto medio dormido me lleva un minuto entero recordar lo que he olvidado: soy padre; nos hemos mudado a Italia.

Durante toda la noche llevo a un bebé o al otro llorando a la terraza. El aire es cálido y dulce. Arden estrellas aquí y allá. A lo lejos suben por las colinas pequeñas briznas relucientes.

Molto, molto bella, nos dijo el taxista, Roberto, cuando nos traía del aeropuerto hasta aquí con nuestras siete bolsas de lona y nuestro carrito de paseo de veintidós kilos. Iba sin afeitar, tenía dos teléfonos móviles y se encogía cada vez que los bebés hacían ruido.

Non c'è una città più bella di Roma, dijo. No hay ciudad más bonita que Roma.

La segunda mañana que pasamos en Italia sacamos la sillita por la verja y vamos a la derecha. Los niños se quejan; los ejes traquetean. Pasan coches

pequeñitos a toda velocidad. Doblamos una esquina y una valla de tela metálica deja paso a dos setos, que a su vez dejan paso al lateral de una monumental fuente de granito y mármol. Rodeamos boquiabiertos la parte delantera.

Cinco nichos en una cabecera de seis columnas tan grande como una casa vierten agua en un estanque semicircular de escasa profundidad. Siete frases en latín surcan el frontispicio; grifos y águilas coronan las letras mayúsculas. Los romanos, según averiguaremos más adelante, la llaman simplemente *il Fontanone*. La fuente grande. Se terminó de construir en 1690; habían tardado setenta y ocho años. El mármol travertino casi parece refulgir; es como si hubieran implantado luces en el interior de la piedra.

En la acera de enfrente hay otra maravilla: una baranda, unos bancos y un mirador desde el que se ve toda la ciudad. Esquivamos el tráfico, llevamos a los niños hasta el parapeto. Ahí está toda Roma: diez mil tejados, cúpulas de iglesias, campanarios, palacios, apartamentos; un avión atraviesa el cielo despacio de derecha a izquierda; la ciudad se extiende por toda la llanura. Hileras de ciudades lejanas tiñen de mármol las colinas en el horizonte. A nuestros pies, hasta donde alcanza la vista, se aprecia una calima azulada a la deriva: es como si la ciudad estuviera sumergida bajo un lago y un viento rizará la superficie.

—Esto —comenta Shauna en un susurro— está a cincuenta metros de la puerta de nuestra casa.

La fuente brama a nuestras espaldas. La ciudad se arremolina a nuestros pies.

Calle abajo hay una iglesia, una pequeña piazza y la parte superior de una sinuosa rampa de escaleras. Los peldaños parecen desgastados y resbaladizos; en los descansillos inclinados crujen las hojas secas. Yo me ocupo de la parte delantera del carrito; Shauna coge la de atrás.

—¿Estás preparado? —pregunta.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Creo que sí.

Pero ¿quién sabe si lo estamos? Empezamos a bajar. La sillita pesa veintidós kilos; cada niño pesa unos ocho. A cada paso que damos la carga parece más pesada. Hay quizá veinte peldaños, luego cuatro o cinco rampas conectadas, después más escaleras. Me gotea el sudor de la punta de la nariz. Me resbalan las palmas de las manos. En cualquier momento la sillita va a escaparse, empezará a dar botes, cogerá impulso, se precipitará a la vuelta de la esquina y se empotrará contra un autobús.

Descendemos hacia lo desconocido. Las rampas están decoradas con un viacrucis. Jesús recibe su corona de espinas; Jesús se desmorona bajo el peso de la cruz. Alguien ha dejado un ramo de rosas al lado de la duodécima estación: «En tus manos encomiendo mi espíritu».

Una vez abajo una arcada se abre hacia una calle por la que pasan los coches a toda velocidad. Henry se pone a llorar. Cruzamos en zigzag; contenemos la respiración y echamos a correr.

—¡Es como el videojuego de la rana! —dice Shauna casi sin aliento, y me sonrío.

El tráfico se desvanece. Le ponemos el chupete a Henry entre los labios. El Trastévere está lleno de casas medievales, tendedores de ropa y fuentes que parecen estar siempre en funcionamiento. Hay coches pequeños aparcados en lugares imposibles. Delante de un edificio hay tal vez ochenta motocicletas manillar contra manillar; siento la tentación de darle una patada a una a ver si caen todas.

Julio César vivió en este barrio. Cleopatra también. Todos los romanos que nos cruzamos sonrían a los niños. «*Gemellini*», dicen. Gemelitos. Y algo así como *piccininni*. ¿O *porcellini*? ¿Cerditos?

Hombres hechos y derechos, de traje, se detienen para inclinarse sobre la sillita y canturrear. Ancianos sobre todo. *Che carini. Che belli.* Qué monadas. Qué guapos. Si lleváramos en la sillita unas cebras que no pararan de relinchar no llamaríamos más la atención.

Nos perdemos. Shauna cambia un pañal sobre los adoquines mientras yo escudriño un mapa. ¿Estamos en Vicolo del Cinque? ¿La piazza San Cosimato? En una tienda de pasta —un mostrador de cristal, montones de tortellinis, metros y metros de *fettuccine*— me las arreglo para comprar un kilo de raviolis anaranjados rellenos de calabaza y ricotta, la pasta espolvoreada con harina. «*I suoi bambini* —dice la dependienta, mirándome a los ojos para ver si la sigo—, *sono belli.*» Sus hijos son preciosos.

Saco el paquete a la calle con sensación de triunfo. La brisa hace borbotear unas acacias a la entrada de la calle y sus hojitas pasan volando a nuestro lado, una ventisca dorada. A través de un portal veo una cocina en penumbra, cacerolas de cobre colgadas contra una pared blanca. Una mujer mira fijamente un fregadero, envuelta en vapor, con el pelo recogido en una complicada torrecilla.

Hace sesenta horas estaba comprando pañales en un supermercado Albertsons de Boise. Ahora estoy delante del espectro de lo que hace dos mil años supuestamente era un anfiteatro inundado de manera habitual por el emperador Augusto para que se representaran batallas navales. Vamos a mirar tiendas de ropa, una librería, intento imaginar la quilla de un trirreme imperial abriéndose paso por encima de nuestras cabezas.

Shauna pregunta: «¿Volvemos a casa?». Al principio me parece que se refiere a Idaho. Pero señala con un gesto detrás de nosotros, donde el espinazo verde que es el Janículo se arquea por encima de los tejados. Discurre a nuestros pies un río de hojas. Owen bosteza contra las correas del carrito. Henry succiona el chupete.

Cruzamos a la carrera una calle por la que pasan autobuses zumbando. Subimos las escaleras. No vemos gente gorda.

Los gemelos son fraternales. Henry tiene el pelo rubio con un toque blanco. Sus ojos son castaños tirando a miel. Tiene la piel pálida y un hoyuelo en la barbilla, y cuando alarga el brazo hacia algo abre mucho los ojos y se le fruncen los labios. Agita cosas de aquí para allá —una cuchara de plástico, un sonajero afelpado— para ver si hacen ruido. Cuando hay humedad en el aire, el pelo se le ahueca en lo alto de la cabeza y le aparecen bolitas anaranjadas de cerumen en los oídos.

Owen tiene el cabello más tupido, del color del nogal barnizado. Un instante no hay quien lo consuele y al siguiente come tarritos enteros de peras homogeneizadas y sonrío como loco. Se niega a dormir. Se despierta entre berridos a las tres de la madrugada; se despierta de una vez por todas a las cinco.

Shauna y yo tenemos debates llenos de digresiones y privados de sueño. ¿Por qué no duerme Owen? ¿Gases? ¿El jet lag? Tener un bebé es como meter en casa a un extranjero ruidoso y con dificultades para expresarse e intentar averiguar qué le gusta comer. Con Owen empezamos a creer que estamos pasando por algo evidente, una astilla, un sarpullido, una alergia, algún mal que unos padres experimentados diagnosticarían al instante.

—¿Sabes lo que creo que es? —comenta Shauna—. Entra demasiada luz por la ventana del dormitorio.

Así pues, diez minutos después del momento en que los niños deberían acostarse en nuestra cuarta noche en Roma, hago pedazos unas cajas de pañales, me encaramo al alféizar del segundo cuarto de baño, unos veinte metros por encima de la acera, y pego con cinta adhesiva trozos de cartón

desgarrado sobre los cuatro cristales. Shauna lleva la cuna de Owen por el pasillo, la mete en el baño y la encaja entre la bañera y el lavabo. Un dormitorio instantáneo. Cuando apagamos la luz, se queda completamente a oscuras.

—Igual ahora se duerme —digo, mientras le doy el biberón.

Se duerme. Nosotros no. Permanezco despierto y noto que la Tierra gira en su inmensidad bajo la cama.

¿Qué es Roma? Nubes. Campanas de iglesia. Los picotazos lejanos de los pájaros. Ayer en el Trastévere una chica con vestido negro estaba sentada en el borde de una fuente y escribía en una libreta encuadernada en cuero con una pluma de color azul intenso de dos palmos de largo.

Conocemos a algunos creadores becados de la Academia: una investigadora de épica latina llamada Maura, un abogado metido a compositor de nombre Harold, una pintora abstracta llamada Jackie. Muchos hablan italiano; algunos son latinistas, además. Rebecca estudia una serie concreta de suelos de mosaico; Jessica, un mapa de 1551. Jennifer investiga cómo se representaron los mitos troyanos en la pintura romana; Tony estudia las esculturas de terracota de Gian Lorenzo Bernini. Roma, por lo visto, despierta pasiones esotéricas: hay eruditos en escaleras, eruditos en ojos de cerraduras. Hace unos años un becario dedicó un año entero a estudiar un puñado de monedas medievales; otro pasó dos años investigando el desarrollo urbanístico de Parma entre 1150 y 1350.

Conocemos a los distintos porteros, Luca, Lorenzo, un expatriado americano de pelo entrecano llamado Norm. Llevo a Henry más allá de los estudios de la última planta hasta la azotea de la Academia, quizá unos veinte metros más alta que la terraza de nuestro apartamento, el lugar más elevado

del Janículo, lo bastante alto para ver la cruz de hierro que corona la Fontanone, lo bastante alto, según parece, para ver los confines del mundo. Es por la tarde y el viento se derrama sobre nosotros, y la ciudad entera semeja espectral, insustancial. Mientras observamos, dos nubes se desenganchan y surge por el hueco un abanico de sol que proyecta un halo naranja sobre las cúpulas, se estrella contra los laterales de los edificios de apartamentos, se abre paso a través de una masa de mármol blanco que me parece que es ese inmenso templo a la Italia unificada llamado monumento a Víctor Manuel II.

Todo está radiante. Los árboles lejanos se sacuden; las murallas distantes relucen. Las montañas en el horizonte se han iluminado cual farolas, escuetas y definidas, dejando paso a estribaciones aún más lejanas.

Todo vuelve a oscurecerse, las nubes unidas de nuevo, las montañas reducidas a su silueta, Roma se sume en las sombras.

Por las mañanas intento ir a trabajar temprano y enfilo a toda prisa el largo pasillo enmoquetado de rojo de la segunda planta de la Academia, pasando por delante de docenas de puertas cerradas. Tras ellas duermen investigadores invitados y becarios que no tienen hijos, Franco el pintor al óleo, John el arquitecto. Abro la puerta del estudio Tom Andrews y luego la enorme ventana. La *Historia natural* de Plinio, la guía de árboles y el libro sobre la guerra están encima de la mesa; dos lápices aguardan en el cajón. Unas cuantas notas para mi novela aletean encima de la cama plegable.

Empapelo una pared con fotos granuladas de ciudades bombardeadas. Saint-Lô. Dresde. Hamburgo. Leo acerca del ataque aliado sobre Alemania, bombas incendiarias, tormentas de fuego, infiernos tan hambrientos de oxígeno que succionaban árboles de la tierra y seres humanos a través de

paredes. Más allá de la barandilla, los vencejos revolotean de aquí para allá por el jardín. Abro un cuaderno, le saco punta a un lápiz. La pintura de los zócalos está desconchada; una araña se agazapa en su tela en un rincón del techo.

Hay mañanas que no paso de ahí.

Llevamos en Italia una semana cuando un coche mata a dos viandantes a cien metros escasos de nuestro portal. Tenemos las ventanas abiertas y estoy poniendo unos potitos a calentar en el microondas cuando oigo el golpetazo.

Es un ruido de esos que se sabe de inmediato que son malos. Suenan sirenas, más de lo habitual. Llevamos a los gemelos hasta la acera y vemos los camiones de bomberos, la ambulancia, al de la aseguradora tomando fotografías. Un pequeño Peugeot de alquiler se ha empotrado contra el ángulo de piedra de la Porta di San Pancrazio, el enorme arco al final de nuestra calle.

Los viandantes cruzaban un paso de cebra. Eran los padres de un niño de diez años, que caminaba con ellos. Conducía el Peugeot un turista americano de setenta y pico años. Tanto el turista como su esposa están hospitalizados, en estado de shock. Igual que el niño.

En la semana que llevamos aquí hemos cruzado con Henry y Owen esa intersección tres o cuatro veces al día. Ayer, en medio de una tormenta, Shauna y yo nos detuvimos con el carrito debajo de la Porta di San Pancrazio y consultamos el mapa mientras los coches pasaban alrededor salpicando agua.

Vas a Roma, alquilas un utilitario, diezmas una familia. Un instante, como otro cualquiera, pero en cualquier instante concreto todo puede cambiar. Es

evidente, tal vez, pero una cosa es creer que lo entiendo y otra estar en nuestra cocina y oírlo.

Toda la tarde tengo ganas de sacar a los niños de la sillita y protegerlos contra mi pecho. El sol se filtra a través de los olivos en el jardín, y la calle de los Cuatro Vientos, allí donde la panadería, cobra vida por efecto de las hojas que empuja el viento. Por la noche levanto a Owen en volandas y gritó: «Caníbal loco», y él chillaba cuando fingió darle bocados en el estómago.

Reinhold, un estudioso veneciano que investiga registros financieros con siglos de antigüedad en el estudio anexo al mío, tiene una barba plateada, un rostro amable hasta decir basta, y siempre viste de pana. Me dice, en inglés, que a veces vienen loros al jardín. «Tienes que levantarte temprano», dice. «No pierdas de vista la ventana.»

¿Loros? Los niños nos despiertan todos los días antes de que salga el sol; aún no me he perdido ni un solo amanecer. Me parece que la mayoría de los días nuestra pequeña familia está despierta antes que ninguna otra persona en la colina del Janículo. La ventana del estudio de Reinhold da al mismo seto del jardín trasero que la mía, pero no he visto ningún loro.

Aparecen folletos en los tablones de anuncios de la Academia, un viaje a Ostia Antica, una visita a lo que denominan la Cloaca Máxima. ¿Se supone que debo saber lo que son esas atracciones? Las listas para apuntarse están llenas de nombres de todos modos. Shauna y yo llevamos a los niños a una comida celebrada en la Academia, seis o siete mesas dispuestas en un rincón del patio. En torno a nosotros hay académicos, investigadores, una luminaria invitada con ropa de lino arrugada.

—... pero la ecología de los sistemas formales en los jardines italianos previene que...

—... hay que tener en cuenta la religiosidad pública...

—... naturalmente Piranesi es espectáculo en la misma medida que...

Oigo que alguien —un clasicista de California— en la mesa de atrás dice, con toda claridad:

—¿Aún no habéis estado en el arco de Ianus Quadrifrons?

Henry golpea la mesa con la cuchara; a Owen le resbala leche por la barbilla. Aquí parece que todo el rato nos estamos perdiendo cosas. Aún tengo que corregirme para no llamar «Partenón» al Panteón. Llevamos en Roma casi dos semanas y aún no hemos visto el Vaticano.

En cambio, forcejemos con nuestros hijos para meterles en la boca papilla de plátano. Esperamos diez minutos delante del despacho para preguntarle a Pina, la directora adjunta de operaciones de la Academia, si sabe de alguna tienda en la ciudad donde comprar protectores para la cuna.

Por la noche Roma estalla, brama, campanillea. Alarmas de vehículos, el cambio de vía de un tren lejano, coches Fiat que renquean; a las dos de la madrugada alguien prende una ristra de petardos. A las tres el camión de la basura rechina calle arriba, vuelve del revés los contenedores delante de nuestra verja de entrada y los deja caer de nuevo sobre el asfalto.

Además, nuestro edificio canaliza el ruido de una manera extraña: una pata de silla que chirría en el apartamento de arriba, un portazo en el de abajo, la risa de una chica con absoluta claridad a través de la pared detrás del cabecero de nuestra cama. Incluso cuando los gemelos duermen tranquilamente me incorporo sobresaltado pensando que los he oído despertarse.

Zarandeo a Shauna por el hombro:

—¿Están llorando? ¿Cuál es?

Emite un gruñido. Sigue durmiendo.

Cuando llegaron los niños a casa del hospital, hace seis meses, había que darles de mamar cada tres horas; a las tres, las seis, las nueve, mediodía, las tres, las seis, las nueve, medianoche. Se lo tomaban con calma y Shauna se pasaba ocho horas al día dándoles el pecho. Owen tenía reflujo ácido y tomaba unas gotitas de Zantac cada pocas horas. Henry tenía que estar conectado para controlar la apnea a un monitor del tamaño de un reproductor de vídeo que pitaba como un detector de humo cada vez que había una pausa en su respiración o se le desprendía del pecho el adhesivo de un diodo. El médico nos aconsejó que le pusiéramos cafeína en la leche.

Una o dos veces por noche, durante aquellas primeras semanas como padre, me estaba sumiendo en algo parecido al sueño cuando el monitor de Henry empezaba a pitar con gran estruendo. El perro se refugiaba tembloroso en un rincón, Shauna se incorporaba de un brinco y yo me levantaba dando traspiés, pensando: «Ha dejado de respirar, ha dejado de respirar», solo para encontrarme a Henry profundamente dormido y un diodo suelto pegado al interior del pijama.

Después de un mes o así llegamos al punto de que no recordábamos a cuál le habíamos cambiado el pañal, a cuál le habíamos dado tal medicamento o ni tan solo qué día era. Había noches en las que Owen lloraba del anochecer al amanecer. Había noches en las que habíamos preparado tantos biberones, habíamos cambiado tantos pañales y habíamos permanecido despiertos tantas horas consecutivas que los rituales parecían algo consagrado. Estaba vigilando a Henry con los ojos secos mientras él contemplaba el techo a las tres o las cuatro de la madrugada, y en algo parecido a un ensueño me parecía tan sabio y sensato que se transformaba en el trasunto de un antiguo filósofo.

No lloraba nunca, ni siquiera cuando sonaba su alarma. Arropado en su moisés, con cables asomando por la parte inferior y el monitor emitiendo

destellos verdes verdes verdes, su cuerpo entero de dos kilos, inmóvil salvo por los párpados, parecía entender todo lo que yo me esforzaba tanto por comprender: el amor de su madre, los lloros incesantes de su hermano; ya me estaba perdonando mis deficiencias como padre; era la destilación de una docena de generaciones, el abuelo del abuelo de mi abuelo, todas acendradas en una sola llama depositada aún candente en el interior de la fina funda de sus costillas. Lo llevaba en brazos a la ventana y se quedaba mirando la noche, las ramificaciones azules de sus venas latiéndole en el cuello, los grandes párpados cerrándosele de vez en cuando, y yo tenía la sensación de que se desprendían las amarras, y los dos ascendíamos con suavidad, a través del cristal, a través de los árboles, a través de las capas entreveradas de la atmósfera, hacia aquello que hubiera más allá del cielo.

En ocasiones me encontraba lo bastante lúcido para pensar: «Esto no es normal. No debería estar intentando escribir un libro en este momento».

Para el verano, cuando ya tenían tres o cuatro meses, los niños empezaron a dormir mejor por la noche. Cuatro horas. A veces cinco. Hubo incluso un par de ocasiones aterradoras en las que ambos durmieron seis horas seguidas sin despertarse. Pero para entonces era demasiado tarde. Tantas noches sin dormir habían averiado un giroscopio pequeño y endeble en el interior de mi cabeza, y el mundo descansado me había abandonado.

Permanecía despierto y en el reloj de la mesilla de noche iban cambiando los minutos, clic, respiración, clic, respiración, y la luna trepaba por los cristales de las ventanas. Me preocupaba por que los niños se estuvieran asfixiando con las sábanas, me preocupaba por la publicación inminente de mi segundo libro, me preocupaba por septiembre y el traslado a Roma. Me preocupaba por estar preocupándome más de la cuenta. Probé con sedantes, ejercicio, alcohol. Probé a pensar la misma palabra una y otra vez, azul azul azul azul azul, lluvia lluvia lluvia lluvia lluvia. Shauna se ocupaba de los dos

niños toda la noche, ofreciéndose, como acostumbrábamos a decir, a tirarse bajo las ruedas del autobús, pero aun así seguía despierto, con las almohadas cubriéndome los oídos, el corazón palpitando estruendoso.

La única manera de dormirse consiste en dejar de intentar dormirse. El sueño es un horizonte: cuanto más fuerte remas hacia él, más se aleja.

Ahora nos hemos mudado a Roma, mi segundo libro se acaba de publicar, y está ocurriendo de nuevo. Me quedo mirando el techo, remo hacia el horizonte, oigo lo que estoy convencido de que es un niño que llora. Cruzo el pasillo de puntillas en la oscuridad y escucho delante de sus puertas. Nada. Imaginaciones. Fantasmas.

Nuestra primera tormenta: los relámpagos azotan las cúpulas de las iglesias. El granizo repiquetea contra la terraza. A primera hora de la mañana el aire está más lustroso y puro de lo que nunca lo he visto. El amanecer reptá por los jardines, arranca diminutas sombras a las briznas de hierba, se escurre por las agujas de los pinos piñoneros. Las antiguas murallas parecen recién lavadas, casi nuevas: un millar de matices moteados de bronce, tapices colgantes de hiedra, brillantes marañas de alcaparras.

Paseamos hasta el Vaticano. Está más cerca de lo que esperábamos, quizá unos quinientos metros siguiendo la falda del Janículo, pasando por delante de una enorme estatua ecuestre del patriota del siglo XIX Giuseppe Garibaldi, por delante de docenas de bustos de piedra de los lugartenientes de Garibaldi, por delante de un hospital infantil. Descendemos por una calle empinada, pasamos por debajo de un arco, rodeamos unos restaurantes con contraventanas. De pronto nos topamos con San Pedro y su enorme piazza: los dos pasajes idénticos de una columnata, con un círculo de santos montando guardia en torno a la circunferencia, un imponente obelisco en el

centro mismo que proyecta una sombra rematada en punta sobre un puñado de turistas. Los niños están callados, con los ojos como platos. Unas fuentes idénticas lanzan espuma y gorgotean. Noto que me quedo sin aliento, una marejada de sensaciones distintas: el fragor del espacio; los haces de sol que se abren paso entre la calima; la inmensa cúpula de la iglesia que casi parece flotar sobre la fachada. Parece que, ante nuestros ojos, la basílica se expande, crece, suma otra capa más. País, continente: la piazza es una pradera, la iglesia una cadena montañosa. Y la ciudad se apiña toda alrededor, jadeante, atestada, sulfurada.

Esa noche cenamos tortellini en la terraza, aturdidos. Henry se me duerme en los brazos. El cielo atraviesa una secuencia de azules cada vez más oscuros.

¿Esto es Roma? ¿O un sueño?

Las farolas se encienden con un parpadeo. A una manzana de aquí, la Fontanone brama sobre la ciudad. Mientras acuesto a Henry en su cuna, una campana solitaria, en algún lugar del otro lado de la ventana, empieza a tañer.

Entrevistamos a una canguro. Hemos encontrado su número de teléfono en wantedinrome.com. «Filipina, canguro con experiencia y referencias, hablo inglés e italiano, busco un trabajo de tarde.» Llama con suavidad a la puerta y se descalza antes de entrar. Se llama Tacy. Tiene un hijo de catorce años, que sigue en Filipinas. Hace dos años que no lo ve. Sus calcetines son azul marino. En menos de un minuto se nos han agotado las preguntas. Está sentada en el borde del sofá y sostiene el vaso de agua con las dos manos. ¿Qué más se supone que debemos preguntar?

—Necesitamos dos o tres tardes por semana —dice Shauna—. Y una

noche de vez en cuando. Nos gustaría ver algunas cosas en la ciudad. Aún no hemos podido ir al Coliseo.

Tacy tampoco ha ido al Coliseo. Lleva dos años trabajando en Roma, le cambiaba los pañales a un anciano que al final ha muerto. Le gusta comprar objetos de plata en los mercadillos. Le gusta leer. Su chaqueta de cuero huele ligeramente a tabaco. Antes de venir aquí era representante farmacéutica en Filipinas, viajaba de isla en isla. Ya entonces tenía que dejar constantemente a su hijo.

—¿Te resultó difícil venir? —pregunto.

—Unos quince minutos en autobús. No vivo lejos.

No, siento deseos de aclarar, me refiero a si te resultó difícil dejar tu hogar, dejar a tu hijo, pero Shauna me lanza una mirada. Así pues, acompaño a Tacy por el pasillo, pasando de puntillas por delante de las puertas cerradas, los niños están dormidos.

Se pone los zapatos y señala la puerta de Owen.

—¿Puedo verlo?

—Es un cuarto de baño. —Me encojo de hombros—. Hay menos luz.

Nos quedamos inclinados sobre la cuna en la penumbra. Owen duerme boca abajo, con el lavabo a un lado, la bañera al otro. Su espalda asciende y desciende. El ventilador runrunea.

—Espero conseguir este trabajo —susurra.

—Yo también —digo.

En el estudio Tom Andrews intento investigar la ocupación alemana, insuflar vida a mis personajes, trasladarme con la imaginación a la ladera de una colina en Normandía, pero tengo el cerebro cansado, noto arena en los ojos.

Las palabras sueltan amarras de sus ubicaciones sobre la página y van a la deriva, viran, se desplazan hacia los márgenes.

Supuestamente, mientras trabajaba en los cálculos cruciales de su teoría general de la relatividad, Einstein dormía diez horas todas las noches. Yo me esfuerzo por dormir cinco. Hay un titular en el periódico: «¿Destruyen el matrimonio y los hijos la creatividad del hombre?». Dos terceras partes de los «grandes» científicos, según un psicólogo evolucionista de Nueva Zelanda, realizaron sus aportaciones más importantes a la ciencia antes de los treinta y cinco años, y antes de tener familia.^[4] Qué maravilla. El propio Einstein lo dice: «Una persona que no haya hecho su gran aportación a la ciencia antes de los treinta nunca la hará».^[5] Me pregunto si todo eso será cierto en el caso de los escritores.

Tengo treinta y un años. Coleridge dijo lo siguiente, cuando cumplió treinta y dos: «Ayer fue mi cumpleaños. Ha transcurrido un año entero, con los frutos de apenas un mes. Qué pena y qué vergüenza: ¡no he hecho nada!».

No he terminado ni un solo relato desde que nacieron los niños. Quiero escribir sobre el papel que jugó la radio en la resistencia francesa, pero no sé francés, nunca he manejado una radio antigua y no alcanzo a imaginar cómo hablaría un francés en 1940 o qué llevaría en los bolsillos siquiera. Cuando miro ejemplares de mis dos primeros libros, incluso de la novela que publiqué el mes pasado, se me antojan objetos extraños y reticentes; tengo la misma sensación que si los párrafos los hubiera escrito un hermano perdido, un hermano con mucho más tiempo a su disposición.

Y ahora está Roma, que empieza a filtrarse en todo, inundando mis cuadernos: los palacios de ensueño, la luz alucinatoria. «Aquí no me canso nunca de las nubes —he escrito al inicio de una hoja de papel—, con la luz derramándose por encima de sus hombros.»

O esto: «Por una ventana en Monteverde: un cazo humea encima de un tajo

de carnicero».

Ayer garabateé lo siguiente: «Cruzando el ponte Sisto, sobre el Tíber, el aire se llena de hebras relucientes. Muevo las manos, entorno los ojos. ¿Se está separando la propia luz? Por unos instantes me quedo mirando mientras los bebés se retuercen en la sillita. Entonces caigo en la cuenta: son telas de araña, con una diminuta araña colgando de cada una, todas descendiendo en globo río abajo».

Aquí cada vez que me doy la vuelta presencio un milagro: la glicinia que asciende por los muros; los trozos de cielo que asoman a través de los arcos de un campanario; el agua que mana sin cesar de los caños de un barco de mármol medio hundido en la piazza di Spagna. El suelo de una iglesia parece suave como la piel; el pellejo de una bola de mozzarella tiene un sabor lo bastante intenso como para cambiarme la vida. Tendría que estar leyendo acerca de Vichy, los colaboradores y los miembros de la resistencia, la rémora de la ocupación militar. En cambio, me siento en el estudio, abro la *Historia natural* de Plinio el Viejo por primera vez y leo pasajes al azar. «Cuando el derrumbe de un edificio es inminente —escribe—, los ratones se escabullen de antemano, y las arañas con sus telas son las primeras en caer.»^[6] Paso unos cientos de páginas: «Los atletas cuando están decaídos se revitalizan haciendo el amor —asegura—, y la voz pierde su ronquera y aspereza. Las relaciones sexuales curan el dolor de las zonas inferiores, los problemas de vista, la incapacidad mental y la depresión».^[7]

¿Cómo puede competir con este tío la ficción? Llevo un cuaderno a la azotea de la Academia y procuro explicar únicamente el aspecto de las piedras, los azules lejanos de los montes Albanos, las líneas del paisaje.

La mirada se dilata y va a la deriva; el ojo es insaciable. El cerebro se anega.

Entrevistamos a otra canguro, una chica australiana que dice que está en Roma para «salir de fiesta». Luego contratamos a Tacy. Llega la tarde siguiente y dice que se ocupará de los niños tantas horas como nos hagan falta. Shauna y yo bajamos a la ciudad aferrados a la dirección de una tienda infantil. Caminamos kilómetros, nos perdemos dos veces. Subimos por una arteria llamada via Nazionale, con infinidad de tiendas de camisas de seda y zapatos, escaleras que se zambullen a nuestra derecha, un maniquí tras otro posando en los escaparates. Emanan energía del tráfico, de las aceras; es como si estuviéramos palpitando en el interior de una célula viva, con mitocondrias deambulando, iones cargados rebotando contra membranas, todo en continuo reordenamiento.

Aquí hay un par de leones de piedra con las patas cruzadas; ahí un gitano que duerme sobre un recuadro de cartón. Por la garganta blanca de una calle una iglesia flota en lo alto de unas escaleras. Una limusina aminora la velocidad a nuestro lado, una mano enguantada lleva el volante, hay encaje rojo en el asiento trasero, un gato siamés en la repisa de la luna trasera. Delante de un hotel, un hombre con una cámara de fuelle montada en un trípode dispara el flash.

¡Qué antiguo parece todo! ¡Y qué nuevo! Pasan siglos en ráfagas cual destellos, generaciones surcan las calles en tromba cual mareas, ancianas, cochecitos de niño, césares, papas, Mussolini: el tiempo es un llamativo pañuelo que pasa ondeando ante nuestros ojos, columnas que se alzan y se desmoronan, templos que se levantan y quedan reducidos a polvo y se vuelven a levantar.

Compartimos una porción de pizza con *funghi* tan sabrosa que tenemos que cerrar los ojos: el aceite de la masa sabe a sol y viento; luego está el queso salado, y el sabor a las profundidades del bosque de las setas ostra.

Ha oscurecido cuando encontramos la tienda infantil. Todo es muy bonito y muy caro. Tienen una mochilita para llevar bebés y un parque. Gastamos demasiado en ambos, los sacamos a la calle y tomamos un taxi para volver a casa.

La piazza Venezia traquetea hacia nosotros a la izquierda, el eje de Roma, sin semáforos, los autobuses se arremolinan en torno a los viandantes, un policía encima de un pedestal lo orquesta todo con guantes blancos. Las altísimas cornisas de mármol del monumento a Víctor Manuel II —el Vittoriano, Altar de la Patria, una colosal cascada de plataformas de mármol — penden amenazadoras sobre nosotros, diez toneladas de piedra *botticino*. Cincuenta o sesenta gaviotas vuelan a lomos del viento sobre los carros del tejado, a noventa metros de la calle. Describen lentos círculos en los reflectores, sin bajar las alas en ningún momento. Espectros o ángeles.

No nos damos cuenta hasta que estamos de vuelta en el edificio de apartamentos, montados en el ascensor, de que solo conocemos el nombre de pila de Tacy y su número de móvil.

La caja de la escalera está oscura. La puerta del apartamento está cerrada. El corazón se me desintegra en el pecho. No volveremos a ver nunca a nuestros hijos. Tendré que hablar con capitanes de policía indiferentes; tendré que aprender cómo se dice en italiano «secuestro». Llevaré en el bolsillo el chupete de Henry durante el resto de mi vida anémica y destrozada. Tendré que decirle a mi madre: «Bueno, la encontré en internet...».

Shauna introduce la llave en la cerradura. Avanzamos con sigilo por el pasillo. Los niños están sentados en una manta en el suelo con sus juguetes. Nos sonríen. Tacy sonrío. Todo —la mesita redonda, las encimeras, los biberones junto al fregadero— está limpio.

Octubre va pasando. Hemos vivido en Italia casi un mes. En el Palazzo Senatorio, un palacio del siglo XII en el Campidoglio, justo al lado del Vittoriano, seiscientos dignatarios se ponen en pie con sus trajes oscuros y se escuchan mutuamente aprobar la Constitución de la Unión Europea. Hay cinco mil miembros de seguridad; dos tráileres cargados de flores. Por la tarde dos largos BMW enfilan a toda velocidad la calle a nuestro lado, cada uno escoltado por tres coches de policía, con las sirenas puestas, los cristales tintados destellando a su paso.

Pompa, poder, importancia. Tomo asiento en el estudio Tom Andrews y leo un capítulo tras otro de la *Historia natural* de Plinio. Es mitad genio, mitad lunático. Es como si Borges hubiera reescrito a Aristóteles, hubiese añadido un poco de Thoreau y se lo hubiera enviado por correo aéreo a Calvino para que lo revisara.

Plinio el Viejo nació en el 23 d. C.; se convirtió en oficial de caballería y luego en comandante de todo un ejército. Era fondón, le gustaban las termas y apenas dormía. A los treinta y seis años, había completado tres obras: un tratado acerca de cómo arrojar la lanza a caballo, una biografía de un amigo y una historia de las guerras germánicas en veinte volúmenes. Pero la *Historia natural* fue su obra magna y el único de sus trabajos que ha perdurado. La terminó en el 77 d. C., consta de treinta y siete libros independientes y lo aborda todo, desde la geografía a la cristalografía, pasando por la capacidad de las hienas para cambiar espontáneamente de sexo. Su tema es el universo, desde las estrellas hasta los pólipos, y a fin de cuentas lo que ofrece la *Historia natural* es un panorama de un mundo antiguo rebotante de mitos e informaciones erróneas, pero también elegante, ordenado y profundamente hermoso.

Cuantas más páginas paso, mejor aprecio una dulzura entrañable en Plinio; es tan curioso, tan apasionado. «La delicadeza natural del elefante hacia

aquellos que no son tan fuertes como él —escribe— es tan inmensa que si se ve rodeado por un rebaño de ovejas, aparta con la trompa a las que se cruzan en su camino para no aplastar alguna sin darse cuenta.»[8]

Más adelante se maravilla: «¿Dónde halló la naturaleza sitio en una pulga para todos los sentidos?». [9]

Bajo a la biblioteca de la Academia, busco la *Historia natural* completa, traducida y en versión íntegra, y saco en préstamo tantos volúmenes como soy capaz de llevarme.

Para Halloween disfrazamos a los niños de león y perro, y los llevamos a la piazza Navona, un óvalo alargado en el centro de la ciudad, atestado de cafés y fuentes. Las calles son remolinos de luces. Las sombras oscilan y parpadean como llamas de vela; los laterales de las casas, iluminados por el sol, arden como ascuas. Los cuervos (todos negros como los cuervos americanos, solo que los italianos tienen manchas grises en el lomo, como si llevaran un jersey anudado al cuello) dan saltitos por la piazza y hurgan en la basura zarandeada por el viento. Por todo el centro histórico, aunque estamos a 27 grados, los romanos lucen chaquetas de cuero. Nos sentamos en unas escaleras delante de un apartamento; Shauna abre la mochila y prepara los dos últimos biberones de leche en polvo americana. Las contraventanas golpetean y el ruido de motores de la ciudad ahoga todo lo demás.

Durante toda la semana procuro dejar de lado a Plinio y enredar con retazos de mi novela. Dedico media hora a cambiar el nombre de un personaje en cuatro páginas de texto, luego culmino la hora cambiándolo de nuevo a su nombre original. Cada mañana que pasa me parece más densa la capa de

hielo que se ha formado sobre mi borrador, mi entusiasmo más medroso. La realidad subsume la ficción; ¿cómo puedo escribir sobre Francia en la década de 1940 cuando las incontables facetas de Roma (en nuestro 2004, en el 77 de Plinio) se enjambran a mi alrededor? La frágil corteza del presente se fractura; se me hunden los pies en las arenas movedizas de la Antigüedad.

Para mediodía vuelvo a estar leyendo a Plinio. Se menosprecia; está escudriñando cosas a las que ningún autor romano anterior había prestado mucha atención: ciempiés, piñas de pino, cuervos. En su mundo los cometas, eclipses, truenos, pájaros, peces, arañas, higueras, manantiales, estornudos y tropiezos auguran acontecimientos;^[10] la miel sale del aire, las mariposas nacen del rocío, las grullas se reúnen con asiduidad para celebrar simposios^[11] y los topos que abren túneles bajo las casas pueden entender lo que se dice encima de sus cabezas.^[12] Los relámpagos provocan somnolencia a los siluros,^[13] los caballos revientan si se les obliga a cabalgar sobre rastros de lobo y los delfines «responden al nombre de Chato y les gusta más que cualquier otro».^[14]

Pero Plinio también puede ser dulce, perfectamente astuto. «Las ballenas —escribe— tienen la boca en la frente y por tanto cuando nadan por la superficie del agua lanzan nubes de espuma al aire.»^[15] Entiende que la Tierra es esférica; rastrea minuciosamente cómo la luz del día varía con la latitud. Y mil quinientos años antes de la invención del microscopio se las arregla para hacer algunas observaciones sublimes sobre los insectos, las abejas en particular.

Leída de cierta manera, la *Historia natural* es ridícula, está llena de suposiciones erróneas y mitología en desuso. Leída de otro modo, es una ventana a la manera romana de entender el mundo hace dos milenios. Leída de otra manera, es un homenaje al asombro mismo.

Durante los últimos dieciséis años, más o menos todos los días, he escrito a lápiz una entrada de diario en un cuaderno de espiral. Es un campo de prácticas, una bicicleta de ejercicio; escribo para intentar mantener la forma como escritor. En Boise, casi todas las mañanas, me siento delante de una página en blanco y genero un párrafo, luego empiezo a escribir ficción. Durante este primer mes en Italia, me siento, pasan dos horas sin darme cuenta y he llenado cinco páginas.

Escribo en mis cuadernos, cambio pañales, compro comida, frío panceta con un niño colgado en la mochilita a la espalda. Hago una entrevista telefónica con *The Washington Post* con un bebé sujeto al pecho. Para cuando bañamos a los niños, forcejamos con ellos para ponerles el pijama y los acostamos en sus cunas, suelen ser las siete y media o las ocho. Preparamos la cena. Leemos. Nos acostamos. Veinte minutos después Shauna está dormida. Yo no. Leo en la red acerca de sarpullidos provocados por las babas, intento descifrar los ingredientes de la leche en polvo italiana. *Idrolisato di caseina. Minerali enzimatici*. ¿Son sustancias adecuadas para un bebé?

Entro y salgo de la terraza, pruebo a dibujar árboles en un cuaderno. En la página web de la Fundación Nacional para el Sueño leo: «A la larga, las consecuencias clínicas de la privación de sueño están asociadas a numerosas enfermedades médicas de gravedad, incluidas... hipertensión, ataque cardíaco, infarto, ictus, problemas psiquiátricos, deterioro mental y baja calidad de vida».[16]

Un ramo de margaritas, atadas con un lazo negro y apoyadas en la esquina de la Porta di San Pancrazio, se ha marchitado y ha caído sobre la acera. Recojo

el ramo y lo vuelvo a poner contra la piedra, pero se cae otra vez, y me preocupa que los conductores de los coches que pasan a toda velocidad por allí crean que estoy siendo poco respetuoso, conque le quito el freno a la sillita y me apresuro a casa con la leche.

San Pancracio: tenía catorce años cuando fue martirizado. Su cometido en el cielo es vengarse de los perjuros.

Es 2 de noviembre, día de las elecciones en Estados Unidos. En torno a mediodía, una súbita ráfaga de viento cierra la puerta de mi estudio y oigo cómo el letrerito enmarcado (ESTUDIO TOM ANDREWS, BECARIO, ACADEMIA AMERICANA DE ROMA, 2000) se hace pedazos contra las baldosas en el pasillo. Abro la puerta y amonto los fragmentos de cristal en la papelera pensando: «Un augurio». Plinio me susurra al oído: «Días distintos emiten veredicto sobre hombres distintos y solo el último día un veredicto final sobre todos los hombres; y por consiguiente, en ningún día hay que confiar».[17]

Una hora después mi editor me envía un correo para decirme que *The New York Times* va a publicar el domingo una reseña poco entusiasta de mi última novela que incluye la frase: «El interés de Doerr por la naturaleza es tan obsesivo que la ecuación entera del hombre en la naturaleza queda firmemente sesgada a favor de esta, dando lugar a una ficción de belleza arrebatadora pero de una naturaleza curiosamente fría y de escaso interés, como si estuviera embalsamada en su propio estilo lustroso».[18]

Estupendo. «Embalsamar: preparar un cadáver para que no se descomponga, en origen con especias, ahora por lo general por medio de la inyección arterial de una sustancia conservante.» Subo dando traspiés las escaleras, entro en el apartamento y me quedo un rato de pie ante el retrete, esperando a que algo se me pase.

Aun así, después de que los niños se duermen, después de cenar, me las apaño para lograr algo parecido a dormirme. Sueño con caballeros y

camiseros, y un psicólogo que repiquetea con un bolígrafo blanco contra una libreta roja. En torno a las cinco de la madrugada Shauna me despierta para decirme que George W. Bush ha ganado en Ohio y Florida, y será presidente de Estados Unidos cuatro años más.

Diez minutos después los niños están llorando. Los paseamos de aquí para allá por el apartamento y les damos leche. Henry me agarra el dedo índice y no lo suelta. Un sarpullido en torno al cuello de Owen se le ha extendido hasta el esternón y ahora le cubre el pecho, rosado e irritado.

—Augurios —le digo a Shauna—. ¿No tienes la sensación de que todo va a acabar mal?

Henry se tranquiliza. La tetina del biberón de Owen se desprende y la leche le empapa el pijama. Empieza a llorar otra vez.

—No todo —responde Shauna.

Las hojas de los plátanos resbalan por el suelo como páginas de algún manuscrito antiguo y desconocido. En una *latteria* cerca del Panteón compramos un kilo de *parmigiano* por catorce euros. El propietario, con su bata blanca, un científico del queso, nos corta una cuña de una rueda del tamaño de un neumático de repuesto. Dieciséis litros de leche, nos dice, han ido a parar a ese kilo. Lo envuelve en celofán y papel encerado. Lo dejamos en el frigorífico y refulge, surcado de cristales como un trozo de mineral de fábula. Sabe a nuez moscada, salmuera y nata; comemos porciones como si fuera una tarta.

Una vez leí que el botánico Carlos Linneo sabía la hora del día observando cuándo se abrían y se cerraban en su jardín ciertas flores. Miro por la ventana del estudio, más allá del tronco del pino piñonero. ¿Cómo consigue alguien involucrarse tanto en el mundo?

Reinhold me toma el pelo con lo de los loros, estoy seguro.

A mediados de noviembre por fin conseguimos poner nuestros nombres en las sobrecargadas hojas de inscripción de la Academia. Dejamos a los niños con Tacy. Desde un patio en Campo Marzio, un barrio cerca del Panteón, un compositor llamado Lee Hyla lleva a una docena de becarios de la Academia hasta un sótano estrecho que gotea y huele a moho. Nos turnamos de tres en tres para contemplar desde un andamio de arqueólogo un pedazo de tierra húmeda unos cinco metros más abajo. En un espacio del tamaño de un dormitorio pequeño, debajo de una película de agua, se aprecia un fragmento de un reloj de sol de dos mil años de antigüedad: huellas en una piazza que antaño tenía cien metros de anchura.

Es el Orologio de Augusto, según nos dice Lee. El reloj de sol estaba orientado de modo que la sombra de un obelisco —trasladado mucho tiempo atrás a otra parte de la ciudad, la piazza di Montecitorio— se proyectara sobre la hora, el día y el mes. Las marcas horarias eran barras de bronce incrustadas en el pavimento, y el obelisco, como prácticamente todos los obeliscos de Roma, lo habían robado de África y traído en barcaza por el Mediterráneo.

Piensa en ese reloj de sol, todo ese bronce ardiendo al sol. Piensa en esas barcas, con una aguja de granito de ciento setenta toneladas dispuesta de proa a popa, meciéndose en el mar.

Según descubro, ese parece ser el *quid* de la Academia Americana: un compositor de jazz expresionista de Boston aficionado a la observación de aves nos ilustra acerca de los relojes de sol de los emperadores. Permanezco despierto leyendo sobre obeliscos, el obelisco de Ramsés, el obelisco de Psamético II. La historia subyace en esta ciudad como un extenso y complicado almacén. Bajo las líneas del tranvía fueron acuchillados

emperadores. Las ovejas pastaban bajo los supermercados. Los trece obeliscos de Roma han sido derribados y vueltos a erigir y trasladados de aquí para allá tantas veces que superponer un mapa de sus anteriores ubicaciones a un mapa de las actuales es evocar un dibujo sombreado en miniatura de la memoria entera de la ciudad, una historia de poder y vanidad como un laberinto estampado bajo las calles.

Deambulo por la biblioteca y leo acerca de Gian Lorenzo Bernini, el escultor, pintor y arquitecto del siglo XVII que a los diez años fue requerido ante la presencia de Pablo V para hacer un retrato (el Papa le pidió a Bernini que dibujara a san Pablo y, al ver el resultado, declaró que el chico sería «el Miguel Ángel de su época»); al que ya le habían encargado que tallara bustos de mármol a los doce; que esculpió el barco de piedra con caños en la piazza di Spagna; que fue el artista más célebre de su época. Que era capaz de escudriñar los acantilados blancos de una cantera de mármol y ver, atrapado en el interior de un bloque de piedra, el antebrazo de Neptuno, pongamos por caso, o un rizo del cabello de Perséfone.

Descubro que prefiero al recalcitrante rival de Bernini, un ex alumno llamado Francesco Borromini, hijo de cantero, introvertido, suicida, dueño de un talento abrumador. Bernini es pulcro, urbano, está enamorado del cuerpo humano; Borromini es delicado, extravagante, está más interesado en la geometría pura. La iglesia de San Carlos de Borromini en las Cuatro Fuentes es un templo de bolsillo en una intersección ennegrecida por los gases de escape, a kilómetro y medio o así de nuestro apartamento: el interior está despojado de adornos; hay hexágonos, octógonos y cruces plantados en la cúpula; la luz alivia cualquier peso. Al acceder tienes la sensación de salir flotando de los zapatos.

En la piazza Navona, el cuarteto de Bernini de húmedos y musculosos dioses fluviales, con dedos más gruesos que mi muñeca, se mantiene en equilibrio en el borde de su fuente a veinte metros escasos al este de la iglesia de Santa Inés de Borromini: es un duelo arquitectónico de trescientos cincuenta años de antigüedad. Bernini era teatral, inteligente, y estaba bien relacionado con el entorno; tenía once hijos y una confesa «inclinación hacia el placer». Murió rico. Borromini era difícil, agresivo, y nunca acabó de gozar de la aceptación del papado. Cuando se suicidó en 1667, estaba prácticamente arruinado.

Pero en Roma, según estoy averiguando, prácticamente todo está dispuesto en oposición a otra cosa: no solo sus arquitectos barrocos más famosos, sino sus gemelos fundadores, las criptas bajo las iglesias, las casuchas junto a sus *palazzi*, los imperios dentro de los imperios. Las callejuelas se empinan, serpentean y escupen sus adoquines como grandes molares negros. Una misma calle se llama via Carini una manzana y la siguiente via Barilli. F. Torre se convierte en A. Colautti. Hacia la mitad de la ladera de una colina, Perotti se transforma en Marino. Paseamos por la calle de la luz, la calle de las flores, la calle de los fabricantes de ballestas. Levanto la mirada y caigo en la cuenta de que ya había estado aquí. Aun así, estoy perdido. Tres monjas en un Jetta esperan a que crucemos y observan la sillita doble con aire amable.

—Creo que hay que ir a la izquierda por aquí —digo al tiempo que despliego el mapa, y Shauna, negando con la cabeza, nos lleva hacia la derecha, camino de casa.

Tenemos días así: de vuelta a casa del supermercado, con veinte kilos de comestibles en un carrito, piso de lleno una mierda de perro bien grande. Treinta minutos después a Shauna se le cae un tarro de mostaza que explota en el suelo de la cocina y esparce cientos de astillas de cristal empapadas en

mostaza por las baldosas. Hay que cambiar a Henry, Owen se ha despertado una hora más temprano, hay que lavar todo un fregadero lleno de biberones y volver a meter en las cajas de cartón cuatro docenas de juguetes.

Cuando oscurece me siento en el borde de la bañera en el cuarto de baño de Owen convertido en dormitorio y le doy el biberón antes de dormir. Suspira; se le pone la mirada soñolienta. Apoyo el dedo del pie en la base de la cuna y de pronto toda la barandilla se desmorona y caen tablillas de madera por todas partes. Paso media hora con el Super Glue mientras Shauna hace juegos malabares con los dos niños, y al final la cuna queda recompuesta y acostamos a nuestro hijo, y me paso toda la noche despierto esperando oír como se hace astillas.

Luego tenemos días así: voy empujando el carrito cuando veo una rosa amarilla, oronda e inmaculada, que florece diez metros por encima de la calle sobre la muralla Aureliana. La luna corona la perfecta torre del reloj de Borromini en via dei Filippinni; en la plaza de San Pedro (que en realidad es una elipse) me siento entre los troncos que son los pilares de la columnata de Bernini y escribo en mi cuaderno bajo franjas de cielo color púrpura.

Preparamos hamburguesas de ternera. Hacemos una sopa de tomate desastrosamente rica y le añadimos un cuarto de kilo de parmesano rallado. Bebemos botellas de chianti de cuatro dólares. Compramos yogur con sabor a limón en tarritos en forma de campana que venden en una lechería calle abajo y damos a los niños brillantes cucharadas blancas.

Anoto mi nombre en otra hoja de inscripción. Esta vez Shauna se queda en casa mientras yo subo con otros becarios de la Academia la escalera de caracol en el interior de la columna de Trajano, privilegio este que requiere un *permesso*, meses de correspondencia minuciosamente redactada, y una llave gigante de latón. La columna se alza cerca del Vittoriano y consta de veinte ruedas de mármol, cada una de unas cuarenta toneladas, apiladas unas

sobre otras hasta alcanzar los treinta metros y talladas por fuera con un friso en espiral de doscientos metros que representa las diversas hazañas del emperador Trajano: Trajano arengando a las tropas, enemigos que huyen de los pueblos, fortificaciones que son alegremente construidas. Es su historia ratificada, su cartelera política, su memoria pública. Terremotos, huracanes, media docena de ocupaciones militares: en 1.893 años, nada la ha derribado.

Otro monumento al ego que, con el tiempo, se ha convertido en un monumento a la pericia y el asombro mismo, como los obeliscos, el reloj de sol de Augusto o los arcos de triunfo que distinguen el Foro. A mis ojos no evoca tanto una imagen de Trajano como la del desplazamiento de todo ese mármol de Carrara: ochocientas toneladas, transportadas en barco siguiendo media costa de Italia, traídas en barcaza por el Tíber, acarreadas a través de calles atestadas y palpitantes, los caballos en tensión, las sogas tirantes.

Se abre una pequeña puerta en la base de la columna; cinco o seis personas nos agachamos para entrar. Subimos uno tras otro hacia una diminuta barandilla en lo alto. Ciento ochenta y cinco peldaños. Huele a piedra caliza fría y moho. Por los diminutos tragaluces, uno cada cuarto de vuelta, solo se ve cielo. Hay inscripciones cuatro veces más antiguas que el graffiti en Estados Unidos. Y para los visitantes que las hicieron, la columna de Trajano ya era antiquísima. Salgo por el escotillón en la parte superior y me encuentro en el borde de un precipicio: la columna resulta invisible debajo, las ruinas de los diversos foros se despliegan ante mí. Todo es solemne y centelleante: los templos perdidos y las estructuras de los mercados, las piedras ganadas a duras penas del Imperio volviendo a fundirse imperceptiblemente con la tierra.

«Los cabos están expuestos al mar —escribió Plinio—, la naturaleza se desgasta. Eliminamos las barreras creadas como fronteras entre naciones, y construimos barcos expresamente para el mármol. Y así, sobre las olas del

mar, el elemento más feroz de la naturaleza, se transportan cordilleras de aquí para allá.»[19]

Pienso: «Idaho ya nunca me parecerá lo mismo». Pienso: «Igual lo que reluce en el aire sobre esta ciudad son almas, ascendiendo de esta misma tierra en número tan elevado que resultan visibles, el viento las revuelve, las arrastra cincuenta kilómetros hacia el oeste y las posa sobre las brillantes llanuras del mar Tirreno».

Día de Acción de Gracias: el primero que celebramos como padres. Sobrevuelan la terraza gigantescas nubes plateadas. Entran en avalancha por las ventanas súbitas descargas de luz. Unos segundos después regresan las sombras. Roma: una pugna entre el sol y la sombra, el reino y el tiempo, la arquitectura y las malas hierbas. Las sombras se impondrán, claro, y el tiempo, y las malas hierbas. Pero esta mañana la lucha parece igualada.

Dejo que Shauna siga durmiendo, les pongo a los niños los gruesos plumíferos azules y los llevo escaleras abajo. Pasamos con el carrito por delante de la Porta di San Pancrazio y descendemos por Carini, por la calle de los Cuatro Vientos. Es curioso ver que abren las tiendas y la gente se apresura a su trabajo; caigo en la cuenta de que es la primera vez que estoy fuera de Estados Unidos en Acción de Gracias.

En la panadería me alzo con un pequeño triunfo: no hay cola. Unos hombres meten y sacan bandejas de acero inoxidable en las rejillas. Pido cuatro cruasanes y cuatro porciones de pizza *rossa*, trocitos cuadrados de masa fina como el papel, sin queso y untada con tomate. Un panadero se agacha y muestra el dedo blanco de harina a los niños: *Buongiorno!* Antes de que salgamos, tres de sus compañeros se han sumado a él y admiran a los niños en cuclillas.

No volvemos a casa, sino que vamos a la parada del autobús. Detrás de los contenedores se escabullen unos gatos. Un hombre en un balcón riega los geranios. Por una ventana abierta, un piso más arriba, veo a una mujer que restriega zanahorias con un cepillo amarillo.

Me detienen media docena de romanos: «¿Son gemelos?», «¿Qué edad tienen?», «¿Dónde compró esa sillita?». La mitad de mi vocabulario italiano está relacionado con cosas de niños.

Cerca del mercado de verdura nos cruzamos con un hombre que lleva de la mano a una niña. La pequeña mira a los bebés con un asombro luminoso e impersonal. Su padre le susurra algo cuando llegan a nuestra altura y ella se ríe; es como si estuvieran unidos por madejas invisibles de amor. Y de pronto el abismo que hay entre los italianos del barrio y yo parece navegable: quiero seguir a ese hombre y su hija, y hacerles preguntas. ¿En qué edificio vivís? ¿Qué puedo preparar con este calabacín? ¿Habéis visto el Orologio de Augusto?

Pero no lo hago, y poco después están a una manzana de allí. De todos modos lo único a mi alcance son sonrisas y fragmentos de frases. Pruebo a decirle *buongiorno* al vigilante en la entrada de un banco y me frunce el ceño, feroz y ridículo al mismo tiempo, con una pistola bien grande al cinto. Debajo del ventanal de una bodega, dos comercios más allá, alguien ha pintado con espray, en inglés: BUSH GO HOME.

Vuelven a surgir barricadas: el idioma, la cultura, el tiempo. Ser un extranjero que no habla con soltura es cruzar una puerta para encontrarse delante de otras dos.

Me las arreglo para subir la sillita al autobús de la línea 75, que renquea por una ruta de fuertes altibajos hasta el Trastévere; cruza el Tíber entre crujidos. Owen canturrea y gime. Henry succiona el chupete. Después de tal vez tres paradas me apeo con ellos en un barrio llamado Testaccio, cerca de

la estación de metro. Llamo a un timbre a la entrada de lo que espero que sea el cementerio protestante, uno de los más antiguos de Europa en uso continuado. Un anciano abre la verja.

Dentro hay pinos piñoneros, setos vivos, lápidas agrupadas. La pirámide de Cayo Cestio, tumba de un magistrado del siglo I a. C., asoma entre los muros, los bloques de mármol moteados por el tiempo y el líquen. Corren por los senderos hojas arrugadas, y los cipreses grandes y oscuros rechinan cual mástiles.

John Keats, cuya tumba quiero ver, está enterrado cerca de la esquina. La lápida reza:

Esta tumba alberga todo lo que fue mortal, de un joven poeta inglés, que en su lecho de muerte, en la amargura de su corazón, ante el malicioso poder de sus enemigos, deseó que se grabaran estas palabras en su tumba: «Aquí yace alguien cuyo nombre estaba escrito en agua».

Keats murió en un cuartito al lado de la escalinata de la piazza di Spagna, tres kilómetros al norte de aquí, desde donde oía el constante borboteo de la barcaza de mármol de Bernini. Corría 1821; tenía veintiséis años; la tuberculosis había acechado a su familia durante años.

«Aquí yace alguien cuyo nombre estaba escrito en agua.» ¿Se refería a que escribir tu nombre en piedra es vanidad? ¿Que todos, extranjeros y nativos, somos en última instancia anónimos?

Las tumbas duermen profundamente entre la hierba. Los niños se estremecen. Sigo con la mirada largas hileras de lápidas conmemorativas hasta rincones silenciosos. Estamos rodeados de ladrillo, hiedra, historia. Me viene a la cabeza un verso de Tom Andrews: «Los muertos arrastran un garfio para atrapar a los vivos. Ese garfio es enorme».[20]

Hasta donde alcanzo a ver, Henry, Owen y yo somos las únicas personas allí. Hay un ambiente sereno, pero también inquietante; tengo la sensación de que nos superan enormemente en número. Vuelvo a sentir, con intensidad, que somos forasteros; que hay cosas en Roma que nunca me acercaré siquiera a entender. El garfio se arrastra por los árboles, el césped. De pronto quiero alejar a mis hijos de allí.

En el autobús de regreso a casa sostengo a Owen junto a la ventana y meto el índice en el puño de Henry. Owen apoya la cabeza en mi cuello y suspira. Me bajo en Monteverde y los llevo a casa en el carrito. En el ascensor sonrío al espejo desde debajo de las capotas. Ascendemos por el hueco de la escalera. Owen alarga el brazo hacia la bolsa de la panadería que tengo en la mano. Henry intenta agarrar las llaves.

Dejo a los niños en brazos de su madre. Ríen y ríen. Nos comemos los cruasanes; bebemos zumo de piña de un envase de cartón. Ayer, me comenta Shauna, Owen batió palmas dos veces. Ahora Henry es capaz de rodar hasta el centro de la habitación.

Esa noche estoy leyendo a Plinio en mi estudio cuando dos loros verde botella pasan en un destello por el jardín debajo de la ventana. Su presencia me desorienta de pronto. ¿Esto es Italia? ¿O el Amazonas? Su tamaño confunde la escala; son como garzas orondas y verdes; parecen tener la envergadura del ancho de mi mesa.

Rodean el jardín una vez, y en lo alto, uno levemente adelantado con respecto al otro, se lanzan chillidos. Luego pasan por encima del muro y se los tragan los árboles.

¿Qué agradezco este día de Acción de Gracias? Agradezco a los niños, y a Shauna, y las albóndigas de ternera que el carnicero amasa sobre migas de pan y envuelve en papel encerado. Agradezco la música y el sabor del chocolate en tacitas de café de la *cioccolateria* que encontró Shauna en el

Trastévere, y el calor del radiador a mi lado, y la caja de lápices de papel de tina que me compró Shauna hace un par de días. Agradezco que todo lo dulce sea dulce porque es finito.

INVERNO



La Tierra sigue girando con pesadez. El otoño se escurre de Roma. Adiós, tomates; adiós, turistas. Adiós, carriceros y currucas, y adiós al pequeño escribano pardo claro que se posó ayer en nuestra terraza y cantó unas cuantas notas antes de seguir su camino. Esta noche apoyo la cabeza en la almohada e imagino a las aves migratorias surcando el sur de Europa, cruzando toda la longitud de Italia, golondrinas y martines pescadores, ánsares campestres y zapadores, toda una marea a través de los Alpes, oscureciendo la luna, en pos del sol.

El puesto de verduras en el que compramos está situado en una pequeña confluencia de callejuelas, entre la ferretería y la panadería, llamada Largo Luigi Micelli. Las hermanas que la regentan tienen los dedos gordezuelos y llevan botas altas de goma. «*Buongiorno* —dicen, siempre que llegamos—. *Dimmi.*» Dime.

La mayoría de los días las ayuda un hijo, solícito y grave con su delantal, que se lleva periódicamente una mano al labio superior para confirmar la existencia de su suave bigote. Los tres me instruyen acerca de productos invernales: un tipo de coliflor blanca como el algodón, otro púrpura como el crepúsculo; manojos de puerros pequeños que aún tienen barro en las raíces; cuencos de calabaza; diminutas patatas esféricas como lunas en miniatura. La escarcha, según dicen, aporta sabor a las hojas de la col rizada; la achicoria de

invierno hay que rociarla con aceite y asarla sobre brasas templadas. Tienen el hinojo en montones enredados y llenos de colorido. Repollos suaves y arrugados. Montañas de rábanos. Hay berenjenas en hileras y berenjenas en montones; de color índigo, azul violeta, algunas tan moradas que son negras.

Los puerros están dispuestos como árboles nacientes descortezados; las lechugas de hoja roja se ven distantes y mudas; arden como llamas de antorcha. Sobre todo con tiempo húmedo, el mercado es luminoso: el aire un poco humeante, los puestos como arrimados para protegerse del frío, los montones de color esmeralda de espinacas, las pirámides anaranjadas de zanahorias, una docena de sombrillas hechas jirones que relucen por efecto de las gotas de lluvia. Y entonces, a mediodía, se echan las persianas, se vienen abajo los toldos, se retira el banquete y al atardecer pasamos por allí de regreso de un restaurante y lo único que queda del mercado son puestos cerrados, desperdicios en las aceras y los reflejos de las farolas en los charcos.

Esta mañana las hermanas tienen fresas del bosque, *fragoline di bosco*, gotitas rojas de pulpa. Se supone que las han recogido en las colinas que se ven desde la azotea de la Academia.

Compro una cajita por dos euros, luego meto la mano dentro de la capota para la lluvia de la sillita y le doy una fresa como una diminuta lámpara encendida a cada niño. La observan antes de metérsela entre los labios.

En 1976 un estudiante de doctorado de la Universidad de Nottingham en Inglaterra demostró que introducir letras al azar en mitad de palabras no afectaba la capacidad de los lectores para entender frases.^[21] En esa frase, por ejemplo, se siguen sin entender básicamente inteligibles todas las palabras. ¿Por qué? Porque estamos profundamente acostumbrados a ver las letras

dispuestas en ciertos patrones. Porque el ojo lleva prisa, y el cerebro, ansioso por localizar el significado, hace suposiciones.

Esto también atañe a las frases. Un autor escribe «al romper el alba» o «una mirada de soslayo» o «más claro que el agua» y el ojo del lector sigue adelante, cómodo con combinaciones de palabras que se ha encontrado innumerables veces. Pero ¿de veras dedica energía el lector, o el escritor, a ver qué rompe al alba o qué tiene de claro el agua?

La mente ansía la sencillez; insta a los sentidos a reconocer símbolos, a interpretar. Hace mapas de los cajones de nuestra cocina y de las calles aledañas; elabora una suerte de álgebra a partir de la vida. Y es útil, incluso esencial: *X* es la ruta al trabajo, *Y* es el peso y el tacto de una moneda de cinco centavos entre los dedos. Si no estuviéramos acostumbrados, la belleza del mundo nos abrumaría. Nos desmayaríamos cada vez que viéramos —que viéramos de verdad— una flor. Imagina si solo viéramos un cumulonimbo o Casiopea o una nevada una vez cada siglo: cundiría la confusión en las calles. La gente se tumbaría boca arriba en los campos a millares.

Nos es necesaria la costumbre para sobrellevar un día, para llegar a trabajar, para alimentar a nuestros hijos. Pero la costumbre también es peligrosa. El acto de ver puede volverse enseguida inconsciente y automático. El ojo ve algo —corteza marrón grisácea, pongamos por caso, agrietada en amplias láminas verticales—, el cerebro suelta «tronco de árbol» y la mirada sigue adelante. Pero ¿de verdad me he tomado el tiempo de ver el árbol? Veo de pasada pelo color castaño, pómulos pronunciados, un campo de pecas, y pienso «Shauna». Pero ¿me he tomado el tiempo de ver a mi esposa?

«La “habitualización” —escribió en 1917 un comisario del ejército ruso metido a crítico literario llamado Víktor Shklovski— devora los objetos, la ropa, el mobiliario, la propia esposa y el miedo a la guerra.» Lo que sostenía era que con el tiempo dejamos de percibir las cosas familiares —palabras,

amigos, apartamentos— como son en realidad. Comer un plátano por enésima vez no se parece en nada a comer un plátano por vez primera. Acostarse con alguien por enésima vez no se parece en nada a acostarse con esa persona por primera vez. Cuanto más fácil es una experiencia, o más arraigada, o más familiar, más tenue se torna nuestra sensación de ella. Esto es cierto respecto del chocolate y los matrimonios, las ciudades natales y las estructuras narrativas. Las complejidades menguan, los milagros se vuelven corrientes, y si no tenemos cuidado poco después estamos contemplando nuestra vida como si tuviéramos ante los ojos un saco de arpillera.

En el estudio Tom Andrews abro mi diario, me quedo mirando el tronco del pino piñonero y me esfuerzo todo lo posible por combatir la atrofia que se deriva de ver las cosas con excesiva frecuencia. Intento dar forma a unas cuantas frases sobre este minúsculo rincón de Roma; intento obligar al ojo a que vaya más lento. Una buena entrada de diario —como una buena canción o boceto o fotografía— tendría que desgazar lo habitual y retirar la película que se forma sobre el ojo, el dedo, la lengua, el corazón. Una buena entrada de diario tendría que ser una carta de amor al mundo.

Deja la casa, deja el país, deja lo familiar. Solo entonces puede la experiencia rutinaria —comprar pan, comer verdura, incluso saludar— convertirse en algo nuevo por completo.

A principios de diciembre estamos hablando con Laura en la lavandería del sótano cuando nos dice lo siguiente: «Si alguna vez empieza nevar, tenemos que ir corriendo al Panteón, porque ver caer los copos a través del orificio que corona la cúpula te cambia la vida para siempre».

Shauna tiene a Henry apoyado en la cadera y —con una mano— dobla otro

cesto de ropa limpia. Pregunta: «¿Es que no han cambiado ya nuestras vidas para siempre?».

Aun así, todas las mañanas me veo asomándome a la terraza para inspeccionar el cielo. ¿Es hoy el día? ¿Es mañana? «Quizá —pienso—, aunque no tiene ninguna lógica, si veo nevar a través de la cúpula del Panteón, por fin podré dormir.»

—Hace cuatro años que no nieva en Roma —me dice Lorenzo, el portero. Está sentado en la *portineria*, la portería, con un anorak. Un calefactor lanza aire cálido sobre sus pies—. *Grazie a Dio* —añade. Gracias a Dios.

—¿Hay quitanieves en esta ciudad? —pregunto.

Ladea la cabeza. Detrás de las gafas sus globos oculares se ven muy aumentados, el doble de grandes de lo que deberían ser.

—¿Qué quiere decir, máquinas quitanieves?

A mitad de camino del estudio me detengo en el patio. El recuadro de cielo encima de mí es de un turbio color plateado, hay escarcha en los jazmines y el agua de la fuente tiene un aspecto pausado y denso, igual que la cera a medio enfriar. Como si en cualquier instante fuera a empezar a formarse en la parte superior un entramado de estructuras de hielo. Como si en cualquier momento el cielo pudiera dejar caer unos cuantos cristales erráticos.

El 8 de diciembre es la festividad de la Inmaculada Concepción. Durante toda la mañana el aire está colmado de campanas, y un desfile de monjas avanza por via Carini bajo la lluvia. Los cuervos sobrevuelan la terraza, silenciosos y raídos, cual reyes depuestos. En la calle el marido de Laura, Jon, el arquitecto paisajista, arrastra un tocón de árbol hacia su estudio. Celia, la clasicista, está delante de la verja de entrada a la Academia, limpiándose la lluvia de las gafas.

En la otra punta de la ciudad, al lado del McDonald's en la piazza di Spagna, unas niñas ofrecen rosas a una Madonna de bronce sobre un pilar. Sacan al Papa de su vehículo en silla de ruedas para que rece a sus pies.

La lluvia arrecia. Para media tarde han salido a las aceras lombrices de tierra gordas como dedos. Son inmensas, gusanos de esos que solo se suelen ver en las tiendas de cebos, y resulta un tanto desconcertante. Al mirarlos me pregunto qué otras cosas ocultas están saliendo de los jardines.

Subimos el carrito a un autobús y lo volvemos a bajar. Cerca de Oviessa, unos grandes almacenes en el Trastévere, un perro inmenso, un terranova de quizá cincuenta kilos, ladra mientras su dueño ata la correa al compartimento encima de la rueda trasera de un *motorino*. Ladrido, ladrido, dice el perro. El hombre le responde algo.

El perro rodea el escúter, olisqueando. El hombre enciende un cigarrillo, se pone el casco y por fin se sienta y hace un gesto con la cabeza al perro — apenas un movimiento de barbilla— y este se monta de un salto en la minúscula plataforma entre los pies del hombre. Le cuelgan hilos de baba de los belfos.

El hombre pone en marcha el *motorino*. Con el cigarrillo aún entre los dientes, sin mirar los retrovisores, hombre y perro se incorporan al tráfico en vial Trastévere. Relucen gotas de agua en los adoquines, y en los paraguas de los viandantes, y en el parabrisas de un tranvía cuando se detiene a nuestro lado con un gruñido.

El edificio más antiguo de Idaho con el tejado original aún intacto es la Misión del Sagrado Corazón, a la salida de la I-90 cerca de Cataldo, cuatrocientos cincuenta kilómetros al norte de Boise, construida por jesuitas y miembros de la tribu Coeur d'Alene en 1853. Cuando uno lo ve por primera

vez, piensa: «Vaya, sí que es antiguo». Mide unos dieciséis metros de alto, no tiene clavos y aún resultan visibles en el adobe las huellas de las manos de niños nativos. Tuvieron que transportar madera desde un kilómetro y medio de allí. Las piedras de los cimientos se extrajeron de montañas cercanas. Trajeron barro del río. Uno piensa: «Esos tipos no tuvieron la vida nada fácil».

El edificio más antiguo de Roma con el tejado original aún intacto es el Panteón, construido por el emperador Adriano en torno al 125 d. C. encima de otro templo más antiguo, dañado por el fuego. Cuando uno ve el Panteón por primera vez la mente se le derrumba.

Las puertas miden siete metros de alto y pesan ocho toneladas cada una. Las dieciséis columnas del porche miden trece metros de alto y pesan unas sesenta toneladas cada una, más o menos lo mismo que dos tráileres de dieciocho ruedas cargados hasta los topes, aplastados y compactados en un cilindro de metro y medio de ancho. Las columnas no se trajeron de un lugar a kilómetro y medio de allí. Las extrajeron de una cantera en el este de Egipto, las acarrearon sobre trineos hasta el Nilo, las llevaron en barcos de remo por el Mediterráneo, luego en barcazas por el Tíber y después en carro por las calles de Roma. Son de color gris océano, moteadas de mica, vidriosas y frías; es imposible acercarse sin sentir deseos de tocarlas.

La bóveda del Panteón es de hormigón y tiene un diámetro de cuarenta y dos metros. El orificio en la parte superior, el óculo, tiene ocho metros de ancho. Durante trece siglos fue la cúpula más grande del mundo. Durante diecinueve siglos ha resistido a relámpagos, terremotos y bárbaros.

Pero las cifras, las dimensiones, los hechos, vienen después. Cuando uno entra por primera vez el Panteón tiene que ver con el asombro. Atraviesas la gigantesca puerta y un círculo de cielo capta toda tu atención. Dentro flota un filtro de bruma; una columna de luz atraviesa el óculo y cae al sesgo sobre el

suelo. El espacio es íntimo y explosivo al mismo tiempo: la humanidad propia no se ve mermada en absoluto, y sin embargo, simultáneamente, el Panteón obliga a prestar atención al hecho de que el mundo incluye cosas mucho más grandes que uno mismo.

Se supone que la torreta circular que corona la cúpula de San Pedro representa el ojo de Dios que todo lo ve y todo lo sabe, pero uno no puede sino sentir, en el Panteón, que el auténtico ojo está situado directamente encima de su cabeza. Menguas, te encoges; te tambaleas en el umbral de un territorio inmenso y azul.

Mil novecientos años: ejércitos invasores, ejecuciones y sacramentos, los cimientos del templo fueron hundiéndose en el terreno pantanoso, se levantaron y cayeron infinidad de casas a su alrededor, el Tíber lo inundó tres o cuatro veces al año durante siglos; y aun así, aquí está.

Soy la película en una cámara estenopeica; soy el feto en el útero. Nadan partículas de polvo en la luz del sol. Algo en el pecho se me desovilla, algo florece.

Tres millones y medio de personas visitan el Panteón todos los años.^[22] Voy quizá seis veces en diciembre, con la esperanza de que mi mente lo asimile, con la esperanza de que nieve.

Escribo vocabulario italiano en hojas de papel, las meto en bolsitas de plástico con cierre hermético y las cuelgo con cinta adhesiva en el interior de la ducha. *Ho perso il biglietto*. He perdido el billete. *Mi sono perso*. Me he perdido. No sirve de nada: mi italiano sigue siendo pésimo. Entro marcha atrás con la sillita por la puerta de la pequeña tienda de comestibles Beti, la aparco al lado de las estanterías de galletas, me abro paso como puedo entre el gentío y le pido a la tendera detrás del mostrador salsa de tomate.

—*Sugo di pompelmo* —digo—. *Con basilico.*

Me mira con los ojos entornados. Me conoce, creo; les ha ofrecido piruletas varias veces a Henry y Owen.

—*Sugo di pompelmo* —repito. Señalo.

—*Sugo di carne?*

Hay dos docenas de latas de salsa de tomate delante de sus ojos. Hablo en voz más alta.

—*No, no. Sugo di pompelmo.*

Estoy decidido a salirme con la mía. Coge una lata de peras. Le indico que no. Coge un bote de tomate con champiñones.

—*Questo? Pomodori? Con funghi?*

—*Ecco!* —digo—. *Sì.* —Con champiñones. Ya me va bien. Me alcanza el bote. Pago. No es hasta que estoy en via Carini, a mitad de camino de casa, cuando me doy cuenta de que lo que le pedía a gritos era salsa de pomelo. Salsa de pomelo con albahaca.

En el ponte Sisto, un puente del siglo xv construido por el papa Sixto IV, una docena de africanos disponen con cuidado sus bolsos Prada falsificados sobre mantas, les sacan brillo y los ordenan. Luego apoyan los codos en la balaustrada y se ponen a hablar. La linterna de San Pedro reluce de color naranja a lo lejos.

Pasamos junto a dos tipos desastrados con cinco perros entre los dos. Los hombres están inclinados sobre un hornillo encima del que humea una cazuela: ensalada de col, a montones, y una salchicha de un metro de largo, enroscada y hervida hasta quedar de color rosa. Delante de ellos había una gorra de béisbol vuelta del revés, con unas cuantas monedas dentro.

Prácticamente todos los pordioseros que he visto en Roma tienen perros:

terrier, grandes daneses, una labradora negra con una camada de cachorros a manchas blanquinegras. Parecen adoptar la siguiente estrategia: poner unos perros sedados encima de una manta y escribir el cartel en primera persona del plural: AYÚDENNOS, POR FAVOR. NECESITAMOS COMIDA.

Cada vez que Shauna ve los perros, llora. Hoy un labrador de color amarillento sobre un trozo de cartón levanta la cabeza y nos mira con ojos mates. El viento hace que se le pegue un trozo de hoja en el lateral del morro, y luego se lo arranca. Más que mirarnos a nosotros, mira a través de nosotros. Le falta una pata trasera.

Ya percibo que Shauna se pone tensa, le tiembla el labio inferior. La rodeo con el brazo, empujo el carrito un poco más deprisa, señalo algo al otro lado del puente.

Elaboramos horarios para Henry y Owen igual que generales de una estrella chapuceros. Una siesta a las nueve y otra a las dos. Un tentempié a media mañana. Otro a media tarde. El baño antes de dormir. Todos los días un niño o el otro se salta la siesta o se queda dormido en la sillita mucho antes de lo debido. Ninguno de los dos parece muy interesado en la comida. Los dos quieren estar en brazos todo el rato. ¿Es esto lo que significa ser padre: fracasar constantemente en el intento de controlar algo?

Por las tardes, cuando ya está anocheciendo, después de haber escrito una entrada en el diario y leído a Plinio y de no haber añadido ni un solo párrafo digno a mi novela, vuelvo a casa del estudio y me pongo en la mochilita a cualquiera de los niños que esté despierto para ir a ver los estorninos.

Esta noche me llevo a Owen. Vamos colina abajo desde el apartamento, levantando hojas con los pies; el armazón de la mochila cruje por el frío. Me tararea al oído un do sostenido. Nos detenemos ante los pilares de la

Fontanone donde el agua borbotea azul y fría contra el mármol y cruzamos via Garibaldi para contemplar la ciudad. Algunos turistas afrontan el frío. El tráfico discurre palpitante. La vista sigue deslumbrándome, una y otra vez. Roma es de color naranja. El cielo es de un azul profundo como el océano. Sobre los montes Albanos, Venus reluce de un blanco pálido.

No del todo negro, no del todo gris, en la mano un estornino presenta brillos verdes y púrpuras, como un charco con un poquito de aceite. Es precioso, pero también común, y el predominio de los estorninos, más que cualquier otra cosa, hace que se los tenga por pájaros mugrientos, despreciables. Se apoderan de los comederos, siembran los vecindarios de excrementos, devoran las semillas del trigo de invierno. Pero sobre Roma, en invierno, se aglomeran en bandadas de diez mil ejemplares y ofrecen espectáculos que me dejan sin respiración.

Esta noche hay tres bandadas. Se extienden en franjas de unos cuatrocientos metros, desplegándose y volviendo luego a reunirse lentamente. En un instante son tres hélices separadas, un corazón, un embudo aterciopelado, dos fulares que caen. Una bandada oscila cerca de nosotros, una lluvia de negro contra el azul, zambulléndose de manera coordinada; de súbito un millar de pájaros vuelven las puntas de sus alas en nuestra dirección y desaparecen.

Aquí en el Janículo los antiguos acostumbraban a destinar un par de augures, sacerdotes que interpretaban auspicios —los vuelos de los pájaros, sobre todo— a fin de determinar la voluntad de los dioses. Los pájaros se desplazan hacia el este y es hora de entrar en guerra. Ven demasiados halcones, o muy pocos, y habría que posponer una inauguración. Por lo poco que he leído, apoyado en una mesa en la biblioteca de la Academia, la historia de Roma de Livio está plagada de buenos y malos auspicios, generales que se detenían para atenderlos, emperadores que hacían caso

omiso de ellos por su cuenta y riesgo. Los escritos de Plinio también están llenos de augurios:[23] aseguraba que los cuervos entendían los mensajes que transmitían en los auspicios. Los búhos reales señalaban portentos espantosos, y los gallos de pelea eran los que ofrecían señales más poderosas; [24] el modo en que comían el grano determinaba si los magistrados podían abrir sus casas, y las formaciones que adoptarían los soldados en los campos de batalla. Estos gallos, dice Plinio, «son los que mandan sobre los que mandan en la tierra».[25]

Allá en el Trastévere se encienden las farolas, una tras otra. Los estorninos reaparecen, impregnados de azul, un bailarín de ciento cincuenta metros de alto ejecutando giros. Apoyo la mochila sobre su base, le pongo bien el gorrito a Owen y le doy un biberón mientras me pregunto qué estará viendo. Igual ya conoces la historia: en 1890, en la ciudad de Nueva York, un farmacéutico llamado Eugene Schieffelin, que quería asegurarse de que todos y cada uno de los pájaros mencionados en la obra de Shakespeare estuvieran en América, soltó ochenta estorninos en Central Park. Ciento quince años después tenemos solo en Estados Unidos doscientos millones, así como cultivadores de trigo furiosos, bandadas succionadas por motores de avión, e histoplasmosis, una enfermedad respiratoria que se transmite por las heces del estornino.

En Roma hay un millón o así. Cuando están haciendo piruetas sobre los tejados prácticamente nadie parece darse cuenta. Delante de la librería de Largo di Torre Argentina, donde casi todas las noches una bandada ejecuta arabescos sobre seis pinos piñoneros, soy por lo general la única persona en la acera que mira hacia arriba. Los pocos romanos que prestan atención quieren que desaparezcan. Unos voluntarios torturan a un par de pájaros, graban los gorjeos de angustia y luego se pasean de aquí para allá por la estación de ferrocarril reproduciendo las grabaciones con megáfonos.

¡Imagina lo que deben de oír los pájaros! Voces desconocidas que gritan: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!». No parece que la táctica los espante.

Delante de mí, delante de Owen, diez mil pájaros viran, rectifican y flotan. Luego se zambullen. Un turista junto a la barandilla pregunta, en inglés: «¿Cuál es el líder?», pero nadie responde. A sabiendas o no, todos nos quedamos allí asimilando nuestros auspicios, interpretando los augurios de los pájaros. La auténtica pregunta, la que me hace volver a este mirador, una noche y otra, es esta: «¿Por qué se toman la molestia de ser tan hermosos?».

Estornino, terrícola. Qué poco entendemos. Nerón tenía un estornino que hablaba griego y latín.^[26] Mozart tenía un estornino enjaulado junto al piano.

En la calle junto a mí Owen tararea mientras toma su leche. Explora la textura de la mochila con las yemas de los dedos; pestañea con sus grandes párpados.

Clavamos una corona a nuestra puerta. Compramos un abeto de sesenta centímetros de alto en una maceta, lo colocamos en equilibrio sobre el carrito y lo empujamos dos kilómetros hasta casa. Comemos pizza *rossa* por kilos; compramos mantecados tan rebosantes de mantequilla que impregnan la bolsa de papel. Después de una tormenta se forma un arcoíris de botellas de agua y balones de fútbol debajo del aliviadero junto a la isla Tiberina, dando vueltas y más vueltas entre la espuma. En el Campo dei Fiori un hombre espanta las palomas del toldo de su quiosco de periódicos con un palo de escoba, y la estatua del hereje Giordano Bruno, quemado vivo aquí en 1600, muestra un aire melancólico bajo su gran capucha de bronce.

En el Trastévere caminamos por via della Lungaretta, un largo paseo bordeado de vendedores de plumas, pulseras y DVD, cuando nos detiene un

hombre con muletas. Está absorto en la sillita; pellizca las ruedas, examina las correas. A estas alturas mis respuestas son automáticas.

—¿Así que no la han comprado aquí? —pregunta. Lleva el pie, el tobillo y la espinilla escayolados.

Quiero decirle: «Siempre queda internet», así que pruebo con *Ecco sempre l'internet*, que es más bien: «Aquí, para siempre, internet».

—Mi mujer —dice— está embarazada de gemelos.

—Ahhh.

Suspira, dando golpecitos contra los adoquines con una muleta.

—Y tenemos otra hija.

Se lo traduzco a Shauna, que lo felicita.

—Es una bendición —dice el hombre, que mira más allá de nuestras cabezas calle abajo, sin sonreír. Parece que antes consideraría una bendición su tobillo roto. Caminamos juntos un trecho, su escayola oscilando adelante y atrás entre las muletas. Se llama Marco. Tienen dos dormitorios en el apartamento y no están seguros de dónde poner a los bebés—. ¿Dan mucho trabajo? —pregunta, y nos reímos y decimos que sí, lo dan. *Molto lavoro*. Mucho trabajo.

Cuando llegamos al final de la calle, nos despedimos y desaparece en su apartamento despidiéndose con la mano.

Hay un círculo de entendimiento, una hermandad tácita, entre padres de múltiples niños. Hace dos días una madre se subió a duras penas con sus gemelos al tranvía en Largo Argentina, un bebé sujeto al pecho y otro en brazos. Se retiró el pelo de la cara y posó los ojos en Henry y Owen, en la sillita, en mí, y durante un instante nos sostuvimos la mirada. Algo llameó en mi corazón. Pensé: «Ánimo. No estás sola».

Para mediados de diciembre el aire a la sombra se ha vuelto dolorosamente frío. Apenas ningún italiano saca a sus niños a la calle. En la Villa Sciarra, un parque infantil cerca de la Academia donde hay faunos y ninfas congelados en las tazas de las fuentes y dos pavos reales se contonean en el interior de un aviario de rejilla metálica seguidos por docenas de palomas, a menudo somos los únicos padres que paseamos a nuestros hijos.

Virgilio asegura en la *Eneida* que los primeros romanos lanzaban a los recién nacidos a los ríos helados para «robustecerlos»,^[27] pero en los pocos cochecitos de niños que vemos en invierno van pequeños enterrados en monos de nieve acolchados y mantitas de plumón, que más que bebés parecen almohadas con cabeza y dos manoplas y dos zapatos cosidos a las esquinas. En los autobuses, las mujeres mayores cierran las ventanillas en cuanto entramos por las puertas. En el supermercado, una mujer con un anorak hasta los tobillos nos ve embolsar comestibles, luego señala a los niños y pregunta algo parecido a: «¿Los sacan a la calle?».

¿Cómo cree que hemos llegado hasta aquí? Después de todo, solo estamos a 5 grados. Prueba alguna vez: aparca una sillita a la sombra en Roma en invierno. Antes de un minuto se habrá detenido una madre italiana. «Hay que ponerlos al sol», dirá. Una vez un par de ancianas me cogieron el carrito de las manos, lo empujaron unos diez metros por la plaza y lo situaron ellas mismas.

O Virgilio mentía o los romanos se han ablandado. Vestimos a los niños con sudaderas con capucha y jerséis de lana. Nos miran horrorizadas. Somos unos padres de lo más temerarios.

Una semana antes de Navidad dejamos a los niños con Tacy. Shauna quiere jugar al «golf en bus», que consiste en subir y bajar de autobuses públicos al

azar. Un hombre hace minuciosas caricaturas en tinta de John Malkovich a la puerta de un restaurante. Unos almacenes venden únicamente ropa para monjas y sacerdotes, casullas bordadas, estolas de color púrpura, gabardinas para monjas, maletas para monjas. Una pastelería en via della Luce en el Trastévere es la tierra santa de las galletas: galletas en bandejas, galletas en cajas, galletas apiladas en platos.

Aparece un autobús y Shauna me sube a rastras; vamos montados dos paradas y me baja a rastras. Mordisqueamos chocolatinas en los cruceros de varios templos. En la florida iglesia del Renacimiento tardío de Gesù, un operario vestido con mono se encarama a la guarida del organista y alumbrando con su linterna los altísimos conglomerados de tubos. En la via Giulia, una avenida larga y recta atestada de tiendas de antigüedades, un hombre muy anciano con la piel de cáscara de huevo enreda con las figuras del escaparate durante un cuarto de hora, reubicando pastores y ovejas, y colocando bien un molino de agua en miniatura.

Hacia el anochecer, nos desviamos de una calle concurrida hacia un patio abierto y accedemos por otra puerta abierta a la iglesia más extraordinaria que he visto en mi vida.

Primero te fijas en lo blanca que es. Algunas barandillas tienen toques dorados, pero todo lo demás es blanco: estrellas blancas de seis puntas, ventanas blancas, galerías blancas. Y te das cuenta de lo diáfana que parece, sin columnas ni registros, sillas de coro ni capillas auxiliares. Por dos de las seis altas ventanas entran al sesgo haces de sol. Lo que parece no es tanto una iglesia como un tabernáculo, no es tanto un templo a Dios como un templo a la luz.

La planta consiste en dos triángulos equiláteros, uno superpuesto al otro, una Estrella de David con las líneas vueltas hacia dentro. A medida que ascienden las paredes, los segmentos producen una serie de complejas

convexidades y concavidades. Me siento mareado, me apoyo en el respaldo de un banco. Nos envuelve el interior blanco cremoso de un estómago desde el que contemplamos una garganta cada vez más estrecha allá arriba.

En nuestra guía pone que se llama Sant'Ivo alla Sapienza. De Borromini, lo que tiene sentido, pues está claramente relacionada con San Carlos en las Cuatro Fuentes. Leo el parrafito en voz alta. Terminada en 1660. El interior es de estuco. La cúpula está inspirada en las primeras representaciones de la torre de Babel.

—¿Nada más? —pregunta Shauna.

—Nada más.

Parpadea.

—Se merece cuatrocientas páginas.

Nos sentamos en un rincón y probamos a contar las seis puntas de la estrella conforme la arquitectura asciende hacia la linterna, pero enseguida nos mareamos y perdemos la cuenta; estamos en el interior de un laberinto, atrapados dentro de las moléculas en el centro de un cristal de nieve. Los bancos, el crucifijo, el altar empequeñecido, todo parece irrelevante por completo. Es todo espacio, todo geometría, todo techo. Atisbo formas en las paredes encrespadas: montañas y arroyos, una tormenta de nieve sobre una autopista, una hilera de escaladores que siguen el reborde de un glaciar. Todo se forma y se reforma. Estamos sentados en el banquito y notamos cómo la iglesia se ensortija y arremolina sobre nuestras cabezas, un corazón invernal, un tornado de enlucido.

Cae la noche. Salimos mareados. En las ventanillas del autobús, de regreso a casa, lo único que alcanzamos a ver son los reflejos de nuestras caras pálidas, asombradas.

El polvo se asienta sobre las notas para mi novela. Envío la reseña de un libro para *The Boston Globe*, me siento en la biblioteca de la Academia y percibo el poder de atracción de Roma, su inquietud, sus sueños. Empiezo una entrada de diario sobre Sant'Ivo, pensando que le dedicaré diez minutos, le explicaré la iglesia a un cuaderno, luego subiré al estudio y me pondré a trabajar en la ficción. Cuatro horas después sigo en la biblioteca, leyendo sobre proyectos de construcción en el siglo XVII. Los patrones de Borromini albergaban tantas dudas acerca de que la linterna espiral en lo alto de Sant'Ivo fuera a mantenerse erguida que él mismo se responsabilizó de la iglesia durante quince años. Las piedras raras estaban tan solicitadas que los arquitectos se peleaban por ellas; durante siglos los canteros habían estado cortando en láminas columnas de granito y pórfido rescatadas de edificios antiguos para utilizarlas como suelos en las iglesias.

Aquí cada era, por lo visto, canibaliza la anterior; todo se rescata, se recupera, se reclama. Después de que Nerón se suicidara, la cabeza de la estatua de sí mismo de más de treinta metros que mandó erigir en el vestíbulo de su palacio de recreo de ochocientos mil metros cuadrados se volvió a labrar para que se asemejara a emperadores posteriores. El imponente arco del triunfo de Constantino del siglo IV, todavía en pie en la actualidad cerca del Coliseo, está hecho en buena medida con piedras y ornamentos robados de monumentos erigidos por emperadores anteriores.

Los romanos imperiales tomaron cultura de los griegos, infraestructuras de los etruscos, obeliscos de los africanos. Los vándalos, en el 455 d. C., despojaron el templo romano de Júpiter de todo su bronce y lo utilizaron para adornar el palacio de su rey. En el 663 d. C., el emperador de Bizancio Constante II retiró las tejas doradas del Panteón y las envió a su propia residencia en Constantinopla. Arquitectos del Renacimiento utilizaron antiguos soportes romanos para reconstruir acueductos y exhumaron mármol

travertino romano para sus iglesias. En un solo día en 1452 se supone que se extrajeron más de dos mil quinientas carretadas de roca del Coliseo para utilizarlas en la construcción de San Pedro. Aquí están los nuevos templos, los mismos que los antiguos.

El bronce que adornaba el pórtico del Panteón sobrevivió a las tejas novecientos cincuenta años hasta que, en 1652, el papa Urbano VIII lo fundió para forjar el Baldacchino sobre el altar de San Pedro. Con lo que sobró, supuestamente, hizo ochenta cañones.[28]

El mármol de la fachada de la Fontanone, un poco más abajo de donde vivimos, procede del templo de Minerva en el Foro: las columnas de mil ochocientos años de antigüedad fueron transportadas Janículo arriba, las losas serradas, reelaboradas y vueltas a colocar. Bernini cogió columnas de las termas de Diocleciano del siglo IV para usarlas en los campanarios delante de San Pedro en 1638; las extrajeron ocho años después, cuando fueron demolidas las torres a medio terminar.

Esta ciudad es un torbellino de historias: cuanto más te adentras en las estanterías de la biblioteca, más historias giran a tu alrededor. El sobrino de un Papa le gana a las cartas al sobrino de otro Papa en 1485 y las ganancias financian la construcción de la Cancelleria, un palacio de tres plantas a la salida del Campo dei Fiori del tamaño de una manzana entera. ¿De veras puede ser cierto? ¿Acaso importa?

Puedes pasar un día entero pensando en lo siguiente: al menos doscientas veinte flores de yeso del tamaño de mesas de patio penden de la cornisa de Miguel Ángel del Palazzo Farnese, contemplando a quienquiera que se moleste en levantar la mirada. Ni una sola de esas flores es igual a otra. ¿Cuánto tiempo debió de llevar algo así?

Otra cosa: aquí la mayoría de los templos, monumentos y estatuas antiguos estaban pintados. El color de la Roma clásica no era blanco cretáceo sino azul

eléctrico, rubio aframbuesado, amarillo sol: el cuaderno para colorear de un niño de siete años, templos magentas, cielos violetas. En una exposición en el Vaticano con el título «Los colores del blanco» se ve un león de piedra tal como lo ideó su escultor: la melena de color cobalto, las uñas rosas, los iris verdes. Se ve un busto de Calígula con los ojos de color avellana y los labios de coral; se ve la Venus de Milo con sombra de ojos y las ventanas de la nariz carmesíes. Piénsalo: el friso que rodea la columna de Trajano era un espectro de casi doscientos metros de granates y dorados; todos los soldados de un palmo de alto, todos los troncos de árbol, todas las galeras de legionarios, de abajo arriba, minuciosamente coloreados.

Se rumorea que después de todo san Pedro no está enterrado debajo del Vaticano, sino en el monte Janículo. O en Jerusalén. Se rumorea que el mayor obelisco de todos —el obelisco decimocuarto— está enterrado en algún lugar bajo el Panteón.

Es muy poco lo que veo, es muy poco lo que sé. Nunca sabré ni una décima parte. Un investigador podría pasarse una década estudiando las veletas de Roma, otro estudiando arcos, un tercero estudiando puertas de baptisterios. ¿Y hasta dónde llegarían?

Hace tres meses desembarqué de un avión en Roma en 2004 con la idea de escribir una novela. ¿Dónde estoy ahora? ¿Y cuándo? Parpadeo, respiro; los lomos de los libros a mi alrededor bullen y susurran, cada cual una crónica de la mente de alguien, un cerebro que ha alcanzado esta ciudad igual que una ola y se ha estrellado contra ella.

Tacy cuida de los niños; Shauna y yo pasamos una tarde haciendo compras navideñas. Cuando caminamos de regreso a casa está lloviendo en la plaza de San Pedro y nos metemos en la basílica para entrar en calor. Los bancos están

lentos y una aglomeración de jóvenes ocupa el pasillo central; estudiantes, quizá. Levantan teléfonos móviles, cámaras. Chasquean los flashes. Un incensario en forma de crucifijo colgado de un asta pasa por encima de sus cabezas, camino del altar.

Acercándome al gentío dejo las bolsas de las compras y aúpo a Shauna por las caderas. Ella retransmite: es una procesión. Primero vienen media docena de guardias suizos con uniforme mostaza y azul, luego unos hombres de traje, después cardenales de color escarlata. La muchedumbre se agolpa a nuestras espaldas, entre susurros y chasquidos. *È qui*, dicen. Está aquí.

Hace un par de años la madre de Shauna y yo paseábamos por la calle Treinta y siete en Nueva York, camino de la presentación de un libro, cuando Denzel Washington salió de un edificio y se detuvo quizá un par de metros delante de nosotros. En la acera de enfrente, detrás de un cordón, un grupo de mujeres empezaron a gritar: «¡Denzel! ¡Denzel!». Denzel levantó la mirada y saludó con la mano. Durante un minuto o así consultó un papel mientras alguien se arrodillaba y le metía un cable por detrás de la americana. Había una cámara en una grúa cercana, plegada como un insecto dormido; un camión regó con una manguera la acera. Nos habíamos metido en el rodaje de una película.

Lo raro fue que la cara de Denzel Washington nos resultaba tan absolutamente familiar que tuve que contenerme para no darle un toque en el hombro. «¡Denzel, soy yo! ¿Qué tal estás?»

Cuando por fin viene el papa Juan Pablo II por el pasillo central de San Pedro siento el mismo impulso. Lo llevan en una enorme silla tapizada, y todos se ponen de puntillas; y mientras me esfuerzo para levantar a Shauna más incluso, alcanzo a ver un instante al Papa cuando pasa entre dos hombros. Está a unos seis o siete metros, con arrugas y aspecto de cansancio, tiene la base del cuello encorvada. El mentón le oscila arriba y abajo sobre el

pecho. Tiene el perfil afilado y los ojos suaves. Me resulta plenamente familiar. Es una cara que he visto un millar de veces. Más, probablemente. Ha sido Papa desde que yo tenía cuatro años. Y siento el impulso de anunciar nuestra presencia: «¡Juan Pablo, soy yo! ¡Somos nosotros!».

Luego desaparece. Poso a Shauna en el suelo. De todos modos, somos dos entre diez mil. Menos de un minuto después el Papa ha sido ubicado cerca del Baldacchino, una figura blanca en una silla a unos cincuenta metros, y alguien ha empezado a hablar por un micrófono en italiano a una velocidad vertiginosa, conque volvemos a salir bajo la lluvia.

El solsticio de invierno es el cumpleaños de Shauna. Me tomo la mañana libre y comemos cruasanes y entramos en un taller de vidrio egipcio cerca del Campo dei Fiori sobre el que le ha hablado a Shauna un amigo: un laberinto tras otro de objetos de vidrio cubiertos de polvo, verdes, azules, amarillos, jarrones y bandejas, arañas de luces y calabozos llenos de ceniceros. Los techos son bajos; los ladrillos se ven pardos de creosota. Las estanterías parecen mantenerse unidas por clavos de cien años de antigüedad, y de vez en cuando se oye un estrépito en alguna parte del sótano. Compramos un centenar de florecitas de cristal por unos céntimos cada una para ensartarlas en un cordón de cuero y colgarlas de las ramas de nuestro diminuto árbol de Navidad.

En las glamurosas tiendas al nordeste de allí, por la via Condotti, hay pequeños arbustos iluminados sobre alfombras rojas. Se ven tartas de chocolate y pasteles relucientes sobre papel de encaje en el interior de vitrinas iluminadas. Louis Vuitton quiere 3.900 dólares por un bolso de mano; Hermès pide 9.100 por un abrigo de cuero. Nos llegamos a la piazza del Popolo, donde vemos a dos mujeres mayores, con un peso de quizá ochenta

kilos entre las dos, que se apoyan en una barandilla y venden cucuruchos de helado del tamaño de latas de pelotas de tenis. Un niño pedalea en triciclo mientras su padre tira de él por medio de un paraguas con el mango curvo enganchado al manillar. Suenan acordeones, y delante de un café huele a pan recién hecho, marisco y cerveza derramada.

Vivir aquí es vivir parcialmente en un mundo de fantasía: las calles sinuosas, las estatuas durmientes, el sol de invierno pequeño y frío detrás de las copas oscilantes de los pinos.

En Nochebuena subimos con los niños las escaleras de la Academia y nos sentamos todos en el suelo del gran salón. La humedad en sus ojos refleja el lento parpadeo de las luces del árbol de Navidad de la Academia. La mayor parte de los investigadores y artistas ha vuelto a Estados Unidos para las fiestas y el edificio entero está en silencio, desprovisto incluso de fantasmas, sin pasos, sin voces detrás de las puertas, sin contraventanas que se cierran. La biblioteca está cerrada; los estudios también. De hecho, todo el Janículo parece estar dormido bajo la llovizna; alguna que otra luz oscila detrás de los setos, se deslizan gotas de lluvia por los cristales de las ventanas.

Forcejeamos con los niños para meterlos en la sillita, forcejeamos con la sillita para bajarla por las escaleras y paseamos por el Trastévere. Por lo visto solo hay indigentes en la calle, una chica gitana que gimotea en las escaleras de una iglesia, fingiendo cojear; un borracho que camina dando traspiés detrás de nosotros y nos pregunta de dónde somos. («¡De Finlandia!», le digo.) Brillan luces detrás de las contraventanas. Henry tararea suavemente.

En una iglesia cerca de vial Trastévere aparcamos a los niños delante de una pila de agua bendita y oímos la última media hora de la misa sin quitarnos los chubasqueros. La comunión, una oblea untada en vino dulce,

me la dan directamente a la boca. A mi izquierda, una estatua de escayola de María reluce bajo una corona de aspecto barato. Cuando vuelvo hacia el fondo de la iglesia, dejando atrás un banco tras otro a mi derecha mientras a mi izquierda arden las velas votivas, Owen me ve desde la sillita y sonrío, lo que hace que empiece a sonar una campanita en mi corazón.

Acaba la misa, se encienden las luces y unas treinta ancianas salen en fila, sonriendo una tras otra a los gemelos. *Che carini. Che belli.*

Periódicamente, mientras Shauna estaba embarazada, una enfermera nos mostraba a nuestros hijos en una ecografía. Veíamos en la pantalla una o dos manos, los óvalos apretados de los cráneos, extremidades aplastadas que asomaban detrás de ventiscas de píxeles; era como si escudriñáramos extrañas formas de vida en las profundidades del océano. Parecía evidente que no iban a ser del todo humanos: tenían pies de pez, cuencas oscuras por ojos. Después de dos años de intentar sin éxito que Shauna se quedara embarazada, me había acostumbrado a pensar que eso de ser padres les ocurría a otros, a personas más afortunadas. Nunca llegué a creer de veras que daría el resultado esperado, ni siquiera después de que las pruebas de embarazo de Shauna fueran positivas; ni después de su cita de las veinte semanas, cuando vimos a la criatura que se llamaría Henry alojada en el amnios con los tobillos cruzados, a Owen retorciéndose en su propio saco cercano; ni siquiera después de que Shauna estuviera guardando cama y hubiéramos empezado a usar expresiones como «suelo pélvico» y «tapón mucoso» en nuestras conversaciones cotidianas.

Ahora —ha ocurrido en un instante— los niños tienen nueve meses y son nuestras primeras Navidades como familia. Y lo que me pasma, día tras día,

es que nuestros hijos están perfectamente enteros. Temo que se transformen de nuevo en monstruos marinos; temo que alguien venga y se lleve a uno.

Esta noche prueban a arrastrarse boca abajo por el suelo igual que soldados pasando por debajo de alambradas. Les relucen los ojos. Tienen la boca abierta de tan concentrados como están.

Antes de acostarlos, los metemos en la bañera y les vertemos tazas de agua sobre la cabeza. Sus pequeños diafragmas ascienden y descienden bajo las costillas. Se inclinan hacia delante en sus sillitas de baño de plástico, dan manotazos sobre la superficie del agua y cada cual hace que el otro se parta de risa. Shauna me mira y dice: «Tenemos dos hijos».

La mañana de Navidad: más lluvia. Nos sentamos los cuatro sobre una manta delante de nuestro desgredado arbolito de Navidad con sus flores de vidrio y su carga de regalos. Regalos para los niños, regalos de Estados Unidos. Los italianos son fáciles de distinguir: están gloriosamente envueltos. Los italianos serían capaces de envolver un libro de texto usado y hacer que parezca oro e incienso.

Mi cuñada ha enviado *cookies* de chocolate caseras, que supuestamente se pueden comprar en Roma, en una pastelería en el barrio judío, pero las dos veces que hemos ido estaba cerrada. Me como quince.

Mi editor me ha enviado *La comida y los alimentos*, de Harold McGee, y me paso la tarde leyendo sobre hongos, cómo los tallos y los sombreros que comemos son solo partes del auténtico organismo. Resulta que el mayor porcentaje de cualquier hongo vive bajo tierra, en un entramado de fibras sumamente finas, o hifas, que merodean por el terreno recogiendo nutrientes. Un solo centímetro cúbico de tierra puede contener hasta dos mil metros de hifas.

Me parece que Roma es así. El grueso de la ciudad yace bajo tierra, su historia tan densamente ramificada ahí abajo, diez siglos en cada dedada, que nadie conseguirá desentrañarla nunca por completo.

Para la hora de cenar la lluvia azota las contraventanas. Los truenos son tan suaves que no estamos del todo seguros de que sean truenos en absoluto. Comemos cerdo y tomate con mozzarella. Owen rueda hasta salirse de la manta, mete las rodillas bajo el pecho y gatea por el suelo de la cocina, una mano, dos manos, una rodilla, dos rodillas, como si llevara gateando toda la vida. «Dios mío», exclama Shauna, y deja caer el tenedor. Él levanta la mirada, sonriendo de oreja a oreja.

Los bañamos. Los acostamos en sus cunas. Owen se da la vuelta una y otra vez, hecho un pequeño huracán, lanzándose contra las tablillas.

Igual ser padre novato es como mudarse a un país extranjero. Hay un antes y un después, una antigua vida y una nueva vida. A veces me pregunto quiénes éramos antes. A veces me pregunto quiénes somos ahora. A veces se nos cansan los pies. A veces nos encontramos recurriendo a manuales.

Recibimos una lección de humildad tras otra; la humildad pende sobre nuestras cabezas como una almádena. Ah, ¿ha recibido una buena crítica tu novela? Qué bien. Puedes leerla después de lavar las cacas del pijama de tu hijo. Ah, ¿crees que llevas aquí el tiempo suficiente para regatear en los mercadillos? Pues resulta que acabas de gastarte ocho euros en tres perchas de plástico.

Cada pocos días hay momentos de belleza insoportable. Estamos simultáneamente más felices y más hechos polvo de lo que hemos estado en la vida. Nos comunicamos sonriendo, señalando y agitando comida en el aire. No dormimos tan bien como antes. Nuestras expectativas (igual hoy me

ducho; igual acaba apareciendo el autobús n.º 75) se frustran por rutina. Justo cuando creemos que tenemos un sistema (dos siestas al día; Shauna encuentra una *rosticceria* donde hacen pollos asados que está abierta los domingos), el sistema se viene abajo. Justo cuando creemos saber por dónde andamos, nos perdemos. Justo cuando creemos saber lo que cabe esperar a continuación, todo cambia.

El día después de Navidad los cuatro nos despertamos destrozados por los virus. En el espacio detrás de mi nariz late una presión como de aguas profundas y el dolor se arrastra por lo más hondo de mis ojos. Shauna apenas puede levantarse de la cama. Henry contempla el vacío con aire taciturno. Owen es el que peor está. Permanece sentado en la esterilla y tose como un viejo fumador. Le resbalan por el labio inferior cascadas idénticas de flema. Las toses lo asaltan de tres en tres y baja la cabeza y se pasa los pulpejos de las manos por la cara.

Parece como si nos hubieran encerrado en un baúl que se está hundiendo lentamente hacia el fondo del mar. Shauna calcula dosis de medicamento con cuentagotas. Enciendo el ordenador y leo que un terremoto en Sri Lanka ha acabado con la vida de dos mil personas. Quince minutos después CNN dice que el terremoto ha sido en la India y Tailandia, y han muerto cinco mil personas. Luego diez mil.

Tomamos un jarabe italiano para la tos con un sabor asqueroso. Por la tarde me duermo y tengo varias pesadillas consecutivas en torno a la posibilidad de que mate a los niños por accidente. Entro con Henry al edificio, cargado con demasiadas bolsas de comestibles, y se me cae por las escaleras. Owen rueda por la mesa de caballetes que usamos como cambiador y se estrella contra la bañera. Tengo a Henry en brazos en la terraza y se

precipita al vacío; asomo a Owen a la ventana para enseñarle un pájaro y se me escurre de las manos.

Despierto temblando. Para la hora de cenar, el número de víctimas del terremoto ha ascendido a veinticinco mil y la emisora del Vaticano lo llama tsunami. *Tsunami*: «ola de puerto» en japonés.

Esa noche apenas dormimos. Tenemos calor, tenemos frío. El sudor nos empapa la ropa. Nos sonamos la nariz; yacemos en la oscuridad mientras nos crecen árboles en la frente.

En algún lugar de Irak muere un sargento del ejército británico. En algún lugar de las blancas playas de Indonesia comienzan a descomponerse un millar de cadáveres. En torno a las dos de la madrugada, voy a echar un vistazo a Owen en su cuna. Está despierto del todo, sin llorar. Tiene el pelo húmedo y pegado a la frente. Cuando le cambio el pañal, le noto el pecho pálido, los antebrazos fríos. Tiene 39 grados. Por la mañana empieza a toser y no para, lo hace en series de tres seguidas por lloros. Lo paseamos por el apartamento, le enseñamos diversos juguetes, intentamos atajar el acceso. Durante veinticinco minutos no deja de toser más que para tomar aire. Al cabo, Shauna desconecta el teléfono y le deja que pulse las teclas, lo que le calma unos instantes. Permanece sentado delante del teléfono, haciendo oscilar suavemente el torso adelante y atrás. Lo oigo respirar desde la otra punta de la habitación.

—No es más que tos —le digo a Shauna—. Solo tiene fiebre.

Pero ¿cómo sabemos con seguridad que no ha caído en las garras de una enfermedad letal? De pronto tenemos la impresión de que la sombra del Apocalipsis lo ha cubierto todo. El número de víctimas del tsunami asciende como las cifras del déficit; ochenta mil, noventa mil. No puedo apartar la vista de la pantalla del ordenador: árboles clavados en tejados, huérfanos que

lloran en tiendas de campaña. El restaurante de un hotel se llena de agua parda. Un tronco flotante, envuelto en tela, es arrastrado entre los edificios.

—Apágalo —dice Shauna—. Ya está bien.

Lo veo otra vez. El tronco no es un tronco. No es un tronco.

Una gigantesca placa basáltica, que avanza sobre la superficie de la Tierra a una velocidad más o menos comparable a la del crecimiento de nuestras uñas, choca contra otra placa, y la percusión resultante provoca olas que ahogan a cien mil personas.

Cien mil personas. La mitad de la población de Boise. ¿Es todo el mundo que conozco? ¿Es todo aquel que he conocido en mi vida? Incluso cien mil es un número demasiado elevado para asimilarlo.

El pediatra llega en Vespa. «Ha enfermado toda Roma», dice, y se lava las manos en nuestro lavabo durante tres minutos. Sostiene que los niños necesitan descanso, vapor caliente, más jarabe para la tos. Antes de irse nos pide un pañuelo de papel.

Owen está aturdido en el regazo de su madre, el medicamento está surtiendo efecto, los virus están ensañándose con él, todas sus lustrosas células infantiles presentan batalla. Voy al estudio, abro un cuaderno y escribo: «El viento azota la ventana. ¿Tienes miedo?». No paso de ahí. Dedico el resto de la mañana a ver vídeos de pueblos devastados. El número de víctimas supera las ciento cincuenta mil.

Aquí yace alguien cuyo nombre estaba escrito en agua. Y alguien más. Y alguien más.

La lluvia repiquetea contra los cristales. ¿Esto es lo que significa vivir en el siglo XXI? Mi amigo Al escribe: «Empieza a recoger animales. Yo me

encargo de preparar el arca». Pienso: «Debería empezar a dejar un hacha en un rincón del dormitorio».

Viendo nuestro planeta desde el espacio, nadie se daría cuenta de todos nuestros dramas humanos, todas las escenas de desesperación que tienen lugar en nuestros desiertos, bosques y pantanos, la Tierra es un mero polvorín de salvia y espiguilla, treinta placas tectónicas flotando sobre una astenosfera, el interminable e indiferente torbellino del olvido. Esa es otra dualidad de Roma: el modo en que aquí el tiempo parece a la vez inmenso y minúsculo. Un día somos realmente grandes, estamos en el centro del escenario. Al siguiente, somos un copo de nieve que cae entre las nubes, describiendo círculos, entra por el orificio en la cúpula de un templo, se posa en el suelo y se desvanece.

Si los cuatro mil quinientos millones de años que hace que existe la Tierra estuvieran representados por un campo de fútbol, los cien mil años de historia humana desde la aparición de la agricultura estarían representados por una línea de fondo de una fracción de milímetro, un margen no más grueso que una brizna de hierba.

El destino es caprichoso: yo podría ser tú, leyendo esta página; tú podrías estar en un rompeolas en Sri Lanka, o preparando la cena en tu casa de Pompeya, riendo con tu hija, con cinco minutos escasos de vida por delante. El mundo nos recuerda por todas partes el escaso control que tenemos, el viento que se te cuele por debajo de la chaqueta, un pequeño racimo de bacterias escondido en la hamburguesa.

Cruzar una puerta, inhalar o atarse un zapato es arriesgar la vida. Te agachas; una bala invisible y silenciosa puede pasar rozándote la cabeza, o se te puede incrustar en la garganta. Plinio y los antiguos, con sus circos, sus representaciones de batallas navales y una población en el siglo I con tantos esclavos como ciudadanos, parecían entenderlo mejor que nosotros. Hasta los

emperadores, muchos de los cuales se consideraban dioses, podían esfumarse con la misma facilidad que cualquier otro: un resfriado, una bandeja de hongos venenosos, un cuchillo en la espalda.

El 24 de agosto del 79 d. C., Plinio el Viejo estaba al sur de Roma, en la bahía de Nápoles, cuando empezó a salir humo del Vesubio. Ordenó que se prepararan las naves y zarpó hacia Estabia, una población marítima cerca de Pompeya. «¿Tenía miedo? —se preguntaría su sobrino—. Al parecer, no, pues mantenía una observación continua de los diversos movimientos y formas de la calamitosa nube, dictando lo que veía.»

El viento llevó a Plinio a través de la bahía. Caía sobre las cubiertas ceniza y piedra volcánica. Tomó notas; especuló sobre las causas de la explosión. En Estabia se reunió con líderes, incluso se dio un baño. Los edificios temblaban; había nubes de ceniza en la calle. Ayudó a llevar a evacuados a la orilla, pero el mar había subido y el viento había atrapado sus barcos. Según su sobrino, Plinio se refugió a la sombra de una vela, pidió un poco de agua fresca y se asfixió mientras dos esclavos intentaban ayudarlo.

Cuesta no pensar en el sobrino de Plinio, de diecisiete años, allá en Miseno, mirando a través de la bahía y preguntándose por la suerte de su tío. La ceniza a lo lejos, el cielo azul más allá. ¿Qué diferencia hay, me pregunto, entre los que nos quedamos observando y los que cruzamos la bahía? ¿Puede la curiosidad ser una forma de valentía?

«Se pusieron almohadas en la cabeza, sujetas con trapos, única protección contra lo que caía —escribió el sobrino de Plinio—. En otras partes había amanecido ya; allí seguía una noche más negra y densa que todas las noches.»[\[29\]](#)

En Nochevieja tomo cerveza en la azotea de la Academia con algunos otros

creadores becados. Shauna sigue enferma, los niños se están recuperando por fin, duermen en sus cunas, y yo llevo semanas sin añadir más que unas pocas páginas a mi novela sobre la guerra. La luna se alza sobre los montes Albanos, inmensa, ladeada y roja. Diez minutos antes de medianoche, los fuegos artificiales empiezan a surcar el cielo procedentes de todos los barrios, el centro histórico, el Trastévere, las afueras, los *Castelli Romani* en las colinas lejanas: pequeñas flores verdes y rojas, un millar de explosiones asordinadas. Enero: el mes de Jano, el dios romano de las puertas y los arcos, el dios romano de las transiciones, el dios de los terrenos neutrales. Vela por los límites entre la ciudad y el campo, vela por las cosechas y los nacimientos; es la figura que representa a la Academia Americana, y el Janículo recibió ese nombre en su honor.

En algún lugar de Indonesia aún hay coches atrapados en árboles y la gente duerme estupefacta entre los escombros, y aquí en Roma los cohetes gastados se apartan hacia la cuneta a puntapiés, Peter Pan atraviesa volando la piazza del Popolo y sombras de figuras pasean por el Janículo delante de la Academia, cogidas de la mano, levantan la mirada hacia nosotros y luego la bajan hacia la ciudad.

De camino a casa me detengo en las escaleras. Una figura esculpida de Jano preside la entrada de la Academia, con un rostro en la parte anterior de la cabeza y otro en la posterior. Sobre el perfil del tejado, el vientre de las nubes reluce de un color cobrizo. A mi derecha está el estudio de Jon Piaseck, erizado de troncos tallados, ramas pintadas y piedras con perforaciones. A mi izquierda queda el estudio de George Stoll, de una limpieza impecable, todo blanco, con media docena de cuencos de yeso minuciosamente pulidos encima de mesas.

Unos tres metros por encima de mí, Jano contempla el estudio de George y

el de Jon, el Trastévere y el Vaticano, el pasado y el futuro. Más dialéctica; más parejas idénticas.

Lorenzo ya se ha ido. Tengo que trepar el muro de metro ochenta al lado de la verja para llegar a casa. Las chispas de unos fuegos artificiales caen lentamente sobre los pinos.

Detesto ver enfermos a mis hijos. Cuando nunca los has visto recuperarse, no estás del todo convencido de que puedan hacerlo.

El 4 de enero se publica en el Reino Unido mi segundo libro y mi editor me lleva en avión a Londres. Los Alpes parecen ir a la deriva allá abajo: relucientes de nieve, con pliegues por todas partes. En el servicio los pañuelos de papel llevan la etiqueta PAÑUELOS DE PAPEL y en el pulsador para descargar la cisterna, PULSE AQUÍ PARA DESCARGAR LA CISTERNA. La azafata me saluda con un *buongiorno*, y luego pregunta, en perfecto inglés: «¿Qué quiere tomar?».

En vez de reconfortado, me siento decepcionado. Noto la misma desilusión que cuando oigo a turistas americanos en Roma decir algo del estilo de «Oh, he estado en San Cristóbal». Soy uno de ellos, poco más que un turista yo también, pero ir a Londres y que me hablen en inglés, poder escuchar a escondidas conversaciones, después de una estación y media rodeado de italianos, es como hacer trampa. Como si la vida no debiera ser tan automática, como si a los americanos siempre tuvieran que recordárnoslo.

Shauna debe de estar acostando a los niños para que echen su siesta matutina. Pienso en Owen arrastrándose esta mañana por el suelo de madera de la sala de estar de la Academia, Shauna y yo sentados en el antiguo baúl delante del bar, tomando *latte macchiati*, el cuerpecillo de Owen deslizándose por la madera, las palmas de sus manos acercándolo a una cucharilla caída, la

chimenea, el cordón del zapato de su madre. Pasa los dedos por la superficie tallada del baúl; grita de gozo.

«Un segundo nacimiento», lo denominó Maria Montessori, cuando un niño puede alejarse de su madre por su cuenta. Y de hecho Owen parece un niño nuevo, rara vez llora, está constantemente ocupado yendo a algún otro sitio.

Ahora el lento temblor de otro 767, los monitores de televisión grandes e inertes, las azafatas de aquí para allá con sus carritos. Francia se ve consumida en vapor blanco. El cielo se aleja flotando.

Vuelvo cincuenta horas después. Monteverde está concurrido y oscuro. Ahí sigue el quiosco de periódicos, la pizzería, el bar de la esquina, el hijo a cargo de la máquina de *capuccino*, el padre ante la caja registradora, los dos con gorros de papel. Pasan en un suspiro: están y ya no están. Es raro recorrer en el asiento trasero de un taxi esas quince manzanas o así, los confines de nuestra vida diaria —que solo he conocido como viandante—, en menos de un minuto.

Subo a la carrera las escaleras del apartamento, pero todos están dormidos. Miro a hurtadillas a Henry y Owen, luego salgo a la terraza con un té. Hay unas cuantas estrellas. Mi aliento se eleva en nubecillas blancas. Qué urbano y moderno parecía Londres, con sus caras pálidas y sus avenidas rectas, la comida rápida y las expresiones típicas como *cheers*, *pardon* y *loo*. Londres es antiguo, claro, pero viniendo de Roma parecía remozado y juvenil; no estaba tan aquejado de construcciones agrietadas y desmoronadas, no se veía tan oscuro y baqueteado. En las esquinas relucían establecimientos Starbucks y KFC. Todas las cartas estaban en inglés, todos los letreros resultaban inteligibles. Pero ¿aquí? En Roma podría vivir veinte años y no tener nunca la seguridad de no haber pasado por alto alguna avenida sumamente

importante bordeada de árboles a diez manzanas de nuestro apartamento. Es el rompecabezas de Roma lo que hechiza: su paciencia, su estratigrafía, el fango del Tíber que mantiene unido el pasado, el viento que trae polvo de África, la lluvia que derriba ruinas y el peso acumulado de los siglos que lo compacta todo aún más, transustanciando todas las piedras en una.

Esta noche por alguna razón mi cerebro casi alcanza a concebir el hecho de que el universo se está expandiendo, el tiempo y el espacio aumentan, nuestra galaxia gira cada vez con más amplitud, la tenue luz de las estrellas que brillan sobre esta terraza es más antigua que los fundadores de Roma, más antigua que los dinosaurios, procedente de estrellas que colapsaron y estallaron mucho tiempo atrás, dejando en su estela caparzones de carbono, ardiendo sin llama e increíblemente pesados.

Y sin embargo, ahí están, relucientes, señales luminosas que llegan del pasado.

Días de bufandas y anoraks. Días con demasiadas cosas en los bolsillos: un biberón de leche en un bolsillo de atrás, otro en el otro. Bolígrafo, billetero, libro de frases, llaves; una mantita para los niños sobre un hombro; cuaderno y pinza para los billetes; la mochilita sujeta al pecho con Henry dentro; Owen retorciéndose sobre mi brazo izquierdo, sus dedos en mi pelo, la barbilla arqueada hacia atrás: se convierte en un glotón furioso. Tengo una carta con sello entre los dientes para echarla al buzón. Una bolsa llena de papel usado para reciclar me cuelga de una muñeca. ¿Llevo un chupete? ¿Las capotas de lluvia para el carrito?

En Estados Unidos prácticamente todos los que nos paraban en la calle o en el supermercado señalaban la sillita y comentaban: «¿Gemelos? Seguro que estáis muy ocupados». Tenían buena intención, claro, pero que te

recuerden algo que no puedes olvidar te debilita. Prefiero a las madres italianas que se agachan sobre la sillita y susurran: «Qué preciosos», las sonrisas de los niños que pasan, el anciano romano que nos detuvo hoy y sonrió a Henry y Owen antes de estrecharme la mano y decirme, con una inclinación: *Complimenti*. Enhorabuena.

A mediados de enero vuela a Roma la madre de Shauna. La segunda mañana que está aquí accede a venir del hotel a las siete de la mañana y quedarse con los niños. Shauna y yo nos tomamos a toda prisa un zumo de pomelo, cogemos el autobús n.º 115 a San Pedro y paseamos por la enorme piazza vacía; todo está cubierto de lluvia, las fuentes borboteando, la fachada de la basílica húmeda y gris.

Paseamos siguiendo los muros del Vaticano y entramos en una sección de la ciudad que no habíamos visto nunca. Los comercios venden piruletas en forma de Papa y vírgenes de plástico; en una panadería hay pasteles en forma de mitra papal.

Antes de las ocho ya estamos haciendo cola para entrar en los Museos Vaticanos. Veinte minutos después los paraguas delante de nosotros empiezan a avanzar; tenemos suerte con el detector de metales y la taquilla, y adelantamos a más de un grupo turístico arracimados en corrillos de ojos soñolientos, nos escabullimos por un arco y echamos a correr por un pasillo de más de un kilómetro de largo con un sombrío patio que se despliega interminablemente más allá de las ventanas a la izquierda, pasan tapices a toda prisa por nuestro lado, la sala de Mapas de ciento treinta metros de longitud pasa a toda velocidad, la sala de Máscaras, la Sala de Musas, los diversos vigilantes nos miran confusos, y enseguida ya no hay nadie delante de nosotros, solo una galería tras otra, y los taciturnos exteriores de los

edificios vaticanos avanzando allende las ventanas. Después de dos o tres minutos más al trote, cruzamos sin aliento las salas de Rafael hasta una última escalera y un grupo de seis o siete vigilantes, la mayoría con móviles, y descendemos solos a la capilla Sixtina.

Es más oscura de lo que había imaginado, y más cruda, y más antigua. Huele a periódicos viejos y húmedos.

Cuatro años de trabajo, jornadas de ocho horas, tumbado boca arriba. En el silencio lo imaginamos, el Miguel Ángel orejudo, con la nariz rota, zurdo, joven cuando pintó el techo, viejo cuando hizo el muro del fondo, caminando hacia aquí una mañana lloviznosa como esta, cojeando por los pasillos con sus botas de piel de perro, el yeso de ese día húmedo y a la espera, la cripta silenciosa. Respiras, vuelves al trabajo.

Durante cinco minutos Shauna y yo somos las únicas personas en la capilla Sixtina. Luego llegan otras parejas, sin aliento. Entra un grupo turístico por una puerta que ni siquiera había visto. Aun así no llegamos a veinte. Shauna y yo nos tendemos en un banco bajo la *Embriaguez de Noé* y susurramos.

El techo nos asienta la cabeza plenamente sobre el tallo del cuello, los ojos en las cuencas. Recordaré, más que cualquier otra cosa, los pies de Jonás, casi veinte metros más arriba, musculosos y arqueados, suspendidos sobre *El juicio final*, su torso contorsionado en el trono, su expresión aparentemente asombrada tanto por el milagro de su propia existencia como por el techo que se extiende sobre él.

Uno encuentra el camino a través de un lugar perdiéndose en él. El invierno en Roma es un suspiro de luz diurna, luego piedra caliza y sombra; luz que reluce tras contraventanas cerradas como si hubiera apilados dentro lingotes de oro. En una ventana en Campo Marzio, no muy lejos del reloj de sol de

Augusto, dos mil corbatas de seda, cada cual en su propia casilla, brillan como pájaros tropicales. En San Lorenzo, al este de la estación de ferrocarril, tomamos chocolate caliente espeso como el petróleo. En la Escalera Santa, a menos de un kilómetro del Coliseo, donde se supone que los peregrinos cristianos tienen que subir de rodillas veintiocho peldaños de mármol, vemos a un hombre colocar furtivamente un periódico doblado bajo sus rodillas a medida que asciende.

Circulan por la ciudad riadas de coches, precipitándose aquí, deteniéndose en remansos allá. Shauna saca otro pañuelo de papel del bolso. Pasar un día caminando por las calles de Roma, según nos han dicho, equivale a inhalar dieciocho cigarrillos.[\[30\]](#)

Llevo a los gemelos al mercado de verduras por la mañana y pasa una mujer, fumando. Pasan dos más, fumando. Un hombre de traje acelera el motor de su moto todoterreno —con guardabarros, neumáticos de tacos y toda la pesca— en un semáforo.

No es de extrañar que el Papa haya estado venga a entrar y salir del hospital. Pienso en los bronquios de diez meses de Henry y Owen, brillantes y rosados; pienso en la tráquea de Juan Pablo, ochenta y cuatro años de contaminación polaca e italiana alojados en sus anillos.

En la plaza de San Pedro, los periodistas fuman y enfocan con sus cámaras a los peregrinos: «¿Reza usted por Su Santidad?».

¿Rezo yo? Cuando amaina la brisa y la luz es adecuada, uno puede acercarse al borde del Janículo y ver el esmog: cintas azules y doradas sobre las iglesias.

Esta, sacada del periódico, es la medida más reciente contra la contaminación:

La ciudad de Roma limitará la conducción por la *fascia verde* los jueves a los coches

con matrícula o bien impar o bien par. A partir del 13 de enero, si su coche tiene matrícula par, no podrá conducirlo entre las nueve de la mañana y mediodía, y luego desde las tres a las siete de la tarde. El jueves siguiente será el turno de las impares. Y así sucesivamente, alternando pares e impares hasta el 31 de marzo.

Las normas son tan enrevesadas y exasperantes que casi resultan hermosas. Que es como son aquí las cosas. Llevamos viviendo en Roma cuatro meses y a estas alturas sigo sin entender cuándo se supone que debo pagar el café en un bar.

O a ver qué te parece lo siguiente. Hace diez años una Madonna de escayola en un jardín de Civitavecchia, un pueblo al norte de la ciudad, lloró lágrimas de sangre. La semana pasada se publicó en la prensa un informe emitido por «un equipo de expertos jurídicos, médicos, religiosos y científicos», con la conclusión de que el suceso «fue sobrenatural, pues no hay explicación científica para las lágrimas».

Roma es un espejo roto, el tirante que cae de un vestido, un rompecabezas de asombrosa complejidad. Es un iceberg que flota bajo nuestra terraza, con todo su lastre escondido bajo la superficie.

Pasa un hombre de traje, con botas forradas en piel y gafas de espejo. Pasa un niño pequeño con una gorra de Versace. Una mujer me roza el hombro, sus manos enguantadas sujetan unas partituras con el nombre de Mozart en el encabezamiento. Esta es la ciudad donde los banqueros del Renacimiento servían sopa de lengua de papagayo. Esta es la ciudad donde los antiguos etruscos quizá celebraron o quizá no orgías con mil participantes, y a las vírgenes vestales declaradas «culpables» de tener relaciones sexuales se las enterraba vivas con comida suficiente para que no murieran enseguida, y los espectadores de las decapitaciones hacían apuestas en torno a los chorros de sangre que brotarían de un cuerpo descabezado.[\[31\]](#)

Crucifixiones, gente quemada en la hoguera, entrañas arrancadas por

muchedumbres. En *Historia romana*, el senador e historiador del siglo II Dion Casio describe a un acaudalado romano llamado Vedio Polión, que tenía grandes depósitos de agua salada llenos de morenas «adiestradas para comer hombres, y acostumbraba a lanzarles tantos esclavos como deseaba condenar a muerte».[32] En el Trastévere, santa Cecilia fue escaldada en vapor durante tres días en el 230 d. C. antes de que por fin le serraran la cabeza. San Jorge fue descoyuntado por medio de un torno gigante un siglo después y obligado a calzar zapatos al rojo vivo, y aun así no acababa de morir. Mil trescientos años después, un gobernador de César Borgia espetó a su paje sobre el fuego. Un Papa empezó a obligar a los judíos a correr por el Corso delante de caballos, y otro clavaba las orejas de los herejes a las puertas. ¿Y qué era la herejía, en realidad? ¿Una pregunta formulada en mal momento? ¿Enfocar una estrella con una lente?

Gracias a internet alquilamos una granja durante una semana cerca de una población de Umbría llamada Todi, dos horas al norte. Alquilamos también un monovolumen con el nombre de Picasso. El monovolumen cuesta casi tanto como la casa. Para conseguirlo, tengo que firmar siete formularios distintos. Lo conduzco lentamente hasta el apartamento, seguido todo el camino por bocinazos.

La sillita. Pañales, toallitas, tronas, dos asientos para el coche. Dos bolsas de la compra llenas de potitos. Jerséis de invierno, bodies, una pila de pijamitas de lana. Nuestra última bolsa, con la ropa de Shauna y la mía, es una ocurrencia en el último momento. Cuando pasamos por delante de la Academia, camino de la salida de la ciudad, Lorenzo sale corriendo de la garita del portero.

—¿Está conduciendo? —Mira hacia el asiento trasero con los bebés. Se

pone bien las gafas—. ¿Ya lo ha hecho alguna vez?

—Desde los dieciséis años.

Tiene una expresión seria, sincera. Decido que es uno de los hombres más atentos que he conocido en la vida.

—Los romanos no usan los intermitentes —advierde.

Vamos con cautela por Monteverde. Nos adelantan por ambos lados coches y camionetas a toda velocidad. Enseguida estamos en la nueva Roma, carteles y señales luminosas que indican zonas de obra, un Hilton, un concesionario de tractores, viviendas en terrenos ganados al campo, torres de acero y cristal rodeadas por arrecifes de coches relucientes. Shauna acaba desechando el mapa y anuncia los números de las salidas por instinto. Veo que me resulta más fácil conducir si finjo que se trata de un videojuego.

Un dato estadístico: hay cincuenta veces más probabilidades de morir en las carreteras de Roma que en las de Los Ángeles o Londres. Los romanos tienen fama de adorar a los niños, y sin embargo, si permaneces en la acera, pongamos por caso, tres minutos, hay muchas posibilidades de que pasen por delante de ti un par de chavales de catorce años en Vespa sin casco y a toda velocidad.

El Picasso da un resultado admirable: damos media vuelta una sola vez, no sufrimos ningún accidente. Los barrios exteriores se disipan. Por las colinas greñudas ascienden los viñedos. Aquí y allá grupitos de robles se aferran a sus hojas. Los olivares acanalan las laderas; un tren de cercanías se adentra en un túnel. Un BMW nos adelanta lanzado quizá a cerca de doscientos kilómetros por hora. Los niños desparraman Cheerios por el asiento trasero al tiempo que canturrean: «Ma, ma, ma, ma».

La casa alquilada es una granja en un terreno de doce mil metros cuadrados. Casi ha oscurecido cuando llegamos. Llenamos una bañera en el piso de arriba con agua turbia, bañamos a Owen y Henry, y los acostamos a

dormir en cunas que Shauna ha limpiado a conciencia de excrementos de ratón.

Por las ventanas, la Vía Láctea es deslumbrante y blanca. La casa nos parece enorme, llena de habitaciones amplias y muebles viejos. He olvidado lo que es vivir en un espacio así, con un horno de verdad y estanterías llenas de libros, montones de almohadas y mantas, dos mesas para comer, una isleta de cocina, alféizares, tres chimeneas. He olvidado lo que es estar rodeado de silencio.

Nos encaramamos a una cama blanda. Aletean a nuestro alrededor las cortinas pálidas. Hay tanto silencio que alcanzo a oír los chasquidos de las ramas de los árboles delante de la ventana al entrechocar.

—Quiero una casa —dice Shauna.

Umbría en enero es humeante y azul. Los rosales están despojados de flores. En los robles enanos repiquetean hojas secas y los huertos están sembrados de esquejes de olivo.

Una hora después de amanecer empieza a nevar. Los copos repican en las ramas y el montón de leña como virutas de cristal. El valle a los pies de la casa es de un blanco resplandeciente; tres luces tenues brillan allá a lo lejos. Sale el sol y prende fuego a las colinas. Después de desayunar parapetamos a los bebés en la sala con almohadas y mantas; escondemos cables de lámpara y enseres de chimenea. Todavía no andan, pero a estas alturas los dos gatean a una velocidad que nos parece de vértigo. Se ponen en pie con ayuda de sillas; atraviesan nuestras endebles fortificaciones igual que camiones fuera de control. Cada pocos minutos se oye un topetazo al caer algo pesado, seguido por una larga inhalación, la pausa mientras uno corre hacia ellos cuando piensa: «Igual esta vez no llora». Luego llegan los chillidos.

Comemos pollo asado, patatas asadas, lomo de cerdo, tarta de manzana. Es la primera vez que usamos un horno desde que llegamos a Italia.

Aquí en Umbría, tal vez más incluso que en Roma, uno empieza a tener la sensación de cuánto tiempo hace que Italia alberga seres humanos. Allí donde paseamos hay huertos con siglos de antigüedad, granjas empapadas de sueño y ruinas de muros: tengo la sensación de que podríamos espantar recuerdos de los campos tal como espantaríamos bandadas de codornices allí en casa. Pero también creo que esta Italia todavía no es tan conocida, no está del todo domada. El tiempo es aquí más grande. Se acercan halcones a la casa, la escarcha blanquea las moreras y la tierra escupe guijarros de cuarzo redondos y luminosos. El barro nos succiona las botas. El Tíber discurre al fondo del camino, pardo y veloz, los bajíos vidriados de hielo.

Ocurre algo inesperado: empiezo a escribir ficción otra vez. Me viene a la cabeza la imagen de Roma tal como la vi por primera vez, la vista desde el borde del Janículo: la Fontanone atronadora a nuestra espalda, las azoteas, las cúpulas y los jardines de la ciudad oscilantes bajo un campo de azul. El panorama flota ante mis ojos, y para la hora de comer llevo cinco páginas de un relato breve sobre un pueblo que quedará bajo las aguas por la construcción de un pantano.

Igual es que Italia se ha vuelto lo bastante familiar como para dejar de prestarle atención unas horas al día. O igual es solo estar otra vez en el campo, en un lugar mucho más parecido al hogar, donde los hombres dan largos paseos por las colinas, la gente te saluda cuando pasas en coche y el ruido de fondo no son motores sino silencio. Sea como sea, las páginas del cuaderno empiezan a llenarse de un mundo imaginario. Trabajo en el ático en un escritorio cubierto de caparzones de avispa muertas con las patas hacia arriba, escribiendo nuevas páginas, una tras otra. Shauna lee en un sillón

junto al fuego. Los niños duermen profundamente, acurrucados en los rincones de sus cunas. El cielo es plateado toda la semana.

Hacia finales de enero mi novela recién publicada sale en Holanda y me subo a un avión. Un periodista tras otro entra en la habitación de un hotel en Ámsterdam con un ejemplar de mi libro en holandés. Un reloj de pie da las horas. Detrás de su esfera oscilan de aquí para allá barquitos de madera que marcan los segundos.

Contesto la misma pregunta una docena de veces. Para el final de la jornada he tomado tanto café que me tiemblan las manos. Ámsterdam parece una ciudad de fantasmas, inmóvil toda la tarde, llueve con suavidad sobre los canales, no hay bocinas ni alarmas de coche, solo gente pálida y encantadora que cruza intersecciones en bicicleta. Las calles se difuminan en velos de neblina. En el barrio rojo, mujeres aburridas en ropa interior permanecen enmarcadas por escaparates del tamaño de cabinas telefónicas, trasladando el peso del cuerpo de una cadera a la otra.

Hace cinco años este era un futuro en el que no hubiera creído: que atractivas desconocidas europeas hubieran leído mis libros, que en un solo día hubiera visto mi cara reflejada en los objetivos de quince cámaras distintas. Canales y pescado fresco con mi editor holandés y una caja de bombones exquisitos en mi habitación con una nota del gerente y una preciosa periodista belga haciendo un trayecto de tres horas y media en tren para venir a hablar conmigo sobre algo que me inventé: es como un sueño.

Paseo por Londres con Jessica, la publicista; paseo por Ámsterdam con Esther, la publicista. El mercado de flores, la enorme cápsula negra de otro micrófono de radio, una sesión de fotos delante del Rijksmuseum, y mañana un vuelo de regreso a un apartamento desde cuya terraza se ve el Panteón:

cabría pensar que es glamuroso. Pero no lo es, no del todo. En cambio, estoy tumbado en habitaciones de hotel y echo de menos a mi familia. Tengo la sensación de que las horas que paso contestando preguntas sobre libros que ya he escrito las sobrelleva otra persona. Eso forma parte de una vida anterior; tengo el corazón en otra parte. Supongo que esto es lo que significa cuidar de dos bebés: cualquier intento de sentirte como si fueras el centro de algo es risible hasta decir basta.

Ni siquiera ahora, cuando tengo ocasión de dormir toda la noche, consigo pegar ojo. Escribo unas cuantas páginas de mi nuevo relato breve; pongo las noticias. Durante el primer bloque de publicidad, un Volvo discurre en un anuncio por una carretera bordeada de cipreses y de pronto, aunque resulta imposible, pasa por delante de la Fontanone. Los gruesos pilares de mármol en forma de bala delante de la fuente, con dragones tallados, son inconfundibles.

Pavimento húmedo, luces de arco, un elegante sedán. Mis hijos sueñan sus propios sueños a doscientos metros escasos de ese preciso lugar.

Por fin me duermo hacia las tres. En un sueño un único copo de nieve desciende en espiral por el óculo del Panteón, se posa en el suelo y destella un momento antes de fundirse.

Entro por la puerta con dos bolsas de bulbos de tulipán. Shauna me cuenta que los niños han empezado a saltarse siestas otra vez. «Y lloran sin motivo —dice—. Están ahí sentados, venga a babear, y de pronto se ponen a gritar.»

¿Estreñimiento? ¿Hambre? Les abrimos la boca y miramos dentro: tienen los tejidos de las encías inflamados y enrojecidos. Les moquea la nariz. Quieren que los tengamos en brazos todo el rato.

Pasamos toda la semana turnándonos para echarles unas gotitas marrones y apestosas en las encías, conseguir ponerles los pañales, darles paños helados

para que los chupen. Por las mañanas moldeo párrafos de mi relato breve, los examino, procuro desentrañar su significado. En cuanto estoy de vuelta en el apartamento, insto a Shauna a que salga. Ver la dentición de unos bebés es como vigilar un reactor termonuclear: más vale hacerlo por turnos, y que se ocupe gente bien descansada.

El primer día de febrero, deslumbrante y frío, Tacy se queda con los niños mientras Shauna y yo caminamos cuatro kilómetros escasos hasta la piazza del Popolo. A punto de anochecer, nos encontramos en el lado norte de la plaza, en la iglesia de Santa Maria del Popolo, delante de la *Crucifixión de san Pedro*, de Caravaggio. Es un cuadro inmenso, oscuro y con textura, cargado de granates y negros. En él tres obreros sin rostro se esfuerzan por levantar una sólida cruz de madera a la que han clavado boca abajo a un san Pedro musculoso y entrado en años.

La iglesia huele a madera vieja, piedra y cenizas de incienso. El taladro de un restaurador rechina en un andamio a nuestra espalda. Entorno los ojos en la penumbra. El cuadro está colgado en una capilla sombría, tiene cuatrocientos años de antigüedad, y Caravaggio usó tanto negro que resulta difícil distinguir gran cosa. Estoy a punto de seguir adelante cuando se acerca un hombre arrastrando los pies, hurga en el bolsillo e introduce una moneda en una caja atornillada a la barandilla a mi lado. Se oye un chasquido en alguna parte por encima de nuestras cabezas y un foco fijado al techo se enciende y baña en luz el cuadro.

El blanco del pecho y las rodillas de san Pedro resalta; alcanzo a discernir las arrugas de su frente, mugre en sus costillas. Asoma a su rostro una preocupación extraña y alienada, como si no supiera dónde posar la mirada. En las pantorrillas y los antebrazos de quienes lo crucifican se aprecia el

esfuerzo evidente de levantar a un campesino viejo y pesado. Por primera vez entiendo a qué se refieren los críticos de arte cuando dicen que Caravaggio era un maestro en el uso del blanco: el taparrabos de san Pedro, centrado en el lienzo, luminoso y arrugado, capta la mirada. El artista ha utilizado tal vez veinte pinceladas de blanco en un vasto paisaje negro, pero gracias a ello ha hecho cobrar vida a todo un universo.

El foco permanece encendido un minuto y luego se apaga con un chasquido. El cuadro vuelve a quedar en sombra. Parpadeamos. Salgo de la iglesia preguntándome cuántos lugares más por aquí tendrán esas cajas de iluminación.

La luz acaricia los marcos de las ventanas. El hielo vidria el fondo de la pequeña palangana azul que dejamos en la terraza para el reciclaje. Antes de mediodía el hielo será agua otra vez y hará calor suficiente para llevar afuera las tronas de los niños.

Trabajo todas las mañanas en el relato sobre el pueblo anegado. Me escabullo al estudio Tom Andrews con cuadernos y café; el cielo del otro lado de la ventana es casi siempre morado oscuro. Da la sensación de que el amanecer en Roma, a principios de febrero, no es un momento sino una serie de pétalos que se despliegan y florecen, uno tras otro, y luego se desprenden, mientras van ocupando su lugar otros nuevos, sutilmente más claros.

Durante toda la mañana formulo frases, las borro y pruebo con otras nuevas. Enseguida, cuando las cosas van bien, el mundo a mi alrededor mengua: el cielo delante de la ventana, la furiosa calma del pino piñonero a tres metros, el olor del polvo que cae sobre la bombilla caliente de la lámpara. Es el milagro de la escritura, el lugar que intentas encontrar: cuando la habitación, tu cuerpo e incluso el tiempo mismo cooperan en el truco de

desaparecer. Se esfuman los camiones que braman fuera, el borde afilado de la mesa bajo mis muñecas, la factura de la luz pendiente allá en Idaho. Puede parecer solitario, pero no lo es: enseguida brotan personajes de las paredes, silenciosos y vigilantes, unos más nítidos que otros, esperando a ver qué será de ellos. Y también aparecen escritores. A veces todos y cada uno de los autores de ficción que he admirado están presentes, desde Flaubert a Melville pasando por Warthon, todos los libros que me han maravillado, todas las novelas que me hubiera gustado tener el talento suficiente para escribirlas. De un tiempo a esta parte Plinio se apoya en el borde de la mesa como un antiguo farmacéutico, respira por la nariz, huele a alcanfor, menea la cabeza de vez en cuando.

En ocasiones, en lo más recóndito de mi mente, percibo también a otros artistas en esta Academia grande y surcada de corrientes de aire, los arquitectos, escultores y compositores dormidos o recién despiertos, dando vueltas en su cabeza a su propio trabajo. Los imagino como llamas que arden en sus camas, brillando a medida que transcurre la mañana, llamas en la biblioteca, llamas en las ventanas de los estudios, llamas que pasan por el patio y salen al jardín.

Examino frases con rayos X; arranco un párrafo y le vuelvo a dar forma tan minuciosamente como puedo, y vuelvo a ponerlo a prueba, y escudriño las páginas para ver si las cosas están un poco más claras, un poco más resueltas. A menudo no lo están. Pero escribir un relato es avanzar y retroceder por una serie de tablas que vas tendiendo en el vacío hacia la oscuridad, una tras otra, centímetro a centímetro, y lo mejor que cabe esperar es que cada día hayas cruzado un poquito más el abismo.

Al cabo, el hechizo se rompe. Alguien abre la ducha al otro lado de la pared, o me doy cuenta de que tengo heladas las manos, o noto un calambre en el estómago, y el estudio vuelve a inundar la realidad. La gravedad, el olor

al brécol de alguien calentado al microondas en la cocina al fondo del pasillo, unos frenos neumáticos que rechinan más allá de los muros del jardín, las exigencias materiales y las limitaciones de la vida.

El tronco grande de pino piñonero asoma delante de la ventana, viviendo sus dos vidas: el mundo superior de las agujas y las ramas, el mundo inferior de las raíces y la tierra. Salgo del estudio, me sacudo el ensueño y vuelvo con Shauna, los gemelos, Roma, ese ensueño más ruidoso e insistente.

Carnaval, *carnevale*: deriva del latín *carn* (carne) y *levare* (retirar). El domingo antes del Miércoles de Ceniza paseamos por el Campo dei Fiori, pasamos por delante de una panadería en via dei Baullari (la calle de los fabricantes de baúles) con hileras de pasteles y pizzas humeantes en los escaparates y una mortadela —un embutido inmenso trufado de dados de grasa, grueso como una columna de iglesia— en equilibrio sobre unos caballetes junto a la entrada. Por toda la piazza Navona corretean y brincan niños, su aliento visible en el aire, las máscaras de sus disfraces retiradas encima de la cabeza: Mary Poppins, Piolín, princesas y diablos caseros. Levantamos con los zapatos pedacitos de papel de colores que recubren las ruedas de la sillita. De vez en cuando un niño lanza un puñado a Henry y Owen, estrellas, círculos y cuadrados pequeñitos. A los bebés no les hace gracia.

Solo llevan disfraces los niños, y prácticamente solo en la piazza Navona y sus alrededores. Antes las fiestas eran mejores. Livio dice lo siguiente sobre las *Bacchanalia*: «Cuando se había sumado la licencia brindada por la oscuridad, no quedaba por cometer ninguna clase de delito, ninguna clase de inmoralidad. Se llevaban a cabo más obscenidades entre hombres que entre

hombres y mujeres. Cualquiera que se negara a someterse a ultraje o fuera reacio a cometer crímenes era masacrado como víctima expiatoria».[33]

Plutarco dice lo siguiente sobre las *Lupercalia*, que tenían orígenes prerromanos y caían el 15 de febrero: «Muchos de los jóvenes patricios, y de los que ejercen magistraturas, corren a una por la ciudad, desnudos, hiriendo por juego con correas no adobadas a los que encuentran. Pónenseles delante de intento muchas mujeres de los primeros ciudadanos, y como en una escuela presentan las palmas de las manos a sus golpes».[34]

Las correas no adobadas eran tiras ensangrentadas de piel de cabra, que supuestamente conferían fertilidad. Los látigos se denominaban *februa*; de ahí el nombre de «febrero». Mucho más adelante, en los siglos XVIII y XIX, durante el Carnaval, todos los romanos llevaban disfraces, desde cardenales a cocheros. Ondeaban banderas en los balcones; lanzaban serpentinas, confeti y harina desde las ventanas. Después de oscurecer, los carruajes y la muchedumbre se retiraban a los laterales de la vía del Corso, y caballos sin jinete, adornados con cintas y espoleados por medio de bolas con pinchos atadas a las crines, se lanzaban a la carrera desde la piazza del Popolo y recorrían el kilómetro y medio que dista hasta la piazza Venezia en la otra punta, pisoteando a cualquiera que se cruzara en su camino.[35]

Goethe se paseó entre esas multitudes en 1788. «A una señal convenida — escribió— todo el mundo tiene permiso para cuantas locuras y sandeces se le antoje, y prácticamente todo está permitido, salvo golpes y puñaladas.»[36]

Dickens se paseó por allí cincuenta y siete años después: «El tintineo de esos arreos y el repiqueteo de los cascotes en las piedras, el ímpetu y la furia de su marcha por la calle retumbante y, más aún, los cañonazos que disparan, todo eso no es nada comparado con los aplausos y los gritos estruendosos de la multitud».[37]

Carnaval: una locura fomentada, con carne asándose en todas las hogueras.

Luego llega el Miércoles de Ceniza, el frío reflejo del avemaría, y durante cuarenta días se retira la carne.

Owen da palmetazos con las manos contra las baldosas al gatear. Henry le va a la zaga, los dos pasando en fila india por debajo de la mesa de la cocina. Al verlos pienso en animales que emigran, un ñu siguiendo a otro. Henry ya es capaz de batir palmas, y Owen canta por las mañanas, pero se despierta gritando todas las noches exactamente a las 22.35 y hay que abrazarlo y tranquilizarlo.

«Son los dientes», dice Shauna. Todo son los dientes.

Aun así, tienen una energía impresionante. Intentar vestirlos después del baño es como intentar ponerle pijama a una caballa. Cada vez que se las arreglan para entrar en nuestro dormitorio, agarran el cable del ordenador y tiran con todas sus fuerzas; ya van cuatro veces que he cogido el ordenador al vuelo antes de que cayera. Arrastran sillas por el suelo de la cocina todo el día y hacen el ruido más rechinante imaginable. Shauna construye un escudo de cartón y cinta de embalaje en torno a la toma de corriente de nuestra radio, pero dos horas después Owen ha descubierto cómo desenmarañarlo y está sentado en el centro de la cocina con todo el enchufe en la boca.

En la Villa Sciarra, el parque infantil con los faunos y los pavos reales, ponemos a los bebés sobre mantitas y se van a todo trapo hacia los arbustos. Cuatro o cinco niños los rodean, les acarician la espalda, les ofrecen piruletas. Procuro tranquilizarme. Lo único que me viene a la cabeza: «Gérmenes».

A medianoche, a la una de la madrugada, a las dos, sigo sin dormir. Salgo a la terraza con abrigo y gorro de lana, y me dedico a lanzar tajos a la tierra amazotada que un inquilino anterior dejó en unos quince tiestos. Arranco

las malas hierbas, remuevo la tierra con los dedos y planto nuevos bulbos de tulipán, sin dejar apenas espacio entre ellos, veinte bulbos por tiesto.

A las dos de la madrugada los montes Albanos son azules y están surcados de luces. Una pareja pasa por la calle ahí abajo, la mujer un poco rezagada con respecto al hombre. Se detiene, se ajusta una tira del zapato. La brasa naranja de su cigarrillo traza un arco hacia la noche.

Esta, mi dispiace, le dice el hombre. Esta, lo siento. Ella se incorpora, mira en torno. Luego se ríe.

Paso despierto más horas de las que he pasado en mi vida y, sin embargo, tengo la impresión de que los días y las noches en Roma pasan a toda prisa como las páginas de un folioscopio.

El 17 de febrero, el Papa vuelve a ingresar en el hospital, aquejado de dolores de cabeza. En la primera plana de todos los periódicos italianos hay imágenes extraídas de una grabación de vídeo de una periodista italiana, Giuliana Sgrena, secuestrada dos semanas antes en Bagdad. «Suplico —parece ser que dice en la grabación— que se ponga fin a la ocupación. Suplico... al pueblo italiano que presione al Gobierno para que se retire. —Está arrodillada de espaldas a una pared lisa y tiene las palmas de las manos unidas—. Hagan algo por mí, por favor.»

Los astros del fútbol van a entrenar con camisetas en las que pone LIBERTAD PARA GIULIANA. En el Ayuntamiento cuelgan una imagen gigantesca de ella. Abro el atlas en la biblioteca y me doy cuenta, por primera vez, de que Roma está más cerca de Bagdad que Boise de Washington D. C.

¿Qué susurra esta noche al oído de Dios el papa Juan Pablo, arropado en una cama de hospital, rodeado de flores? ¿Reza por periodistas secuestradas? ¿O por las encías inflamadas de los niños pequeños? Probablemente sus

sueños son más ambiciosos: el planeta que se desliza por el espacio, el lento avance de las placas tectónicas.

Me convenzo de que este invierno no nevará en Roma.

Hay noches en las que, al llevar al contenedor otra bolsa de pañales sucios, al lavar otro fregadero lleno de biberones, empezamos a sentirnos hartos, sobresaturados. Un interior de iglesia se funde con el siguiente, columnas de dos mil años de antigüedad pasan flotando ante nuestros ojos sin que nos demos cuenta. ¿Era esa otra obra de Miguel Ángel? ¿Otra obra de Pinturicchio? Hace cincuenta años, en *Rome and a Villa*, la novelista Eleanor Clark lo denominó la «excesividad» de Roma, y creo que tiene razón mientras estoy plantado delante del contenedor y veo alejarse flotando el vapor de mi aliento: la Fontanone está ahí mismo, la ciudad de fábula más abajo, pero lo único que veo es fango y vidrios rotos. Demasiada belleza, demasiado que asimilar; si no te andas con cuidado, puedes sufrir una sobredosis.

Cocinar espaguetis, pelar una manzana. Cortar los espaguetis y la manzana en trocitos. Ponerlos en las bandejas de la trona. Ver a Henry y Owen tirar comida al suelo. Recogerla del suelo. Lavar las bandejas de la trona. En la ciudad nos cruzamos con romanos que leen novelas, charlan al sol, devoran alegremente sus *contorni* en un café en el barrio judío. Visten camisetas planchadas, van pulcramente peinados, sus zapatos relucen. Los miro por entre los barrotes de la paternidad. ¿Por qué no tienen manchas de leche en los hombros? ¿Por qué pueden dormir toda la noche?

Si no te tuviera, Owen; si no te tuviera, Henry. Si no os tuviera, podría comer con las dos manos.

Entonces, justo cuando lo necesitaba, ocurre algo así: bajo las escaleras con Owen cuando nos cruzamos con un hombre al que no había visto nunca.

—*Ciao* —digo.

—*Ciao* —responde el hombre.

—*Ciao* —dice Owen. Es la primera vez que lo ha dicho. Casi me caigo de espaldas. El hombre sonrío.

—*Ciao!* —repite el hombre efusivamente. Blande el bastón y hace una pequeña reverencia.

Me viene a la cabeza una frase de *Gilead*, de Marilynne Robinson. «Hay un millar de millares de razones para vivir esta vida, todas y cada una suficientes.»[\[38\]](#)

Una lustrosa mañana de viento, cuando llevamos dos semanas de Cuaresma, unos becarios de la Academia me llevan a la cima del monte Testaccio. El monte Testaccio tiene el mismo aspecto que cualquier otra colina romana, pero no es una de las siete famosas: es artificial. Está formado casi en su totalidad por pedazos de grandes vasijas de arcilla llamadas ánforas. Millones de ellas. Probablemente hasta veinticinco millones.

Antes podía subir aquí arriba cualquiera; ahora hace falta un *permesso*. O ganas de pasar por encima de unas cuantas cadenas. Desde la cima vemos los miles de edificios de apartamentos del sur de Roma, las azoteas erizadas de antenas de televisión, y docenas de solares vacíos en los que relucen los charcos, un campamento gitano en uno de ellos, nómadas y tiendas, lonas alquitranadas azules que aletean contra las cuerdas.

Las ánforas, cuando se encuentran enteras, tienen el cuello fino, la parte inferior ahusada, dos asas. Vacía, un ánfora de transporte entera pesa treinta y

tres kilos. En los tiempos del Imperio se llenaban de cera o miel, linaza o grano, o —las más de las veces— aceite de oliva. Luego se apilaban en barcos, se transportaban a Roma desde España o el norte de África, se acarreaban por el Tíber y se descargaban a los pies del monte Testaccio, ante los rápidos en torno a la isla Tiberina. El aceite se decantaba en recipientes más pequeños, y las ánforas se rompían y se llenaban con sus propios trozos, se rociaban de cal y se amontonaban. Todo regulado, todo planificado, todo registrado en latín.

El aceite de oliva era el músculo, el tónico capilar, el jabón y el combustible para lámparas del Imperio, el sabor de sus comidas, la iluminación de sus dramas. Plinio dedica ocho escrupulosos capítulos de la *Historia natural* a las olivas y el olivo, desde la siembra a la cosecha, pasando por el prensado y el almacenaje. Se untaban con aceite de oliva iconos, bridas, reyes, embarazadas y llagas en los pies. ¿Querías conservar un trozo de madera? ¿Hidratarte la cara? ¿Calmar un dolor de muelas, mitigar las estrías, engrasar el eje de un carro, refrescarte el cuero cabelludo, unguir a un cristiano fallecido?

Hoy en día el monte Testaccio —con treinta y cinco metros de altura y una extensión de veinte mil metros cuadrados— es un monumento al deseo tan imponente como cualquier otro monumento de Roma. Está cubierto de malas hierbas y algún que otro arbusto. Pasan empujados por el viento envoltorios de chocolatina tirados. Deambulamos por la cima buscando fragmentos de ánfora, el sol nos caldea los hombros de las chaquetas, el aire nos arrebató el calor de las manos. El terreno se agrieta bajo nuestras zapatillas deportivas.

Hacia el oeste, cubierto por un manto de neblina verde oscuro, está el Janículo: tejados y pinos, una abundancia de mármol coronada por una minúscula cruz de hierro que señala la cúspide misma de la Fontanone. A su izquierda está la torreta anaranjada en la azotea de nuestro edificio de

apartamentos. Pienso en los pequeños Owen y Henry; Owen probablemente habrá despertado ya de su primera siesta y estará gateando por las baldosas de la cocina, atormentando a su madre. No tienen aún un año de vida y sus pañales ya están dispersos por seis estados, dos continentes.

Vivir es ir dejando rastro. Pelo, polvo, basura, niños, cartas de amor, zapatos viejos, huesos. Todos estamos poseídos por ansias terribles. Cuando tenían menos de una hora de vida, Henry y Owen ya sabían agarrarse a su madre. Roma en sí se asienta sobre piedra calcárea, calcita formada por los esqueletos de billones de diminutas criaturas marinas, sus propios cadáveres quebrados y amontonados, literalmente rociados de cal, un cementerio primordial, fango pelágico. Nacemos, consumimos, morimos. Nuestros paisajes son cementerios, y ¿qué es un cementerio sino un vertedero?

El peso del aceite de oliva que llegó a Roma durante los seis siglos que se amontonaron ánforas en el monte Testaccio ascendería a cerca de doscientos millones de kilos.

Cuaresma: tomamos *latte macchiato*; comemos raviolis rellenos de espinacas. Untamos pedazos de pan en aceite de oliva que trajimos de Umbría, embotellado sin etiqueta, verde, turbio y ácido.

En los restaurantes el respaldo de nuestras sillas roza el de las que tenemos detrás. En los autobuses pugnamos por nuestro territorio con caderas y codos, metemos como podemos la sillita por las puertas, nos golpeamos las espinillas contra los pasarruedas. Una mujer llora en el asiento de al lado. Shauna oye que alguien dice, en inglés: «Bueno, ¿y qué si es impotente?». Un violinista que apesta a vino me clava la funda del instrumento en la espalda.

Proximidad, propincuidad: no somos solo americanos en Italia, sino gente

del campo en una gran ciudad. Compro un periódico, me doy la vuelta y tres niñas les están acariciando el pelo a mis hijos. Un par de monjes, pequeños como gnomos, pasan por nuestro lado, charlando animadamente; les huele el aliento a cebolla. Las piazzas son salones, salas de concierto y emplazamientos de festivales; las calles, lugares para que pase al rato la juventud; los bancos del parque, guarderías al aire libre. Una y otra vez se nos recuerda la necesidad arquitectónica del jardín, el claustro, el patio recoleto.

Nos encontramos al hombre con muletas cuya mujer espera gemelos. Marco. Está con su hija. El médico, según dice, ha aconsejado a su mujer que guarde reposo. Lleva tres semanas sin poder levantarse de la cama salvo para ir al servicio.

—Y hemos comprado un carrito —dice—. Uno diferente del vuestro.

Su hija tiene los ojos oscuros y el pelo rizado: es preciosa.

—Dinos si necesitáis cualquier cosa —se ofrece Shauna, en inglés.

No queda claro si lo entiende.

—Ah, nos va bien —asegura Marco—. ¿Verdad?

Y da unas palmadas en el hombro a su hija. Pero sus ojos están muy lejos.

El último día de febrero paso diez minutos enteros intentando abrir un envase de plástico de tentetiesos, enviado por la madre de Shauna, mientras los niños chillan para que los saque; tengo los dedos en carne viva y los tres muñequitos se obstinan en no salir de sus caparazones de PVC. No puedo dejar de pensar, mientras siervo con un cuchillo de pan la juntura del envase, en la tecnología y el esprint que es la vida moderna. ¿De veras es el progreso una curva en perpetuo ascenso? ¿No acostumbraban a ser los envases (o la fabricación de juguetes, o el adoquinado, o la producción de leche o queso o

cemento, si a eso vamos) mejores hace trescientos o setecientos o mil novecientos años?

Hace unas semanas, en el Foro, vimos a una guía turística detenerse ante una excavación y señalar con la punta de un paraguas cerrado. «Fíjense en cómo la mampostería es mejor a medida que retrocedemos en el tiempo», dijo.^[39]

¡Imagina la vida antes de la leche industrial, la radio pública y la proliferación de las imágenes! Imagina si solo vieras al presidente (o al Papa, el príncipe o la reina) una vez en la vida, sin imágenes de televisión, ni fotografías, solo una o dos estatuas, un busto, su perfil en una moneda. ¿Cómo sería la vida en tiempos de Plinio? Piensa en el poder que tenían las historias: tu primo que vio al emperador pasar al galope hacia el Capitolio en su carro, con un par de dedos en alto, la cara en sombra, la guardia siguiéndolo con estrépito, todo ese bronce reluciente al sol. Poder, derecho divino, el resplandor del mito: un atisbo en toda una vida, y ¿cómo no ibas a creer?

Nacías en casa. Si tenías suerte, morías en casa. La noche al otro lado de las murallas era oscura por completo, el cielo estaba paralizado de estrellas; el invierno acababa con parientes y el orbe del planeta, una deidad en sí mismo, girando en el centro del universo, atravesaba en silencio anillos de pestilencia y guerra.

La banda sonora de la vida no era el retumbo sostenido de motores, sino el murmullo del viento y el aullar de los perros, los reniegos de las madres; cinceles, pasos y risas; el trapalear de los caballos, los gritos de los presos y los secretos de los vecinos.

Los mapas estaban plagados de sombras. De vez en cuando un viajero o un soldado podía irse del vecindario y regresar años después con historias que eran creídas o no creídas o nunca relatadas, pero prácticamente nadie más

llegaba a marcharse. El vencejo posado en tu tendedero habría visto más de tu país de lo que nunca podrías esperar a ver tú. El oficio de tu padre lo determinaba prácticamente todo en tu vida: dónde vivías, lo que hacías, con quién te casabas, lo que comías. Los hombres peleaban por la sal, y las tierras hacia el norte, hasta donde se sabía, estaban llenas de hielo y bárbaros. Una larga caminata podía llevarte hasta los restos de una muralla que nadie cruzaría nunca, porque, como escribió Procopio en el siglo VI, al otro lado «incontables culebras y serpientes y toda clase de criaturas salvajes ocupan esa área como si fuera suya».

El norte, para el historiador Tácito, era la nada, «un trozo de tierra inmenso y sin forma de ello».[40] Los soldados del emperador Calígula prefirieron amotinarse a cruzar el canal de la Mancha porque creían que estaba abundantemente poblado de sirenas.[41] Los colmillos de narval se vendían como cuernos de unicornio, ¿y por qué no? Es mucho más fácil creer en un caballo con cuerno que en una bulbosa ballena blanca cazando focas bajo masas flotantes de hielo.

Los huesos de mastodonte que aparecían en las riadas eran huesos de gigantes. El fénix, escribió Plinio, «es del tamaño de un águila, de un dorado fulgurante en la zona del cuello, en el resto purpúrea».[42] Los leones entendían el mensaje de las súplicas, y ciertas serpientes, aseguraba, «llegan a engullir de un trago a las aves que pasan volando, por muy alto y rápido que lo hagan».[43]

La gente comía pollinos, disecaba lirones, estofaba alondras. Había palabras que no se podían pronunciar. La brujería era real. La leche de burra mitigaba las arrugas faciales; la grasa de oso, mezclada con hollín de lámpara, prevenía la calvicie. Se creía que frotarse las encías con un diente arrancado a un hombre que había sufrido una muerte violenta aliviaba los

dolores. Se instaba a las mujeres embarazadas que querían tener hijos guapos a contemplar cosas hermosas.[44]

El poeta Salustio cuenta la siguiente historia sobre el Coliseo: en torno al 81 d. C., cuando el recinto era todavía nuevo, el emperador Domiciano organizó una jornada de juerga para celebrar la festividad de final de año llamada Saturnal. Llovieron avellanas, dátiles, ciruelas e higos sobre los espectadores; criados con paños blancos en el brazo repartieron pan y vino gratis. Lucharon gladiadoras, luego enanos; después circularon por las gradas prostitutas, y bailarinas de vientre y malabaristas. Y cuando se estaba poniendo el sol y el entusiasmo general empezaba a decaer, el emperador ordenó que se soltaran en las gradas decenas de miles de pájaros exóticos: flamencos, faisanes, perdices, pintadas. El gentío se puso como loco intentando atraparlos; había más aves que espectadores, según Estacio; fue el no va más de los regalos festivos. Imagínalo: la luz de las antorchas oscilante bajo los doseles, el humo deslizándose por las arcadas, plumas volando, pájaros lanzando chillidos, los gritos y forcejeos de cincuenta mil ciudadanos. Y este mismo cielo romano, enmarcado por el mismo óvalo de piedra, tornándose violeta al anochecer, rebosante de flamencos rosas.

No cambiaría el siglo XXI por ningún otro. Tenemos papel higiénico y pasteurización, novocaína y aguacates mexicanos todo el año. Y quedan misterios más que de sobra: qué provoca los partos prematuros, o de qué está hecho el universo exactamente. La biología de las profundidades del océano, la naturaleza de la gravedad, la razón por la que dormimos, los mecanismos de la migración; miles de preguntas aún esperan respuestas.

Pero cuando por fin saco los tentetiosos del envase, Henry y Owen los chupan durante medio minuto, luego se ponen a gatear y dejan un rinoceronte y un cocodrilo de colores chillones húmedos de babas y oscilantes sobre las baldosas. Y no puedo por menos de pensar en Plinio y la persistente

tendencia de la civilización moderna a considerarse avanzada. ¿Y qué si Plinio creía que la luna hacía que los crustáceos cambiaran de tamaño, y que el menstro de las mujeres desafilaba las espadas, y que el ajeno, metido bajo una faja, evitaba la hinchazón de las ingles? ¿Acaso no describía también la Tierra como una esfera y entendía que rotaba cada veinticuatro horas? ¿Acaso no dijo también: «Lo único cierto es que nada hay cierto»? No leo a Plinio para ver cuánto ha avanzado la humanidad, sino que más bien lo leo para ver cuánto hemos perdido. El conocimiento es relativo. El misterio puede cultivarse.

Henry y Owen ven más imágenes en un día que las que Plinio vio en toda su vida, y me preocupa que su generación tenga que esforzarse un poco más que la anterior para permanecer atenta a los milagros del mundo.

Shauna opina que es una suerte que no viera la nieve caer por el óculo del Panteón. A veces, comenta, aquello que no vemos es más hermoso que cualquier otra cosa.

Llueve, sale el sol. Cinco minutos después el granizo apedrea la calle. Esta mañana los montes Albanos se veían de un color azul pizarra y aterciopelados. A mediodía estaban relucientes y blancos. Ahora son densos y negros, terribles, apocalípticos.

Lorenzo está resguardado en su portería con el calefactor encendido y un montón de correo en el regazo. «Este tiempo se llama tiempo loco», nos dice. Shauna y yo cruzamos la grava del patio, de camino al bar de la esquina para tomar unas *spremute*, vasos altos de zumo de naranja de color sangre. Nos cogemos de la mano. Hay truenos. El oeste, más allá del Vaticano, arde replegado sobre sí mismo, de un millar de tonos dorados.

Las naranjas son de Sicilia. El zumo sabe a sol: profundo, rojo, espumoso.

Sostenemos los vasos con las dos manos. Procuramos no dar nada por sentado.

PRIMAVERA



Owen y Henry dedican casi todo el tiempo que pasan despiertos a prepararse para andar. Se aúpan agarrándose a tiradores de cajones, van subiendo las manitas por las puertas de los armarios. Se ponen en cuclillas, pivotan, se tambalean: son gimnastas entrenándose.

Los domingos el enorme edificio de la Academia está silencioso y en su mayor parte vacío, y bajamos con los niños la larga escalera de mármol al sótano, que alberga las oficinas, una planta de la biblioteca y tres pasillos abovedados de ladrillo, cada cual recto como una flecha y de unos cincuenta metros de largo. Saco un viejo carrito de la compra de debajo de unas escaleras, meto a Henry en la cesta y coloco a Owen detrás para que empuje. Luego lo suelto. Owen camina con los dedos entremetidos en la rejilla de metal, sus pequeños mocasines se agarran a las baldosas y el carrito va avanzando. Lo empujará de punta a punta de los tres pasillos, su sonrisa cada vez más amplia, y luego Shauna los cambiará, le dará la vuelta al carrito y será el turno de Henry.

De vez en cuando hacemos descansos para darles leche.

Antes de marcharnos, antes de que tengamos que asegurarnos un niño a la espalda y el otro al pecho con las mochilas, los meto a los dos en el carrito y los empujo tan rápido como puedo, derrapando al tomar las curvas, a toda velocidad por las rectas. Nuestras risas resuenan por las bóvedas, dejando atrás los montones de colchones y mesas rotas, las aulas con sus sillas vacías, las antiguas vitrinas con fragmentos de vasijas etruscas en su interior.

El 4 de marzo la periodista italiana Giuliana Sgrena es liberada por sus secuestradores. Las cadenas FM que acostumbramos a escuchar se desbordan de sus frecuencias habituales, el espectro entero comenta la noticia, una docena de DJ pinchan música italiana más animada de lo habitual. *Finalmente*, oigo, y *pace*, que significa «paz», y el nombre del periódico para el que escribe, una y otra vez, *Il Manifesto*, *Il Manifesto*.

Luego la noticia cambia. Al acercarse a un control próximo al aeropuerto de Bagdad, unos soldados americanos abren fuego contra el Toyota Corolla de Sgrena. La propia Sgrena resulta herida. Un agente de seguridad italiano, Nicola Calipari, padre de dos hijos, muere. «Oí su último suspiro —escribirá Sgrena, unos días después— cuando estaba muriendo encima de mí.»^[45]

¿Quién sabe qué pensar? Desde la terraza todo tiene el mismo aspecto, los pinos mecidos por el viento, los *motorini* que pasan a toda velocidad. Pero en la última hora los norteamericanos han pasado a ser mucho menos bienvenidos aquí. Shauna acompaña a Henry afuera para reunirse conmigo, sujetándolo por los brazos, su pelo cae sobre el de él, que apenas toca el suelo con las puntas de los mocasines. «Hoy mejor nos quedamos en el apartamento», dice.

La mañana siguiente nuestro vecino Jon Piasecki está en la carnicería comprando pollo cuando alguien a su espalda dice: *Sabato con i fascisti*. Sábado con los fascistas.

El martes exponen el ataúd de Calipari a los pies del Vittoriano. Los italianos que esperan para ver su cadáver llenan la piazza Venezia. CNN.com dice que han ido miles de personas a presentar sus respetos. Un periódico romano habla de cientos de miles. Sea como sea, por lo que alcanzo a ver, subiendo las escaleras de Miguel Ángel al Campidoglio, es mucha gente.

Unas cuantas banderas de la paz con el arcoíris ondean sobre la muchedumbre; todo el mundo va con abrigo azul marino o negro, como parecen llevarlo los italianos en todas partes.

Pienso en los turistas americanos en autobuses atrapados en el colapso de tráfico que esto debe de estar provocando y me pregunto por las extrañas intersecciones entre las naciones. Uno de los secuestradores iraquíes, dice Sgrena, era seguidor del club de fútbol de Roma. Uno de los soldados americanos en el control, el que estaba a cargo del arma en lo que se denominaba el «vehículo de bloqueo», es un padre de dos hijos llamado Mario Lozano. Mario viene de Marius, un nombre romano con siglos de antigüedad.

Aquí la primavera llega deprisa, como una invasión bárbara, una «ola de puerto» japonesa. Parpadeo y la hierba se ha vuelto verde. Regresamos a casa de un restaurante, pasando por delante de la Fontanone, cuando caigo en la cuenta de que han vuelto los vencejos.

Mis hacinados bulbos de tulipán han despertado en los tiestos, uno tras otro, mostrando esquejes verde pálido. La hiedra engalana antiguas murallas; los árboles en los jardines están sumidos en un frenesí invisible: llueve luz sobre las ramas, la humedad asciende por los troncos, las raíces succionan las piedras. El color salta a la vista: muros sepia, tejas rojas, céspedes esmeraldas; es como si, desde siempre, hubiera habido una caja de iluminación encima de la ciudad y por fin alguien hubiese introducido una moneda en la ranura.

Dos semanas antes de Pascua vuelo a Londres para participar en un programa de televisión. Llevo una nota en el bolsillo en la que pone «Buena suerte, papá» con la letra de Shauna, cubierta de garabatos por todas partes.

Cuando regreso, cuarenta horas después, han aparecido unos hongos pálidos de la noche a la mañana en un lecho de hortensias junto a la entrada de nuestro edificio. Mis tulipanes alcanzan de pronto los diez centímetros. Levanto la mirada del desayuno que le estoy dando a Owen y me encuentro un par de mariquitas copulando sobre mi manga.

Días de lluvia. Me despierto a las dos de la madrugada y mecanografío el final del relato en el que he estado trabajando; escribo toda la noche, vuelvo atrás para sortear callejones sin salida, enlazo secciones fragmentadas.

Por la mañana, en el Trastévere, el río rebasa sus orillas, discurriendo pardo y espumoso por los senderos de paseo a los pies de los terraplenes. Los cormoranes se zambullen uno tras otro en los rápidos en torno a la isla Tiberina y emergen con pequeñas anguilas marrones retorciéndose en sus picos.

De hecho, la ciudad entera parece estar hinchiéndose, sopla de las colinas una bocanada tras otra de tiempo primaveral, aparecen montones de alcachofas en el puesto de verduras, luego habas, después fresas, como si rompiera sobre la ciudad una secuencia de olas en dirección norte. Ceja la austeridad de la Pascua: los romanos salen en tropel de sus casas y pasean por las calles, atestan los mercados en Testaccio, se sientan cadera con cadera en los bancos delante del Palazzo Farnese, devoran *gelati*. Y también vuelven los turistas, pisoteando el Panteón, rodeando el Foro. Una tarde el aparcamiento en la parada de autobuses del Vaticano está prácticamente vacío; la tarde siguiente está lleno a rebosar de autobuses.

La segunda semana de marzo entro en la panadería haciendo prácticas de

vocabulario. *Glassa* es glaseado; *compleanno* es cumpleaños. Me coloco de canto en la cola y me introduzco, como una aguja, hacia delante. Una *torta*, por favor. *Ciocolata*. Con glaseado. Para treinta personas.

Shauna trae un carro de la compra lleno de cerveza y vino desde el ultramarinos a ochocientos metros de casa. Paso dos noches dibujando invitaciones. Compramos globos de mylar. Compramos un coche de juguete Chicco con balancín y barra de seguridad, lo transportamos desde la tienda en el Trastévere y Shauna lo envuelve en papel de regalo italiano de colores brillantes.

Owen está de pie en el parquecito y brinca arriba y abajo mientras coreamos: «¡Salta, salta, salta!». Henry llora en la cuna, en la trona. Se pasa constantemente la punta de la lengua de una comisura de la boca a la otra; se frota con los dedos los bordes inflamados de las encías.

Entonces llega el 18 de marzo y los niños cumplen un año. La tarta, cuando la recojo, es del tamaño de una mesa pequeña. La llevo por via Carino, cruzo el tráfico que pasa zumbando y atravieso el parque frente a nuestro apartamento. Montamos tronas y mesas; atamos globos a la verja. Los árboles proyectan sombras brumosas sobre el césped.

Vienen amigos, sobre todo americanos. Lorenzo el portero sale de la *portineria*, ataviado con unos preciosos zapatos color canela y vaqueros, y las gafas enormes que le deforman los ojos. Tacy hace un trayecto de ida y vuelta de una hora en autobús para traerles a los niños un zapato amarillo de plástico que toca música. Llegará a ser su juguete preferido.

Cantamos «Cumpleaños feliz» en inglés, luego en italiano. Owen me sonrío desde la otra punta del parque, toda la pechera manchada de tarta, el pelo aplastado sobre las orejas. Henry se pasa media hora llorando, abrumado, en uno de los columpios. Poco después todo el mundo se ha ido y metemos los vasos de papel en bolsas de basura. En la terraza limpio las

tronas con una manguera. Esta noche hace doce meses, Shauna tenía a Owen en brazos en una cama del hospital mientras la nieve volaba delante de la ventana. Yo estaba sentado junto a Henry en la sala de incubadoras pasillo adelante, con un albornoz del hospital encima de la camiseta, una docena de monitores emitiendo pitidos a nuestro alrededor, mis dedos sobre el plexiglás. La circunferencia de su muñeca era más pequeña que la circunferencia de mi meñique. Ahora hace sonar la bocina de su coche nuevo de plástico y su hermano canta las vocales mientras gatea, chillando, hacia la bañera.

Después de que estén en las cunas, después de haber lavado toda la vajilla, abrimos una botella de prosecco y lo servimos en dos vasos de agua. Es de color pajizo. Las minúsculas burbujas ascienden veloces. Paso un par de minutos con una calculadora. El año pasado Shauna estuvo dando el pecho durante aproximadamente 1.040 horas. Acostó a los niños a echar unas 1.460 siestas. Lavó cerca de cuatro toneladas de ropa. Yo doblé quizá un par de kilos de esa ropa.

Es el cumpleaños de Henry y Owen, pero el brindis es por su madre.

Dos días después de que Henry y Owen cumplan un año, la guerra de Irak cumple dos. Vamos caminando del Panteón hacia la piazza Colonna cuando nos encontramos con el final de una manifestación a favor de la paz. Quizá unos trescientos *carabinieri* con equipo antidisturbios están apiñados entre las furgonetas; uno pasa por una portezuela abierta lo que parecen ser ametralladoras. Un helicóptero flota sobre nuestras cabezas. Los manifestantes, en el otro extremo de la calle, llevan en alto sábanas pintadas y cantan. Imagino que alcanzo a sentir su mirada sobre nosotros, sobre la sillita. Somos estadounidenses, siento deseos de decir, pero Estados Unidos es un lugar muy grande.

El día siguiente es Domingo de Ramos. La prensa tiene dudas de que el Papa se encuentre lo bastante bien para hacer acto de presencia, pero se las arregla para permanecer un minuto sentado ante la ventana de su apartamento, unos pisos por encima de la plaza de San Pedro. Tiene la cara del mismo color que el alba blanca; parece como si se apretara la frente con el pulpejo de la mano. Hay jóvenes que agitan banderas y corean: «¡Viva el Papa!». Algunos incluso surfean sobre los brazos extendidos de sus amigos.

No habla. Aun así, la muchedumbre brama. Después de que se retire, las caras a mi alrededor reflejan algo así como exaltación. La celebridad, el culto del reconocimiento. Denzel Washington mientras le ponen un micrófono en la calle Treinta y siete, y las mujeres gritan su nombre.

Cada vez que la sillita pasa por delante de un gato, Owen muestra su sonrisa de dos dientes y medio y grita: *Dididii!* (su versión de «gatito»). Cada vez que abrimos la puerta de la terraza, Henry chilla de placer. Están sentados en las tronas, con el viento entrando por las ventanas, y cogen tortellini entre el pulgar y el índice, intentan agarrarlos con el puño y los dejan caer al suelo.

Comemos *broccolo romano*, un brócoli pálido y diminuto. Probamos *puntarelle*, dulces y finos brotes de escarola empapados en aceite y vinagre. Todo crece. Los jardines son de un verde sobrenatural. Es como si alcanzara a oír las raíces susurrar y crepitar en los arriates.

En plena primavera, según dice mi guía de árboles, dentro de un roble maduro la savia ascendente puede alcanzar velocidades de sesenta metros por hora. Eso es un metro por minuto. Me asomo por la ventana del estudio, contemplo el tronco enorme del pino italiano y me pregunto por su sed, su nube de quinientos millones de puntas de raíces merodeando por la tierra.

Al anochecer un par de polillas halcón cual pequeñas langostas aladas

revolotean por el patio de la Academia, libando néctar de los jazmines. Por la noche el Trastévere se llena de jóvenes, un percusionista toca los bongos con nervio demoníaco, los niños pasan a la carrera entre las multitudes. En toda panadería y *fruttivendolo*, en todo supermercado y *salumeria* familiar, cuelgan del techo enormes huevos de chocolate envueltos en papel de estaño. Huevos de color bermellón, huevos plateados, huevos en forma de Pato Donald con el diámetro de un plato. «¡Gran sorpresa!», dicen. En el interior hay atrapados juguetes: astronautas y futbolistas, pequeños pandas acrílicos encarcelados.

Los pájaros que cantan en los canalones por la mañana son tan estrepitosos que nos despiertan. En su cuna Henry se incorpora apoyándose en las tablillas y deja la mano derecha colgando a un lado mientras brinca en el colchón, haciendo pruebas, ensayando.

El Domingo de Pascua fundimos el caparazón de un huevo de chocolate del tamaño de un niño, untamos fresas y las ponemos a secar sobre papel de estaño. Solo en Italia puede el chocolate de un huevo que contenía dos robots de plástico rojos ser tan rico como para que te entren ganas de llorar. Shauna mete un dedo en el chocolate tibio y se lo pone en la boca a Henry, y su cara parece abrirse de asombro. Mira a su madre como para decir: «¿Has estado poniéndome judías verdes en el plato y en el mundo existe esto?».

De punta a punta del país los pájaros hacen nidos, recorren pasillos de néctar, persiguen hacia el norte la marea de la floración. El amor, algo dulce que comer, y el aceleramiento del corazón. ¿En torno a qué, si no, gira la primavera?

Por la tarde un hombre salta la barandilla para turistas en la cúpula que corona la basílica de San Pedro, decenas de metros por encima del tejado de

la iglesia a sus pies, y se acuclilla en la extraordinaria pendiente de la cúpula. Los bomberos cierran la iglesia; un obispo intenta convencerlo de que baje.

Pasan helicópteros por delante de la terraza. El aire brilla por el polen.

Antes de anochecer paseamos con los niños por Villa Sciarra, las fuentes borbotean, los setos están recubiertos de una bruma luminosa, los cipreses proyectan sombras majestuosas. Pasean familias todo alrededor, vestidas con sus mejores galas de Pascua, riendo, gesticulando, comiendo helados. De regreso a casa pasamos junto a dos adolescentes que se dan el lote en un Volkswagen. Dos coches más allá, hay una pareja tumbada uno encima del otro, cuatro piernas enfundadas en vaqueros y zapatillas deportivas asoman por una ventanilla.

«Los italianos —dice nuestro amigo George Stoll— son capaces de dejar cualquier cosa por el placer.» Y cuanto más estamos aquí, más razón parece tener. El café expreso, un pijama de seda, un beso de cinco minutos; el móvil más fino y elegante; cuero sumamente suave. Trufas. Yates. Comidas de cuatro horas.

El otro día salió en el periódico la siguiente receta para preparar un «perrito de Nutella», enviada por Martina Bartolozzi, de doce años. La Nutella es una crema de chocolate de sabor a avellana que los italianos untan en todo: tostadas, crepes, barras de pan, galletas, incluso pizza *bianca*.^[46]

1. Untar Nutella en los dos lados de un panecillo para perritos calientes.
2. Rellenar el panecillo con un plátano pelado, el «perrito».
3. Disfrutar.

El tercer paso es el más importante, el *piacere*, el «disfrutar».

Shauna y yo llevamos el carrito por via Carini con las últimas luces del día y llegamos a la Porta di San Pancrazio. Estamos cruzando la calle cuando las

ruedas emiten un crujido al pasar por encima de unos cristales hechos añicos en las abolladuras del asfalto. Me agacho un momento; el cristal es casi inexistente, apenas poco más que arena. Me viene a la cabeza el ruido del accidente, las sirenas, el pequeño Peugeot de alquiler estrellado contra el mármol travertino.

«Solo aquel que siempre recuerda lo frágil que es el hombre sopesará su vida con equilibrio imparcial»,^[47] dijo Plinio. En su época, la vida era terriblemente frágil: la mortalidad infantil, han estimado los investigadores, era de trescientos por cada mil, es decir, en torno al 30 por ciento de todos los niños nacidos con vida morían antes del primer año. La esperanza de vida media era de solo veinticinco años. La muerte estaba por todas partes. No es de extrañar que Plinio dedique tantas páginas a la miel, sus diferentes variedades, los mejores momentos para recolectarla, su dulzura, tan embriagadora por su fugacidad, e incluso ahora, casi veinte siglos después, los romanos parecen mucho más conscientes de su propia evanescencia que los americanos. Los romanos hablan de la muerte durante la cena; guardan turno para ver los cadáveres de sus héroes caídos; toman por el brazo a sus venerados padres y los acompañan al parque los domingos. Desde que llegamos a Italia, he visto seis o siete veces a jóvenes en el banco de un parque leyendo novelas a abuelas. He visto a mujeres centenarias rebuscar imperturbables entre las berenjenas en el mercado, o empujando carritos de la compra cuesta arriba con sus tobillos maltrechos, o encorvadas en piazzas bajo chales con remolinos de sufrimiento girando en sus ojos.

El deterioro de la República, la desintegración del Imperio, el progresivo desmoronamiento de la Iglesia: la muerte es el río que discurre por la ciudad, pasa bajo los puentes, agita las aguas en los rápidos junto a los hospitales de la isla Tiberina. La muerte está en las manchas de las murallas; es el peso de la lápida de la tumba de Keats sobre la hierba, el permiso que firman los

romanos cuando una chica de pelo largo se sube al asiento de la Vespa detrás de su novio, cuando el banquero deja la transmisión en punto muerto y toma a la bibliotecaria en sus brazos. Accedo a vivir ahora, vivir tan dulcemente como pueda, a que mis ropas se llenen de viento y mis ojos de luz, pero entiendo que al final tendré que marcharme.

Nosotros los norteamericanos, con nuestras ejecuciones a puerta cerrada y nuestras comunidades de jubilados cercadas, somos los que por lo visto llevamos mal pensar en la muerte. Imagino al hombre acuclillado en lo alto de San Pedro, a menos de un kilómetro de distancia, con 132 metros de caída bajo los cordones de sus zapatos y quién sabe qué fatiga en el corazón, la gravedad tirando de él, el Domingo de Pascua esfumándose y las aspas de dos o tres helicópteros girando por encima de su cabeza. La vista que se extiende bajo las puntas de sus pestañas aparece en postales por todo el mundo: los pasajes de la columnata de Bernini, la via della Conciliazione de Mussolini, la hebra bisecada del río y los apartamentos de Roma perdiéndose entre la oscuridad.

Si resbala, si se tira, ¿qué pensará mientras el tejado de la iglesia se precipita hacia su cara?

¿Por fin?

¿Ojalá hubiera tenido tiempo, hubiera tenido hijos, hubiera tenido mejores zapatos?

¿O gracias, gracias, gracias?

No salta. Los bomberos le echan el lazo y lo traen de regreso por encima de la barandilla. Tiene cuarenta y cinco años, y todavía vive con su madre, que aparece en la prensa casi toda la semana dando las gracias a Dios.

Pero la muerte sigue en el aire. Cinco días después de Pascua el estado de

salud del Papa ha empeorado considerablemente. En una ciudad de monjas, nunca había visto tantas: monjas de caqui, monjas de azul, monjas de un deslumbrante blanco almidonado. Delante de San Pedro permanecen en grupos de tres o cuatro, hablando en voz queda. Me cruzo con una, que pasa las cuentas de un rosario entre los dedos, con los ojos negros más intensos que he visto, la mirada alzada hacia las ventanas de los alojamientos del Papa. Es como si los ojos fueran a abandonar su rostro y ascender ardientes hacia la luz del sol.

Hay tal vez un millar de personas en total dentro de la columnata. Prácticamente nadie está sentado. La mayoría contempla las ventanas de los alojamientos papales. Todo está silencioso, lo bastante silencioso para oír el agua caer a las tazas de las fuentes. Una bandera ondea levemente, y ascienden palomas más allá del obelisco.

A una calle de allí, delante del castillo de Sant'Angelo, hay por lo menos un centenar de camionetas blancas aparcadas en caravana, cada cual con una antena parabólica en el techo. Operadores de cámara con chaleco comen *panini*; dos periodistas comparten un perrito caliente.

Hoy parece un día especialmente malo para morir: es 1 de abril, y el tiempo es perfecto, los manzanos y las nectarinas están en flor, los placamineros se encuentran a punto. La primavera no es tanto una estación en Roma como una embestida de colores: plata, oro, verde.

Levanto la mirada hacia el dormitorio de Juan Pablo y pienso: «Si tiene la cama cerca de la ventana puede ver las nubes pasar más allá de la cúpula»; inmensos yunques de cúmulos, pálidos y cargados de lomos. El viento las hace jirones lentamente. Las atraviesan finos haces de luz que caen a tierra por doquier.

El día siguiente es sábado. Las primeras tres páginas de todos los periódicos se centran en el Papa. La cobertura del *Corriere della Sera* alcanza las veintiséis páginas. Incluso en las emisoras de música pop hablan de él, veloces ráfagas de italiano entre Lionel Richie y los Bee Gees. *Il Papa*, dicen, *il Papa*. En su apartamento arde de fiebre, le fallan los pulmones, le fallan los riñones. Todos aquellos con los que nos encontramos parecen saber alguna novedad. Está consciente, está inconsciente, reconoce a sus ayudantes, no está en coma. Ya le han dado la extremaunción, y la comunión especial que se da a quienes solo les quedan horas de vida.

Parece imposible, pero hoy es más hermoso que ayer. El cielo es de un cobalto sin profundidad, sin mácula. Por todas partes pequeñas manzanillas abren sus caras blancas al sol: es como si los jardines estuvieran cubiertos de nieve.

Una brisa levanta grandes nubes de polen de los cipreses. Tañen campanas. Por todo el mundo se alzan súplicas que vuelan hacia nosotros, pasando veloces por delante de nuestras ventanas camino del Vaticano desde Brasil, desde China, desde Polonia.

En los Museos Vaticanos hay expuestos más de cinco kilómetros de obras de arte, y el Papa podría pedir que le pusieran delante cualquiera de ellas: un Rafael, un Miguel Ángel, un Caravaggio, un Fra Angélico. En cambio, solo quiere oír como le leen algo de la Biblia.

Para mediodía, quizá cincuenta mil personas están reunidas en la piazza, mirando las ventanas de sus alojamientos.

Después de cenar, después de que se hayan dormido los niños, llego andando al Vaticano una vez más. Es la hora de la *passeggiata* y las calles están atestadas. La mayoría de la gente va vestida con elegancia: zapatos lustrosos,

chaquetas de sport, faldas largas. De punta a punta del medio kilómetro de la via della Conciliazione, los focos de las cámaras destellan blancos. Igual hay un millar de objetivos dirigidos hacia la basílica. Mujeres con bolsos de diseño hacen declaraciones; sacerdotes de blanco hacen declaraciones. Las palomas describen círculos sobre las fuentes. Todo el mundo parece estar a la espera, y todos los periodistas parecen estar intentando convertir en noticia esa espera.

El cielo es de ese violeta desgarrador que solo se ve en noches muy claras, violeta salpicado de unas cuantas estrellas cálidas. Se arremolinan figuras en las azoteas, encima de la columnata. Arden velas aquí y allá.

Abarrota la plaza más gente que el día de Navidad o de Pascua: yo diría que unos sesenta mil. Hay iluminadas tres ventanas de los alojamientos del Papa. En toda la planta superior, solo hay luz en esas ventanas. No puedo por menos de preguntarme si hay una actividad frenética tras sus cortinas, si los médicos se precipitan de aquí para allá.

Igual una docena de sacerdotes están reunidos hacia la izquierda de las escaleras de la basílica y se turnan para rezar en voz queda ante un micrófono. Sobre todo rezan el rosario, avemarías, una y otra vez. El gentío murmura con ellos.

Se abren paso por nuestro lado hombres con cámaras de veintitantos kilos. Dicen que Juan Pablo II fue el primer Papa que ha vivido en el ciclo mediático que abarca las veinticuatro horas del día, y es evidente que va a morir en él. Todo se filma; todo el mundo filma. Brazos en alto sostienen móviles, cámaras digitales. Si el Papa pudiera mirar por encima del alféizar vería un mar de caras iluminadas por un millar de flashes, su rostro ceniciento transformado en píxeles y encauzado a través de objetivos hacia los cables y el aire, hacia el escrutinio instantáneamente transmitido del mundo.

Se trata del Papa que supuestamente dijo en son de broma: «Si no ocurrió en televisión, no ocurrió». Bueno, esto está ocurriendo. Cuatro inmensas pantallas erigidas en la piazza muestran a peregrinos, muestran la iglesia, muestran un primer plano de la barba de piedra de san Pedro. Un hombre calvo con deportivas Nike y traje permanece un poco apartado, con la cabeza gacha. Mientras estoy mirándole, dos fotógrafos distintos se ponen en cuclillas delante de él y le hacen docenas de instantáneas cada uno.

Delante de la basílica, uno de los sacerdotes, uno joven, coge el micrófono y entona un cántico que no reconozco. Tiene una voz casi intolerablemente dulce. El gentío lo acompaña. Cierro los ojos. Hay algo muy real en este momento, pese a las cámaras, pese al espectáculo: algo en la quietud que existe bajo la atropellada conmoción de Roma, y no quiero decir solo en las catacumbas o los rincones más profundos de las catedrales, o en el campo a lo largo de las arcadas derruidas de acueductos, sino que asciende de vez en cuando de una piazza en mitad de un día de invierno, o de un pino piñonero por la mañana temprano, un silencio que brota de la tierra y te colma el corazón de algo parecido a la paz.

El Papa muere justo después de dar las nueve y media de esa noche, el 2 de abril. En el interior de sus alojamientos un cardenal pronuncia su nombre tres veces. Una chica pasmosamente guapa vestida de tela vaquera llora en silencio a mi lado. Empiezan a tañer campanas, o igual es solo una campana, hacia el costado izquierdo de la basílica, oscilando pesadamente adelante y atrás. Resuena en los adoquines, en las columnas, en las cabezas reunidas.

Tengo la sensación de que voy a ver algo tenue y glorioso brotando del cielo, pero no ocurre nada. La piazza está en silencio, salvo por la campana y el agua que mana de las fuentes. Pienso en Henry y Owen, a kilómetro y medio de allí, dormidos tras sus puertas. Pienso: «Esto va a ocurrirnos a todos».

La gente viene a Roma en tropel. En cuestión de un día las calles aledañas al Vaticano están atestadas. La radio calcula que están viniendo dos millones de peregrinos; internet asegura que tres. Por todo el Janículo se alquilan apartamentos. Hay overbooking en los hoteles. Oímos que la presentadora de televisión Katie Couric se aloja calle abajo; vemos americanos con chalecos en el bar Bianicolo, un cafecito al lado de la Porta di San Pancrazio, pidiendo Pepsi.

Pese al furor, trabajo sin parar en mi relato breve, me abro paso por las bravas a través de un quinto borrador, luego un sexto, oscilando entre la euforia y la desesperación.

Un instante pienso: «Esta de aquí, esta es una buena frase». Al siguiente estoy a punto de tirar a la papelera todo el relato. Pero a estas alturas ya estoy acostumbrado.

Tres noches después de la defunción del Papa, Shauna y yo vemos un DVD en el ordenador. Los niños están dormidos. La ciudad está abarrotada de visitantes; aparecen asentamientos improvisados en zonas de acampada, una sala de conciertos, una estación ferroviaria abandonada. La película está a punto de acabar cuando Shauna dice:

—No me encuentro bien.

—¿Qué quieres decir?

—Me hormiguea el cuello. Me hormiguea todo.

Parpadea y empieza a abanicarse la cara. Me fijo en que tiene los dedos muy pálidos. Se levanta de la cama. Vuelve a acostarse. Miró el reloj: las 22.31. Paro la película.

—No me siento bien —vuelve a decir, y en el cuello le asoman y desaparecen manchas rosadas. Voy a toda prisa a por un vaso de agua y para cuando se lo llevo ya se ha levantado otra vez. Cruza la habitación a paso ligero. Deja el vaso en la mesa de la cocina. Agita los dedos para recuperar el tacto. Entonces los ojos se le quedan inexpresivos y se derrumba.

Es un instante, pero un instante en el que notas cómo el planeta se detiene y oscila, y ese enorme ojo de Dios mira fijamente a través de la atmósfera y las nubes, el tejado y el techo, a través de tu ropa y tu piel, y se posa sobre la criatura ciega e ilusa en la oscuridad que eres.

Nuestra pequeña cocina parece helarse bajo una terrible luz plateada. Shauna está tendida sobre las mantitas de los niños delante del sofá, con una rodilla debajo del cuerpo. Milagrosamente ha ido a posar la cabeza sobre la esquina doblada de una manta. Me vienen a la cabeza el Papa y los tres días y la reencarnación. Se forman en el horizonte oleadas de pánico.

Subo a Shauna al sofá. Está consciente de nuevo, quizá cinco segundos después, pero tiene la mirada rara. Sedosa. Ha empezado a temblar mucho, no como si sufriera un ataque epiléptico, pero con esa intensidad. Le sujeto los dedos entre los míos. Tiene las palmas de las manos frías.

—Te has desmayado —digo. Estoy intentando creerlo.

—No puedo respirar —susurra. Pero está respirando.

Le echo mantas encima. Le pongo unos calcetines bien gruesos. A cuatro metros de allí Owen duerme en el cuarto de baño y Henry, en la habitación de al lado.

Médicos, pienso, médicos. Conozco a varios de la universidad. El padre de un amigo de Boise es neurólogo. ¿Es por la mañana allí? Paso torpemente las hojas de la agenda. La secuencia de números que tengo que marcar para ponerme en contacto con Estados Unidos se me ha ido de la cabeza. ¿0-001? ¿0-11? Shauna tiembla bajo las mantas: tres, todas las mantas que tenemos.

¿No sería más fácil hacer como que no ha ocurrido? ¿No sería más fácil si estuviéramos en casa y pudiera meterla en nuestro propio coche y llevarla a urgencias en cinco minutos?

—¿Tienes que ir al hospital, Shauna? ¿Crees que tienes que ir al hospital? Sus dientes entrechocan con fuerza.

—Tengo miedo —dice.

No recuerdo todo lo que ocurre a continuación. Llamo al portero, Norm, que llama un taxi. Llamo a Laura, nuestra intrépida y encantadora vecina, que se presenta en el pasillo de nuestra casa en un instante. Le estoy explicando lo de la leche de los niños, los biberones de los niños, pero ella ya me indica con gestos que salga por la puerta.

De alguna manera llegamos a la acera. De alguna manera otro becario de la Academia, Sean, y un italiano al que no conozco han oído que necesitamos ayuda. Se sientan con nosotros en las escaleras de entrada a la Academia. La sala de urgencias más cercana es la del Regina Margherita, en viale Trastévere, a menos de kilómetro y medio. Shauna tiene nuestra manta de lana amarilla sobre los hombros. En el silencio oigo como le castañetean los dientes.

El taxista conduce como todos los taxistas italianos y tardamos en llegar al hospital quizá dos minutos. La ingresan con un gesto de mano. Un enfermero bajo y tranquilo con zapatillas deportivas nos indica que pasemos a una sala de reconocimiento. Va en busca de un médico. El médico es alto y tiene aspecto soñoliento. Huele a naftalina. Mi italiano pedestre nos deja en la estacada: no consigo describir el hormigueo, ni la pérdida de conciencia ni las dificultades para respirar. La única palabra que me suena a «desvanecimiento» es *indistinto*.

Pruebo a decir: *La mia moglie, lei è indistinta*. Mi mujer es indistinta. Al final el amigo italiano de Sean viene de la sala de espera y nos rescata.

El médico la examina. Nuestro nuevo amigo traduce. Yo rezo. Quiero a mi mujer, pero me avergüenza reconocer que las plegarias que elevo son egoístas. ¿Y si tengo que ocuparme yo solo de nuestros hijos? Hasta el último minuto atado a ellos, sin nadie que se turne conmigo, sin nadie con quien reír, sin nadie a quien preguntar cuando se despiertan a las cuatro de la madrugada: «¿Qué, los dejamos llorar sin más?». ¿Sin nadie que entretenga al otro bebé mientras cambio un pañal sobre los adoquines de la piazza Navona?

Viudo con gemelos: una pésima y efímera comedia de situación.

El médico le pide a Shauna que saque la lengua. Le da unas gotas para que se quede *tranquilla*. Le pregunto si le pueden poner otra manta. Después de media hora o así, por fin ha dejado de temblar. El enfermero bajito pasa un buen rato hurgando en el antebrazo de Shauna con una aguja en busca de una vena, mi esposa yace levemente sedada en una camilla con sus calcetines gruesos, y nuestro amigo italiano se pone verde y tiene que sentarse en otra sala; yo paseo arriba y abajo, y pienso en cómo estarán durmiendo mis hijos en la colina, y en los pequeños residuos —pañuelos de papel arrugados, envoltorios de tiritas— acumulados en los rincones de la sala de reconocimiento. Intento ayudar a Shauna a que repase la jornada, cuándo ha comido, cuándo ha bebido agua, pero ahora está medicada y asustada, y un hombre de metro y medio con deportivas Reebok le está pinchando repetidamente en el antebrazo con una aguja.

Al final caemos en la cuenta de que solo ha tomado un vaso de agua en todo el día. No ha bebido nada desde la comida.

—Tenemos dos bebés —le digo al médico—. Gemelos.

Mira a Shauna y ladea la cabeza, como si calculara las implicaciones. O igual mi italiano es tan malo que le he dicho alguna otra cosa. En Italia tengo

un miedo constante a estar insultando a la gente, a dar indicaciones equivocadas, a pedir más salsa de pomelo.

Le cuento un chiste al enfermero, en inglés: «¿Cómo se llama alguien que habla dos idiomas? Bilingüe. ¿Y cómo se llama alguien que solo habla un idioma? Estadounidense».

No se ríe. Por fin le extraen sangre. Le ponen un gota a gota. Le hacen un electrocardiograma. Me hacen preguntas sobre la menstruación que no entiendo y creo que se están preguntando si está embarazada. El médico dice que prefiere que se quede allí *tutta la notte*. Toda la noche.

A la una de la madrugada en un hospital extranjero la imaginación vaga por senderos espinosos. ¿Un tumor cerebral? ¿Una enfermedad neurológica? Auspicios, augurios: el gran ojo omnisciente nos mira a kilómetros de distancia y sabe todo lo que hay que saber.

—Igual solo estás cansada por los niños —le digo a Shauna.

—Igual —dice.

Nos cogemos de la mano. Llevan su cama sobre ruedas a un ascensor que huele a orina. El ascensor asciende trabajosamente y la llevan por un pasillo hasta una puerta. Un celador enciende las luces. Dos mujeres, en otras dos camas, se quejan al despertarse y se remueven bajo las sábanas.

El celador deja la cama de Shauna en un rincón, nos dice algo que no entiendo y luego vuelve a apagar las luces y se marcha. Las mujeres se sorben la nariz. La que está junto a la ventana es grande y, me parece, bastante vieja. Empieza a toser. La ventana da a viale Trastévere, casi exactamente a la misma altura donde vimos al hombre subirse al *motorino* con su perro. Hay tráfico incluso ahora: coches, un autobús, un tranvía medio

vacío que pasa en ese momento con una chica de pie en el último vagón, con las palmas de las manos apoyadas en la ventanilla.

En la habitación no hay más que las tres camas, dos soportes de gota a gota y un radiador con la pintura desprendiéndose en largas franjas caducas. No hay sillas. El cuarto de baño está pasillo adelante. Shauna está pálida pálida; es como si estuviera depositada en la parte inferior derecha de *El juicio final* de Miguel Ángel, con figuras y caras dando tumbos a través del azul, encogiéndose de miedo ante el terrible remo del barquero. «Mientras que las señales de la muerte son innumerables —escribió Plinio en un capítulo sobre la enfermedad—, no hay señales que indiquen salud con seguridad.»^[48]

La anciana lanza ristas de toses. La otra mujer permanece callada. El gota a gota de Shauna se desliza en silencio; la bolsa va desinflándose de manera imperceptible. Resuena un gemido por el pasillo. A ratos me pongo en cuclillas en el suelo y a ratos me siento en el borde de la cama. Me noto paranoico e irascible, corroído por doce meses de mal dormir. Laura está vigilando a los niños y probablemente están dormidos de todos modos, pero me siento muy incómodo lejos de ellos; tengo la sensación de que de pronto son vulnerables. Es como si todo este tiempo en Italia hubiéramos estado patinando por un estanque con la superficie apenas congelada, y ahora el hielo hubiera cedido por fin.

Ninguna de las enfermeras que encuentro habla inglés. Pido agua y me dan un vaso vacío. Cojo una manta de una cama vacía en otra habitación y se la echo a Shauna sobre los pies. Le doy de beber agua del grifo.

Shauna lleva en la habitación media hora cuando entra una enfermera, enciende las luces y —estoy casi seguro— me dice que no puedo quedarme a pasar la noche. Se oyen más gruñidos en las otras camas. Finjo no entenderla. La enfermera pone los brazos en jarras, mira una tablilla y apaga la luz. La oigo alejarse por el pabellón, las suelas de sus zapatos chirrían.

Respiraciones. Tráfico. El gruñir del ascensor.

—Tengo miedo —susurra Shauna. Sus ojos reflejan una farola.

—Lo sé.

—¿Qué me pasa?

—No te pasa nada. Tienes que descansar. Te están rehidratando.

—Pero los niños.

—Los niños están bien.

La anciana tose sin parar. Empiezo a tener la sensación de que sus toses van dirigidas a nosotros, a nuestra falta de consideración. Son en torno a las dos cuando me voy y la bolsa del gota a gota está vacía y Shauna no está dormida ni de lejos. Me apresuro por las escaleras vacías, paso bajo los árboles oscuros, corro los últimos cientos de metros por delante de la Fontanone con sus aguas azules borboteando incesantemente.

Owen se despierta a las seis menos cuarto. Para las seis menos diez ya ha hecho de vientre y ha tirado un vaso de agua sobre la mesa de la cocina, empapándose el pijama.

Telefono a Tacy, que puede venir para las diez y media. Laura tiene sueño, pero puede quedarse con los niños a las siete. Cuando me voy están en las tronas tirando cereales Honey Nut Cheerios al suelo y riéndose. Voy al trote al hospital, cruzo la entrada, subo las escaleras y accedo a la habitación de Shauna, sin firmar nada, sin ver a nadie. Shauna parece estar infinitamente mejor. Le han puesto otra bolsa de fluidos durante la noche y ha recuperado el tono rosado de las mejillas. La anciana sigue tosiendo; la mujer más joven está incorporada, hablando por un teléfono móvil. Para las nueve no ha venido nadie a hablar con nosotros. Esperamos y esperamos. Estar ingresado

en un hospital en Italia, según averiguamos, es renunciar por completo a ser dueño de tu tiempo.

—¿Te sientes bien?

—Me siento mejor. Estoy bien.

—¿Estás embarazada?

—No. —Me mira—. No creo.

—¿Te encuentras lo bastante bien para irte?

—Probablemente. Pero ¿no quieres saber lo que ocurrió?

Esperamos otra media hora. Estamos bien. Todo va a ir bien. Compramos cruasanes y zumo de naranja. Pina, la directora adjunta de operaciones de la Academia, una mujer cálida y animada que adora a nuestros hijos, viene de visita en torno a las once.

Pasillo adelante, en una habitación idéntica a la de Shauna, veo a un trío de médicos que pasan de cama en cama. Uno garabatea en una tablilla, otro hace preguntas, otro toma el pulso. Pero transcurre media hora más y no viene nadie a nuestra habitación.

La ciudad, según nos cuenta Pina, está inundada de peregrinos. La espera para entrar a la basílica para ver el cadáver del Papa es de casi veinticuatro horas. La ciudad estima que han venido cerca de dos millones de dolientes solo de Polonia. Pina estuvo ocho horas haciendo cola ayer y ni siquiera llegó a la piazza. Dice que la policía ha empezado a dispersar a los peregrinos que intentaban ponerse al final de la cola. Enterrarán el cadáver antes de que puedan llegar a verlo. Las autoridades están enviando mensajes de texto a todos los usuarios de móvil: «Permanezcan alejados».

Ponerse a la cola el miércoles; seguir a la cola el viernes.

En torno a las dos, el trío de médicos por fin entra en nuestra habitación. Pasan un buen rato con la mujer de las toses en el rincón, le hacen preguntas, le auscultan el pecho. No hay la menor precipitación: no se recitan datos

estadísticos, no irrumpen enfermeras salpicadas de sangre con malas noticias. Al final se nos acercan, prestan oídos a Pina un rato y luego le hacen preguntas a Shauna. Pina ríe, los médicos ríen. Shauna y yo entendemos muy poco, asentimos con la boca entreabierta, esperamos a que Pina nos lo explique. Es una sensación horrible, de hecho, presenciar lo que sospechas que puede ser una sentencia sobre tu suerte, la suerte de tu mujer, y sin embargo no estar del todo seguro de que la charla no sea acerca de un programa de televisión. Escudriño el rostro de Pina, su boca atareada, sus grandes ojos. Oigo a la médico decir *soleggiato*, «soleado». ¿Soleado? ¿Ese es el diagnóstico?

—Pina —digo—. No entendemos.

Le da unas palmaditas en la mano a Shauna.

—Dicen que están prácticamente seguros de que las causas del desmayo fueron la deshidratación y el agotamiento —explica—. Y que luego sufriste una crisis de ansiedad.

Resoplamos. Deshidratación. Agotamiento. No está embarazada. En esencia es un diagnóstico que ya conocíamos: gemelos. Dan el alta a Shauna una hora después. Antes de marcharnos cumplimentamos un formulario del tamaño de una ficha de biblioteca con nuestra dirección, el número de mi permiso de residencia y nuestros números de pasaporte. No llegaremos a recibir ninguna factura.

En casa le pago a Tacy, que no parece alterada en absoluto por el suceso, como si las madres filipinas se desmayaran constantemente; eso no tiene importancia. Cada vez que estoy con Tacy me vienen a la cabeza las historias sobre Rafael, que por lo visto siempre estaba tranquilo, no se enfadaba nunca con sus ayudantes; era atractivo y discreto, y escribía dulces cartas a duques molestos para explicarles por qué se retrasaría un cuadro o un tapiz. Y sin embargo murió de agotamiento a los treinta y siete años.

Shauna se ducha, juega con Henry y Owen un rato, luego se acuesta.

Los gemelos gatean hacia mí, apoyan la cabeza en mi regazo. Su piel suave; sus dedos pringosos. Les leo *Pez grande, pez pequeño*; intento imaginarme como padre soltero. Voy con la sillita hasta la bodega de Carini, compro dos garrafas de agua, las cargo en las cestas de debajo del carrito y lo empujo, sudoroso, por las calles. Me detengo en el jardín detrás de la Academia y dejo que los niños gateen por la hierba.

Las copas de los pinos se yerguen sobre nosotros, complicadas y vaporosas. Recuerdo, con precisión y por primera vez, lo que una amiga le dijo a Shauna, en nuestra cocina allá en Boise, la víspera de que nos fuéramos: «No mucha gente se iría sin más a Italia con dos bebés, ¿verdad?».

Por entonces pensé que era un comentario sin mayor importancia.

Al anochecer brotan murciélagos en tropel de los pasajes abovedados y pasan en vuelo rasante sobre la terraza en arcos sombríos. La noche se filtra a través de los árboles, las ventanas, la mente.

Creo que sé un poco de italiano y entonces mi mujer se desmaya en la cocina y me doy cuenta de que no sé nada. Puedo decir: «Esta sillita está fabricada en Nueva Zelanda» y «Quiero reservar una mesa para dos», pero no puedo preguntar: «¿Por qué temblaba tan violentamente?» o «¿En qué estado de salud se encuentra exactamente mi mujer?», porque no puedo formular las preguntas y no entendería las respuestas. Así que me quedo entre los muros de *sì* y *no*, *buongiorno* y *buonasera*, limitado a mis propias versiones embrolladas de la ciudad, intentando averiguar lo que puedo escudriñando por el ojo de una cerradura de vez en cuando. Están la mujer y el marido que dan de comer a los gatos callejeros delante de nuestro edificio todas las noches, llegan en su camioneta blanca, silban suavemente y les dejan

paquetes de carne hervida envuelta en papel de estaño. Está la cara amable del carnicero con su gorro de esquí Técnica, y su hijo, teñido de rubio y bronceado en una cabina, al que llamamos Jude Law, con su collar de surfista, que mira la pantalla del móvil que suena, pone los ojos en blanco y me grita, en inglés: «¡Otra vez la novia!». Está Maria, la de la tienda de pasta, y nuestra amiga Lavinia en el archivo fotográfico de la Academia, y Marco, el padre que espera gemelos, y el bueno de Lorenzo, el portero. Pero ¿conozco de veras a alguno de ellos? ¿Puedo decir que entiendo alguna de sus vidas?

Vinimos a Roma porque siempre lamentaríamos no haberlo hecho, porque toda decisión tímida acaba por convertirse en arrepentimiento. Pero la enormidad de lo que no sé sobre este lugar nunca deja de asombrarme. En 1282 el monje toscano Ristoro d'Arezzo declaró: «Es espantoso que quien habita una casa no sepa cómo está hecha».[49] Espantoso, desde luego. Lo que creo que quería decir es que deberíamos entender la tierra en la que vivimos, sus cielos, sus piedras. Deberíamos entender por qué vivimos las vidas que vivimos. Pero ni siquiera entiendo el edificio de apartamentos en el que habito. ¿Cómo se hace el linóleo? ¿O los cristales de las ventanas, o la porcelana? ¿Por medio de qué potencia sube el agua hasta el tercer piso y sale por este grifo?

Olvídate de la casa, ¿qué hay del cuerpo? Arteriosclerosis, embolia, trombosis, infarto: no sé lo que es ninguna de esas cosas. ¿De verdad sabemos que Shauna se desmayó porque estaba cansada? ¿O se desmayó porque hay un pequeño coágulo vagando por los túneles de sus arterias, a la espera de obstaculizar su suministro sanguíneo y acabar con su vida?

¿Y qué hay de Roma? Roma es preciosa, Roma es fea. Hay algo en esta ciudad que exagera los contrastes, las incongruencias y las contradicciones, un enorme anuncio de Levi's que ondea en la fachada de una iglesia de

cuatrocientos años de antigüedad, un borracho dormido en el tranvía con zapatos de 300 dólares. Una mañana hace cuatro días vi a un hombre charlar cinco minutos con el panadero mientras media docena de personas estábamos esperando, y luego se subía a un Mercedes y arrancaba a ochenta kilómetros por hora. Como si no pudiera perder un solo segundo.

Ciao, ciao. Buongiorno, buongiorno. Entiendo menos acerca de Italia ahora de lo que entendía en noviembre. Igual entiendo menos acerca de Italia ahora de lo que entendía a los siete años, cuando coloreaba en un libro los contornos del Coliseo.

¿Qué es Roma? Es un sitio donde un hombre hecho y derecho puede conducir un cochecito llamado Panda o Musa, Punto o Stilo o Picasso.

Es alguna festividad todas las semanas. Los horarios comerciales son exasperantes. Es una ciudad a punto de convertirse en una mezcla a partes iguales de asilo para ancianos y museo para turistas. Es como América antes de que el café fuera «para llevar», cuando un patio de recreo era una explanada de grava, unas cuantas colillas y unos columpios que nadie vigilaba; cuando todo el mundo fumaba; cuando los propietarios de los negocios del barrio vivían en el barrio; cuando los niños seguían yendo en los asientos delanteros de los coches en marcha y manoseaban el salpicadero. Es un servicio de salud pública que garantiza la asistencia a italianos y extranjeros por igual y permite a un médico tomar una decisión como la de que Shauna pase la noche hospitalizada sin tener que preocuparse por que vaya a costarle varios miles de dólares. Es nuestro amigo Cristiano Urbani, el primer hombre en su familia en cuatro generaciones por lo menos que no ha sido pescadero. «Se levantan muy temprano todas las mañanas —dice—. ¡Y siempre huelen a pescado!» Es una economía en recesión, con el índice de natalidad más bajo de Europa (1,3 hijos por mujer), en la que un 40 por ciento de los jóvenes de entre treinta y treinta y cuatro años vive aún con sus

padres. Es un lugar donde los semáforos están abiertos a la interpretación, nunca hay que pedir café con leche después de comer y a un hombre no se le considera un fracasado si tiene cuarenta años y sigue haciendo masas en una pizzería. Es un país donde los padres dejan a sus hijos jugar al fútbol en la calle y volver a casa del colegio solos, donde cuando ves a un hombre adulto hablando con un niño en la calle lo primero que te viene a la cabeza no es necesariamente: «Pedófilo».

Una manzana me siento como si estuviera desentrañando las hifas de una memoria elemental, la hiedra que cuelga del puente inacabado de Miguel Ángel detrás del Palazzo Farnese, el agua que mana de la boca de un sátiro hacia el cuenco de una venera: el significado reverbera a través de las piedras, una llave entra en una cerradura y la puerta más grande que me separa de esta ciudad por fin va a abrirse.

La manzana siguiente veo a dos mujeres vestidas de cuero surcado de cremalleras que lucen aros en los labios y están tirando piedras desde el ponte Sisto a la gente que pasa haciendo footing, y pienso: «Nunca llegaré a entender nada de lo que hay aquí».

Che carini. Che belli. La luna reluce sobre la terraza. Ahora mismo, desde todas direcciones, desde Europa, desde Sudamérica, desde África, llegan a Roma riadas de gente para llorar la muerte de un hombre, para atisbar un incandescente misterio de dos mil años de antigüedad. Deambulo como si hubiera sido secuestrado por insurgentes y la belleza me llegara a los ojos a través de los rebordes de una venda. Ante mi mirada, uno tras otro, cinco, luego seis, luego siete vencejos se zambullen por el conducto de una chimenea.

«Aunque eres todo un mundo, Roma —escribió Goethe en 1790—, sin amor, el mundo no es el mundo, Roma no puede ser Roma.»[\[50\]](#)

Una noche de primavera es una fuerza que discurre a través de los

abigarrados haces de tulipanes en flor y te inunda el corazón como un río.

La mañana del funeral del Papa, el 8 de abril, tres aviones de combate pasan atronadores por encima del apartamento haciendo tintinear los platos dentro de los armarios. Flotan helicópteros sobre el Vaticano.

Shauna tiene mejor aspecto, bromea, carga en brazos a los dos niños. Trabajo toda la mañana en la reseña de un libro, luego paseo por la cima del Janículo, paso por delante de la gran estatua ecuestre de Garibaldi, por delante de los pedestales y bustos de todos sus lugartenientes, desciendo por la callejuela angosta y empinada que se zambulle hacia el Tíber. Aún no veo las muchedumbres, no del modo en que nos las anuncian las noticias: entre cuatro y cinco millones de dolientes, una cola de cuatro kilómetros para ver el cadáver de Juan Pablo, veinte peregrinos —agotados, deshidratados— desmayándose cada hora.

Entonces llego al río. Bloquean la calle voluntarios de verde fluorescente, muchos con sombreros engalanados de plumas. No se puede acceder a ninguna de las calles por las que normalmente se va a la basílica. En los cruces hay ambulancias y vehículos militares; todo está cortado. Para acercarme tendré que cruzar el Tíber y dirigirme hacia el Vaticano desde la ribera opuesta.

En el puente más cercano, el ponte Principe Amedeo Savoia Aosta, hay velas de punta a punta de los pretiles, su brillo mitigado tras vidrio rojo. Peregrinos dormitan sobre los adoquines: un grupo de universitarios, mujeres en tumbonas, un sacerdote con alzacuellos que lleva algo parecido a unos pantalones para la nieve. El agua más abajo es de color verde pálido, plata arrugada y luz de sol. Un tablón con la anchura y la largura de un monovolumen pasa flotando lentamente corriente abajo.

Los árboles en la llanura de la ribera opuesta sueltan tantas semillas que el aire parece colmado de nieve. Las semillas chocan con suavidad contra los cristales de mis gafas de sol. Pasa una embarcación de los bomberos, luego otra de la policía. Se levanta polvo de la zona donde están estacionados los medios de comunicación junto al castillo de Sant'Angelo.

La gente deambula con sacos de dormir doblados bajo el brazo. El sendero de paseo está bordeado de tiendas de campaña. Uno de cada diez peregrinos con los que me cruzo lleva una mochila enorme o tira de una maleta con rueditas. Prácticamente todo el mundo tiene ese aspecto vidrioso y huero que se le queda a uno cuando ha dormido sobre algo muy duro y se ha despertado muy temprano demasiados días seguidos.

El puente Vittorio Emanuele II está acordonado por completo. En el siguiente puente río arriba, el puente Sant'Angelo, los peregrinos avanzan hombro con hombro. Me hago hueco. Suenan docenas de radios, todas con la misma emisora sintonizada. Todos van lentos y tranquilos, en la misma dirección. Se abre paso por mi lado un monaguillo con un cartel en polaco. Dos monjas están sentadas en un trozo de cartón abrazándose las piernas. Alguien junto al cadáver del Papa, a unos ochocientos metros de allí, termina un discurso, y los aplausos reverberan en las radios y chisporrotean en altavoces lejanos, erigidos sobre andamios.

Me lleva quince minutos cruzar el puente. Al otro lado, a orillas de la muchedumbre, hay hombres vendiendo lo que pueden: platos de Juan Pablo, camisetas de Juan Pablo, cabezas de Juan Pablo moldeadas en plástico, su rostro dividido en dos por una juntura torcida. Miles y miles de personas tienen en las manos ejemplares impresos del testamento del Papa en distintos idiomas, como si fuera una especie de tío rico que pudiera haberles dejado algo. Y quizá lo hiciera.

Me subo a una barandilla y me las arreglo para alcanzar a ver la basílica a

unos cientos de metros, inmensa y solemne en el otro extremo de via della Conciliazione, una tenue espuma roja de cardenales en lo alto de las escaleras, una marea de negro tras ellos, presidentes, reinas, embajadores, cancilleres. Luego vienen las líneas paralelas descendentes de farolas y un par de millones de cuerpos, como una playa de arena multicolor que se extiende hasta el río. El aire ondea; los toldos blancos de los medios de comunicación, emplazados en azoteas, aletean contra las cuerdas de sujeción.

Pienso: «Si todas las víctimas del tsunami enfilaran un bulevar, este es el aspecto que tendrían». Pero aquí hay más: dos millones, tres millones. El doble de la población de Idaho. Las cifras son demasiado elevadas para tener sentido hasta que me veo ante una manzana entera de urinarios portátiles: por lo menos un millar, en tres hileras curvadas, azul intenso, con ventiladores runroneando. De algún modo un camión se ha internado en la masa que forman y extrae las aguas fecales de los retretes, uno tras otro.

Ahora se aplaude, ahora se canta. La canción brota de gargantas, radios y torres de megafonía. Alguien allá arriba en la basílica entona una bendición, y prácticamente todos a mi alrededor bajan la cabeza. *Preghiamo*. Oremos.

Un operador de cámara en un andamio pela un plátano. Un sacerdote con las gafas rotas duerme recostado contra un árbol. Un mapamundi, impreso en una toalla playera, le cubre los hombros.

Es como si me hubiera topado con la mayor fiesta al aire libre de la historia, de tres días de duración, el entusiasmo menguado hasta convertirse en un cansancio vidrioso con la garganta en carne viva: algunos están llorando; muchos están dormidos. Voluntarios reparten litros de agua. Una mujer acuna a un pastor alemán adulto. Un hombre ronca.

Los azules de los paramédicos, los verdes intensos de los voluntarios, los pantalones azul marino con una franja roja de los *carabinieri*: han aflorado todos los colores de Italia. Piazza Pia está cerrada; Borgo Sant'Angelo está

cerrada. Caigo en la cuenta de que voy a tener que rodear todo el Vaticano, solo para acabar donde empecé. Todas estas caras sombrías, escuchando la radio, mirando la espalda del prójimo. Si son muy altos, o afortunados, lo único que alcanzan a ver son andamios y cámaras. Si no, tienen la mirada fija en la nuca de alguien. Y sin embargo, aquí están, sintiendo que forman parte de algo.

De pronto me lo planteo de una manera un tanto posesiva: ¿por qué tengo yo restringido el acceso? ¿Quién ha otorgado permiso a todos esos abanderados polacos? Y entonces me doy cuenta de que ahí está el *quid* de la cuestión: el papado de Juan Pablo, la Iglesia católica, incluso Roma en sí, pertenecen a cualquiera lo bastante afortunado para creer en ellos. Es el catolicismo medieval: Roma en el eje de una inmensa rueda que gira lentamente, un culto a la personalidad, una metrópolis de la Iglesia. La tecnología expuso todas y cada una de las curvas del rostro de Juan Pablo a miles de millones de personas; era el hombre más conocido del mundo, el pastor de tu pueblo, tu abuelo, tu confesor, y el mundo es mucho menos consistente y seguro sin él.

Los altavoces vuelven a cantar. Las radios vuelven a cantar. Quizá esto de ahora mismo sea su milagro final: de alguna manera ha transformado a millones de espectadores en millones de participantes.

A lo lejos la enorme cúpula parece a la deriva sobre una marea de aire plateado presidiéndolo todo. Es el funeral más grande de la historia del mundo, la congregación más grande de dignatarios y el peregrinaje más grande de la historia de la cristiandad. Pues ahora es nutrido, casi íntimo. Una mujer se abre paso entre el gentío, con la cabeza gacha, flores silvestres en ambas manos. A mi lado un adolescente con tiras de alambre de espino tatuadas en torno a las muñecas se enjuga los ojos con la cenefa de la camisa. Una monja subida a una maleta me sonrío. Los lentos cánticos arrancan y se

detienen, y los hombres y las mujeres a mi alrededor empiezan a responder al oficio, mascullando en un batiburrillo de lenguas. El cielo discurre por detrás de la cúpula, apresuradamente, otro abril, las nubes brillantes moviéndose como siempre se han movido sobre los acontecimientos de esta ciudad, y cuatro millones de voces se alzan a su encuentro.

Tres días después del funeral del Papa, Henry da sus primeros pasos sin ayuda. Se aúpa apoyándose en el sofá, permanece un momento erguido, oscilando sobre los dedos de los pies, y entonces se suelta. Su cuerpecillo se tambalea describiendo un lento arco hasta el tirador de un cajón de la cocina a un par de metros. Se agarra, los ojos abiertos de par en par, asombrado consigo mismo.

—¡Bien! —grita Shauna—. ¡Bien hecho!

Nos pasamos toda la mañana sentados en el suelo en pijama y Henry camina entre nosotros, un marinero tambaleándose por cubierta en alta mar, mientras Owen mira desde la manta, sonriendo una sonrisa confusa.

La ciudad se vacía poco a poco. Siguen empapelando el Trastévere los carteles de Juan Pablo con las leyendas *Grazie* o *Santo Subito* (Santo ya), pero muchos romanos, en el mercado, en los bares, hablan de *l'elezione*. Los periódicos publican diagramas de la capilla Sixtina, gráficos de la disposición de los asientos, perfiles de los 134 cardenales con derecho a voto. Nuestro amigo Steve Heuser, editor de *The Boston Globe* que está pasando aquí seis meses, empieza a enviar a casa artículos que incluyen palabras poco comunes como «curia» (la corte papal) y «escrutador» (supervisor de urnas).

Humo negro, no hay Papa. Humo blanco, nuevo Papa. ¿Son esas campanas

«las campanas»? En la Academia los estudiosos celebran seminarios hasta altas horas sobre la sucesión papal. Circula una porra para escoger al nuevo Papa. Myke Cuthbert, un musicólogo, ha colgado en la puerta de su apartamento un gráfico con estadísticas al estilo de la liga universitaria estadounidense. El cardenal Dionigi Tettamanzi de Italia es cabeza de serie. El cardenal Óscar Andrés Rodríguez Madariaga de Honduras va a la cola de la clasificación. En la línea señalada como «ganador», Myke ha escrito a lápiz: «Duke».

Los no católicos parecen tan interesados como el que más en el cónclave: gnósticos, judíos, homosexuales, un amigo hindú que escribe correos electrónicos desde casa, todos cautivados por los filtros de secretismo, el vocabulario excéntrico, la pompa y el boato. En 1274 a Gregorio X se le ocurrió encerrar a todos los cardenales en una sala. Debían dormir allí, aliviarse allí, comer allí. Un plato de comida y un cuenco de sopa al día por barba. Tras cinco días sin llegar a un acuerdo, la dieta se vería reducida a pan, agua y vino. No podían obtener ingresos, no podían comunicarse con el mundo exterior. El protocolo apenas ha cambiado en setecientos treinta años.

[51]

«Si permitieran meter cámaras —comenta nuestra amiga Janna— sería el no va más de los programas de telerrealidad.»

Luz de velas, se cierra el zoom lentamente sobre el presentador, detrás del que ondula un fresco desenfocado con musculosos *ignudi*. «Después de la publicidad, la confrontación más dramática hasta el momento...»

Imagina las disputas políticas, las mil inferencias reverberando bajo el cruce de palabras más sencillo. Susurros y fidelidades, alianzas, ortodoxias, hábitos morados recorriendo los pasillos y el oleaje de los medios de comunicación del mundo entero rompiendo contra las puertas cerradas. Dos cardenales se detienen en un patio: un apretón de manos, un leve bufido,

incluso medio segundo de contacto visual, y el manto del poder se traslada invisiblemente de unos hombros a otros.

Antes de empezar su turno vespertino, Lorenzo el portero está sentado con nosotros en el jardín detrás de la Academia, sonrío a los niños, deja que Henry le coja el dedo mientras da una vuelta tras otra alrededor de su silla de madera. Henry suelta una risotada. Lorenzo nos habla de un antiguo dicho italiano: «Detrás de un Papa gordo siempre viene un Papa flaco».

¿Significa eso que a un Papa flaco le sucederá uno gordo? En la porra apuesto por un alemán de sesenta y nueve años sin muchas posibilidades llamado Karl Lehmann. Nunca había oído hablar de él, pero en las fotos se le ven unos mofletes de aúpa.

Los niños se caen y se vuelven a levantar, se caen y se vuelven a levantar. Shauna toma un taxi para ir al médico y me quedo solo con los pequeños. Una hora después yo también estoy a punto de desmayarme. Seguro que en todo esto de levantarse y caerse hay una metáfora, pero estoy muy ocupado procurando que no se den coscorrones contra las esquinas de las mesas para considerarla.

El día que se reúne por primera vez el cónclave papal, siete días después de que Henry diera sus primeros pasos, Owen hace lo propio. Es la tarde más hermosa que he visto en Roma, tal vez la tarde más hermosa que he visto en la vida. Hay montones de flores encaramadas a espaldas; cuelgan por todas partes densos racimos de glicinias. En los jardines se arremolinan las abejas y el cielo se ve radiante e inmaculado y con resonancias doradas; tengo la sensación de que podría darle golpecitos con la uña y hacerlo tintinear. «Fíjate qué sol —escribió el poeta romano del siglo XIX Giuseppe Gioacchino

Belli, probablemente contemplando el cielo sobre el Trastévere un día como este—. Fíjate: está agrietando las piedras.»[52]

Un gato se afila las garras en un felpudo. Mantos de violetas en miniatura florecen en los muros del jardín, a diez metros sobre el suelo.

Shauna deja a Owen en la hierba y se agacha para recoger un juguete, a unos metros. De pronto Owen está allí, apoyando las manos en los muslos de su madre después de auparse con ayuda de la sillita y caminar hasta ella.

Sonríe.

—¿Ma, ma? —dice. Más, más. Pasamos toda la tarde deambulando por el jardín con nuestros hijos, agachados, formando un círculo con los brazos en torno a su torso, sus cuerpecillos bamboleándose hacia delante. Tropiezan, paran la caída con las palmas de las manos. Vuelven a levantarse.

Henry lleva un tapón de botella en cada mano. Owen no deja de sonreír. Van a toda velocidad.

El 19 de abril Shauna se va del apartamento para asistir a una conferencia en la Academia. Me quedo ayudando a los niños a apilar bloques. En la otra punta de la ciudad los cardenales hacen recuento de votos y se percatan de que han logrado elegir a un nuevo Papa. Sale humo por la chimenea de la capilla Sixtina. *Bianca, bianca*, grita la gente en la plaza.

Yo no estoy al tanto de nada eso: solo de que tengo que cambiarle el pañal a Henry, y de que Owen se ha cansado de los bloques y está jugando con los cables eléctricos bajo el cambiador. Ha tirado la lámpara al suelo y tiene un trozo de cable metido en la boca cuando entran por la ventana abierta los tañidos de centenares de campanas.

Miro el reloj: son las 18.08. No suelen tañer campanas a esa hora.

Pongo la lámpara en su sitio, le cambio los pantalones a Henry, lleno de

leche los biberones y bajo a los niños en brazos para montarlos en el carrito. Paso por delante de la verja y le pregunto al portero, Luca:

—¿Hay nuevo Papa?

—Sí.

—¿Quién es?

—Solo se han oído las campanas.

Solo las campanas. Varada en el interior de la Academia, a la pobre Shauna, que se ha perdido toda la fanfarria papal porque ha estado hospitalizada, muy ocupada con los niños o muy cansada, le dicen lo mismo. Pero la conferencia continúa, y no sale por las escaleras del edificio.

Doy media vuelta a la sillita y, dejando atrás la Porta di San Pancrazio, sigo la orilla del Janículo. Cae una lluvia tenue, casi insignificante. A mi derecha la ciudad está en sombra, pero hacia el oeste el cielo es de un amarillo intenso, y parece como si en cualquier instante fueran a surgir media docena de arcoíris.

Atajo por calles con fuertes subidas y bajadas, y me lanzo hacia el Vaticano. Pasa un autobús, lleno a rebosar de monjas. Los niños cantan siguiendo el ritmo del bamboleo de la sillita. Voy deprisa, aunque no demasiado rápido, y no veo a nadie que vaya corriendo. Parece haber más tráfico del habitual en dirección norte a gran velocidad, pero es difícil saberlo con seguridad.

En un momento dado, cerca del hospital infantil, el tráfico remite, los niños dejan de canturrear y en el silencio alcanzo a oír campanas tañendo; a millares. Suena como si hasta el último rincón adormilado de la ciudad despertase. Y es precioso: la luz plateada, la cúpula de San Pedro húmeda y reluciente sobre los pinos, las minúsculas gotas de lluvia, Henry y Owen radiantes con el pelo hacia atrás de tan rápido como vamos.

Desciendo a toda prisa la empinada calle de Salita di Sant'Onofrio. La

sillita se bambolea escaleras abajo. Ahora veo a la gente, todos corren en la misma dirección, accediendo a la embocadura de via dei Penitenzieri. Literalmente una docena de personas se lanzan a la carga, sin la habitual pericia romana para cruzar por mitad de la calle, a través del tráfico. Rechinan los frenos; nadie presta la menor atención. Muchos llevan en la cara sonrisas enormes, auténticas. Hombres de traje, señoras cogidas de la mano: todos van corriendo. Varios *motorini* pasan en tromba por nuestro lado.

Yo también empiezo a correr, empujando la sillita. La gente sale de los restaurantes, de los edificios de oficinas. No es como el funeral: no hay policías ni voluntarios civiles ni helicópteros. No hay ninguna organización en absoluto, y sin embargo todo el mundo parece feliz, tranquilo.

Cuando llego, la plaza de San Pedro está quizá solo medio llena. Si no fuera con los niños, podría pasar tranquilamente junto al obelisco hasta primera fila del gentío y apoyar las manos en la barandilla a los pies de las escaleras principales. En cambio, acabo encajando la sillita bajo la sección sur de la columnata, entre dos inmensas columnas de Bernini. Si me asomo por el lateral de una hilera de urinarios portátiles, veo las grandes cortinas granates que cuelgan en el balcón central de la fachada de la basílica. Hurgo en la mochila que usamos como bolsa de pañales, encuentro dos trozos de pan medio seco y se los doy a los niños con la esperanza de no llegar demasiado tarde. El gentío empieza a acumularse a nuestras espaldas. Ondean banderas, la gente susurra. Un niño pequeño que pasa por delante de nosotros, cogido de la mano de su madre, pregunta: *Che cos'è, mamma? Che cos'è?* ¿Qué pasa, mamá?

A cada minuto que pasa la piazza está más abarrotada. Por encima de mi hombro atisbo la imagen ahora familiar de cientos de luces en los andamios de los medios de comunicación justo delante del Largo del Colonnato. Hombres de traje miran el resplandor, micrófono en mano, de espaldas a la

piazza. Hay hileras de hombres con trajes más oscuros encima de la columnata propiamente dicha, bajo los alojamientos papales, probablemente agentes de seguridad. Todo un séquito de soldados de la Guardia Suiza permanece en posición de firmes con sus colores de arlequín a los pies de las escaleras de la basílica.

Llevamos allí quizá tres minutos cuando se mueven las cortinas. Un murmullo recorre la muchedumbre. Sale un hombre con solideo rojo que se acerca a un micrófono y dice: «Hermanos y hermanas —en italiano. Luego añade—: *Habemus Papam*». Tenemos Papa.

Aplaudo, junto con todos los demás, luego los aplausos decaen y añade algo, quizá algo en latín, y el gentío brama —realmente brama— y los gemelos se echan a llorar.

El cardenal se retira y aparecen unos ayudantes que cuelgan una alfombra dorada del tamaño de una piscina olímpica de la barandilla, la sujetan bien y vuelven a entrar. Las cortinas vuelven a quedar inmóviles. Cojo a los niños de la sillita por turnos y procuro calmarlos. La llovizna sigue siendo fina. El paisaje de nubes arremolinadas detrás de San Pedro está teñido de luz.

La ceremonia es una trama. La sangre late en las sienas, los ojos dejan de parpadear, un delicado silencio se cierne y se prolonga, y el centro candente de la atención del mundo entero detiene por un momento su insaciable devenir. Todos los rostros a mi alrededor —un hombre apoyado en los pedales de su bicicleta, una mujer de mediana edad con gigantescos pendientes de perla y una pincelada imperial en el porte de los hombros— permanecen extraordinariamente serios. ¿Estamos aquí porque queremos saber quién será Papa? ¿O estamos aquí por vanidad, porque queremos poder decir que estábamos? Las dos cosas, claro. La Iglesia está elaborando una narración, y este es el momento culminante de la historia. Ahora mismo estamos aquí sobre todo porque queremos saber qué ocurrirá a continuación,

porque llevamos ya buena parte de una historia intensa y complicada. El telón ha subido, la orquesta está tocando; esta es la emoción del drama y la Iglesia católica es la dramaturga más experimentada del mundo.

Antes de que llegue el desenlace, antes del cinismo, o la decepción, o el júbilo, hay esperanza, y la promesa de cambio. La alegría reside en la expectación, el abrumador potencial de todo ello. El lanzamiento en el último segundo pende sobre el aro; se vuelca sobre la mesa de recuento el contenido de la última urna. Es el sobre de la secretaría de admisiones en el buzón, la esquina del telegrama que asoma por debajo de la puerta. Es la mañana de Navidad, es levantar a la luz el test de embarazo. Es la primavera.

No saber es siempre más emocionante que saber. El no saber es de donde proceden la esperanza y el arte, la posibilidad y la invención. Es el no saber, eso tan pero tan antiguo, lo que permite que todo se renueve.

Le susurro a Henry lo que veo: las alabardas de los guardias suizos, los gruesos tapices. Una paloma se posa en el borde de una fuente y descansa, jadeante. Aparecen docenas de cardenales vestidos de color escarlata intenso en dos balcones que flanquean la fachada de la basílica. Entonces la cortina granate se mueve en el balcón central y el gentío aúlla, y los niños empiezan a llorar otra vez: lloran hacia el bramido, el futuro, lo desconocido. Hay tanto ruido que, a poco más de medio metro, no oigo sus llantos.

—Aquí viene —le digo a Henry.

Sale un hombre. Tiene los brazos en alto. ¿Es una bendición? ¿Un ademán de victoria? Es diminuto bajo las cortinas enormes. Va vestido de blanco, con una estola negra, y a cabeza descubierta. De hecho, lo más llamativo de él con diferencia es su pelo, de un blanco hermoso, deslumbrante.

Es el Papa número 266 desde que Simón Pedro tomó las riendas de Jesús en el 32 d. C. Un cardenal sostiene un micrófono. El nuevo Papa se pasa la lengua por los labios, la luz hace arder en llamas su cabello. Vuelve la cabeza

unos grados a la derecha, y mis hijos —la pequeña sillita, calzada entre dos columnas— quedan directamente hacia donde mira.

Baja los brazos; el clamor remite. Dice un par frases que incluyen el nombre de Juan Pablo II y resurge el clamor, lo bastante intenso para que se tambaleen las antiguas columnas, un clamor que es la suma de miles de voces individuales, pero de algún modo también más que eso. A estas alturas los gemelos están inconsolables.

¿Quién es? Doy un toque en el hombro a uno que lleva los auriculares de una radio portátil en los oídos.

—El alemán.

—¿Ratzenburger?

Con cuidado, y evidentemente molesto, dice: «Ratzinger», y vuelve a ponerse el auricular.

—Ahhh —digo, pero no significa mucho para mí.

De todos modos, por ahora no importa. Me abro paso con la sillita entre el gentío y regreso a la calle, desabrocho a los niños junto a la entrada de un restaurante y los tengo en brazos hasta que se tranquilizan.

La gente sigue pasando a toda prisa por nuestro lado, se apresuran hacia el espectáculo, muchos parecen intensamente felices, como si se hubieran desprendido del peso de sus cuerpos, una monja corre con una niña de trenzas cogida de cada mano, tres curitas las siguen al trote, con una sonrisa inmensa. Desde aquí, a una manzana, la iglesia está empapada en luz. Se ciernen rayos de sol detrás de la cúpula. El gentío es un campo de color a través de las gruesas franjas blancas de la columnata.

En palabras de Emerson, toda historia busca lo «invisible e imponderable». La fe, la pérdida, el contacto emocional. Pero para llegar allí, curiosamente,

el narrador tiene que servirse de lo visible, lo físico, lo eminentemente tangible: el lector, ante todo y sobre todo, debe quedar convencido. Y los detalles —los detalles adecuados en los lugares precisos— son los que se encargan de convencer. La boca resonante de una campana de nueve toneladas, verde con cardenillo, se muestra y luego se aleja. Una alfombra dorada se despliega de un balcón. Dos cortinas de tres pisos de altura se ondulan y luego se abren. Un hombre sale a la luz.

La gloria de la arquitectura, la chimenea humeante, el hábito blanco almidonado: esos detalles están minuciosamente escogidos; están presentes para subrayar la majestad, la divinidad, para garantizarnos que lo que se dice que está ocurriendo está ocurriendo de verdad.

Y ¿acaso no hace lo mismo un escritor? ¿No se trata de entrelazar esquirolas de sueños? Atrapa los detalles más intensos y los enlaza en secuencias que permitan a un lector ver, oler y oír un mundo que parezca completo en sí mismo; construye un escenario y oculta minuciosamente todos los puntales, cables y orificios de clavos, luego se retira y confía en que quien vaya a verlo se lo crea.

Mientras trabajo en otro borrador más de mi relato procuro recordar esas enseñanzas. Una entrada de diario es para quien la escribe; ayuda al escritor a refinar, percibir y procesar el mundo. Pero un relato —un escrito terminado— es para el lector; debería ayudar a su lector a refinar, percibir y procesar el mundo, el mundo concreto del relato, que es una invención, un sueño. Un escritor fabrica un sueño. Y cada borrador debería ofrecer una versión de ese sueño representada con más precisión y apuntalada con más consistencia que la anterior.

Todas las mañanas procuro tener presente que debo entregarme sin reservas, revisarlo todo, poner a prueba todas y cada una de las frases en busca de grietas en el sueño.

Cinco días después de la elección del cardenal Ratzinger es investido como papa Benedicto XVI. Shauna y yo llevamos la sillita por el Trastévere bajo la llovizna. El antiguo Papa es enterrado, el nuevo es engalanado de oro, y entre tanto la ciudad parece un teatro vacío en el que acomodadores de uniforme pasean por la calle con sus recogedores, barriendo en silencio.

Con la luz del cielo encapotado, un domingo por la tarde, Roma puede tener un aspecto especialmente sombrío, los escaparates de las tiendas con las persianas echadas y cubiertas de graffiti, barrotes de metal en las ventanas de la planta baja. En via Ippolito Nievo, cerca de una juguetería a la que a veces vamos, la rotura de una cañería ha arrastrado desechos a lo largo de toda una manzana: bolsas de plástico, pieles de plátano, papel hecho trizas, un millón de pedazos de cartón descoloridos. La basura ha cegado los colectores de aguas pluviales, ha quedado lánguidamente tirada junto a los bordillos, ha formado charcos bajo los coches aparcados. Un vehículo de limpieza aúlla delante de nosotros.

En el Foro los arqueólogos se agachan en sus hoyos con cubos, paletas y cepillos, extrayendo cuidadosamente fragmentos de arcilla. Cerca unos restauradores montan andamios delante de otra fachada de iglesia. Intenta por un momento imaginar la abrumadora cantidad de superficies moteadas y agrietadas que tiene que procurar mantener limpias esta ciudad: fuentes, pétalos de flor, frontones, barandillas, jeroglíficos en obeliscos, los vestidos con pliegues de diez mil solemnes Madonnas y los rollizos mofletes de cien mil querubines sonrientes. Todos libramos nuestras batallas diarias con la entropía —retiramos las cabezas de tulipán marchitas, recogemos los cereales que han caído al suelo, llevamos al contenedor los pañales usados—, pero Roma lo tiene mucho peor. Es un Museo de Arte Metropolitano del tamaño

de Manhattan, sin techo, sin vitrinas, y con medio millón de motores de combustión bramando por los pasillos.

Si se calcula el promedio a lo largo de milenios, los detritos se han amontonado sobre Roma a un ritmo de en torno a dos centímetros y medio al año. Adriano habría entrado al Panteón subiendo unas escaleras. Ahora tenemos que calzar el freno de la sillita al bajar hacia allí. Los cuatro templos derruidos de Largo di Torre Argentina, antaño sobre pedestales a la luz del día, quedan ahora unos diez metros por debajo del nivel de las aceras actuales. Hace falta un *permesso* y una escalera para bajar hasta ellos. Para el siglo xv, la Domus Aurea, el monstruoso palacio de ocio de Nerón, se había convertido en una serie de cavernas subterráneas habitadas por pastores. Se supone que Rafael y Pinturicchio se descolgaban con cuerdas hasta las estancias y contemplaban los frescos a la luz de las antorchas.

En torno a nosotros, las calles siguen subiendo imperceptiblemente: chicles, excrementos de pájaro, hojas secas, células epiteliales, cucharillas de helado, partículas de humos de escape, trocitos de edificios, jirones de alas de insecto, las exhalaciones de los amantes y las heces de las lombrices; un espectral fertilizante orgánico que cae de manera incesante sobre la ciudad. Los antiguos romanos despojaron de árboles los Apeninos, los romanos renacentistas volvieron a hacerlo, y desde entonces las lluvias de primavera han erosionado la tierra de los montes y la han esparcido por las llanuras. A cada minuto que pasa las tumbas de los muertos se hunden un poquito más. Uno no puede por menos de preguntarse qué frescos, qué mampostería, qué candelabros y piezas de vajilla yacen enterrados bajo sus pies.

Dentro de dos mil años, quizá todo lo que alcanza a ver desde la ventana de sus alojamientos el papa Benedicto esté treinta metros bajo tierra.

El agua gorgotea en los colectores. Henry y Owen dan patadas contra la capota para la lluvia. El millar de millones de lombrices de Roma serpentean

bajo nuestros pies, dejando atrás sus desechos, navegando por los océanos del pasado.

Mayo trae más viento: el cielo se despeja por completo, la luz da un aspecto eléctrico a las cornisas de los palacios. Aviones comunes se lanzan en picado a través de agujeros en las contraventanas del edificio de la Academia, acceden a nidos ocultos y tienen despiertos a los becarios la mitad de la noche.

Lo único que quieren hacer Henry y Owen es andar, y lo único que hacen cuando andan es darse golpetazos. Las magulladuras asoman y se esfuman de sus cuerpos cual nubes de tormenta: amarillea una en el caballete de la nariz de Henry mientras otra en la sien derecha de Owen se oscurece y se inflama. En el extremo opuesto de la terraza Owen arranca un pétalo de tulipán, describe tambaleándose un lento círculo y al final se lo muestra —un lienzo de seda amarillo intenso— a su hermano.

En la Villa Sciarra los pavos reales se contonean en su jaula, los cipreses bullen y pasan tres mujeres, cada una con un guacamayo en el hombro. Una de ellas le acaricia el ala al ave y dice: *Qui siamo, qui siamo*, aquí estamos, aquí estamos, una y otra vez.

Nada de tumores cerebrales, ni de coágulos sanguíneos. Los resultados de las pruebas de Shauna están bien. El médico le saca cera de los oídos y le dice que se mantenga hidratada. Lo celebramos decidiendo dejar a los niños con Tacy todo un día —de la mañana a la noche— mientras vamos en tren a Spoleto, una población de montaña en Umbría.

Nos despedimos, salimos por la verja. El cielo es de un azul enjoyado. Tiramos la basura al contenedor. Un taxi nos lleva por delante del Vittoriano,

via Nazionale abajo; coches BMW y Fiat van a toda velocidad a nuestro lado, las caras pasan agitándose cual hojas de papel, los *motorini* trapalean sobre los adoquines, los motoristas a menudo tan cerca, incluso a cincuenta kilómetros por hora, que podría sacar la mano por la ventana y rozarles el muslo.

La estación de tren, Termini, es un enjambre de pasajeros —en parte refugio para indigentes y en parte centro comercial—, pero a nosotros se nos antoja tranquila; nos cuesta creer lo poco cargados que vamos: dos jerséis, dos mochilas pequeñas. Un par de gafas de sol, una botella de agua. Nada de pañales, ni envases de leche, nada de juguetes para la dentición. Ser padre y tomarse alguna vez un día libre de ser padre produce una clase de alegría especial: una levedad, una dulzura más dulce si cabe debido a su impermanencia.

Compramos billetes, buscamos los asientos. Las malas hierbas entre las vías adyacentes son de un verde intenso, casi tropical. El tren se pone en marcha y los miles de agujas de Termini pasan deslizándose por encima de las ventanillas. En un minuto estamos en las zonas residenciales: hay tejados tachonados de antenas de televisión, la trasera de un supermercado, un aparcamiento para autobuses averiados, un paso elevado, un tramo de acueducto, dos templos medio desmoronados recubiertos por una bruma de brotes nuevos.

Luego estamos fuera: encinas y robles, la franja de una autopista y el lejano ondular de una montaña ataviada de nubes. Los cables telefónicos pasan veloces a nuestro lado, describiendo leves parábolas de un poste al siguiente. Pienso en Henry y Owen, con tanta curiosidad por el mundo: ayer caminaban tambaleantes por los senderos de grava de la Villa Sciarra, los árboles sobre sus cabezas rebosantes de flores. «Paapapaapa», canturreaba

Owen. Henry se pasó medio minuto intentando coger un guijarro entre el pulgar y el índice.

En Spoleto subimos al pueblo antiguo desde la estación de tren y comemos chocolatinas en un puente del siglo XIV construido sobre arcos de piedra de setenta y cinco metros de altura. Una nube entra en el barranco empujada por el viento, nos envuelve en una ligera llovizna y sigue su camino, flotando valle abajo, atravesada por haces de luz. Surgen de los campos jirones de humo. El viento huele a madreselva, luego a rosa silvestre, después a tierra labrada. Un arcoíris —no es broma— se abre paso por mitad del barranco y roza los mantos de olivares debajo del pueblo.

Shauna sonrío y echa a correr; tiene las mejillas de un rosa radiante. Paseamos por el duomo; nos tumbamos boca arriba en un banco y nos pasamos las secciones de un periódico. Por la tarde escogemos una entrada al azar y subimos a un restaurante estrecho y aterciopelado con camareros de esmoquin y lámparas de luz tenue.

Lo que comemos es un poema.

Campanella soffiata alla caciottina locale con fonduta di parmigianino e tartufo nero; strengozzi alla Spoletina con pomodori, peperoncino, pecorino e prezzemolo; lombello di maialino in rete di lardo della Valnerina, salsa delicata al pecorino e pere al rosso di Montefalco; e sformatino caldo al cioccolato con crema all'arancia.

Campanella fundida (pasta de borde ondulado) con queso de oveja local, cubierta de fondue de parmesano y trufa negra; *strengozzi* (llamarlos «bolas de masa hervida» sería como llamar «carrito de golf» a un Rolls-Royce) al estilo de Spoleto con tomates, pimentón, queso pecorino y perejil; lomo de cochinillo de Valnerina con pecorino, pera y salsa de vino tinto de Montefalco; y flan de chocolate caliente con crema de naranja.

Cerramos los ojos; retiramos los tenedores de la boca.

—Esto es ridículo —comenta Shauna.

Al anochecer las llanuras más abajo del pueblo se vuelven azules; el cielo, índigo. Nos desplomamos en los asientos del tren, quemados por el sol y felices. A cada minuto pasa un túnel como un destello, succionándonos el aire de los oídos.

Abro un libro. Shauna cierra los ojos. La ciudad se precipita hacia nosotros. Algún día, le digo, volveremos a Spoleto y pasaremos una noche en el hotel Gattapone, construido en la ladera de un precipicio, cruzaremos ese puente del siglo XIV al anochecer y caminaremos por el sendero fangoso que serpentea por el lado opuesto del barranco hasta la mesa de un merendero encima de una ermita en ruinas, nos beberemos una botella de vino y comeremos queso pecorino y regresaremos por el puente en la oscuridad ya cerrada bajo las cuatro bombillas desnudas, a unos treinta metros cada una de la siguiente, y nuestros hijos irán corriendo delante.

Los sueños de los padres. Nuestro reflejo riela en las ventanillas del tren. De vez en cuando la oscuridad queda interrumpida por un pueblo lejano, sus luces amarillas encaramadas a la cima de una colina en la distancia.

VERANO



Días así: el azul más immaculado imaginable, hasta la última hoja ribeteada de dorado. Engordan en el jardín minúsculas fresas, aletean los toldos y se oyen los grandes suspiros que lanzan los pinos piñoneros en dirección al océano. La Academia y sus creadores becados se convierten en algo parecido a adolescentes de colonias de verano, encerrados en un gallinero, hay artistas que tratan sin miramientos a investigadores, investigadores que tratan sin miramientos a artistas; cuelgan en los tablonces de anuncios diatribas sobre el uso indebido de las camionetas de la Academia; la cocina de arriba huele a leche derramada, ajo e intriga.

Si te detienes en la calle, sientes el batir de la luz del sol sobre los hombros. Es como si todos los días el sol adquiriera un poco más de masa. Shauna coge a los niños después de la siesta y tienen las camisetas empapadas. Para media tarde, el pequeño cuarto de baño de Owen se ha convertido en una cámara asfixiante.

Solo hace fresco a primera hora de la mañana. Se pasean por la terraza lagartijas con el lomo de neón, delicados deditos y largas colas cual jirones de sombra. Bajo las macetas de tulipanes se arremolinan diminutos ácaros rojos. Levanto una maceta y entra en erupción toda una ciudad de ácaros.

De camino al estudio, empiezo a percibir la temporalidad de esta vida. Dentro de dos meses nos veremos expulsados de la Academia, y George el escultor tendrá que embalar sus meticulosos cuencos de yeso, y el bosque erizado, afilado y pintado en el estudio de Jon Piasecki desaparecerá. Para

finales de agosto la puerta de prácticamente todos los estudios ante los que paso de camino a mi trabajo llevará un nombre diferente. La mía incluida.

Decidimos ir a Umbría todos los miércoles durante el resto de las semanas que estemos en Italia. En mayo cruzamos en zigzag el valle de Spoleto, pasamos un miércoles en Todi, un miércoles en Orvieto, un miércoles en Asís. Nos apeamos del tren para sumirnos en períodos de ensueño: sin horarios, sin necesidad de enfrentarse a la escritura, los niños siguen en la ciudad, durmiendo a pierna suelta, y aquí estamos nosotros, en callejuelas estrechas y retorcidas, en barrancos lejanos, entre súbitos arcos y contraventanas pintadas, y siempre con esa majestuosa luz que todo lo bruñe y las distancias azul celeste. Se derraman los geranios de las jardineras en las ventanas, nos miran ojos furtivos desde umbrales en sombra. Subimos a los baluartes de las murallas de la ciudad y el viento nos entra por las camisas y levanta hojas, o grandes nubes flexibles de polen o —en una ocasión— un rectángulo de papel con el dibujo de una cara que pasa dando vueltas a nuestro lado y sale volando por encima de los tejados. En los restaurantes me convenzo de que alcanzo a saborear ese viento en el vino, y las hierbas, y sobre todo en el aceite.

Asís está llena de vencejos; el aire sobre las piazzas parece una ventisca de pájaros que sobrevuelan los tejados al anochecer como peces de arrecife. Allí para evitar a los turistas basta con subir: dos manzanas por encima de la catedral reina en las calles un silencio absoluto, las casas se aferran a las pendientes y el valle allí abajo se disuelve imperceptiblemente en el crepúsculo.

Las callejuelas de Orvieto una tarde lluviosa huelen a sótanos antiguos: cisternas, papel viejo y humedad. Orvieto, según averiguamos, tiene una

ciudad a modo de espejo bajo sus calles, kilómetros de galerías subterráneas, criptas y bodegas, sótanos abiertos a pico, canteras olvidadas, tantísimos túneles que nadie conoce su extensión.

En Todi entramos a una capilla por una puerta lateral y de pronto estamos en medio de veinte monjas, todas rezando en silencio; el único sonido es el susurro de las cintas entre las hojas de los misales.

Vamos a ver los famosos frescos de Giotto en Asís, famosos sobre todo por sus impresionantes azules: un pigmento que consiguió pulverizando lapislázuli, un mineral extraordinariamente caro; reservaba el azul solo para los cielos más hermosos, los hábitos más sagrados.

En la fachada del duomo en Orvieto, el escultor del siglo XIII Lorenzo Maitani ha esculpido lo que parece ser la mitad de los libros de la Biblia en losas verticales de mármol. Eva parece salir físicamente de la costilla de Adán. Caín se dispone a asestar a Abel un buen golpe con una almádena. Maitani ha cincelado árboles reticulados como el coral; serpientes que se desenroscan de los muros; diablos haciendo muecas. Durante el juicio final, brotan de la piedra marañas enteras de cuerpos atormentados.

La toba volcánica tiene un matiz levemente distinto en cada población: amarillo tostado, rosa desvaído, azul sucio. Pequeños escorpiones negros se meten en los zapatos, entran escarabajos en las bañeras y jabalíes cruzan con estrépito los senderos de acceso. Los ciclámenes lanzan latiguillos de color a través del bosque. Entre las vías, las amapolas de tallo escuálido —manchas de pintura de color rojo intenso— se comban al paso de los trenes. Volver a Roma es volver entusiasmados, quemados por el viento y relajados, pero siempre un poco entristecidos, también, de ver los *motorini* y los anuncios, de estar otra vez entre paredes, de dejar atrás tanta distancia, color y cielo.

Hacia finales de mayo entro en la pequeña tienda de ultramarinos Beti después de vivir en Roma durante nueve meses, doy las buenas tardes exactamente a la misma mujer a la que pedí salsa de pomelo una vez y le pido en italiano una barra de pan, dos panecillos para hamburguesas, una magdalena de manzana, trescientos gramos de pizza *bianca* y una lata de atún, y no me equivoco ni en una sola sílaba.

¿Qué ocurre? Me da lo que he pedido. No caen serpentinas del techo, no empiezan a destellar luces estroboscópicas. La tendera no alarga los brazos por encima del mostrador, me coge la cara entre las manos y me da un beso en la frente.

Te has comunicado. Y qué. Vete a pagar a la caja registradora.

No, en cambio me pregunta en velocísimo italiano algo sobre Henry y Owen, algo sobre su pelo, pero habla tan rápido que no alcanzo a entender ni el 80 por ciento y, avergonzado, me bajo de mi trono de soltura y tengo que pedirle:

—Lo siento, más despacio, por favor.

El 2 de junio, el día de la República, cincuenta y nueve años después de que los italianos votaran a favor de sustituir la monarquía por la república, los romanos celebran la festividad acudiendo a via dei Fori Imperiali entre el Vittoriano y el Coliseo para ver pasar tanques, un Lamborghini de la policía y un torpedo de la Segunda Guerra Mundial. A continuación vienen los *carabinieri* con tambores y espadas, la infantería con boina, incluso un regimiento de animadoras agitando pompones blancos. A modo de gran final nueve cazas antitanque sobrevuelan estruendosamente el Vittoriano en formación, derramando a su paso humo blanco, verde y rojo.

Esa noche nos despiertan los fuegos artificiales que lanzan desde la azotea

de la villa en la acera de enfrente. Chispas y humo bajo los árboles, un silbido, una explosión, luego más chispas y humo encima de los árboles. Shauna y yo nos asomamos a la puerta de la terraza, parpadeando de sueño. En cualquier momento los niños se despertarán y se echarán a llorar. La calle se ilumina de color azul, blanco, rojo. Es curioso como para celebrar la paz parece que quisiéramos simular la guerra.

El 59 es un número recurrente. Ha habido cincuenta y nueve Gobiernos italianos desde la Segunda Guerra Mundial. El Gobierno actual del magnate de los medios de comunicación Silvio Berlusconi será el primero de la posguerra en llegar al final de su mandato.[53] Y aun así, los italianos pasean en el calor del verano como drogados, como si la paciencia fuera la única cualidad que poseen en abundancia.

Este es otro verso del poeta Belli: «No soy yo mismo cuando me esfuerzo demasiado».[54]

En nuestro restaurante preferido comemos *antipasti* absolutamente deliciosos: minúsculos tomates asados; tiras de calabacín, finas como papel de seda, fritas; judías verdes húmedas y crujientes; pimientos asados. Luego compartimos un pollo majado con sal y pimienta en grano y asado sobre piedras calientes. Tardamos quizá unas dos horas en comer y luego esperamos otra hora y media a que nos traigan la cuenta. Pruebo a pedirla por favor, señalo el reloj y digo:

—*La babysitter...*

—*Va bene* —responde el camarero.

Vale. No hay problema. Aun así, esperamos treinta minutos más. Llega cuando llega. Como si los camareros estuvieran intentando enseñarnos algo.

Una tarde, yendo por via Carini a comprar leche, pasamos por delante de la Banca di Roma y su vigilante con perilla y pistola cuando reparo, por primera vez, en el cartel con los horarios de atención al público.

MAÑANAS: 8.30 – 11.30.

TARDES: 14.15 – 15.40.

SÁBADOS CERRADO.

El banco está abierto menos de cuatro horas y media al día. En el interior los clientes están sentados cadera con cadera, aferrados a formularios, con la atención puesta en un gran número en una pantalla LED, otro ojo de Dios.

Este próximo domingo será el primer «domingo ecológico» del verano, lo que significa que los vehículos de gasolina tienen prohibido circular por el Trastévere o el centro histórico desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde. Naturalmente, a tres kilómetros de allí, se celebrará el 50.º Salón Anual del Motor de Roma en el Foro Itálico, con diez mil coches y modelos vestidas de Altieri, y todos esos motores en funcionamiento el fin de semana entero.

Termino el relato breve sobre el pueblo inundado. Tiene nueve mil palabras; me ha llevado casi seis meses escribirlo. Es la primera pieza de ficción que he terminado desde que nacieron los niños. Lo envío por correo a Nueva York, me bebo media botella de chianti y me duermo leyendo lo que dice Plinio de los gigantescos gusanos azules en el río Ganges. «Tienen tanta fuerza — escribe — que arrastran a los elefantes que se acercan a beber agarrándoles la trompa con los dientes.»[\[55\]](#)

Me despierto a las tres de la madrugada, sudando. Owen llora en su cuna. En su cuarto hace un calor sofocante. Me tumbo con él en el sofá y voy sumiéndome en fugaces pesadillas, su leve peso sobre mi pecho, la mañana que avanza implacable hacia nosotros, el amanecer discurriendo por el mar

Negro, alcanzando Bulgaria. Dentro de poco gente en sus apartamentos de la antigua Yugoslavia empezará la jornada; luego los croatas, después los umbros. Luego nos llegará el turno a nosotros.

A estas alturas, mediados de junio, hace calor incluso al amanecer. Densas techumbres de nubes se aferran al calor. Por la noche procuro dejar las ventanas abiertas, pero entonces los *motorini* no me dejan dormir, y los mosquitos se ceban con Shauna. Pruebo a cerrar las ventanas pero entonces el aire pesa tanto que tengo la sensación de habernos encerrado dentro de una bolsa de plástico.

La noche siguiente Owen se despierta llorando a las dos, tres, cuatro, cinco y seis. Le llevo leche, lo mezo. Siento que vuelvo a adentrarme en el territorio familiar del insomnio: las horas espectrales, los pensamientos cansinos, la incapacidad para elaborar frases claras.

«Le están saliendo las muelas —dice Shauna—. Pobrecillo.» Mordisquea un trozo duro de pizza *bianca* en la terraza. Intento imaginar lo que sería que me brotaran por las encías enormes trozos torneados de esqueleto.

Por las tardes paseamos sin aliento apenas por la ciudad, el cielo palpitante, las ruedas de la sillita gomosas sobre los adoquines, los ejes combados, como si el metal se estuviera ablandando y fuera a venirse abajo todo el artilugio. Llevo un cuaderno pero casi ni lo abro; con este calor es como si me extrajeran el cerebro y me pusieran un amasijo de algodón húmedo y caliente detrás de los ojos. Se me reviene la piel; noto las extremidades pesadas. Sueño despierto pero en mi cabeza no ocurre nada: meramente contemplo el mundo, con la mente en blanco.

«No podemos eludirlo —oigo que dice Shauna una noche por teléfono—. No podemos escapar.» A los niños les salen sarpullidos en el pecho y la espalda por el roce de los pañales. Aun así, su entusiasmo por el mundo me asombra. Todo merece la pena investigarse: un rollo de cinta adhesiva, la

clavija de un teléfono, el cabello del otro gemelo. Quien diga que los adultos sabemos prestar atención mejor que los niños se equivoca: estamos muy ocupados filtrando el mundo, centrándonos en alguna tarea, sin prestar la más mínima atención. Nuestros hijos son los que se pasan el día entero descubriendo nuevos continentes. A veces, mirándolos, tengo la sensación de que Henry y Owen viven permanentemente en ese estado tenso y refulgente de conciencia que nosotros los adultos solo alcanzamos cuando nuestro coche se salta un semáforo en rojo deslizándose sobre el hielo o nuestro avión se bambolea por efecto de las turbulencias.

El agua absorbe incesantemente mi atención. El Tíber, desde luego, pero el Tíber es muy lento y muy pardo, discurre sin formar ondulaciones siquiera; con este tiempo, apenas parece agua. Son las fuentes: las fuentes de agua potable, las fuentes de barrio, las fuentes monumentales. Un sitio web de turismo dice que en Roma hay doscientas ochenta fuentes, pero parece que hubiera más: la torre de ingleses y llaves que es la Fontanella delle Tiare en el Borgo; las gigantescas tinas idénticas en piazza Farnese; los leones que arrojan agua en piazza San Bernardo. Hay una espita de la que mana agua día y noche a un pilón de piedra al final de via di Porta San Pancrazio; otra al lado de una parada de autobús; otra cerca de la enorme estatua de Garibaldi en la cima del Janículo.

Al pasar por delante de la fuente de las tortugas en el barrio judío, bajo un sol criminal, veo a un hombre sentado en el borde pelar una manzana con una navaja: hace girar la manzana como una pata de mesa en una fresadora, la piel rizándose en una sola espiral verde. Cuando ha terminado, deja el tirabuzón de piel en el peldaño a su lado, se vuelve y lava la hoja de la navaja en el agua.

Mis preferidas no son las fuentes dramáticas, los chorros de agua que describen arcos, los surtidores idénticos delante de San Pedro, ni la pompa y

el bramido de la Fontanone. Las mejores fuentes son las que manan pensativas, las que borbotean, las tazas rebosantes, las espaldas húmedas de ninfas y centauros, la extravagancia petrificada de Villa Sciarra. La pequeña piña borbollante de piazza Venezia. Si las quitas, no hay tiempo presente, no hay sistema circulatorio, no hay sueños que compensen las horas de vigilia. No hay Roma.

Me siento con un cuaderno y observo el ir y venir de las mareas de gente, la secuencia temporal de una tarde, las manchas difuminadas de oscuridad que enturbian la luz, los caminos que se cruzan, las energías que se entrelazan, el constante manar de las fuentes en las piazzas. Antes de que estas edificaciones medievales tuvieran instalada fontanería, cada vez que querías lavar las camisas, las verduras o a los niños tenías que ir al pilón delante de tu casa. Piensa con qué frecuencia verías a amigos, enemigos, a la vecina de la que te habías enamorado. Piensa en el perpetuo goteo de chismorreos, las brumas colgantes del rumor. Eran el equivalente a los dispensadores de agua refrigerada de las oficinas.

Los antiguos romanos tenían sus termas, claro, colosales y absurdas, grandes como las poblaciones de las colinas de Umbría. Ya solo las termas de Caracalla abarcaban ciento diez mil metros cuadrados. Las termas de Diocleciano eran más grandes, casi el doble que el complejo de setenta y siete mil metros cuadrados de jardines y edificios de la Casa Blanca en Washington, D. C. Trabajabas hasta mediodía, te ibas a las termas con el frasco de aceite de oliva y un cepillo para la piel: baño templado, baño caliente, para acabar con un remojón frío.

Hacia el final del Imperio, los acueductos romanos traían 1.747.000 metros cúbicos de agua a la ciudad todos los días. Con una población de cerca de un millón de personas, eso ascendía a 1.747 litros por persona. Todos los días.

Una tarde que hace 32 grados, Shauna y yo nos detenemos junto a la fuente norte en piazza Navona, no la inmensa fuente de Bernini en los Cuatro Ríos, sino la fuente de Neptuno, el dios del mar desnudo a punto de hundir una lanza en una serpiente que se le ha enroscado en torno al muslo. Han vaciado la taza. Un par de empleados del Ayuntamiento con mono de trabajo frotan el mármol con escobillones de nailon. Las mangueras yacen orondas y lánguidas sobre los adoquines. *Buongiorno*, saludamos, pero apenas responden con un gesto de cabeza. Todo se ve marchito: hay manchas oscuras en los músculos de la espalda de Neptuno, mierda de paloma sobre las ninfas, y es como si esa parte de la piazza también hubiera perdido intensidad de alguna manera. No hay resplandor; no hay centelleo. No hay niños, no hay risas; los toldos de los cafés apenas aletean; es como si la historia se escurriera de las piedras, cegando el aire, sofocándolo todo.

Pero enseguida vuelven a llenar la fuente, el surtidor empieza a funcionar, la inocencia baldea la experiencia, el presente se impone al pasado, el cadáver se reanima. Roma vuelve a cobrar vida.

Para el anochecer, con este calor, la ciudad entera se convierte en una vorágine; la humedad, el olor cenagoso del Tíber, los humos de escape que se arremolinan en una calle, el tintineo lejano de los cubiertos: un anochecer estival en Roma puedes contemplar una fuente y no ver nada, no sentir nada, toda la existencia reducida a la suspensión del agua en el punto culminante de su ascenso, demorada una fracción de segundo, inundada de luz, justo antes de empezar a caer. Es un estado al que aspirar.

Allí donde estés, ahora mismo el agua —la incesante boca de riego en el Campo dei Fiori, la grandiosa barcaza que borbotea en piazza di Spagna— circula por esta antigua ciudad, vibrando por sus arterias, latiendo en sus corazones. Incluso el desbarajuste abrumador de la Fontana di Trevi, con las manadas de gente y los vociferantes vendedores callejeros, los cien mil

círculos de chicle ennegrecido y la galaxia fluorescente de cucharillas de helado pisoteadas entre los adoquines, es de alguna manera esencial. Está radiante, siempre radiante.

Nos apoyamos en el borde; lanzamos monedas a los dioses.

Voy a tres grandes almacenes hasta que por fin encuentro una piscina inflable, la llevo al apartamento y la hincho en la terraza. Vertemos un par de jarras de agua tibia y metemos a los niños. Owen chilla de placer, chapotea, hace rodar una pelota de aquí para allá. Henry se tensa, su cuerpecillo inmóvil. No llora, pero tampoco se mueve. Al cabo, sin perturbar nada a su alrededor ni hacer caso de los gritos y chapoteos de Owen, comienza a pasar agua cuidadosamente del interior de una pieza de LEGO a otra.

Shauna empieza a dejar las contraventanas cerradas las veinticuatro horas del día. Son de aluminio y negras, y para mediodía el sol ha calentado las que están orientadas al sur hasta tal punto que no se pueden tocar. La ciudad está drogada de calor; las piedras permanecen inertes; reina en las calles un silencio apabullante. De la una a las cuatro de la tarde no se mueve nadie. Las contraventanas están cerradas, los escaparates con las persianas echadas; para el caso, podrían ser las tres de la madrugada. Pruebo a echar una siesta romana, tumbado encima de la cama hecha, pero es inútil. Sudo; se mueven hilos de preocupación en el interior de mi cerebro, conjeturas, listas de tareas pendientes. Me levanto, deambulo por el apartamento bajo una media luz grisácea, leo novelas, escribo en mi diario; por entre las tablillas de las contraventanas se filtran haces de luz candente.

¿Quién sería capaz de escribir un libro en medio de algo así? ¿Cómo lo

hacía Plinio? Por lo que atino a ver, el verano empuja a los romanos hacia los márgenes, las mañanas y las noches, los barrios residenciales de las afueras y las casas de verano. En el centro de la ciudad, en el calor de una tarde de verano, las iglesias son los únicos refugios, frescas y en penumbra, con motitas enjambradas en los suelos, los cuadros negros e imposibles, los altares empequeñecidos bajo arañas de luces polvorientas, los grupos de turistas avanzando lentamente por sombrías hileras de columnas. Quiero quedarme durante horas en esas iglesias; quiero quitarme la camisa y tumbarme en el mármol, el pecho contra la piedra, y dejar que el perpetuo anochecer se cierna sobre mí.

En cambio, robo menta del jardín de la Academia, la machaco en vasos con azúcar y ron, y nos sentamos con unos amigos en la terraza a beber y a remojarnos los pies en la piscinita.

A mediados de junio volvemos de un minúsculo pueblecito de montaña llamado Narni, otro miércoles más en Umbría. La lluvia resbala por las ventanillas del tren y los titulares dicen: «Sangre en la autopista umbra: dos fallecidos». Pero igual lo estoy traduciendo mal, porque ayer dos camioneros murieron calcinados en un túnel de montaña cerca de Turín, a seiscientos treinta kilómetros. Igual es que están muriendo conductores a pares por toda Italia.

Los mosquitos se desplazan por los pasillos. Una choza en un campo pasa en un destello, un hombre de rostro moreno mirando desde el otro lado de una mesa con una plancha de hierro ondulado a modo de tablero. Aparece el Tíber, verde y lento, ribeteado de bolsas de plástico. Luego se desvanece. Shauna duerme a mi lado con las manos entrelazadas. Delante de nosotros, a escasos kilómetros, nuestros hijos persiguen a Tacy por el apartamento. El

tren aminora la velocidad al entrar traqueteando en Tiburtina, la última estación antes de Termini.

La parte inferior de un puente pasa por nuestro lado, laqueada de graffiti. Los graffiti cubren hasta la última superficie de un vagón desenganchado, incluidas las ventanas. TYSON, pone en la trasera de un supermercado, y CHIAMATE SUBITO RAMBO, que significa «Llamad a Rambo de inmediato». Distingo ONION! y PIANTATELA (Ya vale). Por cada garabato legible, un centenar son ininteligibles, remolinos y bucles, firmas dramáticas e hiperestilizadas.

Me acuerdo de mi hogar: Idaho a mediados de junio, la hierba crecida de los prados rebosantes de flores, la artemisa en flor, el bramar de los arroyos. El calor no se habrá dejado sentir ni siquiera en el valle, en Boise, y las noches serán largas, frescas y sin tacha.

Pero aquí, en este calor, todo parece pegajoso y gastado, excesivamente visitado, excesivamente escudriñado. Da la sensación de que hubieran escrito encima de todo. Monumentos, ventanas, papeleras, toldos y piedras. Tobillos, espaldas, hombros. Se percibe de manera más evidente desde los trenes, cuando dejas atrás los barrancos y los bosques del campo, y te internas entre bloques de apartamentos y talleres de reparaciones, deslizándote bajo pasos elevados y cables de alta tensión, el horizonte menguando progresivamente. Aquí hay más gente, más pintura. Naciones de turistas caminan por las calles. STOP BUSH, FEBO, TASMO. MAGIK, ELS, DMG DON'T TOUCH.

El otro día un artículo decía que las autoridades romanas gastan unos dos millones y medio de euros al año en limpiar 4,25 millones de metros cuadrados de graffiti de las paredes de la ciudad. Esto no puede acercarse siquiera a lo que deben de gastar los propietarios privados. Una docena de mañanas distintas he visto a hombres de aspecto triste limpiar los ladrillos de sus restaurantes con agua, estropajo de acero y algún horrible disolvente. La

planta baja de prácticamente todas las paredes del centro de la ciudad es más pálida que el resto, restregada, lavada con lejía y repintada una docena de veces. Luego cubierta otra vez de graffiti: PANDA7, DUMBO, SATAN! Los vagones del metro están a veces tan pintarrajeados que se convierten en montajes de color: verdes, rojos y azules, mensajeros cargados de pintura que recorren aullando el laberinto.

Kung ha estado muy ocupado en el Trastévere. Igual que Uncle Festah. En via Nazionale, una sola señal de zona de aparcamiento prohibido con aviso a grúa luce quizá diez pegatinas de surf junto con las leyendas FUCK COPS, REX y REAL ROCK, todas en inglés. A lo largo de una manzana de via Cavour se ha reproducido con plantilla quizá un centenar de veces el dibujo de una hoja de marihuana.

NO BLOOD FOR OIL está muy extendido. También NO WAR y NÈ USA, NÈ ISLAM! (Ni Estados Unidos ni el Islam) y USA GO AWAY. Los hijos de Laura vuelven a casa del colegio y le preguntan si YANKEE GO HOME significa lo que creen.

Martillos y hoces, esvásticas, pentagramas, aes de anarquía. En la pared encima del timbre de un organismo gubernamental han escrito ASSASSINI. En una contraventana cercana se lee TETTI PER TUTTI (Techos para todos).

Incluso los eslóganes en apariencia inocuos suelen ser al menos tangencialmente políticos: ME NE FREGO (Me importa un carajo) era el lema de los grupos paramilitares de Mussolini, los Camisas Negras. CARLO VIVE es una referencia a Carlo Giuliani, el manifestante de veintitrés años que murió a manos de la policía en 2001 durante la cumbre del G-8 en Génova.

Las perlas suelen estar en inglés macarrónico: PUNK RAINS; EINSTEIN RULES RELATIVELY OK?; y ALWAYS LET YOU GUIDES BY LOVE.

Mi preferido está cerca de la Fontana di Trevi: VIVA NIXON.

Aquí llevan haciéndolo desde siempre. Hay graffiti de más de dos mil años

de antigüedad en la antigua ciudad portuaria de Ostia. La lava preservó muchas pintadas en Pompeya. En el museo Palatino, hay un dibujo del siglo I de Jesucristo crucificado con una cabeza de asno. Varios metros por debajo del altar de San Pedro, peregrinos del siglo II dejaron sus firmas en lo que se cree que es la tumba de Pedro.

Dentro de la columna de Trajano vi graffiti medieval. Nuestra amiga Janna me dice que en 1528, un invasor germano grabó: «¿POR QUÉ NO IBA A REÍR? LOS LANSQUENETES HAN PUESTO EN FUGA AL PAPA» encima de un fresco en la Villa Farnesina allá en el Trastévere. Integrantes de coros firmaron sus nombres en las galerías de la capilla Sixtina y soldados de Napoleón anduvieron ocupados en las paredes de Villa Madama. Piranesi, el legendario arquitecto y grabador, escribió con una pintura roja «PIRANESI 1714» en una gruta en la Villa Adriana.

¿Quién soy yo para juzgarlo? He dejado mi nombre aquí y allá. Todos marcamos nuestros espacios de alguna manera. El olor a aerosol, el agradable sonido de un rodamiento tintineando dentro de un bote alto: en una ciudad donde lo privado está en constante fricción contra lo público quizá la pintura ayuda a definir los límites.

Incluso Umbría —que parece inexplorada en algunos lugares— está tocada, y tocada por todas partes: la deshilachada columna de humo de la hoguera prendida por un campesino, los brillantes riscos de las canteras, el pinar al otro lado de la ventanilla del tren que, me doy cuenta transcurrido un momento, está plantado en hileras.

Nativos, exóticos: quizá ni siquiera el pino piñonero, símbolo de Roma, conocido por muchos como el «pino italiano», sea una planta indígena; hay quien cree que los etruscos la trajeron de Oriente Próximo. Pero ¿debería un botánico seguir considerando exótico un árbol que lleva creciendo y muriendo aquí más de tres mil años?

Cuando sentimos nostalgia, no es tanto de las películas sin doblar, las bolsitas con cierre hermético o los sándwiches de pavo, como de los paisajes, las colinas beis y los cielos interminables de Idaho. En Boise no se esconden las laberínticas circunvoluciones de ciudades antiguas bajo las calles, ni hay imperios ocultos bajo las malas hierbas. Solo casas tranquilas, rostros familiares.

Nuestro tren va cambiando de carril por el dédalo de vías encauzado hacia Termini. La lluvia sisea contra el techo. Se escabullen a nuestro lado unos últimos cientos de metros de graffiti. REX y SLIM y UP! UP! Shauna y yo nos echamos las mochilas al hombro, recorremos el pasillo y nos cogemos de la mano al volver a descender a la ciudad.

La noche del solsticio de verano unos hombres se pasean de punta a punta de ambas riberas del Tíber, encendiendo 2.758 lamparillas, una por cada año transcurrido desde la fundación de Roma. Si entorno los ojos alcanzo a ver río arriba desde el puente de Garibaldi en el Trastévere dos manchas arqueadas de luz, sus reflejos arrugados y posados sobre el agua, como esas fotografías de larga exposición de esquiadores descendiendo por pistas sin iluminar con antorchas en la mano.

Recorro la ciudad en la penumbra, con sueño pero incapaz de dormir, rodeando el Palatino, la primera de las siete colinas de Roma. Los esqueletos de palacios en ruinas se ven fantasmales contra el cielo. Asoma un campanario. Ocultas entre los montículos cubiertos de hierba allá arriba, las primeras cigarras ensayan sus cantos. Dentro de unas semanas serán atronadoras.

Aquí arriba, a altas horas de la noche, la ciudad parece espirar una larga bocanada de aliento: una voz lejana de algún balcón, tubos de escape, el

viento entre los árboles. Suspiros, aleteos, una estática serpenteante. Quizá, quizá —aunque no he oído ninguno en todo el año—, un ruiseñor en la azotea. El tiempo los devora a todos —Rómulo, Plinio el Viejo, John Keats, Juan Pablo II—, pero esta noche es como si perdurase una tenue estela suya, un tono, un matiz, la vasta acumulación de almas.

La ciudad lanza su aliento hacia el campo, ese aliento se esparce y el silencio intenta absorberlo. Allá arriba en el Janículo mis hijitos de un año respiran en sus camas, inspiran, espiran.

Desde la verja cerrada del Clivo di Venere Felice, con el Foro oscuro y tranquilo a mi espalda, la cuña del Coliseo que alcanzo a ver hacia delante está enmarañada de luces, un inmenso y solitario espectro, petrificado en el resplandor; un gallardete de hiedra oscila suavemente de aquí para allá. Incluso ahora, después de medianoche, los turistas —menudos y fatigados— siguen sus recorridos.

Insomnio: remo hacia el sueño; el sueño se aleja más allá del horizonte. Es como si me hubieran arrancado del cuello miles de minúsculos cables. Trabalenguas italianos me surcan los oídos describiendo espirales: *Pelè partì parà per il Perù, però perì per il purè*. Pelé partió de paracaidista al Perú, pero pereció hecho puré. *Pio Pietro Paolo Pula, pittore Palermitano, pinse pittura per poco prezzo*. Pio Pietro Paolo Pula, pintor palermitano, pinta pittura por poco precio.

Voy con los niños al puesto de verduras un sábado por la mañana, tengo el cerebro hecho miasma: *pesca* es melocotón, un *pesce* es un pescado. Melocotones, en plural, son *pesche*. *Pizza* es pizza pero un *pezzo* es un pedazo, un *pozzo* es un pozo, *pezze* son parches, y un *pazzo* es una pirado.

Puzza es hedor; Shauna le canturrea: *Puzza, puzza*, a Henry mientras le cambia el pañal.

Cuando estás muerto de calor, agotado y rodeado de italianos, la poesía que es su idioma puede convertirse fácilmente en un galimatías. *Buongiorno* se transforma en *wan journey* (tenue viaje); los precios se vuelven cancioncillas infantiles. Ciento ochenta y ocho es *centottantotto*. Quinientos cincuenta y cinco es *cento cinquanta cinque*. Un periodista de un periódico local me entrevista en el bar de la esquina y procuro contestar un par de preguntas en italiano, pero me trabo enseguida, perdido en el laberinto nada más dar dos pasos. Un relato de ficción, en italiano, es un *racconto*, que tiene una raíz en común con la palabra *account* (informe) en inglés. Pero con ese sentido, *account* se traduce como *narrazione*. *Storia* es historia. Una novela es un *romanzo* y una novela histórica, un *romanzo storico*. El relato extenso de ficción, como género literario, es *romanzo* o *racconto*.

En las ediciones holandesa, francesa y alemana de mi última novela figura la palabra *roman* bajo el título: novela. Pero en italiano, un *romano* es, naturalmente, una persona de Roma. Doy por supuesto que *novella*, en italiano, tiene que significar *novella* (novela breve) en inglés, pero también puede hacer referencia a la ficción en general o, para acabar de liar el asunto, relato breve. También significa «nuevo» o «novedad». Ay.

Intento decirle al entrevistador que acabo de terminar un relato breve y aspiro a resucitar el borrador de una novela histórica, pero él acaba explicándome la diferencia entre un *resoconto* y un *racconto*.

Pelé, le digo, partió de paracaidista al Perú, pero pereció hecho puré.

Debajo de la ciudad que es el idioma italiano hay inmensas ciudades subterráneas, italo-dálmata, toscano, latín, griego, y debajo de estas, catacumbas de osco, umbro y sabino, túneles sin luz que se abren hacia cavernas, fantasmas y huesos, criptas que se abren hacia túneles aún más

profundos y remotos, los ecos de las frases en lenguas tribales que nunca tuvieron un alfabeto en el que escribirse. Soñolientos túneles de escritura cuneiforme, acuíferos de jeroglíficos, canales finos como un filo que ascienden del kurgan al griego, del griego al latín, del latín al italiano: la historia del mundo está invisiblemente condensada en el interior de las palabras que nos decimos unos a otros, en cualquier idioma —*mother*, madre, *mater*, *mêtêr*—, los sonidos a los que Henry y Owen intentan adaptar ahora sus bocas.

El 1 de julio nos despertamos con truenos. Estallan sobre la ciudad dos, tres veces. Las ventanas retiemblan en los marcos. Nos asomamos a la puerta de la terraza y vemos cómo los relámpagos rasgan la oscuridad. Un minuto o así después, el flanco iluminado del Vittoriano se desvanece. Un instante después queda a oscuras el resto de la ciudad. Se va la electricidad, los relojes parpadean, los ventiladores dejan de girar. Los árboles en la acera de enfrente se han sumido en sombras, como si hubieran desplegado una gruesa alfombra sobre la ciudad.

Hay un crepitar lejano, como ruido parásito. Luego una pausa, una inhalación, el único sonido es un motor que se aleja, el último motor en funcionamiento sobre la faz de la tierra, quizá, y el aire sobre la calle pasa del negro al blanco.

Llueve con tanta fuerza que no atinamos a ver más allá de la barandilla de la terraza. El agua cae en cascada por las ventanas. Enseguida el viento empuja el agua alféizares adentro y Shauna va a coger toallas del cuarto de baño. Los niños se despiertan y hunden la frente en nuestros hombros, pero no lloran. «No es más que lluvia —les dice Shauna—. Solo es lluvia.»

Durante unos minutos los tenemos en brazos en la cocina. El edificio brama. El granizo azota la terraza.

Tan rápido como ha empezado, escampa. Los árboles gotean y humea la calle, surcos de granizo refulgen pálidamente en los arceles, y el Vittoriano surge de nuevo, reluciente allá abajo en la ciudad. Volvemos a dejar a nuestros hijos en las cunas. Los ventiladores empiezan a funcionar. Shauna cuelga las toallas mojadas en la barra de la cortina de la ducha. Pasa un *motorino* por la calle. En los resquicios entre las nubes arden estrellas.

Unos días después de la tormenta, llevamos a Henry y Owen al Panteón, y — por primera vez en ese espacio grande y atestado— los dejamos bajarse de la sillita. Zarandean la verja en torno a un andamiaje de renovación, deambulan por un bosque de piernas. Owen se agacha allí donde se dividen los colores en el suelo de mármol —el marfil deja paso al rojo, el rojo deja paso al gris—, da palmadas sobre la piedra y juega a pisotear círculos y cuadrados, se pone en pie y nos mira, sonriendo y brincando en sus pequeñas sandalias.

Los perseguimos. Estoy descubriendo que el amor por los hijos es una clase de amor que no tiene final, un sentimiento que se multiplica una y otra vez. Es inmensurable y casi con toda seguridad inagotable: por muchos hijos que tuvieras, hicieran lo que hiciesen tus hijos, ¿se te acabaría alguna vez ese amor?

Si Dios existe, su devoción por nosotros es así, como la que sentimos nosotros por nuestros hijos. Y tengo la sensación de que el Panteón alberga algo que la expresa, en la intersección de la estructura y el cielo, en la expresión simultánea de un edificio renovado y un edificio en ruinas, el modo en que el círculo de luz en la parte superior perdura cuando todo lo demás está oscuro.

A través del óculo, contra un agitado fondo de nubes, pasa volando una sola gaviota, blanca y diminuta, muy alto sobre la ciudad. Parpadeo; en el calor y el polvo entrelazados a mi alrededor veo las cabezas de creyentes que desaparecieron hace dos mil años, sus rostros vueltos hacia arriba. Hijos, hijas, madres, padres.

A mediodía en un mes de julio romano, el sol es minúsculo, una chincheta cegadora clavada en el azul, pero nos fríe cual hormigas sobre los adoquines. La ciudad se ha convertido en una serie de corredores sobrecalentados. Las chicas se quitan las medias y remojan las pantorrillas en las fuentes; monjes y monjas se pasean con sus gruesos hábitos como refugiados de otro siglo.

Hoy es otra festividad; no tengo energía suficiente para averiguar de cuál se trata. En los tenderos cuelgan hileras de prendas de ropa interior totalmente inmóviles; los comercios están cerrados. Piazza Garibaldi está bordeada de hombres sentados en coches aparcados leyendo el periódico. Los niños van empapados de sudor en la sillita, engullendo leche, con el pelo pegado al cráneo.

Dentro de unas semanas, para mediados de agosto, prácticamente todos los romanos habrán abandonado la ciudad para dejársela a los turistas, *ferragosto*, las tiendas estarán cerradas y las plazas se cocerán. Nosotros también nos habremos ido.

Cuando volvemos al apartamento saco las bolsas de lona vacías de debajo de la cama y las sacudo ante la ventana. Owen y Henry se meten en una y ríen. Salen despedidas motas de polvo a la deriva por el dormitorio.

«Dentro de poco nos iremos a casa», les dice Shauna, y Owen capta la palabra de algún modo y empieza a canturrear: «Casacasacasa», hasta que se convierte en un sonido que no se distingue de como pronuncia él «saca».

«Sa, sa, sa», canturrea Owen. «sa, sa, sa», canturrea Henry.

En el estudio Tom Andrews retiro las fotografías de los B-17 y las ciudades bombardeadas. Guardo las páginas de mi novela en carpetas de color salmón. La terminaré en Idaho, me digo, aunque es posible que esté mintiendo.

Paso el resto de la mañana leyendo el último volumen de la *Historia natural* de Plinio. «En el mundo entero —escribe—, allí donde alcanza la bóveda del cielo, Italia es la más hermosa de todas las tierras, dotada de todo lo que se alza con la corona de la naturaleza. Italia es soberana y segunda madre del mundo: con sus hombres y mujeres, sus generales y soldados, sus esclavos, su posición destacada en las artes, su abundancia de talento brillante, su ubicación geográfica y su clima saludable y templado, su accesibilidad para todos los demás pueblos, y sus costas con numerosos puertos y suaves vientos que soplan hacia ellas.»^[57]

Fuera en el jardín, el calor dora los senderos, las paredes. Los doseles de los pinos se sostienen sobre sus finos troncos, inmóviles, aturridos. Plinio se equivoca, creo yo. Todos los lugares tienen su propia belleza. En Detroit (Michigan), una vez me vi atrapado en una ventisca en la interestatal, el hielo se acumulaba sobre los limpiaparabrisas, las luces de freno delante de mí avanzaban muy lentamente. En un momento dado el viento amainó de súbito y dio la impresión de que la tormenta quedaba detenida un instante en el aire, decenas de miles de cristales individuales, un campo de diamantes suspendido sobre el parabrisas. Entonces empezó a soplar hacia arriba: una ventisca marcha atrás en cámara lenta. En Nairobi (Kenia), sobre un mercado tan abarrotado que parecía imposible, con los olores a arcilla, cuerpos y aguas residuales todo alrededor, vi a una mujer desplegar una bandera encima de un

puesto, el viento se la arrancó de las manos y se abrió, y aleteó delante del sol, la luz saturando la seda, antes de salir volando por encima de los tejados.

El mundo no es un desfile: la belleza es inmensurable como el amor. En geografía no se pueden establecer categorías.

La *Historia natural*, los pinos piñoneros, el Sant'Ivo de Borromini, la cuestión de los estorninos y la de la paternidad; mi interés en todo ello gira en torno a una pregunta: si nosotros en tanto que criaturas solo estamos en la tierra para prolongar la supervivencia de nuestra especie, si la naturaleza solo se preocupa por la reproducción, si se supone que debemos criar a nuestros hijos hasta que puedan procrear y luego marchitarnos y resignarnos a la muerte, entonces ¿por qué se molesta el mundo en ser tan pasmosa, compleja, arrebatadoramente hermoso? ¿Se trata de una mera variación genética? ¿La geología y el tiempo? ¿Contracciones químicas, impulsos eléctricos, plumas y llamadas en época de celo?

Plinio no puede responder. Devuelvo la *Historia natural* a la biblioteca de abajo. Limpio el estudio Tom Andrews y me llevo mis pertenencias por el patio, bajo las escaleras, paso junto a la fuente circular de la entrada en la grava. Un mirlo se posa en el borde de la fuente, a tres metros escasos de mí, da unos saltitos hacia delante y se pone a beber. Cierra un ojo bordeado de amarillo. Luego se esfuma.

Marco y su esposa, Lula, vienen a nuestra casa. Ella ya ha tenido los gemelos; ahora tienen tres meses y están pasando la tarde con la madre de ella en el Trastévere. Los cónyuges parecen agotados, tienen las mejillas grises, manchas de color violeta bajo los ojos. Se cogen de la mano, sonrían. Es como si Shauna y yo nos miráramos en un espejo y viéramos versiones anteriores de nosotros mismos.

Marco se maravilla de nuestra terraza; *Lula, la terrazza*, exclama, y ella y Shauna salen a reunirse con nosotros. Henry y Owen corretean de aquí para allá por su piscinita. Nos quedamos allí en el calor, tomamos Fanta y chapurreamos medio en inglés, medio en italiano: horarios de siestas, marcas de pañales, lactancia; somos soldados de ejércitos distintos librando guerras similares.

—Si puedes —dice Shauna—, que duerman siguiendo el mismo horario. *Insieme?* ¿Juntos? Si no, no tendrás tiempo para ti.

Lula asiente.

—Es duro —comenta Shauna, y ella y Lula cruzan una mirada.

Es curioso pensar que de repente los más experimentados somos nosotros, los que hace un año no teníamos ni idea de criar niños.

Antes de que se vayan Marco y Lula, cargamos de artículos usados su utilitario: bolsas de ropa de niño, sábanas de cuna, una mantita, un cubo de piezas grandes de LEGO. Se muestran agradecidos, pero no con la efusividad de los americanos; parecen darlo por sentado: ¿qué otra cosa íbamos a hacer con todo eso?

Unas horas después nos despedimos de Laura y su familia, que van a pasar el mes siguiente viajando en tren desde Roma hasta Laponia. *A presto*, le digo a Laura, aunque volverán de Finlandia a Massachusetts y no estoy seguro de que vuelva a verlos pronto.

Cinco días antes de marcharnos de Italia, vamos con los niños a pasar la noche a una pequeña población de Umbría llamada Spello. Nos montamos apretujados en el tren: dos bebés, la sillita, dos bolsas de lona, dos mochilas para llevar a los bebés, dos litros de leche, los envases tan blandos por efecto

de la humedad que, al servirla, tengo la sensación de que voy a atravesar el cartón con el pulgar.

Antes de que el tren haya salido siquiera de la estación Termini, Henry y Owen ya se han aburrido de los cierres de los cinturones de seguridad, de las persianas eléctricas de las ventanillas y de las tapas abatibles de los ceniceros. Se retuercen en nuestros brazos y nos pisotean las ingles con sus pequeñas sandalias. Todos los juguetes y libros que les enseñamos acaban de inmediato en el suelo. Para cuando cruzamos Tiburtina, diez minutos después de partir, están correteando por los pasillos, golpeándose la cabeza contra los apoyabrazos.

—¿Sabes cuando estás sentado en un avión —dice Shauna— y aparecen unas personas ojerosas por el pasillo con un bolso en una mano y un niño berreando en la otra, y lo único que puedes pensar es: «Por favor, que no se sienten a mi lado, por favor, que no se sienten a mi lado»?

—Sí.

—Ahora somos esas personas.

Spello está rebosante de geranios rojos y rosas. Llevamos a los niños por las calles en su carrito, comemos helados y los dejamos tambalearse por una zona de columpios polvorienta bajo el calor. Los vecinos del pueblo nos sonrían; el sol cruza a baja altura sobre los viñedos. Por la noche cenamos pizza y bajamos el termostato en la habitación del hotel a una temperatura que solo una conciencia norteamericana toleraría.

A las tres de la madrugada la luna llena mira como un ojo por la ventana. Owen llora en su cuna portátil. Echo las cortinas; le acaricio la espalda. Durante la media hora siguiente lo mezo en el cuarto de baño. La luna, incluso a través de las cortinas, es tan luminosa que cualquiera diría que posee su propio calor.

Ayer en Roma, mientras esperaba para utilizar la máquina de venta de

billetes, una mujer con barro en el pelo y tres manchas de mugre en la mejilla se acercó al hombre delante de mí en la cola. Él se negó a darle dinero, y ella maldecía y arrastraba los pies; vi como cedía en su interior un último ápice de autocontrol, igual que un cable oxidado, y entonces cerró los ojos, los abrió y golpeó al hombre en el esternón. Él se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Yo alargaba un brazo vacilante cuando la mujer le tiró la enorme botella de cerveza que llevaba. Sorprendentemente no se rompió. Rebotó contra sus piernas y resonó contra el suelo, y los tres nos quedamos viéndola rodar, girando un par de veces antes de quedar quieta con un par de tragos de cerveza aún dentro.

Hostilidad, fervor: por algo están rodeadas de murallas estas poblaciones de montaña. Aníbal y sus cartaginenses asesinaron legionarios en las colinas encima de Tuoro hace dos mil doscientos años, y luego estuvieron los güelfos, los lombardos, el ducado de Spoleto, los tiranos del Papa, todas las familias nobles huesudas y terriblemente crueles de principios de la época renacentista, y todos los forasteros que vagaban entre las ciudades sin nada que perder. Hay fotos de la Toscana y Umbría, sus girasoles y cipreses solitarios y sus pueblos de contraventanas pardas, colgadas en las oficinas de turismo de toda Italia, y lo que prometen es paz: jamón curado, sol, encanto, vinos y olivas, frescos y festivos. Pero el historial de violencia está en las piedras. Foligno, a cinco kilómetros de allí, fue bombardeado hasta quedar reducido a la nada hace sesenta años. Mignano, San Pietro, San Vittore: todos arrasados durante la guerra. Tampoco queda tan lejos Cassino, donde multitud de alemanes y americanos, neozelandeses y polacos (los abuelos de turistas que duermen en las habitaciones de alrededor) murieron en las rocas a los pies del antiguo monasterio.

¿Qué me ha enseñado Italia? A no contar con demasiado. En cualquier instante un trío de cazas pasará zumbando por encima del apartamento, un

pañal se desintegrará misteriosamente o un bebé se saltará las siestas. Los empleados del transporte público hacen huelga a voluntad. Aparece de la nada la lata de un mendigo. Cuentas con que hará sol, y llueve.

Si se mira con atención, lo pintoresco inevitablemente se agrieta y se vuelve más interesante. En nuestra pequeña habitación del hotel, estoy sentado en la tapa del retrete, con la cabeza de Owen en el hombro. A veces el cráneo le huele a arroz a medio cocer. En una ocasión, a hojas húmedas. Esta noche le huele como un lago frío y profundo en verano.

La población duerme; su corazoncito late contra el mío.

Tres días antes de irnos, Roma nos brinda una noche fresca. Duermo más profundamente que en cualquier otra ocasión desde que nacieron los niños. Sueño que estoy encaramado a un pino piñonero como el que hay delante del estudio Tom Andrews, solo que de algún modo yo soy el árbol: noto el viento en las agujas como sentiría el viento en el vello de los brazos. Cuando me vuelvo, el árbol se vuelve. Henry y Owen se acercan y se quedan bajo mi tronco, se abren los abrigos y brotan de ellos pajaritos blancos aleteando. Me inclino: ellos —los pájaros y los niños— se me suben. Contemplamos una interminable ciudad blanca con cúpulas doradas que relucen entre los templos, nubes atravesadas por haces de luz, flotillas de cisnes como puntos blancos en estanques de metal líquido.

A mediodía Shauna y yo estamos en el jardín comiendo sándwiches de mozzarella, tomate y vinagre. Los niños corretean bajo los árboles cercanos, cogen albaricoques caídos y de vez en cuando muerden alguno. Mantenemos toda una conversación seguida y nuestros hijos siguen bien: no necesitan nada, no necesitan que vayamos tras ellos, no requieren leche ni consuelo. Quizá es la primera vez que hemos podido hablar durante quince minutos,

mientras los niños están despiertos, sin tener que pagar a una canguro por ese privilegio.

Me sobreviene una ilimitada sensación de bienestar; surcan el cielo grandes nubes cremosas, las hojas aletean suavemente. Un año es una infinitud de percepciones: no solo las figuras de los estorninos, la muerte del Papa y ver a nuestros hijos aprender a caminar, sino el olor a carne asada en una calle, los ojos castaño oscuro de un mendigo en las escaleras de una iglesia, una sola semilla de diente de león posándose silenciosamente en el hábito de una monja que va en el tranvía. Este año se ha compuesto de un billón de momentos semejantes; inundan la memoria, se derraman por los márgenes de las entradas del diario. ¿Qué nos dicen los físicos? Incluso en un volumen finito, hay un número infinito de puntos.

Pero hoy, en la hierba fresca, la experiencia me parece íntegra, unificada y dulce. Es como si se le hubiera dado la vuelta lentamente a un prisma, y el mundo se hubiera ido alineando poco a poco. Los bordes de las nubes son aparentemente más nítidos en contraste con el azul de lo que nunca lo fueron en la historia del mundo.

Al amanecer, la mañana después de que nacieran Henry y Owen, salí del hospital y volví a casa en bicicleta por la nieve medio derretida, subí al porche, recogí el correo —que incluía el sobre que propiciaría nuestro viaje a Roma— y lo llevé dentro. Recuerdo que cuando crucé el umbral, me asombró ver que los objetos materiales de nuestra vida anterior seguían intactos: una revista boca abajo en el sofá, un jarrón con margaritas compradas en una floristería encima de la mesa, y fotos de nuestras sobrinas pegadas a la puerta del frigorífico. Todo estaba exactamente como lo habíamos dejado veintitantas horas antes. Durante la noche, mientras Owen lloraba en brazos de su madre y Henry estaba en cuidados intensivos, con enfermeras orbitando a su alrededor y aparatos emitiendo pitidos tras las

cortinas, había supuesto que todo habría cambiado, que nuestras vidas habrían quedado destruidas y nada volvería a ser nunca lo mismo. Pero allí estaban mis libros, el ordenador y los correos electrónicos esperando respuesta, la misma alfombra marrón en las escaleras, el cesto de la colada y los dos nuevos moisés, todavía en bolsas de plástico, aguardando a que llegaran a casa sus ocupantes.

Estaba nuestra antigua vida, en el apartamento, en la que teníamos tiempo de terminar la mayoría de las tareas que empezábamos, nos dábamos largas duchas y recordábamos regar las plantas. Y estaba nuestra nueva vida, en el hospital a kilómetro y medio de allí, en la que Shauna necesitaba morfina, dos bebés necesitaban comer cada tres horas las veinticuatro horas del día y un niño diminuto en una incubadora de plexiglás necesitaría que le llevaran leche materna, lo conectaran a un gota a gota y lo irradiaran con luz ultravioleta.

Recuerdo haber pensado: «Vamos a tener que apañárnoslas para combinar nuestra antigua vida con nuestra nueva vida».

Más de un año después aún tenemos días de cansancio apabullante, momentos en mitad de la noche en los que creo que estoy vertiendo leche en un biberón pero en realidad la estoy esparciendo por toda la encimera. Ayer pasé cinco minutos intentando recordar el código postal de mis padres.

Pero ahora hay mañanas, como esta, en las que me despierto y caigo en la cuenta de que he dormido toda la noche, y paseamos por los jardines como si fuéramos normales otra vez, como si por fin estuviéramos aprendiendo las sílabas de este idioma nuevo y extraño.

En un poema Tom Andrews le pedía al Señor: «Aflígeme con un Trastorno de Exceso de Atención para que pueda ver lo que tengo delante de los ojos».

[58] Intentaré recordar siempre los ojos de los romanos más ancianos al posarse sobre Henry y Owen en la sillita, ese lento reconocimiento, esa estela

de alegría. Más vivamente que nadie, quizá, percibían el poder transformador de la juventud. Se inclinaban apoyándose en el bastón. Querían acercarse.

En cierto sentido, este año nuestro dilema ha sido el mismo que el de Roma: reconciliar la nueva vida con la antigua, abrir un túnel de salida hacia el futuro.

Ojalá hubiera conocido a más italianos. Ojalá hubiéramos invitado a cenar a Maria, la mujer de la tienda de pasta que llama a Henry *Enrico*, lo saca de la sillita cada vez que entramos y lo lleva detrás del mostrador, a la que le encanta alquilar una caravana en verano e irse al norte, a Suiza, que es adorable pero se muestra también un tanto alicaída, no por causa de ninguna tragedia, que yo sepa, sino simplemente por el paso del tiempo, cuando se lleva dos dedos a los labios y me enseña una foto de su hijo, ahora de doce o trece años.

Ojalá hubiera pasado tres o cuatro días entre los pliegues de los montes Albanos que veo desde nuestra terraza, paseando por la nieve y bebiendo *colli albani* en diminutas granjas, comiendo caracoles y contemplando al otro lado del valle la bruma lejana de la ciudad. Ojalá hubiera partido una mañana de Umbría con una bolsa llena de sándwiches y una canoa alquilada, y navegado por el Tíber hasta Roma, me hubiera bajado de la canoa y caminado hasta casa. Ojalá hubiera pasado una noche en Maremma, en la costa oeste de Florencia, donde se supone que hay pinares al lado de la playa que se prolongan a lo largo de kilómetros.

Ojalá le hubiera pedido a un monje que nos dejara entrar en las catacumbas debajo de una de las iglesias en la via Appia solo con una vela, sin linternas, sin bombillas en el techo, y nos permitiera vagar por las antiguas canteras allá abajo en la oscuridad, la humedad fresca, las paredes suaves, con avenidas

subterráneas abriéndose aquí y allá, millares de tumbas pasando a un lado y otro, y en pequeños estantes de piedra viales de cristal con sangre de los mártires, y solo una llama vacilante para guiarnos.

Ojalá hubiera encontrado el modo de que el papa Juan Pablo II bendijera a Henry y Owen, sus caritas alzadas hacia él, sus viejos dedos enjorjados ligeramente trémulos, alargándose para rozarles la frente.

Dos días antes de marcharnos una familia que pasa por delante de la Academia me pregunta cómo llegar a la Fontanone. Hablan italiano pero tienen aspecto de turistas, están ligeramente perdidos, con los pies doloridos, apresurándose hacia ninguna parte. Del norte, quizá.

«Sígueme», les digo. Bajamos, doblamos a la izquierda: la valla de tela metálica, el fragoroso estanque azul. En la barandilla, delante de la fuente, se inclinan boquiabiertos hacia la vista. El padre hurga en una mochila y saca una cámara. Más abajo está el cuenco oscuro del Panteón, el globo turístico azul en la Villa Borghese, el Vittoriano, los apiñamientos de azoteas: la ciudad.

El agua borbotea detrás; Roma serpentea allá abajo; las nubes pasan por arriba.

«*Eccolo!* —dice la niña menor, y hace un ademán triunfal con la mano—. *Ecco Roma!*»

Aquí está Roma.

Tacy viene a trabajar por última vez. Aún no ha encontrado otro empleo. «Cuando llegué a Italia —dice—, busqué trabajo en hoteles. De recepcionista, conserje. Los anuncios decían que se requería dominar bien el

inglés. Pero cuando me hacían pasar a la oficina y me veían, ni siquiera querían oírme hablar. Decían: “No, buscamos aspirantes que tengan el inglés como idioma materno”.»

Tacy, tan dulce y bonita: de un tiempo a esta parte viene al apartamento con hojas de hiedra de color verde intenso, del tamaño de cuartillas de papel, y deja que los niños pasen los dedos por ellas.

Cuando llega la hora de que se vaya, lloramos los tres. Shauna le mete en el bolso dinero y una tarjeta de agradecimiento, como si de algún modo ese gesto nos eximiera de entender que su situación es mucho más apurada que la nuestra, como si unos cientos de dólares fueran a aliviar la carga de encontrar otro empleo bajo cuerda, de enviar dinero todas las semanas a Filipinas, con doce mil kilómetros entre ella y su hijo de catorce años, cuya cara no ha visto, cuyo cabello no ha olido, en casi tres años.

Le damos la manta de nuestra cama; le damos los platos que nos sobran. Me veo obligado a convencer a Shauna de que no le dé todo el saldo de nuestra cuenta de ahorro.

Espero bajo el calor ante el puesto del carnicero por última vez. Hay tres mujeres delante de mí en la cola. Una, la más entrada en años, se vuelve y se inclina sobre la silleta.

—*Sono gemellini?*

Sí, gemelitos.

—*Che belli* —dice, y descarga un torrente de italiano.

Alcanzo a seguir muy poco. Algo acerca del apartamento contiguo al suyo. Algo acerca de unos niños. Parece estar tendiendo varios hilos narrativos, sus dedos alimentan un telar invisible. Hay unas gemelas, hay un coche deportivo, hay una llamada de teléfono en Nochebuena.

Durante todo un minuto va elaborando su historia. Las palabras pasan rozándome. Oigo «flores»; oigo «barra de pan». Pero ahora se está inclinando hacia delante; me encuentro en el extremo comprometido de su dedo índice, kilómetros más allá del punto en el que podría haberle pedido que hablase más despacio.

Las mujeres delante de nosotros se van con sus compras. El carnicero deja de golpe un lomo de ternera en el tajo y dice: *Signora Cimatorini?* Sin aminorar el ritmo de su historia, vuelve el dedo índice hacia él, lo agita una vez y lo retira. El relato ha empezado a alcanzar su punto culminante, y detrás de los cristales curvos de sus gafas veo que ha empezado a llorar.

Se interrumpe abruptamente. Se muerde el labio, atrapada en un remolino de recuerdos.

—Tan bonitas —dice—. Esas niñas.

—¿En Navidad? —pruebo a preguntar.

Eso la hace asentir y llorar más fuerte. Le resbalan las lágrimas una tras otra por la mejilla. El carnicero vuelve a llamarla. Ella levanta la vista y parpadea, y le lleva unos instantes reaccionar antes de decirle que corte la carne más fina.

Los niños la observan tomando el biberón.

Santo Cielo, digo por fin, porque a veces hace sonreír a los italianos. Saca un pañuelo del bolso y se enjuga los ojos. ¿Debería abrazarla? No hago nada. Parpadeo. El carnicero le está diciendo que la ternera cuesta nueve euros, y ella deja un desbarajuste de monedas en el mostrador y escoge las que le adeuda.

Antes de irse, da un beso de despedida a cada niño.

Una última mañana. El cielo está tan azul que es casi negro, el sol vierte a

raudales su luz caliente por todas partes. Voy a trabajar al estudio Tom Andrews por última vez, Lorenzo me saluda con la mano desde su pequeña portería, con los tobillos cruzados, la mirada fija en la tele. La fuente del patio borbotea suavemente; el jazmín conserva unas pocas flores lánguidas.

El largo pasillo de arriba, el tramo recto de moqueta roja, las puertas blancas de los alojamientos de los becarios, una tras otra. La llave. La puerta. La ventana, la cama plegable arrugada, un lápiz roto encima de la mesa.

Abro mi diario. Miro el tronco del pino piñonero. En mi imaginación, en el recuerdo, paseo por el Trastévere, cruzo el río más allá de la isla Tiberina y subo por una rampa peatonal cubierta de malas hierbas que recibe el nombre de Clivo di Rocca Savella. Solo he subido por esa rampa una vez, pero mientras estoy sentado a mi mesa, tengo una imagen nítida de la misma: el verde que fluye sobre sus paredes, el ladrillo manchado por el agua, la luz que se refleja en las piedras. Está flanqueada de contrafuertes; los adoquines están cubiertos de musgo.

En lo alto, el monte Aventino se ve frondoso y tranquilo; las contraventanas de las casas pasan fugaces a mi lado. Doblo a la derecha; enseguida la calle va a morir a una piazza. En el lado noroeste, enfrente del consulado egipcio, una puerta verde impide el acceso a los jardines detrás del priorato de los Caballeros de Malta. La pintura está descascarillada, la cerradura de bronce tiene los bordes deslustrados, anclados con cuatro tornillos. Miro por el ojo de la cerradura.

Enmarcadas en el óvalo hay dos líneas paralelas de setos, entrelazadas por la parte superior. En medio hay una de las vistas más maravillosas del mundo. La mirada remonta el vuelo por encima del Circus Maximus, las laderas del Janículo, y recorre más de un kilómetro. Va a posarse justo en el centro sobre la cúpula de San Pedro. Desde aquí, a través de este ojo de cerradura, la inmensa iglesia que a Henry James le pareció «desde el primer

instante lo más inmenso concebible»[59] no es más que un juguete, una vaporosa casita de muñecas, sus pequeñas columnas en equilibrio sobre un campanario en primer término, la mitad inferior del templo oculta detrás de un bosque de pinos cual minúsculas flores.

Si pudiera introducir la llave y abrir la verja, sería capaz de arrancar San Pedro de su ubicación y posar la iglesia sobre la palma de mi mano.

Que esté enmarcada por setos es idóneo; enmarcan la basílica del mismo modo que el campo enmarca Roma, los montes Albanos a un lado, los Sabinos al otro, los campos, los bloques de apartamentos y las ruinas se extienden más allá de las murallas, el ámbar, el púrpura y el verde de las distancias, los azules del anochecer, el entramado de acueductos, viñedos y olivares que bordea Roma, la ciñe, la sepulta.

El reino y el tiempo, la arquitectura y las malas hierbas. Roma es inmensa; Roma es diminuta.

Entra por la ventana del estudio una brisa suspirante que agita las páginas del diario. Mi mirada regresa. Lo que da continuidad a la historia de Roma, desde los etruscos a Plinio, a Caravaggio, al papa Juan Pablo, a Henry y Owen, es la luz: la luz al amanecer, al ponerse el sol. La luz pasa de puntillas por encima de todo, revelándolo de nuevo, susurrando: «¡Aquí está! ¡Aquí está! *Ecco Roma!*». Brota a raudales del sol, surca el espacio, rodea Venus, tiene apenas ocho minutos de existencia, pero también es eterna, infinita: aquí llega la luz innombrable e intangible, atravesando ciento cuarenta mil millones de kilómetros de implacable vacío negro para estrellarse contra una muralla, una cornisa, una columna. Empapa, forma aristas, aporta textura. Da relieve a la ciudad.

La moneda entra por la ranura; la caja de iluminación se enciende.

Cuando comemos filete, nuestro cuerpo asimila las proteínas y nos convertimos parcialmente en vaca. Comemos una alcachofa y nos

convertimos parcialmente en alcachofa. Bebemos un vaso de zumo de naranja y nos convertimos parcialmente en naranjo. Todo acaba por corromperse a la larga; desde que damos el primer sorbo de leche, estamos corrompidos, el mundo es corrupción, el tiempo es corrupción, y estamos ansiando por siempre más.

Me pregunto si ocurre lo mismo con esta luz romana: si nos entra en los ojos la suficiente, si miramos algo el tiempo suficiente, quizá lo incorporamos. Igual pasa a formar parte de nosotros. Igual destella en nuestro interior, reflejándose infinitamente, saturándolo todo.

El óculo del Panteón, la cúpula de San Pedro, las copetudas columnas de los pinos piñoneros y el ojo de cerradura en la puerta verde ante los jardines del priorato de los Caballeros de Malta en el monte Aventino: todos son ojos de Dios. Miramos a través de ellos; miran a través de nosotros. Todo está concebido en torno a la luz.

Mañana volveremos a casa. Boise, al menos durante un tiempo, probablemente se nos hará sencillo después de esto: todas las direcciones en inglés, todos los carteles en la calle inteligibles, todas las verduras del supermercado cerosas y uniformes. Las tiendas estarán abiertas cuando digan que lo estarán los horarios colgados, y es posible que transcurran semanas sin que tenga necesidad de consultar un mapa. Cuando los niños enfermen sabremos adónde llevarlos y no tendremos que marcar dos docenas de números para hablar con uno de nuestros amigos.

Volver a casa, creo yo, será como despertar de un sueño largo y complicado, cuando te das cuenta de que te encuentras en tu cuarto y todo alrededor está como antes, pero ahora resulta ligeramente extraño, y tal vez ligeramente decepcionante también.

Roma ha visto ir y venir a tantos artistas, dejando sus diversas huellas en ellos, que yo apenas soy digno de mención, apenas una brizna de hierba. Es

Roma en sí, y la idea de Roma —como la Academia Americana— lo que perdura, más allá de cualquiera de los individuos que pasan por ella. La gente se entrega a ella durante un tiempo y luego las aspas giratorias de las estaciones los alejan. Roma es apersonal, casi incorpórea. Es lo que existe entre los edificios, bajo los jardines; obliga a sus visitantes a reconocer lo que hay oculto.

Fíjate en los escritores: Dante, Byron, Wharton, Calvino, D'Annunzio, Moravia, Pasolini. Goethe, que quebrantó aquí su celibato. Keats, que dejó aquí su cadáver. Hawthorne, que vio aquí a su fauno de mármol. Charles Dickens, Henry James, Bernard Malamud. San Agustín. Ovidio. Virgilio. Horacio. Cicerón. Plinio el Viejo. Ver una lista de los que han trabajado siquiera en este mismo estudio o en los estudios de este pasillo es leer los lomos de una estantería de peso: William Styron, John Ciardi, Harold Brodkey, Anne Sexton, Ralph Ellison, que supuestamente intentó cocinar manos de cerdo en la cocina de abajo. Tom Andrews, cuyos antebrazos sudaron sobre la madera de esta misma mesa. Eleanor Clark, esposa de Robert Penn Warren, que vino a Roma becada para escribir una segunda novela pero vio enseguida como la ciudad había abrumado esa obra. «Allí duró —diría más adelante— un par de semanas a lo sumo.»^[60]

Tantas palabras empleadas en un lugar, dedicadas a un lugar: ¿quién tendría la valentía de añadir aunque solo fuera una frase más a semejante montón?

No sé nada. Viví en Roma cuatro estaciones. Nunca logré trasponer el umbral entre los italianos y yo. No puedo afirmar haberme convertido, ni siquiera en el sentido más modesto, en romano. Y sin embargo no puedo reprimirme: un bolígrafo, un cuaderno, la necesidad de circunscribir la experiencia.

Roma, según dicen, non basta una vita. Una vida no es suficiente.

El Tíber serpentea bajo los puentes, otro Papa despierta y se pone el hábito, el calor estival asciende hacia el meridiano. Las estaciones hacen su circuito. La Tierra ya se está ladeando respecto al Sol; las noches refrescan. Dentro de poco los vencejos partirán hacia África, se caerán las hojas de los olmos y la nieve blanqueará las colinas.

En los restaurantes los chefs preparan *gnocchi* y *calamari*, *bruschetta* y *straccetti*. En el mercado las verduleras apilan los melocotones y arrancan las flores de los calabacines. Tenderos empujan sus carros de comestibles y ancianos apoyan el bastón en arroyuelos, monjes de cara blanca y casulla negra susurran por pasillos bordeados de columnas y hermosas mujeres caminan a paso firme sobre los adoquines con tacones de ocho centímetros. Turistas miran a través del óculo del Panteón. Cerca de la estación de ferrocarril, Tacy deambula por su apartamento, consciente de que hay muchas probabilidades de que no vuelva a ver a Henry y Owen en toda su vida.

Al atardecer, entre las copas de los árboles, retazos de la ciudad se muestran como fragmentos de sueños, y esta noche las calles devolverán el calor del sol hacia el cielo, tersos adoquinados y espejismos en las azoteas, la hiedra pendiente, el torbellino del tráfico, el girar de los ventiladores, las nubes errantes, todo y cualquier cosa, la ciudad del «siempre».

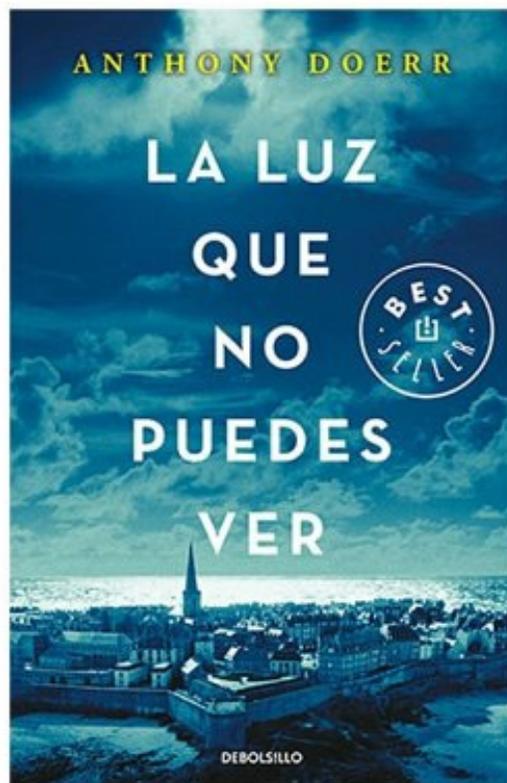
Cierro el cuaderno. Enfilo el pasillo camino a casa.

Agradecimientos

Gracias de todo corazón a John Hartmann por permitirnos incluir algunos de sus maravillosos bocetos; a Rosecrans Baldwin y *The Morning News* (www.themorningnews.org) por concebir, mejorar y publicar mis cartas de Roma; a Becky Kraemer de Melville House Publishing, que me convenció de que podía merecer la pena convertir mis cuadernos en un libro; a Laura Gratz-Piasecki y su familia; a Steve y Jennifer Heuser; a Cristiano Urbani; a Sarah Kuehl y Ben Trautman por su ayuda, su amistad y su mesa; a todos los creadores becados, en especial a Lisa Williams y George Stoll; a Azar Nafisi; a Lester Little y Lella Gandini, que presidieron la Academia con singular elegancia; a Tacy, por todo; a mis padres y hermanos; a Hal y Jacque Eastman; a la incomparable Dana Prescott; a Lorenzo, Norm, G. P. y Pina; a la Academia Americana de las Artes y las Letras y la Academia Americana de Roma por hacer a los escritores un obsequio semejante; a Oberlin College Press por permitirme citar unos versos de Tom Andrews; a Emily Forland y Emma Patterson; a Anna de Vries; a Clare Reihill por su cordialidad; a Nan Graham por su fe y su confianza constantes; a Wendy Weil por entender siempre; y finalmente, por supuesto, a Shauna, sin la que el mundo no es el mundo, y Roma no puede ser Roma.

Si cometí aquí equivocaciones, y estoy seguro de que las cometí, la culpa es solo mía.

También
por
Anthony Doerr



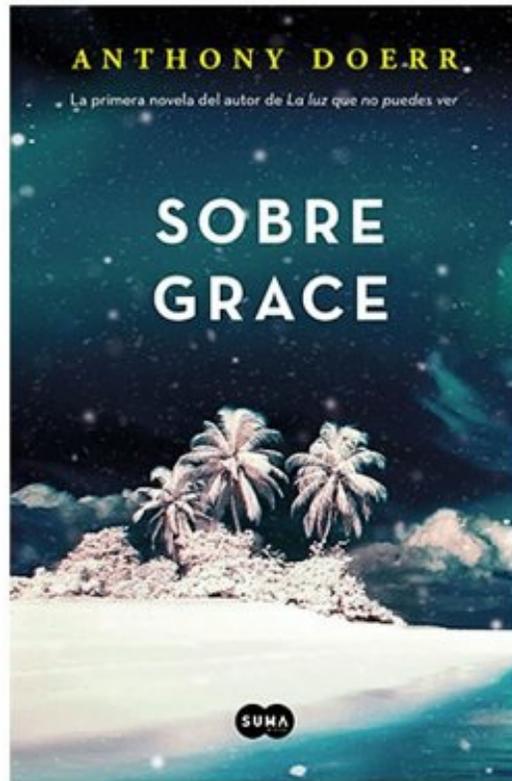
LA LUZ QUE NO PUEDES VER

UN CORAZÓN PURO PUEDE BRILLAR AUN EN LA NOCHE MÁS OSCURA. Y EN EL MÁS TERRIBLE DE LOS TIEMPOS. PREMIO PULITZER DE FICCIÓN 2015.

«Un libro maravilloso. Estilo impecable, personajes maravillosos y una vívida recreación de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué más se puede pedir?» KATE MORTON

«Inolvidablemente hermoso.» THE NEW YORK TIMES

«Magnífica.» THE GUARDIAN



SOBRE GRACE

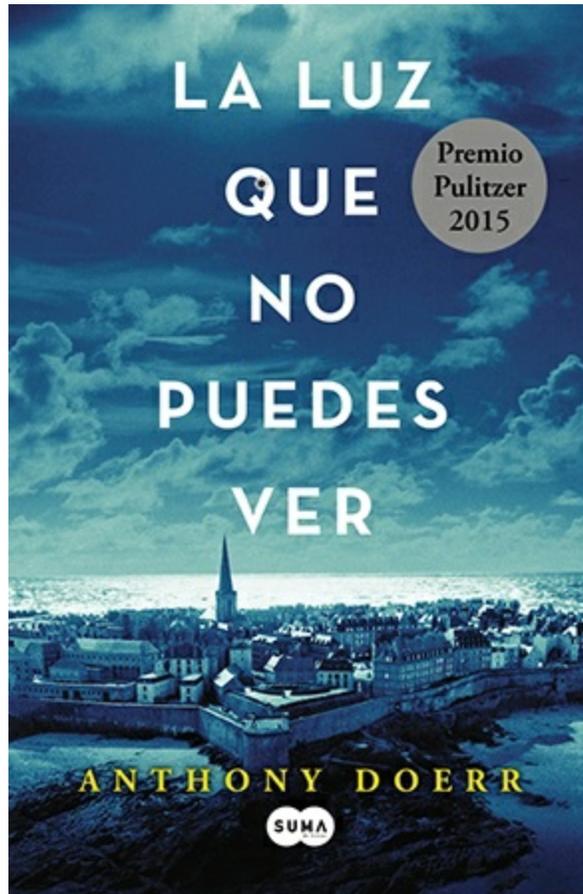
UNA INOLVIDABLE NOVELA SOBRE EL PODER DEL AMOR Y LA BELLEZA DE LA NATURALEZA, Y SOBRE LOS PEQUEÑOS MILAGROS QUE TRANSFORMAN NUESTRAS VIDAS.

«Decir que este libro es bonito, extraordinario o emotivo es como no decir nada. En comparación con la perfecta prosa de Doerr cualquier descripción de esta novela parece trivial. Tan solo compre Sobre Grace, llame al trabajo para decir que está enfermo, apague el móvil y compruebe usted mismo lo buena que puede llegar a ser la ficción actual.» THE GUARDIAN

«Una fantástica hazaña literaria. Casi perfecta.» THE INDEPENDENT

Premio Pulitzer de Ficción 2015.

Un corazón puro puede brillar aun en la noche más oscura. Y en el más terrible de los tiempos.



«*La luz que no puedes ver* es un clásico instantáneo, y, además, para todos los públicos. Quien no se deje arrastrar por su trama lo hará por la emoción, y habrá quien quede embobado, simplemente, ante el lirismo de la prosa de Doerr. Una experiencia memorable.»

Juan Manuel Freire, *El Dominical*

Comienza a leer⇒

A Wendy Weil

1940-2012

En agosto de 1944 la histórica ciudad amurallada de Saint-Malo, la joya más luminosa de la Costa Esmeralda de Bretaña (Francia), quedó casi completamente destruida por el bombardeo. [...] De los 865 edificios que había en el interior de las murallas solo quedaron en pie 182, todos dañados en algún punto.

PHILIP BECK

Para nosotros habría sido imposible tomar el poder o hacer uso de él de la forma en la que lo hicimos sin la radio.

JOSEPH GOEBBELS

CERO

7 DE AGOSTO DE 1944

OCTAVILLAS

Caen del cielo como una lluvia al anochecer, sobrevuelan la muralla, hacen piruetas sobre los tejados, revolotean sobre los barrancos y entre las casas. Calles enteras se mecen al ritmo de los destellos blancos sobre los adoquines. «Mensaje urgente para los habitantes de la ciudad —dicen las octavillas—. Salgan de inmediato a campo abierto».

Sube la marea. En lo alto cuelga una luna pequeña, amarilla, creciente. Hacia el este, sobre los tejados de los hoteles que hay frente al mar y en sus jardines traseros, seis unidades de la artillería pesada norteamericana cargan proyectiles incendiarios en la boca de los morteros.

BOMBARDEROS

Cruzan el Canal a medianoche. Son doce y tienen nombres de canciones: Stardust, Stormy Weather, In the Mood o Pistol-Packin'Mama. El mar se extiende muy por debajo, salpicado por los innumerables galones plateados de las olas. Los pilotos divisan en el horizonte los peñones de las islas iluminadas por la luna.

Francia.

Los intercomunicadores hacen interferencias. Deliberada y casi perezosamente los bombarderos pierden altura. Desde las bases de control antiaéreo se alzan las tenues columnas de luz roja a lo largo de toda la costa. Se vislumbran oscuros barcos en ruinas, acribillados o destruidos, uno con la proa arrancada, otro oscilando mientras arde. En una isla lejana, ovejas aterrorizadas corren zigzagueando entre las rocas.

En el interior de cada uno de los aviones, un soldado apunta a través de la mira y cuenta hasta veinte. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Para los soldados, esa ciudad amurallada situada sobre un promontorio de piedra que se acerca cada vez más parece un grano descomunal, algo oscuro y peligroso, un último absceso que tiene que ser arrancado de raíz.

LA CHICA

En una esquina de la ciudad, en el sexto y último piso de una casa alta y estrecha en el número 4 de la rue Vauborel, una ciega de dieciséis años llamada Marie-Laure LeBlanc se arrodilla sobre una mesa baja completamente cubierta por una maqueta. La maqueta sobre la que se arrodilla es una miniatura de la ciudad y contiene una réplica a escala de los cientos de casas, tiendas y hoteles que hay en el interior de la muralla. Ahí está la catedral, con su capitel perforado, el enorme y antiguo Château de Saint-Malo, y filas y más filas de mansiones con vistas al mar, todas adornadas con sus chimeneas. Un fino muelle de madera se extiende en forma de arco desde la Plage du Môle. Una delicada galería reticulada cubre como una bóveda el mercado de marisco. Unos bancos minúsculos, el más pequeño del tamaño de una semilla de manzana, salpican las diminutas plazas.

Marie-Laure desliza las puntas de los dedos por los parapetos de apenas tres centímetros de ancho que coronan la muralla, dibujando la figura de una estrella desigual alrededor de la maqueta. Encuentra las hendiduras a través de las cuales los cuatro cañones apuntan hacia el mar desde la cima de la muralla.

—Bastion de la Hollande —susurra, y sus dedos bajan caminando una pequeña escalera—, rue des Cordiers, rue Jacques Cartier.

En la esquina de la habitación hay dos cubos galvanizados llenos de agua hasta el borde. «Llénalos siempre que puedas», le recomendó su tío abuelo. También la bañera del tercer piso está llena. «Quién sabe cuándo nos vamos a quedar sin agua otra vez».

Sus dedos regresan al capitel de la catedral. Hacia el sur, hasta la Puerta de Dinan. Se ha pasado toda la noche recorriendo la maqueta con los dedos mientras espera a su tío abuelo Etienne, el dueño de la casa, que salió la noche anterior mientras ella dormía y aún no ha regresado. Ahora es de noche de nuevo, el reloj ha dado una vuelta completa, la calle está en silencio y ella no puede dormir.

Escucha los bombarderos a menos de cinco kilómetros de distancia. La estática crece. Se parece al zumbido dentro de una caracola.

Cuando abre la ventana el ruido de los aviones aumenta. De no ser por eso la calle estaría terriblemente muda: no se escuchan motores, voces, ni un solo rumor, ninguna sirena, ningún paso sobre los adoquines, ni siquiera las gaviotas. Apenas se percibe el sonido de la marea, seis plantas más abajo y a una manzana de distancia, golpeando contra la base de la muralla de la ciudad.

Y algo más.

Algo que se agita suavemente, muy cerca. Abre con facilidad el postigo de la izquierda y desliza los dedos sobre los listones de la derecha hacia arriba. Hay un trozo de papel atascado allí.

Se lo acerca a la nariz. Huele a tinta fresca, tal vez un poco a gasolina. El papel todavía cruje, no lleva demasiado tiempo en el exterior.

Marie-Laure está en calcetines y duda frente a la ventana; a su espalda se encuentra la habitación, el armario decorado con conchas y el zócalo con guijarros. Su bastón está apoyado en una esquina. Una enorme novela en

braille la espera boca abajo sobre la cama. El zumbido de los aviones se oye cada vez más cerca.

EL CHICO

Cinco calles hacia el norte, un soldado alemán de dieciocho años y pelo blanco llamado Werner Pfennig se despierta con el débil tarareo de un staccato, poco más que un ronroneo. Las moscas golpean el cristal de una ventana a lo lejos.

¿Dónde se encuentra? Siente el perfume dulce y ligeramente químico del aceite para las armas mezclado con el de la madera sin barnizar de las cajas de proyectiles y el de naftalina del viejo cobertor: está en el hotel. L'hôtel des Abeilles: el hotel de Las Abejas.

Todavía es de noche. Aún es temprano.

Desde el mar llegan pitidos y explosiones. El ataque antiaéreo es cada vez más fuerte. Un cabo atraviesa a toda prisa el corredor hacia la escalera.

—¡Ve al sótano! —grita por encima del hombro y Werner enciende su linterna, enrolla su manta, la guarda en el saco y comienza a atravesar el pasillo.

Hace no mucho tiempo el hotel de Las Abejas era un sitio alegre, tenía persianas color azul claro en la fachada, se ofrecían ostras sobre hielo en el café y los camareros bretones limpiaban las copas tras la barra vestidos con traje y pajarita. Tenía veintiún habitaciones de huéspedes, imponentes vistas al mar y en el vestíbulo una chimenea del tamaño de una furgoneta. Los parisinos que iban a pasar los fines de semana solían tomar sus aperitivos allí,

y, antes que ellos, algún que otro embajador de la República —o ministros, viceministros, clérigos y almirantes—, y, antes que ellos, ladrones de piel curtida por el viento: asesinos, saqueadores, rateros y marinos.

Pero antes de eso, antes incluso de que fuera un hotel, hace cinco siglos, fue la casa de un acaudalado corsario que decidió abandonar el saqueo de barcos para estudiar a las abejas que vivían en los pastos a las afueras de Saint-Malo; allí fue donde se dedicó a garabatear cuadernos de notas y a comer miel directamente del panal. Los escudos de los dinteles de las puertas aún conservan abejorros tallados en madera de roble, la fuente cubierta por la hiedra en el patio tiene la forma de una colmena. Los favoritos de Werner son los cinco descoloridos frescos que hay en el techo de las habitaciones más lujosas y en los que abejas del tamaño de niños pequeños flotan sobre un telón de fondo azul; zánganos enormes y perezosos y abejas obreras de alas diáfanas. Sobre una bañera hexagonal, una reina solitaria de casi tres metros se curva a lo largo del techo con ojos múltiples y abdomen dorado.

Durante las últimas cuatro semanas el hotel se ha ido transformando en algo distinto: una fortaleza. Un destacamento antiaéreo austriaco ha tapiado todas las ventanas y volcado todas las camas, la entrada ha sido reforzada y han cubierto las escaleras con cajas de balas de artillería. El cuarto piso del hotel, cuyas habitaciones dan al jardín con balcones franceses abiertos directamente a la muralla, se ha convertido en el hogar de un envejecido cañón antiaéreo de alta velocidad llamado «88», con capacidad para disparar proyectiles de diez kilos a una distancia de casi quince kilómetros.

Los austriacos lo llaman «Su Majestad» y durante la última semana lo han atendido de la misma forma en que las abejas obreras atienden a su reina. Lo han alimentado con aceites, lo han repintado y han lubricado las ruedas, hasta han puesto bolsas de arena a sus pies como si se tratara de ofrendas.

El acht acht real, un rey exterminador destinado a protegerlos.

Werner está en la escalera, a medio camino hacia la planta baja, cuando el 88 dispara dos veces en sucesiones rápidas. Es la primera vez que escucha el cañón tan de cerca y suena como si alguien hubiese arrancado de cuajo la parte superior del hotel. Se tropieza y se cubre las orejas con los brazos. Las paredes retumban hasta lo más profundo, hasta los cimientos, pero luego se recuperan.

Werner escucha a los austriacos dos plantas más arriba precipitándose a cargarlo de nuevo y a continuación el chillido de los dos proyectiles alejándose a toda velocidad hacia el océano, a tres o cuatro kilómetros de distancia. Se da cuenta de que uno de los soldados está cantando. O tal vez no sea solo uno. Tal vez estén cantando todos. Ocho hombres de la Luftwaffe, ninguno de los cuales va a seguir con vida dentro de una hora, cantando una canción de amor a su reina.

Werner camina tras el rayo de su linterna a través del vestíbulo. Disparan el gran cañón por tercera vez, se rompen los cristales en alguna habitación cercana, un torrente de hollín baja por la chimenea y las paredes del hotel resuenan como las de una campana. Werner teme que el sonido le arranque los dientes de las encías.

Empuja la puerta del sótano para abrirla y se detiene un instante, no consigue ver con claridad.

—¿Está sucediendo de verdad? —pregunta—. ¿En serio han llegado?

Pero ¿quién está ahí para contestarle?

SAINT-MALO

A lo largo de las calles los últimos habitantes de la ciudad que no han sido evacuados se despiertan, gimen, suspiran. Las solteronas, las prostitutas, los hombres mayores de sesenta años, los que han dejado las cosas para el último momento, los colaboracionistas, los desconfiados, los borrachos, las religiosas de todas las órdenes, los pobres, los tenaces, los ciegos.

Algunos se apresuran hacia los refugios antiaéreos, otros se dicen que es solo un simulacro y otros se detienen para coger una manta, un libro de oraciones o una baraja de cartas.

Han pasado dos meses desde el Día D. Cherburgo ha sido liberada, igual que Caen y Rennes. Media Francia occidental ya es libre. En el este, los soviéticos han vuelto a tomar Minsk. En Varsovia, el Ejército Territorial polaco se ha levantado en armas. Algunos periódicos se han atrevido a insinuar que la marea ha cambiado.

Pero aquí no. Nada ha cambiado en la última ciudadela al borde del continente, el último bastión del ejército alemán en la costa bretona.

Se dice que aquí los alemanes han reabierto los dos kilómetros de túneles subterráneos que hay bajo la muralla medieval. Han construido nuevos fuertes, nuevos conductos, nuevas rutas de escape, un complejo laberinto subterráneo. Bajo el fuerte peninsular de La Cité, cruzando el río desde la ciudad vieja, hay una enfermería, almacenes de munición e incluso un

hospital subterráneo, eso es al menos lo que dicen. Tienen aire acondicionado, un tanque de agua con capacidad para doscientos mil litros y línea directa con Berlín. Hay trampas lanzallamas escondidas, una red de fortines con periscopios y han almacenado suficiente artillería como para regar de municiones el mar veinticuatro horas al día durante un año entero.

Aquí, se comenta, hay mil alemanes dispuestos a morir. O cinco mil. Tal vez más.

Saint-Malo: el agua rodea la ciudad por los cuatro costados. Su vínculo con el resto de Francia es frágil: una calzada, un puente, un promontorio de arena. «Antes que ninguna otra cosa somos malouines», dice la gente de Saint-Malo. «Luego bretones, y, si no queda más remedio, franceses».

Bajo la luz de la tormenta, el suelo de granito tiene un brillo azulado. Con las mareas más altas el mar llega hasta los sótanos del propio centro de la ciudad, y, con las mareas más bajas, los restos llenos de crustáceos de miles de naufragios salen a flote sobre la superficie del mar.

Un promontorio que ha conocido el asedio durante tres mil años.

Pero ninguno como este.

Una abuela alza a un quejumbroso niño de dos años y lo apoya contra su pecho, mientras un borracho que orina en una callejuela de Saint-Servan a un kilómetro y medio de distancia lee un trozo de papel que ha quedado entre los setos. «Mensaje urgente para los habitantes de la ciudad —dice—. Salgan de inmediato a campo abierto».

El ataque antiaéreo destella entre las islas más alejadas, los enormes cañones alemanes en el interior de la ciudad vieja descargan otra ronda de ruidosos proyectiles en dirección hacia el mar y trescientos ochenta franceses prisioneros en el fuerte de una isla a la que llaman Nacional, a cuatrocientos metros de la playa, se apiñan en un patio iluminado por la luna para mirar hacia el cielo.

Tras cuatro años de ocupación, el rugido de los bombarderos que se aproximan es el sonido ¿de qué? ¿De la liberación? ¿De la extirpación?

El tamborileo de los disparos de las armas de mano. El áspero sonido del fuego antiaéreo. Una docena de palomas se posan sobre el capitel de la catedral y luego caen como una catarata que se extiende y rueda sobre el mar.

EL NÚMERO 4 DE LA RUE VAUBOREL

Marie-Laure LeBlanc está sola, de pie en su habitación, oliendo una octavilla que no puede leer. El lamento de las sirenas. Cierra los postigos y vuelve a cerrar las ventanas. A cada segundo que pasa, los aviones están un poco más cerca. Cada segundo es un segundo perdido. Debería estar bajando las escaleras a toda prisa. Debería estar metiéndose por la trampilla que hay en la esquina de la cocina y que lleva a un sótano polvoriento, lleno de alfombras comidas por las ratas y cajas que no se abren desde hace años.

Regresa a la mesa que está al pie de la cama y se arrodilla junto a la maqueta de la ciudad.

De nuevo sus dedos encuentran la muralla, el Bastion de la Hollande y la pequeña escalera que baja. En esa ventana, justo allí pero en la ciudad real, una mujer sacude las alfombras todos los sábados. Desde esta otra ventana, justo aquí, en una ocasión un niño le gritó: «¡Mira por dónde andas! ¿Estás ciega o qué te pasa?».

En las casas tiemblan los cristales de las ventanas. Los cañones antiaéreos disparan una nueva descarga, la Tierra rota un poco más rápido.

Bajo la punta de sus yemas, la rue d'Estrées en miniatura se cruza con la rue Vauborel en miniatura. Sus dedos doblan a la derecha, leen por encima las entradas de las casas. Una, dos, tres. Cuatro. ¿Cuántas veces las ha recorrido?

El número 4: un nido alto y descuidado propiedad de su tío abuelo Etienne. Allí ha vivido los últimos cuatro años y allí está arrodillada ahora, sola en el sexto piso, mientras una docena de bombarderos norteamericanos se acercan rugiendo.

Presiona la pequeñísima puerta hacia el interior, un resorte salta y la minúscula casa se eleva y se suelta de la maqueta. En su mano tiene casi el mismo tamaño que una de las cajetillas de tabaco de su padre.

Los bombarderos están tan cerca que el suelo comienza a estremecerse bajo sus pies. Afuera, en el pasillo, suenan los colgantes de la araña de cristal suspendida sobre la escalera. Marie-Laure gira noventa grados la chimenea de la casa en miniatura, luego levanta tres paneles de madera que decoran el techo y da media vuelta a la casa.

Sobre la palma de su mano cae una piedra.

Está fría. Es del tamaño de un huevo de paloma. Tiene la forma de una gota.

Marie-Laure aprieta la casa en miniatura en una mano y la piedra en la otra. La habitación parece endeble, frágil, como si unos dedos gigantes fueran a atravesar las paredes en cualquier momento.

—¿Papá? —susurra.

EL SÓTANO

Bajo el vestíbulo del hotel de Las Abejas, el antiguo sótano de un corsario se abre paso entre los cimientos. Tras las cajas, los armarios y los tableros para colgar herramientas se ven las paredes de granito. El techo se mantiene firme gracias a tres enormes vigas de madera hechas a mano, arrastradas hasta aquí desde algún viejo bosque bretón y levantadas varios siglos antes por caballos.

Una única bombilla proyecta sombras temblorosas por toda la habitación.

Werner Pfennig se sienta en una silla plegable frente a una mesa de trabajo, comprueba la batería y se pone los auriculares. La radio es un transceptor bidireccional de acero con una antena de 1,6 metros de banda que le permite comunicarse con un transceptor similar que se encuentra en la planta superior, otros dos equipos antiaéreos dentro de las murallas de la ciudad y con el comando de la guarnición subterránea al otro lado de la desembocadura del río.

El transceptor zumba mientras comienza a calentarse. A través de los auriculares escucha a un observador que lee coordenadas y a un soldado de la artillería que las repite. Werner se frota los ojos. A sus espaldas, hay diferentes tesoros confiscados y apiñados hasta el techo: tapices enrollados, relojes de pie, armarios y grandes cuadros de paisajes cuarteados y con

grietas. En una repisa frente a Werner descansan ocho o nueve bustos de yeso cuyo origen no consigue determinar.

El gigantesco sargento del estado mayor Frank Volkheimer baja por la estrecha escalera de madera y agacha la cabeza para evitar golpearse con una de las vigas. Sonríe a Werner con amabilidad, se sienta en un sillón de respaldo alto tapizado en seda dorada y apoya el fusil en los muslos, donde apenas parece una batuta.

Werner pregunta:

—¿Ha comenzado?

Volkheimer asiente. Apaga su linterna y parpadea con unas pestañas que en la penumbra parecen de una delicadeza extraña.

—¿Cuánto va a durar?

—No mucho. Aquí abajo estamos a salvo.

Por último llega el ingeniero Bernd. Es un hombre pequeño, de pelo castaño y desaliñado. Tras pasar cierra la puerta del sótano, echa el pestillo y se sienta a mitad de la escalera de madera con gesto sombrío; es difícil saber si se trata de miedo o determinación.

Al cerrar la puerta, el ruido de las sirenas se suaviza. Por encima de sus cabezas titila la bombilla del techo.

«Agua», piensa Werner. «Se me ha olvidado el agua».

Se oye un segundo ataque antiaéreo desde algún rincón distante de la ciudad y luego le vuelve a tocar el turno al 88 de arriba, estentóreo, mortal. Werner escucha el sonido del proyectil abriéndose camino en el cielo. Del techo se desprende una cascada de polvo. A pesar de los auriculares Werner oye cantar a los austriacos.

... auf d'Wulda, auf d'Wulda, da scheint d'Sunn a so gulda...

Volkheimer se rasca distraído una mancha en los pantalones. Bernd expulsa el aire de sus pulmones entre las manos ahuecadas. El transceptor

cruje mientras transmite la velocidad del viento, la presión del aire, los recorridos. Werner piensa en su casa; en frau Elena inclinada sobre sus pequeños zapatos, haciendo nudos dobles en cada cordón; en las estrellas girando al otro lado de la buhardilla; en su hermana menor, Jutta, con el edredón sobre los hombros y el auricular de una radio apretado contra la oreja izquierda.

Cuatro pisos más arriba los austriacos introducen otro proyectil en la recámara humeante del 88, controlan el travesaño y se cubren los oídos cuando el cañón descarga, pero abajo Werner escucha solo las voces de la radio de su infancia. «La Diosa de la Historia miró abajo, hacia la Tierra. Solo a través de los fuegos más poderosos se puede alcanzar la purificación». Ve un campo de girasoles agonizantes, una bandada de mirlos alzándose desde un árbol como un estallido.

LAS BOMBAS SE ALEJAN

Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. Ahora el mar se eleva en las miras, ahora se ven las azoteas. Dos aviones menores bordean el corredor con humo, el bombardero principal arroja su carga y otros once siguen su ejemplo. Las bombas caen en diagonal; los aviones suben y se despliegan.

El fondo del cielo se oscurece y el tío abuelo de Marie-Laure, encerrado junto a otros cientos de personas en el Fuerte Nacional que se encuentra a medio kilómetro de la playa, entorna los ojos hacia arriba y piensa: «Langostas». En su memoria un proverbio del Antiguo Testamento se desprende de la telaraña de las clases de la parroquia: «Las langostas no tienen rey, pero todas salen agrupadas en rangos».

Una horda endemoniada, una lluvia de sacos de judías, cien rosarios rotos en el aire. Hay miles de metáforas pero todas resultan inadecuadas: cuarenta bombas por avión, cuatrocientas ochenta bombas en total, treinta mil kilos de explosivos.

Una avalancha desciende sobre la ciudad. Un huracán. Las tazas caen de las estanterías, los cuadros se sueltan de los clavos. Un cuarto de segundo después, se dejan de oír las sirenas, todo se vuelve inaudible. El rugido se vuelve tan fuerte que parece capaz de separar las membranas del tímpano en el oído medio.

Los cañones antiaéreos disparan sus últimos proyectiles. Doce

bombarderos se repliegan y regresan a salvo en la noche azul.

En el sexto piso del número 4 de la rue Vauborel, Marie-Laure gatea hasta esconderse bajo la cama y aprieta la piedra y la casa en miniatura contra su pecho.

En el sótano que hay debajo del hotel de Las Abejas, la única bombilla en el techo parpadea hasta apagarse.

UNO

1934

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

Marie-Laure LeBlanc está en París; es una niña alta y pecosa de seis años cuya vista se deteriora rápidamente. Su padre la envía a hacer una visita para niños en el museo en el que trabaja. El guía es un antiguo celador jorobado apenas más alto que los niños. Da un par de golpecitos con la punta del bastón en el suelo para llamar la atención y a continuación guía a sus doce acompañantes a través del jardín hacia las galerías.

Los niños observan cómo los ingenieros manipulan unas poleas para levantar el fémur fosilizado de un dinosaurio; ven una jirafa embalsamada tras una vitrina a la que le falta piel en algunas zonas del lomo; husmean en el interior de los cajones de los taxidermistas, llenos de plumas, garras y ojos de vidrio, y pasean entre las hojas de doscientos años de antigüedad de un herbario adornado con orquídeas, margaritas y especias.

Finalmente suben los dieciséis escalones hasta la galería de Mineralogía. El guía les muestra piedras ágatas de Brasil, amatistas violetas y un meteorito sobre un pedestal que, según él, es tan antiguo como el sistema solar. Luego les hace bajar en fila india por dos tortuosas escaleras y a través de varios corredores hasta que se detiene frente a una puerta de hierro con una única cerradura y les dice:

—Fin del recorrido.

Una niña pregunta:

—¿Qué hay al otro lado de esa puerta?

—Detrás de esta puerta hay otra puerta, un poco más pequeña, cerrada.

—¿Y qué hay detrás de esa?

—Una tercera puerta, todavía más pequeña, cerrada.

—¿Y detrás de esa?

—Una cuarta puerta y luego una quinta y así hasta llegar a la decimotercera, una puerta cerrada que apenas tiene el tamaño de un zapato.

La niña se inclina hacia delante.

—¿Y detrás?

—Detrás de la decimotercera puerta —asegura el guía alzando una de sus manos increíblemente arrugadas— está el Mar de Llamas.

Desconcierto. Movimientos nerviosos. Inquietud.

—Venga, ¿nunca habéis oído hablar del Mar de Llamas?

Los niños niegan con la cabeza. Marie-Laure echa un vistazo con los ojos entrecerrados a las bombillas desnudas que cuelgan del techo a intervalos de casi tres metros. Cada una de ellas proyecta un halo con los colores del arcoíris girando en su campo de visión.

El guía cuelga el bastón de su propia muñeca y se frota las manos.

—Es una larga historia. ¿Os apetece escuchar una larga historia?

Los niños asienten. Él se aclara la garganta.

—Hace varios siglos, en donde hoy se encuentra el país al que llamamos Borneo, un príncipe se encontró una piedra azul en el lecho seco de un río y la cogió porque le pareció muy bonita. Cuando regresó a su castillo, el príncipe fue atacado por unos hombres a caballo que le dieron una puñalada en el corazón.

—¿Una puñalada en el corazón?

—¿Eso pasó de verdad?

—Callaos —dice otro de los niños.

—Los ladrones le robaron los anillos, el caballo, todo, pero no encontraron la piedra azul porque la llevaba apretada en el puño. El príncipe moribundo se las arregló para llegar arrastrándose hasta el castillo y allí se quedó inconsciente, estuvo así diez días. Al décimo día, para sorpresa de las enfermeras que le cuidaban, se sentó, abrió las manos y vio la piedra.

»Los médicos del sultán dijeron que se trataba de un milagro, que el príncipe jamás habría podido sobrevivir de manera natural a un ataque tan violento. Las enfermeras dijeron que la piedra debía de tener poderes curativos y los joyeros del sultán dijeron algo más: que esa piedra azul era el diamante en bruto más grande que se había visto jamás. El mejor tallador del reino pasó ochenta días facetándolo y, cuando terminó, la piedra tenía un brillo azul, como el azul de los mares tropicales, pero también un toque rojo en el centro, como una pequeña llama en el corazón de una gota de agua. El sultán ordenó que encastraran la piedra en una corona para el príncipe. Se decía que cada vez que el príncipe se sentaba en el trono y la luz del sol le daba justo en la piedra, el resplandor que proyectaba era tan cegador que los visitantes no podían distinguir su figura dentro de la luz.

—¿Eso pasó de verdad? —pregunta una niña.

—Cállate —le contesta un niño.

—La piedra se hizo famosa bajo el nombre de Mar de Llamas. Algunos pensaban que el príncipe era un dios, que mientras tuviera la piedra jamás podrían matarlo, pero algo extraño comenzó a suceder: cuanto más usaba el príncipe la corona, peor era su suerte. En un mes perdió a sus dos hermanos: a uno ahogado y a otro por el ataque de una serpiente. A los seis meses murió su padre de una enfermedad y, para empeorar la situación, los exploradores

del sultán anunciaron que en el este se estaba congregando un ejército enorme.

»El príncipe reunió a los consejeros de su padre. Todos le dijeron que debía prepararse para la guerra excepto uno, un sacerdote que le aseguró que había tenido un sueño. En el sueño la diosa de la Tierra le decía que había creado el Mar de Llamas como un regalo para su amante, el dios del Mar. Le había enviado la joya a través del río, pero el río de pronto se había secado y, cuando el príncipe cogió la piedra del lecho, la diosa se enfureció. Maldijo a la piedra y a cualquiera que la poseyera.

Todos los niños se inclinan hacia delante, también Marie-Laure.

—Y la maldición era la siguiente: quien tuviera la piedra viviría para siempre pero caerían todo tipo de desgracias sobre las personas a las que amara, una tras otra, como en una lluvia incesante.

—¿Y él viviría para siempre?

—Así es, pero en el momento en que el poseedor arrojara de nuevo el diamante al mar, entregándolo así a su verdadero destinatario, la diosa levantaría el maleficio. El príncipe, que ahora era sultán, estuvo pensando durante tres días y tres noches pero finalmente decidió quedarse con la piedra. Le había salvado la vida, estaba convencido de que le hacía indestructible. Ordenó que le cortaran la lengua al sacerdote.

—¡Ay! —dice el niño más pequeño.

—Grave error —dice la niña más alta.

—Llegaron los invasores —continúa el celador— y destruyeron el palacio matando a todas las personas con las que se cruzaban, pero nadie volvió a ver jamás al príncipe. Durante doscientos años nadie escuchó hablar del Mar de Llamas. Algunos decían que la piedra fue cortada en trozos más pequeños, otros que el príncipe aún la tenía y que estaba en Japón o en Persia, que era un modesto campesino que jamás envejecía.

»Y así la piedra se fue diluyendo en el curso de la Historia. Hasta que un día le mostraron a un vendedor de diamantes francés que viajaba por las minas de Golconda, en la India, un diamante enorme cortado con la forma de una pera. Ciento treinta y tres quilates. Una nitidez casi perfecta. Describió su tamaño como el de un huevo de paloma, y su color azul como el mar, pero con un resplandor rojo en el centro. Hizo pruebas a la piedra y envió la información a un duque fanático de las piedras preciosas que vivía en Lorraine, advirtiéndole sobre los rumores de la maldición, pero el duque deseaba tanto el diamante que el comerciante se lo llevó a Europa y el duque lo encastró en la empuñadura de un bastón que lo acompañaba a todas partes.

—Mmmm.

—En apenas un mes, la duquesa contrajo una enfermedad de garganta, dos de sus criados favoritos se cayeron desde el tejado y se partieron el cuello, el único hijo del duque falleció en un accidente de equitación. Todo el mundo decía que el duque jamás había tenido mejor aspecto, pero él se volvió temeroso a las salidas y se negó a tener invitados. Al final estaba tan convencido de que aquella piedra era el diamante maldito del Mar de Llamas que le dijo al rey que se lo daría para que lo guardara en su museo con la única condición de que lo encerrara en lo más profundo de una bóveda construida especialmente y que la bóveda no fuera abierta en un periodo de doscientos años.

—¿Y?

—Han pasado ya ciento noventa y seis.

Todos los niños se quedan quietos un instante. Algunos hacen sumas con los dedos. Luego todos levantan las manos a la vez.

—¿Podemos verla?

—No.

—¿Ni siquiera abrir la primera puerta?

—No.

—¿La ha visto usted?

—No, no la he visto.

—¿Y entonces cómo sabe que está allí de verdad?

—Porque creo en la historia.

—¿Y cuánto vale, monsieur? ¿Daría para comprar la Torre Eiffel?

—Un diamante tan grande y tan extraño como ese posiblemente daría para comprar cinco Torres Eiffel.

Jadeos de asombro.

—¿Y todas esas puertas están para que los ladrones no puedan robarlo?

—Tal vez —dice el guía guiñándoles un ojo— todas esas puertas están aquí en realidad para evitar que la maldición salga al exterior.

Los niños se quedan en silencio. Dos o tres dan un paso atrás.

Marie-Laure se quita las gafas y el mundo se deforma al instante.

—¿Y por qué —pregunta— no cogen la piedra y la tiran al mar?

El celador la mira. Los otros niños la miran.

—¿Cuándo has visto tú —le dice uno de los niños mayores— a alguien capaz de tirar al mar cinco Torres Eiffel?

Se oyen algunas risas. Marie-Laure frunce el ceño. Es apenas una puerta de hierro con una cerradura de latón.

El recorrido ha acabado, los niños se dispersan y Marie-Laure regresa a la galería principal junto a su padre. Él le endereza los anteojos sobre la nariz y le quita una hoja del pelo.

—¿Lo has pasado bien, ma chérie?

Un pequeño gorrión marrón vuela en picado desde las vigas y aterriza en las baldosas frente a ella. Marie-Laure extiende la palma de una mano abierta. El gorrión inclina la cabeza, sopesando, y después se aleja volando.

Un mes más tarde, Marie-Laure se queda completamente ciega.

ZOLLVEREIN

Werner Pfennig crece a casi quinientos kilómetros al noreste de París en un sitio llamado Zollverein: un complejo de minas de carbón de mil seiscientas hectáreas a las afueras de Essen, Alemania. Es una región de acero, o, más específicamente, una región de antracita, un lugar de pozos cubierto por chimeneas de vapor, por el traqueteo de las locomotoras que van y vienen sobre rieles elevados y árboles sin hojas que se yerguen sobre pilas de desechos como las manos huesudas de unos esqueletos alzándose entre la tierra.

Werner y Jutta, su hermana menor, se crían en un Hogar para Niños, un orfanato de dos plantas de ladrillo que se encuentra en la Viktoriastrasse y cuyas habitaciones están cargadas de la tos de los niños enfermos y el llanto de los recién nacidos; hay allí baúles medio desvencijados en los que guardan las últimas pertenencias de los difuntos padres: vestidos hechos con retales, cuberterías de boda ya sin brillo, ambrotipos descoloridos con retratos de padres a los que se ha tragado la mina.

Los primeros años de Werner son los más austeros. Los hombres se pelean a las puertas de las minas de Zollverein para conseguir trabajo, los huevos de gallina se venden a dos millones de reichsmarks cada uno y la fiebre reumática acecha el orfanato como un lobo. No hay mantequilla ni carne. La fruta es apenas un recuerdo. Algunas noches, durante los meses más difíciles,

lo único de lo que dispone la directora para alimentar a sus doce protegidos son pasteles hechos con polvo de mostaza y agua.

Pero el Werner de siete años parece flotar. Es demasiado pequeño, las orejas le sobresalen y habla con voz dulce y aguda. La blancura de su pelo hace que la gente se detenga al verlo pasar. Blanco como la nieve, la leche, la tiza. El color de la ausencia de color. Todas las mañanas se ata los zapatos, se rellena el abrigo con papel de periódico como aislante contra el frío y le hace preguntas al mundo. Coge copos de nieve, renacuajos, ranas en hibernación, se gana a los panaderos para conseguir pan que ni tienen a la venta y aparece en la cocina con leche fresca para los bebés. También fabrica cosas: cajas de papel, toscos aviones biplanos, barcos de juguete con timones que funcionan de verdad.

Cada dos días acorrala a la directora con alguna pregunta imposible de responder: «Frau Elena, ¿por qué nos dan ataques de hipo?».

O: «Frau Elena, si la luna es tan grande, ¿por qué parece tan pequeña?».

O: «Frau Elena, ¿las abejas saben que mueren después de picar?».

Frau Elena es una monja protestante de Alsacia con más cariño por los niños que interés por su supervisión, que canta canciones folclóricas francesas en un falsete chirriante, siente cierta debilidad por el jerez y se queda dormida de pie con frecuencia. De cuando en cuando permite a los niños quedarse despiertos hasta tarde mientras les cuenta historias en francés sobre su niñez en las montañas, con casi dos metros de nieve en los tejados, pregoneros del pueblo, arroyos que desprendían vapor a causa del frío y viñedos cubiertos de escarcha: una auténtica estampa navideña.

«¿Los sordos pueden oír los latidos de su propio corazón, frau Elena?».

«¿Por qué el pegamento no se queda pegado al interior del bote, frau Elena?».

Ella ríe, le alborota el pelo con la mano y susurra:

—La gente dice que eres demasiado pequeño, Werner, que no llegarás a ninguna parte y que no debes tener muchas esperanzas, pero yo creo en ti. Creo que harás algo importante.

Y le envía al pequeño catre del desván que él ha proclamado suyo, en un rincón bajo la claraboya.

A veces les da por dibujar, a Jutta y a él. Su hermana se acerca sigilosamente hasta el catre, se ponen boca abajo y dibujan con un único lápiz que se pasan una y otra vez. Jutta es la talentosa, aunque tiene dos años menos. Lo que más le gusta del mundo es dibujar París, una ciudad que ha visto exactamente una vez en una fotografía, en la contraportada de una de las novelas románticas de frau Elena: tejados con buhardillas, manzanas de sombríos apartamentos, el entramado de hierro de una torre a lo lejos. Dibuja rascacielos blancos que se retuercen en el aire, complicados puentes y grupos de figuras del otro lado del río.

En otras ocasiones, tras las clases, Werner se lleva a su hermana menor en una carretilla que ha construido él mismo y atraviesan el complejo minero. Bajan traqueteando por las largas calles de gravilla, dejan atrás las cabañas, las hogueras en bidones metálicos, los mineros en paro sentados sobre cubos al revés, inmóviles como estatuas. Con regularidad una de las ruedas se sale con un golpe sordo; Werner se agacha a su lado con paciencia y vuelve a ajustar los tornillos. A su alrededor pasan las figuras de los trabajadores del segundo turno arrastrando los pies hasta el almacén mientras los encorvados trabajadores del primer turno los arrastran de regreso a casa, muertos de hambre, las narices de color azul y rostros como calaveras negras bajo los cascos.

—Hola —dice Werner—, buenas tardes. —Pero los mineros se limitan a pasar sin contestarle, puede que incluso sin verle, con los ojos clavados en el

barro. La crisis económica de Alemania se cierne sobre ellos como la severa geometría de los molinos.

Werner y Jutta se cuelan entre las pilas de polvo oscuro y trepan por montañas de máquinas oxidadas, arrancan bayas de arbustos espinosos y flores en el campo. A veces se las arreglan para encontrar mondas de patata o zanahoria en los basureros, otras tardes buscan papeles en los que dibujar o tubos de pasta de dientes, los estrujan y sacan las últimas sobras para secarlas y usarlas como si fueran tizas. De vez en cuando Werner remolca a Jutta en la carretilla hasta la entrada de la cantera nueva, la mina más grande de todas, siempre ruidosa e iluminada como un horno de gas con un elevador de cinco pisos que funciona a carbón en el frente, cables colgando, martillos que repican y hombres que se gritan entre ellos, todo el mapa de la apelmazada y delirante industria desplegándose en la distancia, y observan los camiones llenos de carbón que suben con dificultad desde el subsuelo y a los mineros saliendo del almacén con sus tarteras del almuerzo dirigiéndose a la boca del ascensor como insectos hacia una trampa de luz.

—Ahí abajo —le susurra Werner a su hermana—, ahí es donde murió papá.

Y al anochecer, en silencio, Werner empuja de regreso a la pequeña Jutta a través de los cercanos barrios de Zollverein, dos niños con el pelo blanco como la nieve en las tierras profundas del hollín, cargando sus insignificantes tesoros hasta la calle Viktoriastrasse 3, donde frau Elena mira el fogón y canta una canción de cuna francesa con voz cansada mientras un bebé de dos años le tira de los cordeles del delantal y otro llora entre sus brazos.

LA CONSERJERÍA

Cataratas congénitas. En ambos ojos. Incurables.

—¿Puedes ver esto?

Marie-Laure jamás volverá a ver nada. Los lugares que alguna vez le resultaron cercanos —el apartamento de cuatro habitaciones que compartía con su padre, la pequeña plaza rodeada de árboles al final de la calle— se han convertido en laberintos llenos de peligros. Los cajones nunca están donde deberían. El lavabo es un abismo. El vaso con agua está siempre demasiado cerca o demasiado lejos y sus dedos son demasiado grandes, siempre demasiado grandes.

¿Qué es la ceguera? Donde debería estar la pared, sus manos no encuentran nada. Y donde no debería haber nada, la pata de una mesa se le clava en la espinilla. Los coches rugen en la calle, las hojas zumban en el cielo y la sangre susurra en sus oídos internos. En el rellano de la escalera, en la cocina, incluso detrás de la cama las voces de los adultos parecen perder la esperanza.

—Pobre niña.

—Pobre monsieur LeBlanc.

—No lo ha tenido fácil. Su padre murió en la guerra, su mujer murió en el parto. ¡Y ahora esto!

—Es como si fuera víctima de una maldición.

—Pobrecita. Y pobre él también.

—La tiene que mandar lejos.

Son meses de moratones y desastres: las habitaciones se mecen como veleros, Marie-Laure choca de bruces contra las puertas entreabiertas, su único santuario es la cama, con el dobladillo del edredón bajo la barbilla. Su padre fumando un cigarrillo a su lado mientras talla otra de sus pequeñísimas maquetas, hace tap tap tap con su pequeño martillo y un chirrido rítmico, reconfortante, con su pequeño trozo de papel de lija.



La desesperación no dura mucho. Marie-Laure es demasiado joven y su padre muy paciente. No existen, asegura, las maldiciones. Como mucho hay suerte, buena y mala, una leve inclinación hacia el éxito o el fracaso, pero nada de maldiciones.

Seis días a la semana él la despierta antes del amanecer y ella mantiene los brazos extendidos en el aire mientras él la viste. Le pone las medias, el vestido, el jersey. Si hay tiempo, intenta que ella se ate sola los cordones de los zapatos. Luego toman una taza de café juntos en la cocina: caliente, fuerte, con todo el azúcar que le quiera poner.

A las seis y cuarenta ella coge su bastón blanco que está en el rincón, engancha un dedo en la parte trasera del cinturón de su padre y le sigue cuatro pisos por las escaleras y seis manzanas hasta el museo.

Él abre la Entrada 2 a las siete en punto. En el interior la aguardan olores ya familiares: las cintas de la máquina de escribir, la cera del suelo, el polvo. También el eco familiar de sus propias pisadas mientras atraviesan la galería

central. Saluda a uno de los guardias nocturnos, luego a un celador, le contestan siempre con las mismas dos palabras: Bonjour, bonjour.

Dos veces a la izquierda, una a la derecha. El llavero de su padre tintinea. Una cerradura se abre, una puerta se abre.

Dentro está la conserjería y en su interior las seis vitrinas con cristal en las que miles de llaves de hierro cuelgan en sus clavos. Hay teclas y llaves maestras, hay llaves graciosas y otras más serias, llaves de ascensores y llaves de repisas. Hay llaves tan largas como el antebrazo de Marie-Laure y otras más pequeñas que su pulgar.

El padre de Marie-Laure es el cerrajero mayor del Museo Nacional de Historia Natural. Entre los laboratorios, los almacenes, cuatro museos públicos en edificios independientes, las colecciones de animales, los invernaderos, los cientos de metros cuadrados de jardines medicinales y decorativos en el Jardin des Plantes y más de una docena de taquillas y pabellones, su padre calcula que en total hay unas doce mil cerraduras en todo el complejo del Museo. Y no existe nadie capaz de discutir esa cuestión.

Se pasa la mañana al frente de la conserjería entregando llaves a los empleados: primero llegan los encargados del zoológico, luego los empleados administrativos siempre a toda prisa y antes de las ocho, luego los técnicos en tropel, los bibliotecarios y los asistentes y por último los científicos, a cuentagotas. Todas las llaves están numeradas y clasificadas por color. Cada empleado, desde los cuidadores hasta el director, debe llevar siempre consigo su llave. Nadie puede marcharse de su puesto de trabajo con su llave, nadie la puede dejar sobre el escritorio. Después de todo, en el museo hay piezas de jade del siglo XIII de valor incalculable, cavansita de la India y rodocrosita de Colorado. Bajo llave, su padre ha diseñado un espacio para conservar un dispensario florentino esculpido en lapislázuli que especialistas de todo el

mundo vienen cada año a examinar desde ciudades que están a miles de kilómetros.

Su padre la pone a prueba: ¿esta es la llave de la bóveda o de un candado, Marie? ¿Esta es la llave de una alacena o la de una cerradura de seguridad? La pone a prueba sobre la ubicación de las vitrinas y sobre el contenido de los armarios. Constantemente apoya algún objeto inesperado en la palma de sus manos: una bombilla, un pescado fosilizado, una pluma de flamenco.

Todas las mañanas, incluso los domingos, la obliga a sentarse frente a un libro de ejercicios en braille durante un hora. La A es un punto en la esquina superior. La B son dos puntos formando una línea vertical. Jean. Visita. Al. Panadero. Jean. Visita. Al. Quesero.

Por la tarde la lleva consigo a hacer el recorrido. Le echa aceite a los pestillos, repara los armarios, pule los escudetes alrededor de las cerraduras. La guía vestíbulo tras vestíbulo, galería tras galería. Algunos estrechos pasillos desembocan en enormes bibliotecas, las puertas de cristal se abren a invernaderos inundados por el olor del humus, del papel de periódico mojado y de las lobelias. Los depósitos de los carpinteros, los estudios de los taxidermistas, cientos de metros cuadrados con cajones y estantes repletos de especímenes, museos enteros dentro del museo.

Algunas tardes deja a Marie-Laure en el laboratorio del doctor Geffard, un envejecido especialista en moluscos cuya barba siempre huele a lana húmeda. El doctor Geffard deja de hacer lo que esté haciendo, abre una botella de Malbec y le habla a Marie-Laure con voz susurrante sobre los arrecifes que visitó en su juventud: en las islas Seychelles, en Belice, en Zanzíbar. La llama Laurette. Todos los días almuerza pato asado a las tres de la tarde. Controla un catálogo aparentemente infinito de nombres latinos compuestos.

En la pared del fondo del laboratorio del doctor Geffard hay armarios que tienen más cajones de los que ella es capaz de contar y él le da permiso para

que los abra uno tras otro y coja las conchas —caracolas, olivas, cymbiolas imperiales de Tailandia, conchas de gasterópodos de la especie *Lambis* traídas de la Polinesia—; el museo conserva más de diez mil especímenes, casi la mitad de los que se conocen en el mundo, y Marie-Laure puede jugar con la mayoría de ellos.

—Esa concha, Laurette, pertenecía a una caracola violácea, un tipo de caracol ciego que pasa toda su vida en la superficie del mar. En cuanto es liberado en el océano, el caracol agita el agua para crear burbujas sobre las que desprende una mucosidad que le permite construirse una balsa. Después flota a la deriva y se alimenta de cualquier criatura acuática invertebrada que pase por allí, pero, si en algún momento pierde su balsa, se hunde y se ahoga.

La concha de una *Carinária* es, al mismo tiempo, liviana y pesada, dura y suave, lisa y áspera. El caracol *Murex* que el doctor Geffard tiene sobre su escritorio la mantiene entretenida durante media hora: las espinas huecas, las espirales rígidas, la grieta profunda. Es un bosque de puntas, cavidades y texturas. Un reino.

Sus manos se mueven incesantemente recolectando información, palpando, haciendo pruebas. Las plumas del pecho de una paloma disecada y montada son increíblemente suaves, su pico afilado como una aguja. El polen en la punta de las anteras de los tulipanes no parece polvo sino pequeñas motas de aceite. Comprende que tocar algo de verdad —la corteza de un sicómoro en el parque, una abeja sujeta con alfileres en el Departamento de Entomología, el interior de una vieira exquisitamente pulido en el despacho del doctor Geffard— es comenzar a amarlo.

En casa, por la noche, el padre guarda los zapatos de los dos en el mismo cubículo y cuelga los abrigos en el mismo gancho. Marie-Laure cuenta seis bandas rugosas colocadas a la misma distancia en el suelo de la cocina hasta llegar a la mesa y luego sigue el cordel que su padre ha instalado desde la

mesa hasta el baño. Él sirve la cena en un plato redondo y le describe la posición de los alimentos según las agujas del reloj. «Las patatas a las seis en punto, ma chérie. Los champiñones a las tres». Luego enciende un cigarrillo y se va a trabajar en sus maquetas sobre la mesa de trabajo que está en un rincón de la cocina. Está construyendo una maqueta a escala del vecindario completo, de los edificios altos con cristales, de las alcantarillas, de la laverie, de la boulangerie y de la pequeña place al final de la calle, con sus cuatro bancos y sus diez árboles. En las noches cálidas Marie-Laure abre las ventanas de su cuarto y oye el rumor de la noche que cae sobre las terrazas, los frontales y las chimeneas, lánguida y pasiva, hasta que el barrio real y el de miniatura comienzan a mezclarse en su mente.

Los martes el museo permanece cerrado. Marie-Laure y su padre se quedan durmiendo y luego toman su café doble con azúcar. Caminan hasta el Panthéon, hasta algún mercado de flores o junto a la ribera del Sena. Cada cierto tiempo visitan una librería. Él le alcanza algún diccionario, un periódico o una revista llena de fotografías.

—¿Cuántas páginas, Marie-Laure?

Ella recorre con la uña el lomo.

—¿Cincuenta y dos?

O:

—¿Setecientos cinco?

O:

—¿Ciento treinta y nueve?

Él le retira el pelo detrás de las orejas y la levanta por encima de su cabeza. Le dice que ella es su émerveillement. Le dice que jamás la abandonará, nunca.

LA RADIO

Werner tiene ocho años y anda fisgoneando en el basurero que hay detrás de un hangar que se utiliza como almacén cuando descubre algo que parece una gran bobina de hilo. En realidad es un carrete de alambre colocado entre dos discos de madera de pino. Tres cables deshilachados emergen de la parte más alta; uno tiene un pequeño auricular que cuelga del extremo.

Jutta, de seis años, con la cara redonda y una mata de pelo blanco aplastado, se agacha junto a su hermano.

—¿Qué es eso?

—Creo —dice Werner y siente como si se hubiera abierto un armario en el cielo— que acabamos de encontrar una radio.

Hasta ahora apenas ha vislumbrado alguna que otra radio: un gabinete enorme y sin cables a través de las cortinas abiertas en la casa de un oficial, una unidad portátil en los dormitorios de los mineros y otra en el refectorio de la iglesia. Jamás había tocado ninguna.

Jutta y él llevan el aparato hasta Viktoriastrasse 3 y lo evalúan bajo la luz de una lámpara. Le pasan un trapo hasta dejarlo limpio, desenredan la maraña de cables y le quitan el lodo al auricular.

No funciona. Otros niños se les acercan, observan el trabajo, se asombran un rato pero pierden el interés poco a poco y al final concluyen que no sirve para nada, pero Werner lleva el receptor hasta su claraboya en el desván y lo

estudia durante horas. Desconecta todo lo que puede ser desconectado, extiende cada una de las partes en el suelo y las levanta una por una para estudiarlas bajo la luz.

A las tres semanas de haber encontrado el aparato, en un atardecer dorado por el sol en el que tal vez el resto de los niños de Zollverein están jugando en la calle, él se da cuenta de que el cable más largo, un filamento delgado y enrollado cientos de veces alrededor del cilindro central, tiene varias roturas pequeñas. Muy despacio, meticulosamente, desenrolla el cable, carga el serpenteante revoltijo escaleras abajo y llama a Jutta para que sostenga las puntas mientras él empalma las roturas. Luego lo enrolla de nuevo.

—Hagamos la prueba —susurra, y presiona el auricular contra el oído mientras mueve hacia delante y hacia atrás lo que, según él, es la rosca para sintonizar.

Al principio solo oye la efervescencia de la estática pero, repentinamente y desde algún punto del profundo interior del auricular, una corriente de consonantes brota hacia él. El corazón de Werner se detiene, la voz parece reproducir un eco en la arquitectura de su cabeza.

El sonido se desvanece tan pronto como había llegado. Mueve la rosca medio centímetro muy lentamente. Más estática. Otro medio centímetro. Nada.

En la cocina, frau Elena amasa el pan. Los niños gritan en el callejón. Werner gira la rosca del dial de delante hacia atrás.

Estática y más estática.

Está a punto de pasarle el auricular a Jutta cuando —claro e inmaculado, más o menos a la mitad de la bobina— oye el corto pero drástico estallido de un arco contra las cuerdas de un violín. Intenta mantener la rosca perfectamente inmóvil. Un segundo violín se une al primero. Jutta se acerca un poco al ver cómo se abren los ojos de su hermano.

El piano persigue al violín. Entran de pronto los instrumentos de viento madera, las cuerdas corren a toda velocidad, los vientos palpitan detrás. Se unen otros instrumentos. ¿Son flautas? ¿Arpas? La música se eleva, parece que va a envolverse a sí misma.

—¿Werner? —murmura Jutta.

Él parpadea. Tiene que contener las lágrimas. La sala tiene el mismo aspecto de siempre: las cunas bajo dos cruces latinas, el polvo que flota en la boca abierta de la estufa, doce capas de pintura descascarillándose en los zócalos, el bordado de frau Elena de una villa alsaciana nevada está sobre el lavabo, pero ahora hay música. Es como si dentro de la cabeza de Werner una orquesta infinitesimal se hubiera despertado a la vida.

La habitación parece hundirse en un movimiento lento. Su hermana pronuncia su nombre con más urgencia y él le pone el auricular en la oreja.

—Música —dice la niña.

Él mantiene la rosca lo más inmóvil que puede. La señal es tan débil que, a pesar de tener el auricular a menos de quince centímetros, no puede escuchar el sonido de la melodía, pero observa la expresión de su hermana, inmóvil con excepción de las pestañas. En la cocina frau Elena levanta sus manos emblanquecidas por la harina e inclina la cabeza mirando a Werner. Otros dos chicos mayores entran y se detienen al percibir un cambio en el aire. Y la pequeña radio, con sus cuatro terminales y sus antenas colgantes, sigue inmóvil en el suelo entre todos ellos como un milagro.

LLÉVANOS A CASA

Por lo general Marie-Laure es capaz de resolver las cajas secretas de madera que su padre construye para sus cumpleaños. Suelen tener la forma de una casa y llevar en su interior alguna sorpresa escondida. Abrirlas requiere una serie de pasos ingeniosos: encontrar con las uñas alguna unión, deslizar el fondo a la derecha, separar los laterales, coger la llave escondida, abrir la parte más alta y descubrir una pulsera dentro.

Para su séptimo cumpleaños un pequeño chalé de madera la espera en el centro de la mesa de la cocina en el mismo sitio en el que suele estar el azucarero. Ella desliza una gaveta secreta en la base, descubre el compartimento oculto que hay debajo, coge una llave de madera y la introduce en una ranura en la chimenea. En el interior hay una onza de chocolate suizo.

—Cuatro minutos —dice su padre riendo—, tendré que esforzarme un poco más el año que viene.

Durante mucho tiempo, y a diferencia de esas cajas secretas de madera, ella no le encuentra el sentido a la maqueta del barrio que él está construyendo. No se parece al mundo real. La intersección en miniatura de la rue Mirbel y la rue Monge, por ejemplo, apenas a una manzana de su apartamento, no tiene nada que ver con el cruce en la vida real. La verdadera incluye un anfiteatro de ruidos y fragancias: en el otoño huele a tránsito y a

aceite de ricino, al pan de la panadería, al alcanfor de la farmacia de Avent, a los delfinios, los guisantes de olor y las rosas del puesto de flores. En invierno se hunde en el olor de las castañas asadas. En las tardes de verano se vuelve más lenta y soñolienta, se oyen conversaciones adormecidas y el rasguño de las pesadas sillas de hierro.

Pero en la maqueta que ha hecho su padre esa misma intersección huele apenas a pegamento seco y a serrín. Las calles están vacías, el pavimento estático. Para sus dedos es apenas una pequeña e insuficiente reproducción. Él insiste en pedirle a Marie-Laure que la recorra con los dedos, que reconozca las casas y los ángulos de las calles. Y un frío martes de diciembre, cuando Marie-Laure lleva ya un año completamente ciega, su padre la acompaña por la rue Cuvier hasta el fondo del Jardin des Plantes.

—Aquí, ma chérie, está el sendero por el que caminamos todas las mañanas. Atravesando los cedros, hacia delante, está la galería central.

—Ya lo sé, papá.

Él la alza y la hace girar tres veces.

—Bueno, ahora llévanos a casa.

Ella abre la boca.

—Quiero que pienses en la maqueta, Marie.

—Pero no lo voy a conseguir...

—Estaré un paso detrás de ti, no te sucederá nada. Tienes tu bastón y sabes dónde te encuentras.

—¡No, no lo sé!

—Sí, sí lo sabes.

Ella se exaspera. Ni siquiera puede saber si los jardines han quedado a sus espaldas o de frente.

—Tranquilízate, Marie. Paso a paso.

—Es muy lejos, papá. Son por lo menos seis manzanas.

—Exactamente seis manzanas. Usa la lógica. ¿Hacia dónde debemos ir primero?

El mundo da vueltas y retumba. Los cuervos graznan, los frenos de los coches silban y alguien a su izquierda golpea algo de metal con lo que podría ser un martillo. Ella arrastra los pies hacia delante hasta que la punta de su bastón flota en el aire. ¿Ha llegado al borde de una curva? ¿Un estanque, una escalera, un precipicio? Gira noventa grados. Da tres pasos hacia delante. Ahora el bastón se topa con la base de una pared.

—¿Papá?

—Estoy aquí.

Seis pasos, siete pasos, ocho. Un bullicio —un técnico plaguicida se va de una casa dando gritos— los adelanta. Da otros doce pasos, suena la campanilla colocada en la puerta de una tienda y salen dos mujeres que la empujan al pasar.

A Marie-Laure se le cae el bastón. Comienza a llorar.

Su padre la levanta y la aprieta contra su pecho.

—Es demasiado —susurra ella.

—Tú puedes conseguirlo, Marie.

Pero no puede.

ALGO PROMETEDOR

Mientras el resto de los chicos juegan a la rayuela en el callejón o nadan en el canal, Werner se sienta a solas bajo su claraboya y hace pruebas con la radio. En una semana logra desarmarla y volver a armarla con los ojos cerrados. El condensador, el inductor, la rosca para sintonizar y los cascos. Un alambre va a tierra y el otro al cielo. No hay nada en el mundo que parezca tener tanto sentido.

Recoge partes en los almacenes: pequeños trozos de cable de cobre, tornillos y un destornillador doblado. Se gana a la mujer del farmacéutico para que le dé unos cascos rotos, rescata un solenoide de un timbre desechado, lo suelda a una resistencia y construye un megáfono. Durante el mes siguiente se las arregla para rediseñar el aparato por completo, agrega algunas partes por aquí y otras por allá y lo conecta a una fuente de alimentación.

Todas las noches baja su radio a la sala y frau Elena deja que los más pequeños la escuchen durante una hora. Sintonizan informativos, conciertos, óperas, oyen al coro nacional y espectáculos de música folclórica. Son doce niños en semicírculo alrededor del aparato junto a frau Elena.

«Estamos viviendo una época emocionante —dice la radio—, no debemos quejarnos. Nos pondremos en pie con firmeza y ningún ataque conseguirá acabar con nosotros».

A las niñas más mayores les gustan las competiciones de canto, las clases de gimnasia que retransmiten por la radio y un anuncio que ponen con frecuencia llamado «Consejos de ocasión para los enamorados», que provoca el aullido de los más pequeños. A los pequeños les gustan las obras, los boletines, los himnos militares. A Jutta le gusta el jazz. A Werner le gusta todo. Los violines, la trompeta, la batería, los discursos —una boca que le habla a un micrófono en una noche lejana pero simultánea—, un hechizo que lo mantiene embelesado.

«¿Es acaso un milagro —pregunta la radio— que la valentía, la confianza y el optimismo hayan crecido hasta llenar el corazón de los alemanes? ¿Acaso no es la llama de una nueva fe la que ha nacido en esta disposición al sacrificio?».

Ciertamente, a medida que pasan las semanas, a Werner le parece que algo nuevo está naciendo. La producción de las minas aumenta y el desempleo cae. De pronto en las cenas del domingo hay carne, cordero, cerdo, salchichas de Frankfurt..., cosas que hace solo un año habrían sido unas extravagancias inauditas. Frau Elena compra un sillón tapizado de pana naranja y un fogón con anillos negros en las placas. Llegan tres Biblias del consistorio en Berlín y una caldera para lavar la ropa que entregan por la puerta trasera. Werner recibe pantalones nuevos y a Jutta le tocan un par de zapatos. En las casas de los vecinos suenan llamadas de trabajo.

Una tarde, cuando camina de regreso a casa después de las clases, Werner se detiene frente a la farmacia y aplasta la nariz contra el cristal: unos soldados de metro y medio de altura pertenecientes a las tropas de asalto desfilan al otro lado, cada hombrecito de juguete lleva una camisa marrón y un pequeño brazalete rojo, algunos llevan flautas, otros tambores, un par de oficiales van a horcajadas sobre sementales negros, brillantes. Por encima de todos, suspendido de un cable, se ve un reloj de hojalata con puentes de

madera y una hélice giratoria que hace una órbita eléctrica, hipnótica. Werner lo estudia a través del cristal un buen rato, tratando de comprender cómo funciona.

Cae la noche, es el otoño de 1936 y Werner carga la radio escaleras abajo y la apoya en un aparador. El resto de los niños se mueven inquietos a su alrededor, a la expectativa. El transistor zumba al calentarse. Werner da un paso atrás con las manos en los bolsillos. Del altavoz sale el canto de un coro de niños: «Solo queremos trabajar, trabajar y trabajar y trabajar, marchar hacia un glorioso trabajo por la patria». A continuación comienza una obra de teatro patrocinada por el gobierno de Berlín: la historia de unos invasores que se cuelan en una aldea en mitad de la noche.

Los doce niños se sientan cautivados. En la obra, los invasores tienen la nariz aguileña y son dueños de grandes almacenes, deshonestos joyeros o banqueros inmorales. Venden basura brillante, dejan sin trabajo a los hombres de negocios de las aldeas, traman el asesinato de niños alemanes mientras duermen. Hasta que un vigilante, un humilde vecino del lugar, comprende la trama, llama a la policía y aparecen oficiales grandes, apuestos y sonoros, de espléndidas voces. Tiran abajo las puertas, sacan a rastras a los invasores y suena una marcha patriótica. Todo el mundo vuelve a ser feliz.

LUZ

Se equivoca un martes tras otro. Guía a su padre dando rodeos de hasta seis manzanas que terminan muy lejos de casa y que la dejan enfadada y frustrada, hasta que en el invierno de su octavo año, para sorpresa de la propia Marie-Laure, comienza a hacerlo bien. Recorre con los dedos la maqueta de la cocina contando los bancos en miniatura, los árboles, las farolas, los portales. Cada día aparece un nuevo detalle: alguna alcantarilla, el banco de un parque, cada toma de agua de la maqueta tiene su contrapunto en el mundo real.

Marie-Laure consigue acercar cada día más a su padre a la casa antes de cometer el primer error. Cuatro manzanas, tres manzanas, dos, hasta que un martes nevado de marzo, cuando él la lleva a un sitio nuevo, muy cerca de la orilla del Sena, le da tres vueltas y le dice: «Llévanos a casa», ella se da cuenta, por primera vez desde que comenzaron los ejercicios, que esta vez no ha sentido el miedo subiéndole desde el estómago.

Se pone en cuclillas en la acera.

El débil olor metálico de la nieve la rodea. «Tranquilízate. Escucha».

Los coches que pasan por la calle la salpican y la nieve derretida suena como una pequeña corriente. Oye el golpeteo de los copos de nieve sobre la calle. Huele los cedros del Jardin des Plantes a cuatrocientos metros de distancia. Aquí el metro tiembla bajo la acera: es el Quai Saint-Bernard. El

cielo está abierto y escucha el roce de las ramas: es la estrecha franja de jardín que hay tras la galería de Paleontología. Eso de ahí, comprende de pronto, tiene que ser la esquina del muelle con la rue Cuvier.

Seis manzanas, cuarenta edificios, diez pequeños árboles en una plaza. Una calle se cruza con otra calle que se cruza con otra calle. Un centímetro tras otro.

Su padre hace sonar las llaves en el bolsillo. Frente a ella las altas y lujosas casas que flanquean los jardines reflejan el sonido.

Ella dice:

—Doblemos a la izquierda.

Caminan a lo largo de la rue Cuvier. Un trío de patos voladores se arroja sobre ellos agitando las alas sincronizados hacia el Sena y, mientras las aves pasan sobre sus cabezas, ella imagina que ve la luz sobre sus alas, imagina cómo brilla sobre cada una de las plumas.

A la izquierda en la rue Geoffroy Saint-Hilaire. A la derecha en la rue Daubenton. Tres alcantarillas, cuatro alcantarillas, cinco. A su izquierda debería estar la cerca de hierro del Jardin des Plantes abierta, con sus delgadas varillas como las barras de una jaula enorme.

Frente a ella la panadería, la carnicería y la tienda de delicatessen.

—¿Podemos cruzar ahora, papá?

—Sí.

A la derecha, y después en línea recta. Han llegado a su calle, Marie-Laure está segura. Un paso más atrás, su padre levanta la cabeza al cielo y esboza una enorme sonrisa. Marie-Laure lo sabe a pesar de que le está dando la espalda, a pesar de que él no dice nada, a pesar de que ella es ciega: el pelo grueso de papá está húmedo por la nieve y se abre sobre su cabeza en una docena de ángulos distintos; lleva la bufanda sobre los hombros de forma asimétrica.

Han subido más de la mitad de la rue des Patriarches. Están frente a su edificio. Marie-Laure encuentra el tronco del castaño que crece por encima de su ventana en el cuarto piso, siente la corteza bajo los dedos.

Un viejo amigo.

Y un segundo más tarde las manos de su padre la toman de las axilas y la alzan y Marie-Laure sonrío. Él prorrumpe en una carcajada pura y contagiosa, una carcajada que ella intentará recordar el resto de su vida. El padre y la hija dan vueltas en mitad de la acera frente a su apartamento, riéndose juntos mientras la nieve se filtra entre las ramas sobre sus cabezas.

NUESTRA BANDERA ONDEA ANTE NOSOTROS

En Zollverein, en la primavera del décimo año de Werner, dos muchachos mayores del orfanato —Hans Schilzer, de trece años y Heribert Ponsel, de catorce— marchan hacia el bosque con mochilas de segunda mano al hombro y cuando regresan son miembros de las Juventudes Hitlerianas.

Llevan tirachinas, arpones modernos y han estado jugando a las emboscadas tras los bancos de nieve. Se unen a un grupo de hijos de mineros con el pelo erizado que se suelen sentar en la plaza del mercado con las mangas arremangadas y los pantalones cortos subidos hasta las caderas.

—Buenas noches —gritan a los transeúntes—. ¡O Heil Hitler, como prefiera!

Se cortan el pelo todos igual, pelean en el salón, presumen de que van a recibir instrucción en armas, de los planeadores que van a pilotar, de los tanques con torretas que van a conducir. «Nuestra bandera es el símbolo de una nueva era», entonan Hans y Heribert, «nuestra bandera nos guiará a la eternidad». Durante las comidas reprenden a los más pequeños cuando admiran cosas extranjeras: el anuncio de un coche inglés, un libro de cuentos francés con ilustraciones.

La forma en que se saludan es cómica y su atuendo roza lo ridículo, pero frau Elena observa a los chicos con una mirada cautelosa: hasta hace poco eran unos bebés asilvestrados que se refugiaban en sus cunas y lloraban llamando a sus madres, pero ahora se han vuelto adolescentes mafiosos de nudillos rotos con postales del Führer dobladas en los bolsillos de sus camisas.

Frau Elena habla cada vez menos francés cuando Hans y Heribert están cerca. Se vuelve consciente de su propio acento. La menor mirada de un vecino la obliga a cuestionarse todo.

Werner mantiene la cabeza baja. ¿Acaso tiene él también que saltar por encima de las fogatas, frotarse ceniza bajo los ojos, acosar a los más pequeños? ¿Va a tener que romper ahora los dibujos de Jutta? Opta por algo mucho mejor: mantener un perfil bajo, pasar desapercibido. Werner lee durante esa época las revistas científicas populares que encuentra en la farmacia, le interesan la turbulencia de las olas, los túneles al centro de la Tierra y el método nigeriano de transmitir información con tambores. Se compra un cuaderno y empieza a hacer sus propios planes sobre la cámara de niebla, el detector de iones y los anteojos de visión nocturna. ¿Y si conecta un pequeño motor a la cuna de los bebés para mecerlos hasta que se queden dormidos? ¿Y si agrega muelles al eje de su carretilla para que no sea tan difícil llevarla cuesta arriba?

Un oficial del Ministerio de Trabajo visita el orfanato para hablarles sobre las oportunidades de trabajo que ofrecen las minas. Los niños se sientan a sus pies con sus ropas más limpias. Todos los niños sin excepción, explica el hombre, empezarán a trabajar en las minas al cumplir quince años. Les habla de glorias, triunfos y de lo afortunados que serán de tener un trabajo fijo. Cuando levanta la radio de Werner y la vuelve a bajar sin decir ni una

palabra, Werner siente que el techo se le cae encima, que las paredes se estrechan.

Su padre quedó allí abajo, a un kilómetro y medio de la casa. Jamás recuperaron el cuerpo. Aún ronda por los túneles.

—De vuestro barrio, de vuestro propio suelo sale el poder de nuestra nación: el acero, el carbón, el coque. Berlín, Fráncfort y Múnich no podrían existir si no fuera por este lugar. Sois vosotros quienes abastecéis la fundación del nuevo orden, las balas de sus armas, la armadura de sus tanques.

Hans y Heribert contemplan deslumbrados el cinturón de cuero en el que el hombre lleva su pistola. En el aparador suena la radio de Werner.

Dice: «A lo largo de estos tres años nuestro líder ha tenido el valor de hacer frente a una Europa que corría el riesgo de colapsar...».

Dice: «Solo a él debemos agradecer el hecho de que la vida en Alemania vuelva a tener sentido para los niños alemanes».

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS

Hay dieciséis pasos hasta la fuente de agua y dieciséis para regresar, cuarenta y dos hasta la escalera y cuarenta y dos para regresar. Marie-Laure traza mapas mentales, desenrolla cientos de kilómetros de cordel imaginario y luego se concentra y los vuelve a enrollar. La botánica huele a pegamento, a papel secante y a flores prensadas. La paleontología huele a polvo de rocas, de huesos. La biología huele a formaldehído y a frutas viejas, está llena de frascos pesados y fríos en los que flotan cosas que solo conoce por las descripciones que le han hecho: pieles de serpientes de cascabel exangües y enroscadas, severas garras de gorilas. La entomología huele a bolas de naftalina. Las oficinas huelen a papel carbónico o a humo de cigarrillos o a brandy o a perfume. O a todas esas cosas juntas.

Ella sigue los cables o las tuberías, las barandillas o las sogas, los setos o las aceras. Hace que la gente se sobresalte. Nunca sabe si las luces están encendidas o apagadas.

Los niños que conoce la atosigan a preguntas. ¿Duele? ¿Cierras los ojos para dormir? ¿Cómo sabes qué hora es?

No duele, explica. Y no hay oscuridad, o al menos no la que ellos imaginan. Todo está compuesto por una red, un entramado de sonidos y

texturas. Camina un gran círculo en torno a la galería central, moviéndose sobre las crujientes tablas del suelo, oye las pisadas que suben y bajan por las escaleras del museo, el llanto de un bebé, el gemido de una abuela agotada que se deja caer sobre un banco.

El color, es la otra cosa que la gente no se espera. En su imaginación y en sus sueños todo tiene color. Las paredes del museo son de color beis, castañas, color avellana. Los científicos son lila, amarillo limón y del marrón de los zorros. Los acordes de un piano caen mustiamente de los altavoces en la cabina de los guardias, proyectando negros enriquecidos y azules complejos a lo largo del pasillo que lleva a la conserjería. Las campanadas de las iglesias envían arcos de bronce que salen por las ventanas. Las abejas son plateadas, las palomas rojizas o caoba, algunas veces también doradas. Los enormes cipreses que ella y su padre dejan atrás cada mañana en su caminata son caleidoscopios brillantes, cada aguja un polígono de luz.

No tiene recuerdos de su madre pero se la imagina blanca, un brillo sin sonido. Su padre irradia miles de colores: ópalo, rojo fresa, un marrón rojizo profundo, verdes salvajes y un olor a aceite y metal, la sensación de una cerradura que se traslada a casa, el sonido de su llavero repiqueteando al caminar. Cuando habla con el jefe de algún departamento es color verde oliva. Cuando habla con madeimoselle Fleury del invernadero tiene el color de una paleta de anaranjados que se intensifican y cuando intenta cocinar es de un color rojo brillante. Irradia un azul zafiro cuando se sienta por la noche ante su mesa de trabajo y tararea casi inaudible mientras trabaja, la punta de su cigarrillo fulgurando en un azul brillante.

Suele perderse. Las secretarias, los botánicos e incluso una vez la asistente del director han tenido que llevarla de nuevo hasta la conserjería. Es curiosa, quiere saber la diferencia que hay entre un alga y un liquen, entre un *Diplodon charruanus* y un *Diplodon delodontus*. Algunos hombres

importantes la llevan del codo escoltándola a través de los jardines o la guían por las escaleras.

«Yo también tengo una hija», dicen todos.

O: «La he encontrado entre los colibríes».

—Toutes mes excuses —contesta su padre. Enciende un cigarrillo y saca una a una las llaves de su bolsillo—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Al despertar el día de su noveno cumpleaños encuentra dos regalos. El primero es una caja de madera sin ningún cerrojo identificable. Le da la vuelta a un lado y al otro. Le lleva un buen rato descubrir que uno de los lados es un resorte. Lo presiona y la caja se abre. En el interior le espera un trozo de cremoso queso camembert que se mete directamente en la boca.

—Ay, ¡demasiado fácil! —dice su padre riendo.

El segundo regalo es más pesado, está envuelto en papel y atado con un cordel: un enorme libro anillado. En braille.

—Dicen que es para muchachos. O para chicas aventureras. —Ella casi puede oír la sonrisa de su padre.

Desliza la punta de los dedos sobre la página en la que está impreso el título en relieve. La. Vuelta. Al. Mundo. En. Ochenta. Días.

—Papá, es demasiado caro.

—Deja que yo me preocupe por eso.

Esa mañana Marie-Laure gatea por debajo del mostrador de la conserjería, se tumba boca abajo y posa los diez dedos sobre una línea de una página. El francés parece pasado de moda y los puntos están más juntos entre sí de lo que está acostumbrada a leer, pero una semana más tarde le resulta más sencillo. Encuentra el lazo que usa de marcador, abre el libro y el museo entero desaparece como por arte de magia.

El misterioso señor Fogg vive como si fuera una máquina. Jean Passepartout se convierte en su obediente ayudante. Y dos meses después,

cuando Marie-Laure llega a la última línea de la novela, lo vuelve a abrir de nuevo, regresa a la primera página y vuelve a empezar. Por la noche recorre la maqueta de su padre con los dedos: ahí está la torre con el campanario, allí los escaparates. Imagina a los personajes de Julio Verne caminando por esas calles, conversando en las tiendas. Un panadero de un centímetro de alto introduce en el horno barras de pan del tamaño de una mota de polvo y luego las saca, tres ladrones minúsculos traman planes cuando pasan lentamente frente a la joyería, sonoros y pequeñísimos coches se amontonan en la rue de Mirbel con los limpiaparabrisas agitándose de un lado a otro. Tras la ventana del cuarto piso en la rue des Patriarches una versión en miniatura del padre se sienta a lijar un infinitesimal trozo de madera frente a una mesa en miniatura dentro de su apartamento en miniatura, igual que lo hace en la vida real. En la otra esquina del cuarto hay una niña minúscula, delgada e ingeniosa con un libro abierto sobre las rodillas. Dentro de su pecho late algo enorme, algo lleno de deseo, algo que ya no siente temor.

EL PROFESOR

Debes prometérmelo —dice Jutta—. ¿Me lo prometes? —En el fondo de un arroyo, entre cilindros oxidados, tuberías destruidas y fango repleto de gusanos ha descubierto casi diez metros de alambre de cobre. Sus ojos son como dos túneles brillantes.

Werner echa una mirada a los árboles, al arroyo y vuelve a mirar a su hermana.

—Te lo prometo.

Juntos llevan a escondidas el alambre hasta la casa y lo pasan a través de los agujeros de clavos que hay en el alero del techo por fuera de la ventana del desván. A continuación conectan un extremo del alambre a la radio. Casi de inmediato oyen en una frecuencia de onda corta la voz de alguien que habla en un idioma extraño, lleno de zetas y eses.

—¿Es ruso?

A Werner le parece que es húngaro.

Jutta es todo ojos en la penumbra y el calor.

—¿A cuánto queda Hungría?

—A unos mil kilómetros.

Lo mira boquiabierto.

De pronto llegan como un rayo voces de todo el continente a Zollverein atravesando las nubes, el polvo de carbón y los techos. El aire es un enjambre

de voces. Jutta lleva un registro de las estaciones que Werner sintoniza con la rosca y cuya ciudad de origen deletrea cuidadosamente a medida que las recibe. Verona 65, Dresde 88, Londres 100. Roma. París. Lyon. De noche la frecuencia de onda corta es una zona de trotamundos y soñadores, de locos y quejumbrosos.

Cuando terminan de rezar y se apagan las luces Jutta se acerca sigilosamente hasta la buhardilla de su hermano. En vez de dibujar juntos ahora se quedan oyendo la radio codo con codo hasta la medianoche, hasta la una, hasta las dos. Escuchan las noticias inglesas a pesar de que no las entienden. Oyen a una mujer en Berlín que pontifica sobre el maquillaje más conveniente para ir a un cóctel.

Una noche Werner y Jutta sintonizan una emisión estridente en la que un joven habla sobre la luz en un francés suave y con acento.

«Niños, el cerebro está envuelto por una oscuridad total —dice la voz—. Flota en un líquido transparente en el interior del cráneo y jamás recibe luz. Pero a pesar de eso el mundo que construye en nuestra mente está lleno de luz, rebosante de colores y de movimiento. ¿Cómo puede ser que el cerebro, que jamás conoce una chispa de luz, construya en nuestro interior un mundo lleno de luces?».

La emisión silba y salta.

—¿De qué habla? —pregunta Jutta.

Werner no contesta. La voz del francés parece de terciopelo, su acento es muy diferente al de frau Elena, pero su tono es tan pasional, tan hipnótico que a Werner le parece que entiende cada palabra. El francés habla ahora sobre ilusiones ópticas y electromagnetismo. Luego hace una pausa, se oye el repiqueteo de la estática como si se estuviera dando la vuelta a un disco y a continuación se pone a hablar con entusiasmo sobre el carbón.

«Pensad en cualquiera de las brasas que veis en el interior de la estufa de

vuestras casas. ¿Os lo imagináis, niños? En algún momento ese trozo de carbón fue una planta verde, un helecho o un junco vivo hace un millón de años, dos millones de años o cien millones de años. ¿Os imagináis lo que son cien millones de años? A lo largo de la vida de esa planta, sus hojas absorbieron durante los veranos toda la luz que pudieron y transformaron la energía del sol en energía natural para generar su tronco, sus ramas y tallos. Y es que las plantas se alimentan de la luz igual que nosotros nos alimentamos con la comida. Luego esa planta murió y probablemente cayó en el agua, se transformó en musgo de esfagno y el esfagno se hundió en la tierra durante años, durante eras frente a las que un mes, un año o toda vuestra vida no son más que un soplido, un chasquido de dedos. Finalmente el esfagno se petrificó y se convirtió en una piedra que alguien extrajo, y que más tarde el carbonero acercó hasta vuestra casa. Tal vez alguno de vosotros la puso en la estufa. Aquel antiguo rayo de sol —aquella luz de hace cien millones de años— es la que calienta ahora vuestro hogar».

El tiempo pasa más lento. El desván desaparece. Jutta desaparece. ¿Ha hablado alguien alguna vez de una manera tan íntima sobre las cosas que más le interesan a Werner?

«Abrid los ojos —concluye el hombre— y observad todo lo que podáis antes de cerrarlos para siempre». Suena a continuación un piano que entona solitario una melodía y a Werner casi le parece un bote dorado que atraviesa un río oscuro, una progresión de armonías que transfiguran Zollverein: las casas se convierten en neblina, las minas se cierran, las chimeneas caen, un mar antiguo se derrama por las calles y el aire es un torrente de posibilidades.

**UNA CIUDAD INAGOTABLE
UNA EXPERIENCIA MEMORABLE
UN PASEO INOLVIDABLE**

El día en que nacieron sus dos hijos, Anthony Doerr supo también que había sido galardonado con el Premio Roma, una de las más prestigiosas distinciones otorgadas por la Academia Americana de las Artes y las Letras.

Gracias a su dotación, Doerr pudo vivir en la capital italiana con su recién acrecida familia durante un año. A lo largo de este tiempo, Doerr leyó a Plinio, a Dante, a Keats; visitó las calles y plazas más bellas del mundo, y asistió al mayor funeral de la historia, el del papa Juan Pablo II. Y todo ello mientras aprendía, entre biberones, pañales y noches en vela, los secretos de la paternidad.

Libro de memorias, por supuesto, pero también de viajes, de arte, y casi una novela, *Un año en Roma* es el fruto de las experiencias de su autor en la Ciudad Eterna, en las que lo íntimo y lo deslumbrante se funden por medio de la palabra.



**Un libro maravilloso: es divertido, incisivo, tierno y rebosante de
sabiduría.**

Booksense

Anthony Doerr (1973) es autor de los libros de relatos *El rastreador de conchas* y *El muro de la memoria*, las novelas *Sobre Grace* y *La luz que no puedes ver*, y las memorias *Un año en Roma*. *La luz que no puedes ver* se ha convertido en un best seller en todo el mundo entre extraordinarias críticas y ha sido también finalista del National Book Awardy ganadora del Premio Pulitzer de Ficción 2015, así como de la Andrew Carnegie Medal concedida por la Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos. Además, Anthony Doerr ha logrado numerosos premios, entre ellos cuatro O. Henry Prizes, el Barnes & Noble Discover Prize, el Premio Roma, el New York Public Library's Young Lions Award, el National Magazine Award for Fiction, cuatro Pushcart Prizes, dos Pacific Northwest Book Awards, cuatro Ohioana Book Awards, el 2010 Story Prize, considerado el más prestigioso premio de Estados Unidos para un libro de relatos, y el Sunday Times EFG Short Story Award, el mayor premio del mundo concedido a un único relato. Doerr vive en Boise, Idaho, con su mujer y sus dos hijos.

[1] Plinio, *Historia natural*, trads. A. Fontán y A. Moure Casas, Gredos, 1995, libro II, cap. 38.

[2] *Simon & Schuster's Guide to Trees*, Nueva York, Simon & Schuster, 1977, ilustración 34.

[3] Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, relación compendiada por Fray Bartolomé de las Casas, Linkgua Digital, 2008.

[4] Nicholas Wade, «Ideas & Trends; Prime Numbers: What Science and Crime Have in Common», *The New York Times*, 27 de julio, 2003.

[5] João Magueijo, *Faster Than the Speed of Light: The Story of a Scientific Speculation*, Nueva York, Perseus Books, 2003, p. 31.

[6] Plinio, *Historia natural*, trads. J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Cátedra, 2007, libro XXVIII.

[7] *Ibíd.*, libro VIII, cap. 42.

[8] *Ibíd.*, libro VIII, cap. 7.

[9] *Ibíd.*, libro VIII, cap. 3.

[10] *Ibíd.*

[11] *Ibíd.*

[12] *Ibíd.*

[13] *Ibíd.*, libro XXVIII.

[14] *Ibíd.*, libro IX, cap. 7.

[15] *Ibíd.*

[16] Michael Breus, «Chronic Sleep Deprivation May Harm Health», www.webmed.com/content/article/64/72426.htm.

[17] Plinio, *Historia natural*, trads. A. Fontán y A. Moure Casas, Gredos, 1995, libro VII, cap. 40.

[18] Neel Mukherjee, «Dream Lover», *The New York Times*, 7 de noviembre, 2004.

[19] Plinio, *Historia natural*, trads. A. Fontán y A. Moure Casas, Gredos, 1995, libro XXXVI, cap. 1.

[20] Tom Andrews, «Ars Poetica», en *Random Symmetries: The Collected Poems of Tom Andrews*, Oberlin, OH, Oberlin College Press, 2002, p. 84.

[21] De una carta a la revista *New Scientist*, 162, n.º 2188, 29 de mayo, 1999, pág. 55.

[22] Elin Schoen Brockman, «A Monument's Minder», *The New York Times*, 27 de junio, 2004.

[23] Livio, *Historia de Roma desde sus orígenes*, trad. A. D. Duarte Sánchez, historicodigital.com, libro I, cap. 36, p. 34. «En todo caso —escribe—, los augurios y el colegio de los augures ganaron tanto prestigio que nada se hacía en paz o guerra sin su sanción; la Asamblea de las Curias, la Asamblea de las Centurias, los asuntos de la mayor importancia, se suspendían o interrumpían si el presagio de los pájaros era desfavorable.»

[24] Plinio, *Historia natural*, trads. J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Cátedra, 2007, libro X, cap. 14.

[25] *Ibíd.*, libro X, cap. 24.

[26] *Ibíd.*, libro X, cap. 59.

[27] «Nación brava, de dura estirpe, tenemos por costumbre meter en un río a nuestros hijos recién nacidos para robustecerlos con el contacto del áspero hielo y de las olas.» Virgilio, *La Eneida*, trad. Eugenio de Ochoa, Edaf, 1985, libro IX, p. 247.

[28] Se trata del mismo Papa que, según se cuenta, durante los días posteriores a su elección ordenó que mataran todos los pájaros delante de las ventanas de su residencia porque no le dejaban dormir.

[29] Plinio el Joven, *Cartas*, VI, 16, trad. Julián González Fernández, Biblioteca Clásica Gredos, 2005.

[30] Según la Organización Mundial de la Salud, en Italia mueren más de

quince mil personas al año debido a los humos de escape del tráfico.
http://italymag.co.uk/italy_regions/lazio_abruzzo/2005/current-affairs/rome-bans-cars-in-bid-to-cut-pollution/.

[31] Charles Dickens, *Estampas de Italia*, trad. Ángela Pérez, Alba Editorial, 2013.

[32] Dion Casio, *Historia romana*, trad. Juan Manuel Cortés Copete, libro LIV, cap. 23, Biblioteca Clásica Gredos, 2011.

[33] Tito Livio, *Historia de Roma*, libros XXXVI-LX, Gredos, 2001.

[34] Plutarco, *Vidas paralelas*, Cayo Julio César, trad. Jorge Bergua Cavero, cap. LXI, Gredos, 2007.

[35] Muchos eran pisoteados. En 1882, el 21 de febrero, once caballos mataron a quince espectadores delante de la iglesia de San Lorenzo en Lucina. Todos los años los judíos estaban obligados a pagar una suma para evitar verse obligados a disputar una carrera a pie detrás de los caballos.

[36] J. W. Goethe, *Obras completas: Viajes italianos*, trad. Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, 1991.

[37] Charles Dickens, *Estampas de Italia*, trad. Ángela Pérez, Alba Editorial, 2013.

[38] Marilynne Robinson, *Gilead*, trad. Hernán Sabaté y Montserrat Gurgu, Galaxia Gutemberg, 2011.

[39] En *Rome and a Villa*, Elanor Clark cita a un arquitecto de principios del siglo xx que dijo prácticamente lo mismo: «El caso es que, cuanto más se retrocede en el tiempo, mejor es la calidad del trabajo».

[40] Cayo Cornelio Tácito, *Germania*, trad. J. M. Requejo Prieto, Gredos, 2000.

[41] Trevor Norton, *Underwater to Get out of the Rain*, Cambridge, MA, Da Capo Press, 2006, p. 25.

[42] Plinio, *Historia natural*, trads. J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Cátedra, 2007, libro X, cap. 2.

[43] *Ibíd.*, libro VIII, cap. 14.

[44] *Ibíd.*, libro XXVIII, cap. 2.

[45] Véase: <http://www.cnn.com/2005/WORLD/europe/03/06/il.manifesto/>.

[46] Según el sitio web de la empresa fabricante, la típica familia italiana de cuatro consume ochocientos gramos de Nutella al año.

[47] Plinio, *Historia natural*, trads. A. Fontán y A. Moure Casas, Gredos, 1995, libro VII, cap. 6.

[48] *Ibíd.*

[49] Peter Pesic, *El cielo en una botella: pesquisa sobre el azul del firmamento*, trad. Alcira Bixio, Gedisa, 2007.

[50] J. W. Goethe, *Obras completas, Elegías romanas I*, trad. Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, 1991.

[51] Aunque ahora disponen de aire acondicionado en sus alojamientos, los cardenales tienen suerte de que Juan Pablo no muriera en agosto. En 1623, ocho cardenales y cuarenta de sus ayudantes murieron de malaria durante un sofocante cónclave de diecinueve días.

[52] Eleanor Clark, *Rome and a Villa*, South Royalton, VT, Steerforth Italia, 2000, p. 335.

[53] El Gobierno de Berlusconi fue, en efecto, el más largo en Italia después de la guerra; en mayo de 2006, después de cinco años en el poder, y semanas de controversia, por fin reconoció su derrota en las elecciones parlamentarias; «Me echarán en falta», se cuenta que les dijo a sus ministros antes de presentar la dimisión.

[54] Eleanor Clark, *Rome and a Villa*, South Royalton, VT, Steerforth Italia, 2000, p. 314.

[55] Plinio, *Historia natural*, trads. J. Cantó, I. Gómez Santamaría, S. González Marín y E. Tarrío, Cátedra, 2007, libro IX, cap. 17.

[56] Eleanor Clark, *Rome and a Villa*, South Royalton, VT, Steerforth Italia, 2000, p. 93.

[57] Plinio, *Historia natural*, trads. A. Fontán y A. Moure Casas, Gredos, 1995, libro XXXVII.

[58] Tom Andrews, «North of the Future», *Random Symmetries*, Oberlin, OH, Oberlin College Press, 2002, p. 264.

[59] Henry James, *El amante de Italia*, trad. de Hilario Barrero, Trabe, Oviedo, 2009.

[60] Eleanor Clark, *Rome and a Villa*, South Royalton, VT, Steerforth Italia, 2000, p. xviii.

Título original: *Four Seasons in Rome*

Edición en formato digital: noviembre de 2016

© 2007, Anthony Doerr

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Eduardo Iriarte, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial /Ruxandra Duru

Fotografía de portada: © Keith Rolleston / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-3901-8

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Un año en Roma

Otoño

Invierno

Primavera

Verano

Agradecimientos

También por Anthony Doerr

Si te gustó *Un año en Roma*, no te pierdas *La luz que no puedes ver*

Sobre este libro

Sobre Anthony Doerr

Créditos

Notas